SAGA POLICIAL BERMEJO Y RONCERO · LIBRO 6

LA NOCHE DE LOS PERDEDORES



ARMANDO RODERA

La noche de los perdedores

Saga Bermejo y Roncero - Libro 6

Armando Rodera

Únete a mi lista de correo para recibir las últimas novedades sobre mis libros:

Lista de Correo

¡Gracias por leer mis libros!

Comunidad:

Todos mis libros: **Armando Rodera**
Web: **www.armandorodera.com**
X: **@ArmandoRodera**
Facebook: **Armando Rodera Author**
Instagram: **@armandoroderaauthor**
TikTok: **@armandorodera**
Mail: **info@armandorodera.com**



Copyright © 2026 Armando Rodera
Todos los derechos reservados

Ilustración portada por Pilar García (**pilargarcia.net**)
Edición de Susana Rodríguez Lezaun (**susanarodriguezlezaun.com**)
Corrección por Tanya Velasco

Contenido

Una noche de perros
El silencio de lo efímero
Una bienvenida en toda regla
Un caso peliagudo
Las reglas del juego
Un hallazgo inesperado
Una pesadilla recurrente
Comienza la caza
El mal menor
Una verdad incómoda
Un amanecer para olvidar
El gato y el ratón
Las primeras pistas
El diario que cambiará el mundo
La cena de conjura
Conversaciones a deshoras
A quien madruga…
La diversión acaba de comenzar
Un plan inesperado
El espectáculo debe continuar
Una llamada inoportuna
El juego avanza
Ecos del pasado
Las nuevas pistas
Recuperando sensaciones
La senda mitológica
Confidencias a medianoche
El hombre silencioso
El mejor regalo de mi vida
El cerco se estrecha
Los problemas crecen
La tentación vive muy cerca
La guarida del monstruo

La hora de la verdad
Llamada a larga distancia
El perseguidor perseguido
La prueba más difícil
El muelle de la discordia
El sacrificio final
Una retirada a tiempo
Una investigación inacabada
El final del camino
La aventura continúa en:
El monedero del diablo (Saga Bermejo y Roncero, Libro 7)
Nota del autor:
El origen de esta historia
El monedero del diablo (Saga Bermejo y Roncero, Libro 7)

1
Una noche de perros

Bilbao, marzo de 2022

Las inclemencias del tiempo no invitaban precisamente a pasear por la calle a esas horas de la noche. El sirimiri de la tarde se había transformado en un auténtico aguacero, y las ráfagas de viento racheado impedían que los paraguas pudieran cumplir con su cometido.

Para Ibai esto no era una excusa. En Bilbao estaban acostumbrados a la lluvia, por lo que un poco de agua no les preocupaba. Su *aita* siempre le contaba batallitas de la infancia y se quejaba de que todo había cambiado, y no precisamente para mejor. Su padre le aseguraba que de pequeños se ponían las botas *katiuskas* en octubre y ya no se las quitaban prácticamente hasta junio. Por no hablar de esos veranos norteños en los que el sol brillaba por su ausencia. Sin embargo, en los últimos años, la ciudad gris e industrial que crecía en torno a la ría del Nervión se había convertido en una urbe moderna y cosmopolita.

Ibai recordó entonces a su *aitite*, el abuelo paterno, fallecido en la primera fase de la pandemia, dos años atrás. Don Anselmo siempre hablaba de las terribles inundaciones de 1983, una catástrofe que tiñó de sangre las fiestas de Bilbao, la *Aste Nagusia*, con más de treinta muertos, centenares de heridos y numerosos daños materiales, con pérdidas millonarias en una ciudad arrasada por el agua. La temida conjunción de lluvias torrenciales (cuentan las crónicas que cayeron más de quinientos litros por metro cuadrado en apenas veinticuatro horas) con la subida de la pleamar en la ría se tradujo en el desastre más absoluto para el Casco Viejo de Bilbao y aledaños, además de afectar a muchas otras poblaciones

cercanas. Una tragedia en la que la familia de Ibai sufrió y luchó junto a sus vecinos para salvar vidas y propiedades.

El joven no quiso pensar en más desgracias, bastantes habían pasado ya en los últimos tiempos. Había salido unos minutos antes de la casa familiar en Alameda de Urquijo, cerca de la conocida plaza de Indautxu, por lo que no debería tardar más de veinte minutos en llegar a su destino, por muy mal tiempo que hiciera. Todavía ignoraba lo que le esperaba en esa jornada, un evento que recordaría durante mucho tiempo.

De camino hacia el hospital de Basurto tuvo un mal presentimiento, como si una sombra alargada se cerniera sobre sus pensamientos y le agarrara las tripas con fuerza. Quiso alejar el mal fario, pero no pudo relajarse del todo al pensar en lo que se encontraría al llegar al pabellón pediátrico de San Pelayo. Un lugar de peregrinaje para toda la familia desde hacía demasiado tiempo por varias y diversas razones, por lo que quiso creer que era su aversión hacia todo lo relacionado con los hospitales lo que llenaba su alma de angustia.

Allí se encontraba ingresada su hermana Leire, tras una intervención exitosa de trasplante renal realizada quince días antes. La niña había nacido con problemas nefrológicos que se habían agravado con los años, hasta que la inminencia del fallo orgánico obligó a incluirla en la lista de espera para encontrar un donante compatible. De momento había reaccionado bien a la operación y no parecía haber signos de rechazo, pero Ibai prefería ser precavido y no cantar victoria antes de tiempo. Dormía con ella en el hospital los martes y los jueves, y por la mañana iba a clase en la Universidad de Deusto. De todos modos, en esa noche infernal hubiera preferido no moverse de casa y ver la lluvia caer a través de la ventana de su dormitorio.

Atravesó por la calle Doctor Areilza hasta Autonomía y continuó su camino en dirección hacia el complejo hospitalario de Basurto, situado en el barrio del mismo nombre de Bilbao. Un curioso conglomerado de edificios y pabellones, algunos de ellos aún conocidos por los apellidos de las familias acaudaladas que habían

financiado los gastos de construcción del antiguo Santo Hospital Civil de Bilbao, el nombre original de Basurto, cuyas obras habían comenzado en el ya lejano año de 1898.

Poco después, Ibai cerró el paraguas, cansado de luchar contra el viento racheado que amenazaba con partir sus varillas. Se subió la capucha del abrigo polar que solía utilizar para subir al monte Pagasarri en invierno y apretó el paso. Cruzó con rapidez la entrada del hospital, pasó junto a la caseta en la que el vigilante nocturno se resguardaba de la lluvia y se dirigió hacia el pabellón pediátrico.

A su izquierda, un poco más adelante, divisó la entrada de Urgencias. No se veía un alma por allí a esas horas, cerca ya de las once, algo que agradecerían los empleados sanitarios, acostumbrados a lidiar con jornadas maratonianas en las que nunca sabían a qué hora saldrían. Una estampa muy diferente de la que se había vivido en ese y otros muchos recintos hospitalarios de todo el mundo a lo largo de los dos últimos años.

La lluvia arreciaba sin misericordia mientras el viento ululaba entre los pabellones con su carga de agua no apta para turistas desprevenidos. Esa combinación adversa creaba unos finos alfileres de hielo que se clavaban sin piedad, para sufrimiento de las pocas personas que se habían atrevido a desafiar las inclemencias del tiempo en una noche tan desapacible.

Ibai se detuvo un instante para coger aire, con la angustia anidada en su estómago, antes de continuar su camino. En ese momento le pareció escuchar un ruido extraño, una especie de aullido, pero seguramente se debería al efecto del viento al golpear árboles y edificios. Desde su posición solo pudo distinguir un coche oscuro estacionado a lo lejos, en la vía paralela al camino de entrada a Urgencias, pero parecía vacío. No estaba la noche para detenerse a contemplar el panorama, así que el joven universitario reanudó la marcha.

Atravesó la entrada del pabellón de Gobierno sin prestar atención a sus curiosas paredes, adornadas con mosaicos grabados con los nombres y apellidos de los mecenas que habían sufragado la

construcción del hospital. Las rachas de viento helado no parecían molestar en exceso a Ibai, preocupado en ese preciso instante por una corriente mucho más peligrosa para él. Una repentina sensación de frío polar recorrió su cuerpo por dentro, un escalofrío que casi le obligó a detenerse de nuevo. El estremecimiento fue muy desagradable, como si el hielo se hubiera adueñado de su sangre y circulara descontroladamente por todo su organismo, impidiéndole reflexionar sobre aquella extraña situación.

Trató de apartar el pensamiento sombrío que intentaba apoderarse de su mente y decidió acelerar ante los escasos metros que le separaban del pabellón de San Pelayo. Sus pasos se apresuraron en una pequeña carrera contracorriente, obligados por el vendaval que amenazaba con derribarlo, pero también por la angustia que lo devoraba ante el repentino presagio de que algo le pasaba a su hermana.

Segundos después accedió al interior del edificio y pudo secarse un poco antes de encaminarse hacia la habitación de Leire. Allí se encontraba su padre, a quien relevaría para que pudiera regresar a casa a descansar. La niña continuaba estable, sin novedades aparentes, por lo que Ibai suspiró e intentó relajarse después de las inquietantes sensaciones que experimentó al atravesar las oscuras zonas peatonales que separaban los diferentes pabellones, donde las farolas apenas iluminaban el entorno.

Cenó algo y jugó un rato con su hermana antes de que la niña se durmiera, tras el paso de la enfermera. Ibai decidió también echarse una cabezada, aunque el sillón no fuera demasiado cómodo para pasar la noche. El cansancio acumulado a lo largo de la semana hizo mella en él y terminó por ceder, aunque sin llegar a dormir profundamente.

Sueños esquivos y una pesadilla sin identificar le hicieron despertar de improviso. Ibai se sobresaltó al regresar de su mundo onírico sin saber muy bien dónde se encontraba. Reconocer la habitación lo tranquilizó, y pudo aquietar sus pulsaciones mediante respiraciones largas y profundas, aliviado al comprobar que todo parecía bajo control. Eran las cinco de la mañana y pronto se

marcharía a casa, con el tiempo justo para darse una ducha antes de afrontar la dura jornada de clases en la universidad.

La tormenta había cesado y el cielo comenzaba a clarear gracias a una leve brisa que dispersaba las nubes sobre su cabeza. Ibai salió un momento a estirar las piernas y respirar aire fresco, ya que el ambiente hospitalario le resultaba sofocante. Solo necesitaba unos minutos para desentumecer los músculos antes de despedirse de su hermana, quien pronto despertaría con la llegada de las enfermeras.

Paseó alrededor del exterior del pabellón envuelto en una ligera bruma. Fue entonces cuando notó algo en un rincón del pequeño parque que adornaba la entrada al edificio. Allí, guarecidos bajo los frondosos árboles, vio dos bancos a los que no había prestado atención al llegar. Uno de ellos estaba vacío, pero en el otro parecía haber alguien sentado en una posición extraña. Preocupado por el estado de esa persona, Ibai decidió acercarse. Ni siquiera se dio cuenta de que solo funcionaba una farola en la zona, que iluminaba de forma bastante difusa todo el entorno, pendiente como andaba de la situación de aquel peculiar individuo.

—¿Se encuentra bien? —preguntó el chico sin levantar demasiado la voz.

Nadie contestó, e Ibai se dirigió hacia el banco desde atrás, con la espalda del desconocido como única referencia. En su casa siempre le decían que había que ayudar a los demás en la medida de nuestras posibilidades y esa no iba a ser una excepción. Rodeó el asiento y distinguió a un hombre de edad indeterminada. Se encontraba con los ojos cerrados, semi apoyado en el respaldo del banco. Ninguna alarma inmediata se instaló en su mente al verle así, pero prefirió cerciorarse por si acaso.

No estaba seguro de si debía interrumpir o no; tal vez aquel señor había recibido una mala noticia esa misma noche y solo quería alejarse un poco y disfrutar del aire fresco, como él mismo había hecho minutos antes. Sin embargo, su instinto le decía que había algo más. Zarandeó con cuidado al hombre por el brazo y este se derrumbó sobre el lateral del banco. Ibai se asustó y temió que el

tipo hubiera sufrido un desmayo o algo peor, así que se sentó a su lado, lo agarró por el costado e intentó incorporarlo mientras le hablaba.

—¡Despierte, por favor! —pidió en voz no demasiado alta—. ¿Está usted bien?

El interpelado se sobresaltó y dio un respingo. Eso tranquilizó a Ibai; al menos sabía que se encontraba consciente. El individuo se giró hacia el muchacho y abrió los ojos desmesuradamente, con una genuina cara de susto que el joven no supo calibrar en ese momento.

—Tranquilo, no se preocupe, solo quería ayudarle. ¿Necesita algo?

Los ojos huidizos del hombre se tornaron de pronto sibilinos y una sonrisa extraña amaneció entonces en su rostro. El cambio de actitud del desconocido desconcertó aún más a Ibai, quien no sabía qué esperar de aquel extraño encuentro.

—Yo estoy tranquilo, Ibai; eres tú el que debería preocuparse.

La mención de su nombre lo dejó sin palabras, sin tiempo para reaccionar ante la sorpresa. Ni siquiera pudo distinguir el brazo de su atacante, que se movió a toda velocidad en su dirección. En ese instante sintió un pinchazo agudo en el cuello y todo su mundo se desvaneció, perdiendo la consciencia segundos después.

El atacante se permitió unos segundos de relax tras someter a su víctima. Todavía le quedaba lo más difícil, sacarlo de allí sin llamar la atención. Esperaba no tener problemas con el procedimiento elegido, solo le quedaba ejecutarlo a la perfección. A partir de ese momento no habría marcha atrás, y la espiral de violencia en la que iba a verse envuelto no se detendría en un futuro cercano.

El plan para secuestrar a Ibai, el hijo de un conocido directivo de la petroquímica EuskoPetrol, una de las empresas más importantes del País Vasco, había funcionado casi a la perfección, aunque todavía no podía lanzar las campanas al vuelo. Necesitaba capturar vivo al

chico de los Larrea y llevarlo al punto elegido, por lo que no podía perder mucho más tiempo.

Tras estudiar el expediente y vigilar de lejos a su futura víctima, había elegido la mejor estratagema para atacar al objetivo. Desechó secuestrarle en su casa o en la universidad, le parecía demasiado arriesgado. Eso sí, la costumbre del joven de acudir dos noches por semana al hospital de Basurto podría servirle para sus fines. Tras comprobar las rutinas del hijo de los Larrea, el agresor supo que había llegado su momento. Tenía una fecha tope para cumplir su cometido y no quería demorarlo más.

Había aparcado su coche, un viejo Renault 19 recuperado del desguace y puesto a punto para la ocasión con matrículas dobladas para mayor seguridad, en el mejor sitio que pudo encontrar. Cerca de la salida de Basurto sin entorpecer la entrada de Urgencias, en una vía que se bifurcaba a la derecha de ese sendero principal. Un sitio oscuro y solitario, a la espalda del pabellón de San Pelayo, en el que nadie se fijaría en una noche como aquella.

Lo dejó allí a última hora de la tarde, ya anochecido, y se escabulló entre los pabellones para no llamar la atención. Sabía que alguna cámara podía captar su imagen, por lo que no le quedó más remedio que adaptarse a la situación. Llevaba capucha y había cambiado ligeramente su aspecto: gafas, bigote postizo y una prótesis bucal que deformaba su rostro. Solo le quedaba acometer la última fase del guion preparado.

Distinguió a lo lejos a Ibai cuando llegó a la carrera entre la lluvia para acceder al pabellón pediátrico. El secuestrador aborrecía también las noches de tormenta, pero debía reconocer que podría ayudarle a cumplir su cometido. Se escondió para guarecerse de la lluvia y esperó su oportunidad. Cuando percibió movimiento en la ventana de la niña enferma, supo que había llegado la hora. Al ver salir al muchacho del edificio para dar un paseo, rodeó el seto en silencio y se situó en el banco, esperando que Ibai le divisara enseguida. No creía que a esas horas de la madrugada se acercara mucha más gente, pero nunca se podía estar seguro del todo.

Había escuchado grabaciones de la voz del chico, por lo que le reconoció enseguida cuando se acercó hasta él y este le preguntó por su estado. Hizo un poco el tonto al despertarse, recordando las horrendas obras de teatro que perpetraban en la escuela, y atacó sin piedad a su víctima. La lanceta que guardaba, llena con una mezcla de drogas que atontaría sin remedio a Ibai, hizo su efecto enseguida.

Al principio, el chaval pareció caer en la inconsciencia, sin llegar a perder el conocimiento del todo. El criminal necesitaba que Ibai colaborara, no podía arrastrarle ni llevarle a cuestas para sacarlo de allí, por muy solitario que se viera el entorno a las cinco y media de la mañana. Sería mejor para sus intereses sacarle cogido del costado, acompañando su paso, como si fuera un borracho en fiestas. El coche se encontraba muy cerca y no tenían por qué cruzarse con nadie, pero más le valía prevenir que curar.

Además, nadie se sorprendería al ver a una persona en mal estado saliendo de uno de aquellos pabellones. Podía tratarse de un enfermo acompañado por un familiar o alguien que hubiera recibido una mala noticia. Muchas casuísticas a su favor que podían torcerse en un instante, sin querer planteárselo en ese momento, por lo que aceleró en su camino hacia el vehículo. Colocó a Ibai en el asiento del acompañante, todavía en estado semicatatónico, le puso el cinturón y esperó que no se cayera al arrancar el coche.

Salieron de allí a velocidad constante, sin acelerones bruscos, dejando atrás la caseta de vigilancia donde nadie les dio el alto. Se incorporó a la antigua carretera N-234 y se dirigió en dirección a Zorrotza con la adrenalina disparada, dispuesto a perderse por las circunvalaciones de la ciudad. Daría algunas vueltas para despistar, aun sabiendo que alguna cámara de tráfico podría captarle, antes de dirigirse a su destino final.

La noche no había terminado, pero en esos momentos se encontraba pletórico, casi eufórico. Había salido con bien de una prueba no apta para todo el mundo y quería olvidarse de lo demás.

Una hora después, cuando el Gran Bilbao se desperezaba para comenzar una nueva jornada laboral, él llegaba a tiempo de cumplir con su objetivo.

El juego acababa de comenzar, pero muchos de los participantes ni siquiera eran conscientes de encontrarse en una gigantesca partida de muerte y destrucción.

2
El silencio de lo efímero

Bilbao, 31 de mayo de 2022

La mañana en la oficina transcurría bastante tranquila, y el malestar de Koldo Galarza, un ertzaina recién incorporado a su trabajo tras una larga baja médica, no se iba a solucionar por la cantidad de público que atendiera en la oficina de atención al ciudadano que la Policía Autonómica Vasca, la Ertzaintza, tenía en la plaza de Zabalburu.

En su fuero interno, Koldo pensaba que le habían degradado, por mucho que su jefe le asegurara que solo permanecería en aquel puesto de forma provisional, para que se adaptara gradualmente al trabajo tras una ausencia tan prolongada. Galarza debería estar agradecido a sus superiores por permitirle reincorporarse de aquel modo, sin presiones de ningún tipo, pero se frustraba al perder el tiempo con trámites insustanciales.

Los últimos años no habían sido fáciles para Galarza. En 2018 experimentó un pequeño episodio de ansiedad por un tema personal, lo que le llevó a tomarse unas semanas de descanso para recargar las pilas antes de retomar sus funciones como subinspector en la Jefatura de Investigación Criminal y Policía Judicial, la élite de la Ertzaintza. Junto con la Unidad de Policía Científica y otras unidades menores, conformaban la División de Investigación Criminal, una de las tres ramas principales en el organigrama de la Policía Autonómica Vasca.

Entonces llegó el fatídico año 2020 y todo se desmoronó. Ni siquiera tuvo tiempo de preocuparse por la pandemia mundial, él tenía sus propios problemas. En febrero participó en una operación policial contra una banda especializada en atracos violentos en Vizcaya y el resultado no pudo ser más catastrófico. La redada acabó

en reyerta contra un grupo fuertemente armado y su grupo se llevó la peor parte. Uno de los compañeros de Galarza murió en la refriega y el mismo Koldo recibió un disparo en la zona abdominal, afectándole al hígado y en menor medida a otros órganos vitales.

A escasos días de que se decretara el estado de alarma por el Covid, Koldo Galarza entró en el quirófano para una arriesgada operación a vida o muerte. Los cirujanos se esmeraron por salvarle la vida durante largas horas, consiguiendo al menos estabilizarlo y controlar las heridas más preocupantes. El equipo médico seguía temiendo por su situación vital, avisando a los familiares de que las siguientes cuarenta y ocho horas serían cruciales para el devenir del enfermo. Solo quedaba esperar.

Afortunadamente, su situación se estabilizó en esas horas, por lo que un rayo de esperanza atravesó la zona restringida de Cruces, el hospital de referencia al que trasladaron de urgencia al ertzaina una vez su unidad pudo controlar la situación en el operativo fallido. Ese fue el comienzo de una etapa larguísima que no le gustaba recordar.

El hospital comenzó a colapsar pocos días después, tras la llegada del virus que cambiaría el panorama mundial para siempre. Y Koldo tuvo la mala fortuna de empeorar, ya que uno de los injertos realizados durante su operación comenzó a fallar. Le llevaron de nuevo al quirófano con urgencia, pero no pudieron contar con el especialista que le atendió en primera instancia, ya que había caído enfermo con la primera oleada mortal del Covid-19.

Esta intervención no salió todo lo bien que los médicos demandaban, por lo que la situación de Koldo pasó a ser crítica. Terminó en cuidados intensivos, durante unos días terribles en los que la mayoría de los centros hospitalarios mundiales acabaron desbordados. Koldo no se percató de la realidad hasta mucho más tarde, inconsciente y tendido en una triste cama de hospital, sedado y conectado a máquinas que le mantenían con vida. Y todo en una UCI cada vez más atestada de enfermos que necesitaban ser intubados, sin saber si algún día llegarían a despertar.

Tras unos inicios titubeantes, el organismo de Koldo comenzó a reaccionar y consiguió salir de esa situación crítica, no sin mucho esfuerzo. Fueron meses en los que los médicos rezaban para que el paciente no se contagiara del dichoso Covid en aquellas circunstancias tan extremas. La prioridad del hospital era combatir el virus mortal, pero tenían otros muchos enfermos, como Koldo, que también debían ser tratados con la máxima profesionalidad.

El ertzaina compartió las primeras olas del virus con multitud de enfermos que entraban y salían de una sala de críticos en la que había mucha rotación de camas debido a la mortalidad del Covid. El personal del hospital, tanto médico como de enfermería, también acabó diezmado en una época terrible para todos. Y por fin, casi seis meses después, Galarza pudo abandonar esa unidad y pasar a planta, a una habitación en la que comenzó a ser consciente del calvario por el que había pasado y lo que le quedaba todavía por sufrir.

Las restricciones de la pandemia impidieron que su familia le visitara en aquellos primeros meses de tortura, pero afortunadamente la situación cambió poco después de que le trasladaran a planta. Un suplicio para todos los que se encontraban en esa situación, ya que los enfermos sufrían y morían en los hospitales sin el apoyo fundamental de sus seres queridos.

La recuperación fue larga y dolorosa, un período de claroscuros al que le costó adaptarse. Y cuando los galenos consideraron que lo peor había pasado, llegó el momento de su rehabilitación. Meses de duro trabajo junto a los fisioterapeutas y otros especialistas del hospital, ya que las secuelas de Koldo eran tanto físicas como psíquicas después de todo lo que había vivido.

Agotó el período de baja médica de un año y la prórroga de seis meses antes de presentarse ante el tribunal de incapacidades de la Seguridad Social. Koldo no quería llegar a ese extremo por nada del mundo, necesitaba trabajar y sentirse una persona normal para no volverse loco. No quería recibir una jubilación anticipada, si es que eso era posible dada su edad y sus años cotizados, ni por todo el oro

del mundo. Así que luchó con todas sus fuerzas por recuperar su vida.

Dos años después de comenzar la pesadilla, Galarza comenzó a vislumbrar la luz al final del túnel. En marzo de 2022 por fin se reincorporó al trabajo, aunque en tareas sencillas dentro de la Comisaría de Atención al Ciudadano ubicada en Zabalburu. Y allí recibió a un señor muy nervioso que quería presentar una denuncia, una situación que recordó entonces, semanas después de producirse, casi como si acabara de vivirla.

—Tranquilícese, caballero. ¿En qué podemos ayudarle?

El subinspector era un tipo de carácter afable, tranquilo y sosegado. Le gustaba escuchar y ayudar a los demás y esperaba que tanto tiempo inactivo no hubiera oxidado sus habilidades sociales.

—Verá, agente, esto es muy grave. Mi hijo acaba de desaparecer y tiene el móvil desconectado. Alguien se lo ha llevado contra su voluntad, estoy seguro.

Koldo sabía que los jóvenes desaparecían por diversos motivos: peleas con padres, familiares o amigos, desengaños amorosos, problemas en los estudios, etc. También podían enfrentarse a temas de *bullying* o acoso escolar que llevaran a esos chavales a cometer cualquier tontería. Por no hablar de las dichosas redes sociales, que le estaban sorbiendo el cerebro a más de uno, pensó entonces el subinspector Galarza.

Se notaba que el hombre no lo estaba pasando bien, con el rostro desencajado y los nervios a flor de piel mientras relataba los hechos con voz entrecortada. Al parecer, su hijo se encontraba velando a su hermana enferma en Basurto y había desaparecido de allí sin despedirse de la niña ni de las enfermeras, abandonando incluso alguna de sus pertenencias en la habitación. Tampoco había esperado a que le hiciera el relevo otro familiar para regresar a casa antes de dirigirse hacia sus clases en la universidad. Y lo peor de todo era que no contestaba a las llamadas de sus padres, ya que su teléfono móvil se encontraba apagado.

—Algo malo le ha sucedido, agente, estoy seguro. Tienen que hacer algo…

Koldo no quiso contradecir a un padre de familia que vivía una situación tan angustiosa, aun sabiendo que él no era un simple agente haciendo su trabajo. De hecho, su instinto policial le avisó de que algo no encajaba en toda esa historia. Hasta que alguien vino a sacarle de su ensimismamiento mientras especulaba sobre lo ocurrido. Fue el propio comisario quien, tras asomarse al mostrador con gesto de urgencia, se acercó a ellos.

—No te preocupes, Galarza, yo me encargo de atender a este caballero —dijo el mando con una cortesía casi exagerada—. Señor Larrea, por fin llega; me han avisado de que estaba de camino. Si es tan amable de acompañarme a mi despacho… Allí estaremos mucho más tranquilos y podremos dialogar de forma más discreta para solucionar este problema.

El hombre se levantó de su silla con gesto compungido y acompañó al jefe de la unidad sin despegar los ojos del suelo, con la cabeza gacha y el ánimo alicaído. Debía de ser alguien muy importante para que el responsable lo estuviera esperando personalmente, algo que despertó la curiosidad de Koldo.

—¿Quién es ese tipo? —le preguntó a Garicano, uno de los agentes más veteranos de la comisaría—. No sé si es muy normal que el jefe esté pendiente de la puerta para recibir a alguien que viene a poner una denuncia.

—En este caso lo entiendo —afirmó Garicano—. Ese hombre es Txema Larrea, uno de los peces gordos de EuskoPetrol, al menos hasta hace poco. Juraría que está medio jubilado por motivos familiares, sin haber abandonado por completo sus obligaciones empresariales. Seguramente el jefe quiera evitar que cunda el pánico entre los de arriba. ¿Te imaginas que se trate de un secuestro o algo peor? Podría convertirse en un gran problema.

Le pareció comprensible que el comisario buscara discreción al tratar ese caso, aunque no supieran todavía si se trataba de una desaparición, un secuestro o simplemente una chiquillada. Incluso

podría ser algo tan simple como que el joven se hubiera quedado sin batería y se encontrara en esos momentos en sus clases en Deusto, ajeno al revuelo que se había organizado a su alrededor.

Cuando al día siguiente se le ocurrió preguntar por el tema, le aseguraron que todo había sido un malentendido. A Koldo le resultó extraño y quiso indagar, por lo que recibió una reprimenda. Al parecer, el señor Larrea habló con el comisario horas después para retirar la denuncia, asegurando que el chico se encontraba bien y que todo había sido un tremendo error. Pidió disculpas a la unidad, agradeciéndoles su buena disposición, y les rogó discreción sobre ese asunto.

Koldo no quiso insistir para no crear tensiones con sus superiores, aun a sabiendas de que allí había gato encerrado. Pensó incluso en investigar por su cuenta para obtener más información, pero terminó por olvidarse del asunto. Tenía otras muchas preocupaciones en la cabeza, como por ejemplo enderezar su vida.

Llevaba tiempo viviendo en la antigua casa de su abuela en la calle Goya y quería trasladarse a un edificio más moderno, pero no le convencía ninguna de las zonas que había visitado, ya fuera por la distancia con su barrio de toda la vida, o por los precios desorbitados que le pedían en cualquier lado.

El ertzaina prefería vivir en el mismo Bilbao, y eso que su barrio no estaba muy bien comunicado. Rekalde llevaba más de quince años luchando con las diferentes administraciones públicas para conseguir una boca de metro en el vecindario, pero todavía no lo habían logrado.

Tras su paso por el hospital, no quiso discutir con sus padres y regresó al hogar familiar, en principio de forma provisional. El piso en el que vivía hasta entonces en el mismo distrito necesitaba una reforma integral, pero en plena recuperación tras su convalecencia no tenía el cuerpo para preocuparse por obreros ni reformas, por lo que optó por la opción más sencilla. Tiempo tendría de arrepentirse, al regresar de nuevo a una casa en la que su madre lo trataba como si fuera un crío.

Y en ese preciso momento, en la primavera de 2022 y recién cumplidos los treinta y seis años, se encontraba todavía durmiendo en su habitación de adolescente, más de un año después de regresar al hogar de los Galarza. Vivía en su barrio de siempre, en un piso que sus padres compraron en la calle Gordóniz poco antes de que él naciera. Se trataba de una de las arterias principales de Rekalde, un barrio obrero que también había experimentado numerosos cambios en los últimos años, sobre todo tras el soterramiento de las vías del tren que lo atravesaban, creando un extenso bulevar que deleitaba a residentes y visitantes. Sin embargo, esto no reconfortaba del todo a Galarza. Él quería mucho a sus *aitas*, pero la situación en casa comenzaba a asfixiarle.

Mientras se tomaba un café aguado en la comisaría continuó con el runrún en su cabeza. Debía abordar lo antes posible la situación para evitar que se enquistara. Sin embargo, en ese momento recibieron una visita singular que le recordó a la ocurrida meses atrás, la de aquella desaparición tan extraña de un chaval en Basurto. Nada hacía presagiar, en una mañana primaveral que había amanecido con el típico cielo gris de Bilbao, que ese sería el comienzo de una aventura policíaca para la que nadie se encontraba preparado. Koldo Galarza se vería involucrado en una complicada partida de poder, un juego cruel y despiadado en el que las fichas humanas podrían sufrir todo tipo de calamidades a merced de las fuerzas del mal.

—Buenos días, disculpe. Quiero denunciar la desaparición de dos familiares directos.

—Claro, acompáñeme hasta aquella mesa para que le tome declaración, señora…

—Uribe, soy Begoña Uribe. Muchas gracias, agente.

El subinspector suspiró, cansado de que lo confundieran con un agente. Por suerte, le quedaba poco tiempo en esa oficina y pronto regresaría a su antiguo puesto en la unidad de investigación criminal. Koldo acompañó a la mujer hasta su escritorio y le ofreció un vaso de agua o un café, que ella rechazó con amabilidad. Le

sonaba de algo el rostro de la recién llegada, pero como ni el jefe de la unidad ni ninguno de los compañeros dieron la voz de alarma, pensó que no era una VIP como el tipo que denunció el incidente del hospital, por lo que se dispuso a comenzar con la denuncia sin temor a cometer un error similar.

—Verá, ayer por la tarde, mi hijo mayor fue a visitar a su *amama*, mi madre. Ella se llama Maite Lizarazu y vive en la Misericordia — empezó.

Koldo conocía de sobra la institución; era imposible no fijarse en aquel edificio imponente cuando uno pasaba por Sabino Arana, entre el Sagrado Corazón y el nuevo San Mamés. Sabía que la Santa y Real Casa de la Misericordia era una de esas instituciones de «toda la vida» que, tras siglos cuidando de los bilbaínos, ahora se dedicaba en exclusiva a los mayores.

—Ni siquiera hablamos con la Diputación para solicitar una plaza concertada, mi madre se encontraba bien cuando ingresó en la institución y no queríamos papeleo. Mi familia conoce a los administradores y nos brindaron todo tipo de facilidades. Pero ese no es el problema.

—Entiendo, señora Uribe. Mencionó que habían desaparecido dos de sus familiares…

—Claro, disculpe, estoy un poco nerviosa. Ayer por la tarde, mi hijo fue a visitar a su abuela, como suele hacer todos los lunes. Salieron a dar un paseo y seguramente se dirigieron hacia San Mamés. Mi madre es una gran aficionada al Athletic y le entristece que su nieto favorito no haya podido ver todavía la gabarra en la ría.

Al subinspector de la Ertzaintza no le apetecía empezar a discutir sobre fútbol, ni sobre el Athletic o la famosa gabarra, tema recurrente entre los bilbaínos. Así que interrumpió a su interlocutora para que no se extendiera en exceso con las explicaciones.

—¿Y qué ocurrió entonces? ¿Volvieron a la residencia?

—Pues no, agente. Llegó la hora de la cena y ni abuela ni nieto regresaron a la Misericordia. Me llamaron desde administración pasadas las nueve, ya que les parecía extraño que mi madre no

estuviera allí, y pensaron que la buena mujer habría vuelto a casa por algún motivo. Entonces comencé a preocuparme de verdad. Llamé a Unai a su móvil y mi hijo no contestó al teléfono. De hecho lo tenía apagado y sigue igual desde anoche, estoy desesperada.

—De acuerdo, señora Uribe. Voy a preguntarle unos detalles más sobre este asunto y terminaremos de redactar la denuncia para que la firme y podamos gestionarla lo antes posible.

Koldo tramitó la denuncia y animó a la señora Uribe con palabras de aliento. Ya se encargaría el departamento correspondiente de comenzar con la investigación, si de verdad había algún hecho destacable y no se encontraban ante otra falsa alarma. Su papel allí había terminado y ya solo pensaba en regresar a su antiguo puesto para hacerse cargo de otro tipo de investigaciones.

Al día siguiente recibió la buena noticia de su inmediata incorporación a la comisaría de Erandio, donde volvería a trabajar como subinspector de investigación criminal. Su responsable no quería presionarle demasiado al principio, pero tenían varios frentes abiertos: los criminales no descansaban y las fuerzas del orden no podían dejarlos campar a sus anchas por tierras bilbaínas.

El carácter aparentemente afable del subinspector contrastaba con sus habilidades como investigador policial de primer nivel, un trabajo en el que se convertía en alguien muy frío y analítico a la hora de seguir las pistas hasta encontrar a los culpables. Cualidades que tendría que recordar y potenciar si quería recuperar su antiguo estatus en la sede central de la Ertzaintza, en un puesto que le venía como anillo al dedo pero para el que se encontraba muy desentrenado después de tanto tiempo fuera de allí.

La sorpresa le llegó veinticuatro horas después de su regreso a Erandio, cuando se armó un pequeño revuelo en la entrada de la comisaría al presentarse allí una numerosa comitiva dispuesta a hacerse escuchar. Koldo distinguió a varios tipos trajeados con pinta de importantes, acompañados por lo que a todas luces parecían sus guardaespaldas. Pero allí se encontraba también una mujer que lo reconoció antes de que él se percatara de su presencia.

—Agente, menos mal que está usted aquí. Seguimos sin saber nada ni de mi madre ni de mi hijo y han pasado ya cuarenta y ocho horas. ¿Cuándo se van a poner a trabajar en serio?

La señora Uribe se dirigió directamente a Koldo Galarza y el subinspector se ruborizó, ante la mirada sorprendida de sus compañeros. Cuando el comisario jefe salió de su despacho, alertado por tanto alboroto, el joven ertzaina rezó para aquel asunto no le salpicara demasiado. Pero su fino instinto le advirtió de que sus problemas apenas habían comenzado. Bienvenido al trabajo, querido suboficial, pensó en esos momentos.

—¿Qué ocurre aquí? —bramó el jefe de la unidad.

—Comisario Orbea, esto ya pasa de castaño oscuro. Acabo de hablar con el subdelegado del Gobierno y no sabía nada de la desaparición de mi suegra y de mi hijo. ¿Qué medios están poniendo para solucionar este caso? Tengo pendiente la llamada del Consejero de Interior y le aseguro que no me andaré con chiquitas. Aquí van a rodar cabezas, ustedes no me conocen…

—Disculpe, señor Labarrieta, ahora mismo le explico. Acompáñenme a la sala de reuniones, allí podremos hablar más tranquilamente.

El comisario le hizo un gesto perentorio a un subordinado para que buscara el expediente del caso, del que a todas luces parecía no haber oído ni una palabra hasta ese instante. Koldo pareció tranquilizarse y se dirigió hacia su sitio sin contar con la última palabra del jefe.

—Galarza, tú te vienes con nosotros, que parece que sabes algo del caso. ¡Quiero a todo el mundo trabajando en este asunto! Y en cuanto acabemos por aquí habrá reunión del departamento al completo.

Koldo cayó entonces en la cuenta; por eso le había sonado la cara de la señora Uribe al atenderla, aunque no la había identificado por su apellido de soltera. Se trataba de la primera esposa, ya divorciada, del acaudalado banquero del Banco de Inversiones de Bilbao, el BIB, el señor Labarrieta. Uno de los hombres más

poderosos de la región, por no decir de toda España, como consejero delegado de la entidad.

El subinspector no había seguido el caso tras tomarle declaración a la denunciante, pero imaginaba que los compañeros de desaparecidos habrían hecho el trabajo habitual en este tipo de denuncias: visionar las cámaras cercanas a la Misericordia, comprobar la última ubicación del móvil del chico con la triangulación de las antenas de telefonía si es que seguía apagado, investigar a la familia y allegados de los desaparecidos, hacer el recorrido habitual por el que transitaban esas personas antes de desaparecer, hablar con vecinos y conocidos, etc. Lo que nadie les había comunicado hasta ese momento era el punto principal de la cuestión, y es que se trataba de dos desaparecidos especiales: nada menos que la exsuegra y el primogénito de uno de los hombres más poderosos del país, por lo que el caso se podía convertir en algo mucho más complicado de tratar.

Galarza siguió a la comitiva que le precedía unos metros por delante a través del pasillo que conducía a la sala de reuniones más grande de la comisaría de Erandio. El rostro serio del comisario y el gesto airado del banquero no auguraban nada bueno, y él parecía encontrarse en medio de la vorágine. También fue mala suerte que le tocara atender a esa señora.

—¡Comisario, espere un momento! —llegó gritando uno de los hombres de confianza de Orbea, justo antes de que se adentrara en la sala de juntas.

—¡Maldita sea, Otxoa! —soltó el jefe policial—. ¿Qué demonios ocurre ahora?

El comisario hizo un aparte con su hombre, junto a la puerta de la sala de reuniones, y bajó la voz al ver el gesto circunspecto de Otxoa. A Koldo le dio tiempo a escuchar alguna frase suelta y supo desde el primer momento que lo peor estaba todavía por llegar.

—Acabamos de recibir una extraña llamada de la Guardia Civil de Santoña. Al parecer, han encontrado cerca de allí dos cuerpos que…

Galarza vio cómo Orbea se llevaba las manos al rostro, consternado por la magnitud de la noticia. Debían verificar la veracidad de la información, pero las perspectivas eran sombrías. Koldo no quería asistir a una reunión que se había torcido antes siquiera de comenzar, pero no le quedaba otro remedio. El puesto del comisario era eminentemente político y tendría que lidiar con semejante problema, por lo que solo le quedaba esperar acontecimientos.

Nunca habría imaginado que esa llamada desde Santoña cambiaría su vida para siempre.

3
Una bienvenida en toda regla

Entre Suances y Santoña (Cantabria), 8 de junio de 2022

Milene Oliveira había pedido unos días de permiso en la UCO para visitar a su madre, que en cuanto llegaba el buen tiempo abandonaba el agobio de la gran ciudad para trasladarse a su casa natal en Suances, un municipio marinero bañado por el Cantábrico. El mejor sitio para descansar y desconectar del duro trabajo diario en la unidad de élite de la Benemérita.

La joven guardia civil se había ido asentando en su equipo de trabajo dentro de la policía judicial, junto a Pablo Roncero, Andrade y otros compañeros que les ayudaban en tareas de intendencia o administrativas. Con el tiempo, mucho trabajo y esfuerzo, Oliveira había ascendido a la categoría de cabo, mientras su mentor alcanzaba el grado de capitán, tras una etapa muy complicada en la que habían puesto a disposición judicial a varios autores de delitos muy graves.

Desde aquel primer caso del equipo recién formado que les llevó a tierras de la Ribera del Duero, Milene había evolucionado y mejorado como investigadora policial. En Aranda de Duero había ayudado a desmontar la trama organizada en torno al Gremio, una supuesta organización empresarial con tintes mafiosos que controlaba toda la región. En un principio se les escapó la cabeza visible del entramado, conocido como el Hermano Mayor entre sus acólitos, pero gracias a la paciencia, el buen trabajo y los contactos de Roncero en la Interpol, terminaron por atraparlo unas semanas después. Todos los culpables acabaron en la cárcel y el equipo policial en su conjunto fue felicitado por el buen trabajo realizado.

Llegaron tiempos difíciles meses después, en un año 2020 que nadie olvidaría jamás. El estado de alarma dejó al país en suspenso, pero la maldad seguía acechando ahí fuera. Los crímenes se seguían cometiendo, los delincuentes no descansaban ni en pleno confinamiento y la unidad de Milene se enfrentó a más de un quebradero de cabeza en esa época. Eso sí, tomaron todas las precauciones impuestas por las autoridades sanitarias y tuvieron suerte, ya que ninguno de los compañeros de la unidad enfermó de gravedad.

Oliveira recordó con una sonrisa amarga una etapa de sinsabores para muchos, que a ella le sirvió para afianzarse en un puesto que cada vez le gustaba más. Lejos quedaban ya aquellos primeros momentos de zozobra, en los que le tocó discutir con su familia por una vocación tardía que nadie entendía.

Su padre, atleta profesional brasileño que llegó a competir bajo pabellón español después de casarse con su madre, le había inculcado desde pequeña el gusto por los deportes y la vida sana. También sabía que su vida no sería un camino de rosas, por lo que la predispuso para ser una mujer fuerte que no se arredrara y luchara por sus sueños. Practicó incluso artes marciales como método de defensa y filosofía de vida. Se convirtió en una mujer decidida y se juró no dejarse pisotear por nadie, ni en lo personal ni en lo profesional, como en los lejanos tiempos de la secundaria, donde llegó a sufrir algunos episodios de acoso que subsanó a las primeras de cambio.

Por eso sus padres no entendieron su repentina obcecación por entrar en la Guardia Civil. Tras licenciarse con honores como doble graduada en derecho y relaciones internacionales, Oliveira comenzó a trabajar en una multinacional norteamericana. Sin embargo, se cansó rápidamente y afirmó que ese mundo no era para ella. En secreto, se había estado preparando las oposiciones para guardia civil y las aprobó a la primera con buenas calificaciones.

Al parecer, el arrebato le vino a través de un amigo de la facultad que tenía varios familiares en cuerpos policiales y siempre le había hablado maravillas de la vida castrense. Milene pensaba que le

costaría hacerse a ese estilo de vida tan espartano, sobre todo para una joven de su época, acostumbrada a lucirse y posturear en las redes sociales. Si bien siempre había sido disciplinada en sus estudios y en los deportes, esto era algo completamente diferente.

Años atrás todo el país fue testigo de los terribles crímenes de Jasón, un caso resuelto en una operación conjunta de la UCO y la Policía Nacional, en el que el teniente Pablo Roncero jugó un papel fundamental. En 2015 fue muy sonado también el caso de la mafia rusa en la costa levantina, en el que de nuevo Roncero participó de forma activa. Por no hablar de otros casos mediáticos que pusieron a la UCO en el disparadero. Algo que llamó poderosamente la atención de la joven de orígenes brasileños y que la llevó a replantearse sus metas.

Milene siempre fue una buena lectora, y uno de sus géneros preferidos era el thriller. En su momento leyó *El color de la maldad* y *El aroma del miedo*, las dos novelas policiales escritas por la periodista Miriam Monfort, pareja de Roncero, que narraban lo sucedido de forma real en esos dos casos tan reconocidos. Sin embargo, la verdadera inspiración le llegó cuando tuvo la oportunidad de conocer en persona a la escritora y a su novio en un evento cultural.

Como aficionada a la novela negra, Milene había acudido en varias ocasiones a presentaciones y actos literarios diversos. Fue en el Festival de Novela Policial Getafe Negro, que se celebraba en dicha ciudad del sur de Madrid desde hacía varios años, cuando tuvo la oportunidad de departir con algunos de sus autores favoritos, sus acompañantes y otras gentes del mundillo literario como lectores, blogueros o editores. Aquella fue la primera vez que coincidió con Miriam Monfort y su pareja, pero no sería la última ocasión.

De hecho, gracias a los consejos de Roncero y la exitosa autora de novela policial, decidió por fin embarcarse en su aventura benemérita. Al principio le costó acostumbrarse al pequeño puesto en la sierra madrileña en el que comenzó su periplo, pero con determinación y esfuerzo superó todos los desafíos que se le aparecieron. Después obtuvo otros destinos más jugosos hasta que

le llegó la oportunidad de alcanzar su meta, gracias a una durísima promoción interna. De ese modo pudo acceder a entrar en la sede central de la UCO en Madrid, considerada la élite del cuerpo, con apenas cuatro años de experiencia en la Guardia Civil. Y encima trabajaría con el mismísimo Roncero, algo que la llenaba de orgullo pero a la vez le imponía mucho respeto.

Su jefe, el capitán Roncero, se encontraba en esos momentos en Estados Unidos junto a su pareja, la escritora Miriam Monfort. El oficial de la UCO asistía a un curso impartido en la sede central del FBI en Nueva York, aunque también participaba como ponente en un seminario que contaba con investigadores policiales llegados desde diversos puntos del mundo.

Y como el sargento Andrade estaba de baja médica por enfermedad, su jefe directo se encontraba fuera de España y, además, acababan de terminar con éxito un complicado caso en tierras manchegas, Milene decidió tomarse unos días libres para resetear, descansar y pasar algo de tiempo con su familia en aquel enclave privilegiado a orillas del mar.

Esa mañana, sin embargo, la joven tenía otros planes. Ya había quedado con una antigua compañera de la academia de Baeza, la sevillana Carmen Ramos, en que iría a visitarla a Santoña, en la costa oriental cántabra, destino en el que la joven andaluza trabajaba desde hacía tiempo. Oliveira pretendía pasar el día en la playa, disfrutar de una comida agradable en algún buen sitio y recordar los viejos tiempos con una chica con la que había hecho buenas migas.

Carmen también trabajaba como policía judicial, pero su entorno era mucho más tranquilo que el que ellos soportaban a diario en la UCO. Nada de crímenes mediáticos, secuestros ni atracos violentos, le aseguraba su amiga cada vez que hablaban por teléfono. Y por supuesto, ni rastro de asesinos en serie en una región eminentemente turística en época estival.

Sabía que Ramos estaba a punto de adentrarse en la peor época para ellos, junto a un equipo integrado en el dispositivo organizado

por la Delegación del Gobierno en Cantabria y la Comandancia de la Guardia Civil de Santander. Se trataba de un plan especial de ocio orientado a controlar los posibles altercados en zonas turísticas en un verano de 2022 que se esperaba fuera de gran afluencia de visitantes en la región, sobre todo tras los dos últimos años de pandemia en los que la sociedad había estado más pendiente de otros asuntos.

La sevillana siempre le insistía a Milene para que abandonara la sede central de la UCO y pidiera el traslado a Santoña, donde viviría mucho más tranquila, en un entorno mucho menos agresivo que el de la capital. Carmen también extrañaba su tierra natal en Andalucía, pero ya se había hecho al norte de España y estaba muy a gusto en su trabajo, destino que no cambiaría por nada del mundo.

Ramos no consiguió convencerla para el traslado de puesto, pero al menos le sacó una promesa. Y dispuesta a cumplirla, Milene cogió el coche a primera hora de la mañana y enfiló la autovía A-8 para acercarse a Santoña, en un trayecto de poco más de una hora. Hasta que su móvil, conectado al dispositivo de manos libres del vehículo por costumbre profesional, comenzó a sonar para amargarle el día. Una llamada inesperada que pondría su mundo del revés de una manera que jamás hubiera imaginado.

—¿Oliveira? —preguntó una voz autoritaria que no le apetecía escuchar en esos momentos—. Aquí Antúnez, ¿dónde demonios estás? No encuentro al maldito Roncero, me sale el teléfono apagado, y a ti me ha costado también localizarte.

Milene insufló aire e intentó calmarse para no soltarle una fresca a su superior, el coronel Antúnez, responsable de la UCO desde hacía varios años.

—Estoy de permiso, mi coronel, ¿no lo recuerda? Usted me firmó las vacaciones la semana pasada, me he venido unos días a Cantabria —le informó Oliveira en un tono algo displicente que esperaba que el viejo oficial no notara a través del manos libres—. Y en cuanto a Pablo, quiero decir el capitán Roncero, imagino que

ahora mismo estará durmiendo. En Nueva York tienen seis horas menos, ya sabe…

—¡Maldita sea! —exclamó Antúnez—. No recordaba lo del FBI, si es que uno no puede estar en todo. Así que tendrás que servirme tú, no te queda otra. Siento joderte las vacaciones, este trabajo es así. Ya lo sabías cuando te incorporaste, imagino que no te sorprenderá. ¿Has dicho Cantabria?

Notaba al coronel un poco más alterado de lo habitual, aunque su tono autoritario y su manera de tratar al personal no variaba ni un ápice. Milene suspiró al saber que tendría que obedecer, sin imaginar el marrón de cuidado que estaba a punto de caerle encima.

—Sí, mi coronel, estaba en Suances con mi familia, pero ahora mismo me pilla usted conduciendo, iba a pasar el día en Santoña con una antigua compañera que…

—¿En Santoña? —le interrumpió Antúnez—. Joder, menos mal, una buena noticia al menos en esta mañana de mierda. Acelera y plántate en el cuartel de Santoña lo antes posible. Pregunta por el teniente Gálvez, ya he hablado con él.

—Pero mi coronel, no llevo maleta, neceser ni ropa adecuada. Pensaba pasar un día de playa con una amiga y yo…

—Apáñatelas como puedas, Oliveira, no me cabrees. Tenemos un problemón importante en la región y quiero que te conviertas en mis ojos y mis oídos en esta investigación. Te están esperando en Santoña, así que no pierdas más el tiempo.

—A sus órdenes, mi coronel —respondió la joven, intranquila—. ¿Se puede saber de qué se trata? Imagino que algo grave ha sucedido si…

—Prefiero no comentar nada por teléfono, te pondrán al día cuando llegues —dijo Antúnez cortante—. Ya que tus compañeros están fuera, tendrás que apechugar con la situación, espero que te portes. Deja bien alto el pabellón de la UCO, no me falles. Y me reportas directamente a mí, aunque allí tengas que ponerte a las órdenes de Gálvez.

—Por supuesto, no se preocupe. Me queda menos de media hora para llegar, más tarde le informaré de lo que averigüe.

—Así me gusta, muchacha —replicó el veterano oficial—. Es una oportunidad para ti, no la cagues. Roncero dice que tienes madera para esto, tendrás que demostrármelo en circunstancias adversas y jugando fuera de casa. Creo que eres una mujer de recursos, espero que no nos defraudes.

Milene se despidió de su superior con un nudo en la garganta. Se enfrentaba a una situación peliaguda, fuera del entorno que conocía como miembro de un equipo consolidado. Y para colmo de males, se iba a presentar en el puesto de Santoña con ropa playera y en una situación poco halagüeña, como enviada desde la central a una unidad de policía judicial que preferiría no sufrir injerencias externas en su investigación.

Esperaba que, al menos, su amiga Carmen pudiera echarle una mano y hablarle bien de ella al teniente Gálvez. Vestida con un short arriesgado y una camiseta de hombreras, con el único equipaje a mano de una mochila con solo lo necesario para un día de playa, Milene no sabía cómo se las iba a arreglar en Santoña si el caso se alargaba. Tendría que comprar ropa en alguna tienda, ya que la diferencia de altura con su amiga no le permitiría a Carmen prestarle ninguna prenda mientras tanto.

Justo en ese momento le entró otra llamada en el móvil, en la que la sevillana se disculpaba por tener que cancelar los planes para ese día. Al parecer había algún problema importante en la comarca y su responsable había suspendido todos los permisos.

—No te preocupes, Carmen, voy para Santoña de todas formas. Mi jefe me ha enmarronado a mí también y pretende que me plante en vuestro puesto para ayudar en el caso, tengo que presentarme ante el teniente Gálvez. Nos vemos allí en veinte minutos o poco más, a ver si me sacas de dudas cuando llegue.

La joven andaluza pareció sorprenderse ante la noticia, pero no añadió nada más, ya que estaba accediendo al edificio de la Benemérita tras perder su día libre. En unos minutos ambas saldrían

de dudas ante lo que supondría un caso mucho más complicado de lo que pensaban.

Poco después, Milene llegó ante la puerta del cuartel de Santoña, donde se identificó como compañera de la UCO y aseguró que el teniente Gálvez la estaba esperando. El guardia de la entrada, tras una mirada valorativa que no le gustó nada, quiso despacharla de forma destemplada. Milene se cabreó por la situación, aunque sabía que su exuberancia física y el atuendo inapropiado podían darle problemas. Así que tuvo que insistir, amenazando con llamar a su superior, el coronel Antúnez, si no le abrían inmediatamente la cancela y le permitían reunirse con el oficial al mando, según las órdenes que había recibido.

El guardia reculó y le permitió pasar tras una llamada telefónica en la que le confirmaron que esperaban la visita de la cabo Oliveira. El tipo terminó por cuadrarse y saludar a una suboficial de mayor rango antes de abrir la cancela, hecho que Milene disfrutó aunque fuera apenas un segundo. Con lo fácil que hubiera sido hacer esa llamada desde un principio, pensó al atravesar la zona de aparcamiento con su vehículo. El mundo no iba a cambiar a esas alturas, aunque algunos comportamientos humanos seguían sorprendiéndola de todos modos.

—No esperaba que nos encontráramos en estas circunstancias, larguirucha —la saludó Carmen Ramos a la entrada del complejo, donde había salido para recibirla—. Aunque la verdad es que me alegro de verte.

Milene se fundió en un leve abrazo con su amiga, contenta por saludarla, pero con una leve angustia en el estómago ante lo que estaba por llegar.

—¿Puedes contarme algo de esta historia? Antúnez no me ha dicho nada y estoy algo perdida. Por no hablar de mi atuendo…

—Estás estupenda, Milene, no te preocupes. Y al que no le guste, que no mire. Nosotras no tenemos la culpa de que nos jodan el día de playa, tendrán que acostumbrarse —dijo Carmen—. En cuanto al

caso, ahora nos reunirán para contarnos todos los detalles. Bueno, pensándolo mejor, acompáñame un momento.

—Pero…

—Ven conmigo al vestuario de mujeres, será solo un segundo. Tengo un polo oficial en la taquilla y un pantalón táctico que te puede valer. No es alta costura, pero te sacará del paso.

En tres minutos, Milene se deshizo de los shorts y la camiseta de hombreras. El pantalón le quedaba un poco corto de pernera, pero al menos le daba un aspecto funcional. Se ajustó el cinturón con el arma que le facilitaron en el armero y se recogió el pelo a lo afro con un pañuelo. Cuando salió al encuentro del teniente Gálvez, no parecía una enviada especial de la UCO, pero al menos sí una policía judicial de servicio.

La entrada de Milene en el cuartel de Santoña fue menos espectacular de lo que esperaba. Al menos, sus largas piernas ya no iban embutidas en un minishort vaquero, y había recuperado algo de su compostura habitual en el trabajo.

—Bien, ya estamos todos, no hay tiempo que perder. Imagino que eres la cabo Oliveira, ¿verdad? —dijo el que parecía el oficial al mando.

—Sí, mi teniente. Yo…

—Tranquila, ya me ha puesto al corriente Antúnez, luego hablamos con más calma. Sé que conoces a Ramos, así que mucho mejor para todos. No voy a negar que me toca un poco las narices que venga nadie de la capital a inmiscuirse en nuestras cosas, pero tampoco quiero cabrear al coronel, sé cómo se las gasta. Además, puede que la visión de alguien de la UCO nos ayude en este caso, que parece torcido desde un principio. Los de arriba comenzarán a ponerse nerviosos en breve, ya os lo aviso. Así que vamos al tajo. Acompañadme todos, por favor.

A Milene le agradaba el trato informal entre compañeros, siempre respetando el rango, por supuesto. No tenía la suficiente confianza para interpelar directamente al teniente, un Gálvez que parecía preocupado, con un rictus tenso que puso en alerta a la compañía.

Pero su amiga no tuvo tantos miramientos y se lanzó a la piscina sin dudarlo.

—¿Qué ocurre, mi teniente? —preguntó Ramos—. Creo que los compañeros de Galizano han encontrado algo en Bareyo.

—Efectivamente, así es. Más concretamente en La Ojerada, en las famosas cuevas de Ajo, dentro del término municipal de Bareyo. Al parecer han aparecido allí dos cuerpos sin vida, no os puedo avanzar mucho más. Preparad los vehículos y salimos enseguida para allá.

Milene no sabía a lo que se referían con lo de las famosas cuevas, y sin embargo le sonaba el nombre de La Ojerada de haberlo visto entre los sitios dignos de visitar en la comarca. Carmen le hizo un gesto como que ya se lo explicaría ella más tarde, por lo que se dirigieron hacia el aparcamiento para recoger los vehículos.

El teniente recibió entonces una llamada, les pidió un momento a los compañeros y atendió el teléfono. El gesto circunspecto del oficial se fue tornando cada vez más grave, por no hablar del tono macilento que su rostro había adoptado de repente. Contestó con monosílabos delante de sus subordinados y colgó enseguida el móvil, mientras los allí presentes aguardaban expectantes a su explicación.

—Merino, busca al sargento Navarro y os vais para allá cagando leches en el vehículo oficial. Y tú, Ramos, vete también con Oliveira para que vea cómo trabajamos por aquí. Puedes pillar un coche sin distintivos, no hay problema. Quiero que os coordinéis con los compañeros de Galizano y montéis un buen dispositivo para que no pueda acceder nadie al escenario. Yo iré en cuanto pueda, tengo que atender primero unas llamadas.

—¿Y los de Criminalística? —preguntó entonces Merino.

—Dile a Navarro que lo coordine él. Y que me llame en cuanto estéis en carretera para que le cuente novedades, si es que no me pilla comunicando. Tengo que hablar también con el juez de guardia y con Delegación de Gobierno, menudo pifostio se va a montar.

Tanto Merino como las jóvenes guardias civiles tenían muchas más preguntas al respecto, pero no querían hacer enfadar al oficial al mando, al que se veía más estresado de lo normal. En unos minutos llegarían al lugar del suceso y averiguarían lo que había pasado.

—Vámonos de aquí, Milene, el jefe está a puntito de explotar —le dijo Ramos en voz baja a la última persona en incorporarse al equipo.

4
Un caso peliagudo

Madrid, 8 de junio de 2022

La rueda nunca deja de girar y el mundo no se para, por mucho que a uno le pese después de tantos sinsabores. Ese fue el primer pensamiento que le vino a la mente al despertarse a Francisco Bermejo, antiguo inspector de la UDEV, que ahora trabajaba como asesor especial del Ministerio del Interior. Un puesto a caballo entre la labor técnica y la política, aunque la diplomacia no fuera el punto fuerte del policía retirado y odiara con todas sus fuerzas los tejemanejes de las altas esferas.

En una mañana luminosa de junio, Bermejo se preparó para una jornada que no presentaba complicaciones a priori. Tenía una reunión a primera hora con Mardones, su antiguo comisario en la UDEV y viejo amigo desde hacía muchos años, aunque acababa de recibir un mensaje posponiendo la cita hasta el mediodía. Mardones había ido ascendiendo en el escalafón de la Dirección General de la Policía, pasando por diferentes cargos, hasta alcanzar uno de los rangos más altos a los que podía aspirar dentro del ministerio.

Bermejo sonrió a su pesar cuando recordó el final de la primavera en Aranda de Duero junto a Macarena, en aquel cada vez más lejano año de 2019. Aquellas semanas en el balneario situado al lado del monasterio de la Vid, mientras la jueza realizaba todo tipo de terapias para recuperarse del ataque de Álex Barreiro, fueron un pequeño bálsamo para sus heridas, cuando quiso creer que su mundo se venía abajo tras un operativo que no salió del todo perfecto.

Nunca pudieron cumplir la promesa que hicieron allí junto a sus amigos, la pareja formada por el oficial de la UCO Pablo Roncero y Miriam Monfort, la periodista reconvertida en escritora de éxito, en

una agradable sobremesa que siempre añoraría. Quedaron en repetir todos los años, antes de que comenzaran los fuertes calores del estío, una comida de hermandad en Aranda recordando los viejos tiempos. Disfrutar de un buen lechazo, regado con un tinto de Ribera y acompañado de gente a la que quería, era algo que satisfacía enormemente a Bermejo. Y entonces llegó el maldito año 2020.

Bermejo llevaba meses desubicado, preocupado por el estado de salud de la jueza Velasco mientras dejaba en suspenso su labor como policía tras solicitar una excedencia por cuidado de familiares. Una vez repuesta Macarena de sus dolencias, no al cien por cien pero sí bastante recuperada, fue hora de buscar qué hacer con su vida. Maca quería volver también a sus rutinas, aunque fuera en un cargo de menos responsabilidad que en su anterior puesto en la Audiencia Nacional, por lo que él no podía ser menos.

No le tentaba demasiado el paso a la segunda actividad, aposentándose en un puesto administrativo que le sumiría en una depresión antes de que llegara siquiera a percatarse. Él era un hombre de acción, un policía de la calle, aunque los años, los kilos y los problemas de todo tipo le hicieron darse cuenta de que ya no estaba para esos trotes.

En esos largos meses de convalecencia de Macarena, Bermejo se acostumbró también a leer algunas viejas novelas de detectives que aún atesoraba y comenzó además a interesarse por autores de novela negra más modernos, como la misma Miriam Monfort. Todos acabaron muy satisfechos por la labor conjunta realizada en Aranda para desenredar la trama formada por el Gremio, pero Bermejo se encontró fuera de lugar. Él no había podido ayudar en casi nada y se sentía ofuscado, aunque se alegró por el papel que Macarena y Miriam tuvieron en la resolución del caso.

Así que llegó a plantearse de forma muy seria la opción de abrir en un futuro su propia agencia de investigadores privados, seguro que trabajo no le iba a faltar. No tendría el glamour de las películas de Hollywood, sabía a lo que se exponía como labor detectivesca en

el ámbito español, pero la pareció una buena opción para seguir formando parte activa de la sociedad.

También llegaron a ofrecerle algún puesto como responsable de seguridad en varias empresas, pero no le llamaba tanto la atención. Y eso que los emolumentos y el horario serían mucho mejores que como futurible detective privado, aparte de dejar a un lado los problemas legales al trabajar por cuenta ajena, y no como autónomo si abría su propio negocio.

Macarena le ofreció una tercera vía que no había considerado hasta la fecha: tirar de contactos y buscar un puesto de responsabilidad en el Ministerio del Interior bajo el paraguas de su amigo Mardones. A Bermejo no le gustó la idea en un principio, y menos si se trataba de que le dieran casi a dedo un puesto de libre designación. Tras más de treinta años de servicio al ciudadano como policía, no le convencía esa función como trabajo previo a su jubilación, aunque le prometió a Macarena pensárselo y hablar con Mardones para tantear las diferentes posibilidades.

Una conversación que tuvo lugar a finales de ese mismo verano, pero el antiguo comisario reconvertido en político le pidió algo de tiempo. Se encontraban en precampaña electoral ante la inminente repetición de las elecciones generales, por lo que el inspector tendría que armarse de paciencia para tratar con calma ese tema. Mardones aspiraba a un alto cargo, con una labor bastante más política que la que llevaba hasta entonces en el ministerio, ofreciéndole a Bermejo la posibilidad de buscarle un acomodo mucho mejor si finalmente se hacía con el puesto.

Bermejo se desesperaba en la casa que compartía con Macarena en su elitista vecindario del Parque del Conde de Orgaz, por lo que al final tiró por una solución intermedia mientras aclaraba las ideas. No podía seguir sin hacer nada, y menos cuando la jueza se reincorporó a un puesto sin tantas responsabilidades en el Tribunal Superior de Justicia de la Comunidad de Madrid. Así que no le quedó más remedio que claudicar y apechugar con la situación, incorporándose a su antigua unidad pero en un puesto de corte administrativo, dentro del complejo policial de Canillas.

El partido político en el poder consiguió sacar adelante la investidura y se sucedieron unas semanas de dimes y diretes. Al final, Mardones consiguió su ansiado ascenso y fue nombrado secretario de Estado de Seguridad, a la sazón el número dos de un ministerio tan importante como el de Interior. Bermejo sabía que tenía pendiente una conversación con él, pero con la vorágine de esas semanas, recién comenzado el año, lo fue posponiendo hasta que ya fue demasiado tarde.

El pase a segunda actividad no le sentó especialmente bien al antiguo inspector, y aparte de todo, tampoco tenía mucho ánimo debido a los acontecimientos que se estaban desarrollando en todo el mundo. Bermejo no contaba con redes sociales ni se dejaba influenciar por las modas, pero al final uno acababa enterándose de todo. Y entre lo que comentaban los compañeros más jóvenes de la unidad, lo que le contaba Macarena y lo poco que veía en prensa y televisión, Bermejo acabó por preocuparse de verdad.

Las noticias provenientes de China eran cada vez más desalentadoras y, tras ver unos vídeos sobre la situación en Corea del Sur, Bermejo llegó a la conclusión de que en Europa llegábamos tarde para controlar una epidemia que se cernía como un buitre gigantesco sobre toda la humanidad. Algún que otro policía en Canillas también había visto esos videos y estaba de acuerdo con su opinión. De hecho, comenzaron a escucharse voces de alarma en su entorno, alertando sobre lo que podía llegar a suceder, aunque la mayoría pensara que exageraban. Incluso tuvo discusiones acaloradas con compañeros que le afeaban su comportamiento, como si hablar del problema en voz alta atrajera la desgracia.

China parecía muy lejana, pero cualquiera con un poco de sentido común sabría que en un mundo tan globalizado la propagación de la epidemia sería inevitable. Tras hablarlo con calma con Macarena, ambos llegaron a la misma conclusión, recordando incluso escenas de películas famosas que trataban temas parecidos. Imágenes de *Estallido*, con Dustin Hoffman y Morgan Freeman, o la también conocida *Contagio*, con Matt Damon, Kate Winslet y Jude Law, se le venían indefectiblemente a la cabeza. Y la realidad se

empeñaba muchas veces en superar a la ficción, algo que terminarían por descubrir de la peor manera posible.

El inspector fue de los primeros en contagiarse en su unidad, a primeros de marzo. Llevaba unos días encontrándose mal, con algo de fiebre, pero lo achacó a las pocas ganas que tenía de trabajar en su nuevo puesto, al estrés general en el que se encontraba la sociedad ante la llegada del Covid-19 y a un resfriado mal curado. Bermejo no había estado en una situación de riesgo ni conocía a nadie contagiado, aunque no podía estar del todo seguro. Meses después averiguó que un compañero había tenido contacto estrecho con un aficionado al fútbol que asistió en Milán al dichoso partido de Champions entre el Atalanta de Bérgamo y el Valencia el 19 de febrero. Un evento desafortunado en el que los expertos asegurarían después que miles de personas se contagiaron para crear una auténtica bomba vírica, detonante del estallido de casos en Italia y España a partir de marzo.

Su jefe le ordenó que se fuera a descansar tras ver su rostro macilento en una tarde que nunca olvidaría. Bermejo obedeció, sin ganas de dirigirse directamente a su domicilio donde quizá pudiera contagiar a Macarena y, en su lugar, encaminó primero sus pasos hacia las urgencias del hospital de La Paz. Sin embargo, la situación caótica que encontró a su llegada le hizo reconsiderar su postura.

Lo que se veía en televisión o se leía en las noticias palidecía en comparación con la realidad. Decenas de personas se agolpaban en Urgencias exigiendo atención médica, algunas en estado crítico. Mientras tanto, los sanitarios se afanaban por atender a los enfermos con sus precarios medios, expuestos a la carga viral de un enemigo que en aquellos días nadie sabía cómo combatir.

Bermejo se dirigió después a una clínica privada que conocía, situada cerca de su trabajo, a la que había acudido en alguna ocasión gracias a la aseguradora con la que contaba gracias al concierto que los funcionarios del Estado tenían con MUFACE. Pero allí la situación también amenazaba con desbordarse. Habló con un médico que le recomendó regresar a casa y no acudir a un hospital a

no ser que la situación empeorara mucho, no pudiera respirar y tuvieran que aplicarle otro tipo de medidas más drásticas.

El policía se asustó mucho y se recluyó en casa, donde iban bien surtidos de paracetamol y sobres de sopa, tristes aliados con los que esperaba sobrellevarlo mejor. Avisó a Macarena de la situación para que se buscara otro alojamiento en esos primeros días, por si acaso, ya que no quería contagiarla. La jueza se encontraba mucho mejor, casi recuperada al cien por cien tras su propio calvario personal, pero Bermejo no quería que enfermara. No sabía cómo podía reaccionar a un virus respiratorio que todavía estaban investigando alguien con los pulmones afectados por otras dolencias como Maca. Mejor curarse en salud, no quería cargar sobre su conciencia con algo así.

Evidentemente, la jueza no le hizo ningún caso y quizá adornó con una pequeña mentira su excusa para regresar a casa. Ella también comenzaba a presentar algún síntoma leve, le aseguró, y mejor pasar esos primeros días juntos, atentos el uno al otro, por lo que pudiera suceder. Allí estarían bien y siempre podían llamar a una ambulancia en caso de empeorar la situación.

No querían alertar a familiares y amigos en un momento en el que ni siquiera sabían con certeza si alguno de los dos se había infectado con el maldito virus. Sin querer minusvalorar su estado, Bermejo asumió que tal vez en su caso sí fuera positivo, ya que comenzó a sentirse peor. Por el contrario, Macarena parecía lozana, sin rastro de enfermedad en su organismo, por lo que el policía supo que ella le había engañado para regresar a casa y cuidarle.

Los síntomas y el pensamiento racional le decían que no podía ser cierto, por mucho que el corazón quisiera contradecirle. Sin embargo, la fiebre no cedía, la saturación de oxígeno no mejoraba y cada vez le resultaba más difícil respirar y mover su corpachón con la energía habitual. Así que Macarena tomó las riendas y decidió mover ficha.

Ambos contaban con su seguro médico privado y la jueza hizo algo que había escuchado en las noticias. Tras llamar a una de las

clínicas concertadas, intentó conseguir que algún sanitario preparado acudiera a su domicilio para evaluar la situación. Cuando logró contactar le enviaron a un médico pertrechado con un EPI rudimentario que le confirmó sus peores presagios. El sanitario, tras explorarles y valorar sus síntomas, sospechó de neumonía bilateral por COVID en el caso de Bermejo y le indicó ingreso inmediato hospitalario. La jueza también dio positivo en el test, pero de momento parecía asintomática.

Al final, Bermejo acabó ingresado en el hospital de La Paz, aunque al principio parecía que su situación no era de las más peliagudas. Ya era *vox populi* que muchos enfermos acababan intubados por el maldito virus, utilizando uno de los escasos respiradores que por aquella época se encontraban tan demandados. Y llegados a ese estado, los contagiados rezaban para lograr despertar de una situación que en multitud de ocasiones se transformaba en irreversible.

El policía tenía pánico a acabar así, sin tan siquiera poder hablar o despedirse de Macarena debida a las duras restricciones por una pandemia que cada día les traía noticias más devastadoras. Lo último de lo que fue consciente fue saber que Macarena había comenzado con síntomas leves pero se encontraba bien. Hasta que llegó el momento en el que los médicos le aseguraron que no había vuelta atrás. Le iban a sedar e intubar en unos minutos, provocándole un coma inducido en la UCI, por lo que luchó y pataleó para que le dejaran despedirse de Macarena. Al final lo consiguió gracias a una videollamada desde el hospital, sin saber si llegaría a despertarse para disfrutar una vez más de aquella cálida sonrisa y esos ojos que lo decían todo solo con mirarte.

Su situación fue variando con el paso de los días, mientras los sanitarios monitorizaban sus constantes. Dos semanas después de sedarle e intubarle, cuando vieron que la saturación de oxígeno se estabilizaba, se reducía la necesidad de respiración asistida y sus órganos parecían responder casi con normalidad, sin ninguna disfunción orgánica crítica, procedieron a despertarle del coma inducido para ver su reacción. El organismo de Francisco Bermejo se

comportó mejor de lo que esperaban y los médicos respiraron aliviados. Había pasado la fase más aguda.

En esos primeros minutos de confusión, Bermejo se dio cuenta de que podía respirar por sus propios medios, pero todavía con algo de dificultad. Una especie de niebla mental se había apoderado de su cerebro, aunque tras la experiencia de encontrarse en un limbo terrenal tan poco acogedor decidió que no le importaba pagar un pequeño precio por recuperar sus viejas sensaciones. Había regresado de la muerte y estaba dispuesto a luchar para salir de allí lo antes posible, pero entonces recibió un mazazo inesperado que le dejó más tocado que el maldito virus.

Cuando quiso recuperar su teléfono o que algún sanitario le ayudara a llamar a Macarena para darle la buena nueva de su resurrección, solo le dieron largas, sin más explicaciones. Bermejo no se encontraba en su mejor forma y no podía abroncar a nadie con el hilo de voz que apenas asomaba por su garganta. Así que pidió que le explicaran lo que allí sucedía. Solo quería saber la verdad, sin paños calientes. Aquellos ojos huidizos que conseguía ver en los rostros agotados de los médicos, mientras el resto de sus facciones permanecían tapadas gracias a los nuevos equipos EPI proporcionados en el hospital, no le daban buenas vibraciones. Así que insistió, hasta que logró su objetivo.

Cuando llegó el jefe de planta y le comunicó la cruel noticia no pudo creerlo. Pensó que se encontraba todavía en ese purgatorio de dolor del que acababa de salir, en ese coma en el que su cuerpo acabó suspendido mientras su organismo batallaba contra la enfermedad. Era imposible, no podía ser verdad. Seguramente la bruma mental que le envolvía no le permitía captar bien las palabras del médico.

—Lo siento mucho, inspector, pero no tengo buenas noticias…

Bermejo apremió al doctor para que continuara, aunque en el fondo ya sabía lo que le iba a decir.

—Lamentablemente, la jueza Velasco también cayó enferma de Covid y no pudimos hacer nada por salvarla. Dada la situación basal

de su organismo, con el aparato respiratorio todavía comprometido por el problema previo que tuvo hace tiempo, derivó en un empeoramiento general a una gran velocidad. Pasó de encontrarse bien, solo con síntomas leves, a necesitar un respirador que ni siquiera toleró debido a su precario estado. Falleció de camino a la UVI, no tuvimos tiempo material de intentar revertir la situación.

Bermejo se había intentado incorporar en la cama al escuchar al médico, pero aquel terrible golpe lo dejó desmadejado de nuevo sobre el lecho. Se vio anegado por las lágrimas sin apenas darse cuenta, en un momento en el que ni siquiera fue capaz de gritar de dolor, de desahogarse ante una resolución tan cruel. Macarena se había ido para siempre, sin que pudiera darle un último beso o abrazo, dejándole en la ruina más absoluta.

Y entonces le llegó el golpe definitivo, el martillazo que lo sumió en un pozo sin fondo del que le costaría salir. Su mente todavía difusa comenzó a divagar, pero sus pensamientos se dirigieron hacia una única dirección: aquello era culpa suya, él había matado a Macarena. Seguramente la jueza se contagió en casa al compartir espacio ambos, y debido al precario estado de su organismo, no tuvo opción alguna de luchar por su vida ante un enemigo tan implacable.

Bermejo intentó ahuyentar esos pensamientos de su cabeza en el presente, dos años después, tras superar con mucho esfuerzo un varapalo del que no creía poder recuperarse. Sobre todo en el aspecto anímico, ya que en un principio se negó a recibir atención especializada. El policía no tenía ganas de vivir, no veía la luz al final del túnel y prefería poner fin a su sufrimiento. No salía de la cama, se negaba a comer y ni siquiera se duchaba. Estaba dispuesto a dejarse llevar, pues le resultaba imposible continuar bajo esas circunstancias. Pero sus seres queridos no se lo permitieron.

Solo la insistencia de sus hijos, además de las palabras de sus amigos Miriam Monfort y Pablo Roncero, que ya habían superado sus propios demonios personales con terapia, consiguieron doblegar su sinrazón. Ellos conocían bien a Macarena y afirmaban que ella hubiera querido que Bermejo saliera y siguiera adelante, ya que

todavía le quedaba mucho por lo que luchar. Y aunque la pobre Maca no tuvo la despedida que se merecía en una época terrible que todo el mundo quería olvidar, Francisco Bermejo le hizo una promesa que ella jamás escucharía, afirmando que al menos lo intentaría.

Tampoco le fue mucho mejor en el aspecto puramente físico. Varios meses después, supuestamente recuperado, intentó regresar a sus funciones para no volverse loco en una casa que ya estaba a la venta. Kiko, el hijo de Macarena, le contó las disposiciones tomadas en vida por su madre, informándole de lo que aparecía en el testamento.

Macarena le había dejado en herencia a su hijo la cuenta corriente, sus acciones y la casa de Conde de Orgaz. A Bermejo, aparte de algunas obras de arte, muebles y objetos personales, le legaba también su ático de Valencia, un inmueble que nunca llegó a vender. Aquella casa situada junto a la Ciudad de las Artes le traía al policía muchos recuerdos de diferente signo, ya que fue el lugar en el que verdaderamente acabó por enamorarse de una jueza con la que había vuelto a cruzarse en su vida gracias a los avatares del destino.

Así que Bermejo regresó a su último domicilio sabiendo que sería por poco tiempo. Llegó a un acuerdo con Kiko para permanecer allí hasta encontrar algo decente donde vivir, poniendo él mismo a la venta el ático de Valencia. Con lo que sacó por aquel piso pudo comprarse un apartamento más que adecuado en el barrio de Tetuán e incluso le sobró algo de dinero para ir tirando. No quería pasar más tiempo en el domicilio que había compartido con Maca, los recuerdos le agobiaban y las paredes parecían caérsele encima. Pronto se mudó a su nueva adquisición, decidido a seguir adelante aunque no le apeteciera lo más mínimo.

Pero los numerosos síntomas de algo que las autoridades médicas comenzaban a llamar Covid persistente convirtieron aquello en una misión casi imposible. Si no se trataba de problemas motores o neurológicos, aparte de la fatiga y el cansancio extremos que le acompañaban a todas partes, eran otro tipo de dolencias menores las que acabaron por amargarle la existencia.

Durante su convalecencia había recibido la visita de viejos amigos, camaradas y compañeros de trabajo. Como en el caso del doctor Carmona, el forense recién jubilado con el que había compartido algunos de sus casos más sonados. O Aguado, otro policía retirado con el que coincidió en muchas ocasiones, gracias a su innegable trabajo al frente de la policía científica.

Pero el que le metió más caña fue su antiguo comisario y amigo desde hacía muchos años, el ínclito Mardones. El flamante nuevo secretario de Estado tenía muchos planes para Bermejo, por lo que le apremió para que siguiera las directrices de médicos y psicólogos, ya que le necesitaba a su lado como en los viejos tiempos.

Bermejo era reticente a trabajar en un despacho ministerial, pero Mardones se lo presentó de tal manera que no le quedó más remedio que aceptar. Tras jubilarse con honores de la Policía Nacional como inspector destacado de la UDEV durante tantos años, recibió una placa conmemorativa y algunos regalos más personales de quienes le apreciaban, en una improvisada fiesta de despedida en el complejo de Canillas. Durante la celebración, no pudo evitar que se le escaparan algunas lágrimas.

Pasó a depender de forma directa del secretario de Estado de Seguridad en un puesto que fue adaptando a su especial idiosincrasia, tirando más por la parte técnica que mejor conocía por su labor policial y llevando la parte diplomática y política como mejor le convenía. Como asesor especial del Ministerio del Interior en materias de seguridad, Bermejo tuvo que hacer frente a problemas de diversa índole que intentó resolver de la mejor manera durante los coletazos finales de la pandemia, cuando por fin pudo retomar su vida y olvidarse de los sinsabores sufridos.

Lo que no se esperaba era la tarea que esa mañana le iba a encargar el maldito Mardones, al que el paso de los años no le impedían seguir tocándole las narices con trabajos que siempre le metían en numerosos problemas.

El político fue al grano al comenzar su reunión matutina, parecía que no tenía tiempo que perder.

—Buenos días, Paco. Tenemos un marrón importante entre manos y te necesito sobre el terreno para que dejes muy clara la postura del ministerio. Yo no puedo dejarme ver en este caso, pero te daré plenos poderes para actuar.

—¿De qué se trata esta vez? Miedo me das, esa cara ya la he visto yo en otras ocasiones y siempre me ha traído problemas.

—No te voy a mentir, esto es muy gordo y nos puede explotar en la cara. Todavía no ha trascendido a los medios, pero mucho me temo que es fácil que se nos vaya de las manos. Prepara la maleta, sales cagando leches para Bilbao.

—Vaya, no me esperaba ese destino. Y seguro que no tiene nada que ver con una visita gastronómica, ¿verdad?

—Mucho me temo que no, amigo. ¿Te acuerdas de Jon Orbea, el antiguo inspector de la Ertzaintza con el que coincidiste alguna vez?

—¿Orbea? —Bermejo tardó en ubicar al personaje hasta que sus neuronas hicieron sinapsis y le retrotrajeron a un complicado dispositivo en el que la Policía Nacional colaboró en los años noventa con la Ertzaintza en el mismo centro de Bilbao—. Sí, ya lo recuerdo, un tipo noblote con un pronto terrible. Me pareció un buen policía y creo que trabajamos bien juntos, dentro de lo que cabe al menos, en aquel operativo endiablado. ¿Qué tripa se le ha roto ahora?

—Orbea es actualmente el comisario principal de Erandio, la sede central de la Ertzaintza en Vizcaya. Tienen un problemón gordo entre manos y creo que te recibirán de uñas, aunque ya le he avisado de tu llegada, recordándole que tu presencia allí es innegociable. El Ministerio del Interior tiene que estar presente en una investigación tan importante, que puede afectar a las altas esferas, y además, en la que se verán obligados a trabajar con otro cuerpo de seguridad del Estado.

—¿En serio?

Cuando Mardones le explicó la situación y le entregó una carpeta con información adicional, el inspector retirado suspiró perceptiblemente. Aquel caso auguraba problemas desde un principio y esa parecía ser su especialidad. No le quedó más remedio

que hacer de tripas corazón y preparar su viaje para Bilbao esa misma tarde.

—Mantenme informado, Paco. Y contrólame allí a las tropas, que no se nos desmanden ni se saquen los ojos entre ellos. Todos nos jugamos mucho, te puedes hacer una idea.

—Se hará lo que se pueda, jefe. Lástima que el bueno de Roncero no esté ahora en España, seguro que con él a bordo todo sería más fácil.

—Ya conoces a Antúnez, seguro que tiene un as en la manga y se busca las mañas para tocarnos las narices a todos. El viejo coronel no se va a quedar de brazos cruzados en un asunto como este, espero que no os dé muchos problemas.

—Tenía que haberme jubilado del todo, soy idiota. Con lo bien que podría estar yo ahora mismo en la costa mediterránea, disfrutando de un cóctel sin pensar en peligrosos psicópatas ni asesinos imaginativos. Ya estoy mayor para esto, apiádate de mí.

—Menos historias, Paco, y al tajo. Espero un informe completo esta misma noche o mañana a primera hora a más tardar. Ten cuidado y suerte en tu misión.

—Bueno, iré viendo sobre la marcha. Tendré que armarme de paciencia, imagino que los ánimos se encontrarán caldeados por el norte. Ya te contaré, jefe. *Agur*.

5
Las reglas del juego

Bilbao, 7-8 de junio de 2022

Tampoco resultó perfecta la siguiente operación. Tras estudiar los movimientos del hijo de Labarrieta, planeó secuestrarlo cuando saliera de ver a su abuela en la Misericordia. Pero no contó con un pequeño inconveniente. Ese día, el chico se había retrasado en su visita a la residencia de ancianos, por lo que cuando le interceptó en la calle no iba solo, como era su costumbre a esas horas de la tarde, sino acompañado de su abuela, y tuvo que improvisar, algo en lo que no era muy habilidoso.

Le aplicó una llave inmovilizadora al joven y lo cargó en la parte trasera del vehículo. Tuvo que llevarse también a la anciana antes de que gritara, otro inconveniente que no había tenido en cuenta. Ató las muñecas y los tobillos de sus víctimas con bridas de plástico, los amordazó y se marchó a toda velocidad, sabiendo que había llamado la atención de varios transeúntes. No le preocupaba en exceso ser captado por alguna cámara de tráfico o el móvil de cualquier paseante. Iba vestido de negro, con ropa táctica, una gorra oscura calada y una mascarilla quirúrgica negra que le ocultaba medio rostro. Aunque ya no eran obligatorias, todavía se veían con frecuencia por las calles de Bilbao, lo que le permitía camuflarse a plena vista. Conducía además una anodina furgoneta sin distintivos de la que se desharía a la menor oportunidad.

Al muchacho le había hecho una llave que lo dejó inconsciente, por lo que no le causó problemas durante el trayecto, pero la anciana pataleaba en el interior de la furgoneta y farfullaba a duras penas con la mordaza en la boca. Al rato la mujer se calló y por fin pudo concentrarse en la conducción. Tenía miedo de equivocarse en el camino, llamar demasiado la atención, saltarse algún semáforo o

tener algún incidente de tráfico por no ir atento a la carretera. Continuaba utilizando la visera de la gorra y la mascarilla para evitar que su rostro fuera identificado por alguna cámara de tráfico durante el trayecto, manteniendo el parasol bajado para entorpecer cualquier ángulo de visión frontal, pero si alguien le detenía, iba a tener un problema mucho más grave.

El mismo que se le planteó cuando llegó a su destino, una nave abandonada con la que nadie podría relacionarle. Al detener la furgoneta y abrir la puerta se llevó una sorpresa inesperada. El chico se desperezaba, por lo que lo sacó de allí en brazos y lo depositó encima de una silla tras quitarle las bridas de tobillos y muñecas. Le estaba atando a los travesaños de la silla con una gruesa maroma cuando tuvo un mal presentimiento y terminó la tarea a la carrera, lo que resultó ser un error que se sumó a otro aún más grave. Cuando fue a preocuparse de la señora, comprobó que no respiraba.

Depositó a la mujer encima de una mesa medio carcomida que encontró al final de la nave y le quitó las bridas y la mordaza. Los labios de la anciana se amorataron y su pálido tono de piel se blanqueó todavía más. Luego le tomó el pulso y no lo encontró, lo que le hizo entrar en pánico. Intentó hacerle la reanimación cardiopulmonar e incluso llegó a insuflarle aire por la boca para resucitarla, pero todos sus esfuerzos fueron baldíos. Estaba muerta.

Sin saber qué hacer, nervioso por lo ocurrido, el criminal no se percató de que el joven se había soltado de su amarre en la silla y se dirigía hecho una furia hacia él.

—¡Maldito cabrón! —gritó el chico tras quitarse la mordaza —. Has matado a mi *amama*, desgraciado…

El ataque furibundo le pilló desprevenido y recibió un fuerte golpe en el pecho tras el empellón recibido. Nada que no pudiera solucionar, pero todos sus planes iniciales se habían trastocado. La abuela había fallecido prematuramente y su nieto se encontraba en semilibertad, tratando de embestirle como un toro bravo al percatarse de su inferioridad física.

El secuestrador no pensó en las consecuencias y se defendió por instinto ante el siguiente ataque de su adversario. Sabía que no debía tocarle la cara, por lo que le golpeó con dureza en brazos y piernas para desarbolarle. Tras derribarlo pensó que la batalla había terminado, pero el joven tenía agallas y consiguió incorporarse, dispuesto a atacar de nuevo aunque tuviera el brazo derecho inutilizado y la rodilla izquierda destrozada. El entrenamiento hizo su función y su cuerpo reaccionó sin que su mente racional pudiera impedirlo. Cuando quiso darse cuenta ya le había propinado un golpe mortal en el plexo solar, poniendo fin a ese duelo desigual de una manera definitiva.

El asesino se llevó las manos al rostro al ver la catástrofe ocasionada. Sí, las víctimas debían morir esa noche, pero no de esa manera tan torpe. Estuvo a punto de colapsar ante lo sucedido, pero consiguió calmarse y buscar una solución. Minutos después encontró la respuesta a su problema.

El desastre era absoluto, pero todavía le quedaba una oportunidad para resarcirse. Debía reconducir la situación y recrear una escena que cumpliera con los parámetros del *leitmotiv* original. El límite de tiempo se acercaba, por lo que tuvo que darse prisa.

Antes de ponerse en marcha se aseguró de no dejar rastros. Sacó la batería del móvil y la inutilizó, destrozando también el resto del aparato telefónico. Observó a su alrededor y maldijo su mala suerte, pero no todo estaba perdido. Una peregrina idea comenzó entonces a adueñarse de su cabeza, pero primero debía encargarse de otro asunto fundamental.

Los nervios no le nublaron por completo la mente y se percató de que podía haber dejado sus huellas o muestras de ADN en los cuerpos tras la lucha con el chico o la RCP a su abuela. Menos mal que la nave estaba bien provista y pudo encontrar los ingredientes suficientes para limpiar cualquier rastro suyo que hubiera quedado en los cadáveres.

Quizá, al fin y al cabo, tuviera suerte y pudiera salir indemne de ese embrollo. Debía apresurarse, el tiempo se le acababa. Ya se

estaba imaginando la escena que se encontraría algún turista despistado o la policía cuando se enterara de los crímenes, una hazaña que probaría su audacia. Solo le quedaba ejecutar su plan a la perfección.

Recobró la compostura y recordó los viejos tiempos. Tantos años sin penurias le habían hecho débil, y eso no podía permitírselo. Así que reactivó su personalidad más cruel, con todos los sentidos alerta, para finiquitar la tarea pendiente.

6
Un hallazgo inesperado

Comarca de Trasmiera (Cantabria), 8 de junio de 2022

Las dos chicas salieron de la oficina central y se dirigieron hacia el estacionamiento del recinto. Allí se subieron a un imponente Peugeot 2008 de color azul marino, un todoterreno versátil con el que Ramos estaba encantada, elección que pareció sorprender a la recién llegada.

—¿Y este cochazo, Carmen? —preguntó entonces Milene.

—Ya ves, niña, soy el ojito derecho del jefe y me deja llevarme este juguete; proviene de una incautación a los malos. Eso sí, el que avisa no es traidor, no quiero lloros. Soy la experta en conducción del puesto, he hecho varios cursos de perfeccionamiento con especialistas.

—Vale, vale. Pero ten cuidado, por favor.

—Confía en mí, *miarma*. Por el camino me vas contando tus cosas, no pienses que te vas a escaquear. Ya que nos han jodido el día de playa, por lo menos podremos despotricar a gusto mientras estemos juntas. ¿Qué tal por la UCO? Quiero detalles morbosos, ya sabes…

El edificio oficial de la Guardia Civil de Santoña se encontraba muy cerca de la salida de la población. Dejaron a un lado el polígono en el que se localizaban la mayoría de las fábricas de conservas de pescado, la mayor fuente de riqueza de la ciudad, antes de tomar una rotonda. Se adentraron entonces en la carretera CA-141, perteneciente a la red autonómica cántabra, dentro de la red primaria que unía muchas de las principales poblaciones de la provincia.

Milene se fijó en el curioso entorno que les rodeaba al salir de la ciudad. A su izquierda distinguió parte de las marismas de Santoña, encuadradas dentro del parque natural de las marismas de Santoña, Victoria y Joyel, el humedal más importante del norte de España en cuanto a aves acuáticas. Un ecosistema único formado en el estuario del río Asón, con seis mil hectáreas, que contaba con más de ciento treinta especies referenciadas en su enclave, por lo que se había convertido en lugar de peregrinaje para las aves migratorias y sus observadores.

A su derecha se alzaba el imponente monte Buciero, con el peculiar penal del Dueso situado en sus faldas, una de las cárceles más conocidas de nuestro país y único centro penitenciario de Cantabria, con más de un siglo de historia a sus espaldas. Dejaron atrás el desvío hacia la playa de Berria, el mayor arenal de la comarca y un reclamo para surferos y turistas de todo tipo, y enseguida atravesaron la población de Argoños.

Milene sufrió en las primeras curvas, trazadas con maestría por Ramos a mayor velocidad y con una marcha más metida en su caja de cambios de lo que la prudencia aconsejaba. Sin embargo, aprendió a confiar en ella y terminó por relajarse a duras penas. Mientras, la joven guardia le iba contando detalles de la región y del lugar hacia el que se encaminaban, sin sospechar todavía los motivos por los que su responsable se encontraba de tan mal humor.

—¿Qué te ha parecido la reacción de Gálvez? —preguntó Milene, intentando acomodarse en el asiento mientras Carmen trazaba otra curva cerrada—. Se ha quedado mudo tras la llamada.

—El jefe es de la vieja escuela, no suelta prenda delante de la tropa si no lo tiene bien amarrado —respondió Ramos, concentrada en la carretera—. Pero para que haya mandado a Navarro y a Merino a toda prisa, y a nosotras detrás para hacernos cargo, el aviso de los compañeros de Galizano tiene que ser algo más que un simple accidente. Hablaban de "hallazgo en la cueva", pero el tono de Gálvez me ha dado mala espina.

—A mí también. Ha mencionado al juez y a la delegación de Gobierno…, eso no se hace por un senderista que se despeña —apuntó Milene con la vista fija en el paisaje—. Sea lo que sea lo que han encontrado en La Ojerada, ha puesto a la comandancia en jaque en cinco minutos.

—Pues prepárate, porque si es un marrón de los gordos, nos va a tocar a nosotras lidiar con los primeros problemas. En cuanto lleguemos a Ajo saldremos de dudas.

Tras pasar Arnuero y cruzar por encima de una ría, por fin llegaron a Ajo, la pequeña población en la que se enclavaba La Ojerada. Atravesaron su avenida principal, repleta de restaurantes muy reconocidos en la región según aseguró Ramos, y se dirigieron en dirección hacia la playa. En la rotonda siguiente se encontraron con dos posibles salidas. La de abajo a la izquierda conducía a los arenales urbanos de Ajo, la playa de Cuberris y la menos accesible de Antuerta. La salida que ellas escogieron, situada más arriba y a su derecha, señalaba que el faro de Ajo se encontraba a escasos dos kilómetros y medio de distancia.

Milene recordó haber leído algo sobre el faro de Ajo en su momento, una reliquia de 1930 que había sido motivo de controversia entre los lugareños en los últimos años. La razón principal se debía a que el artista grafitero Okuda se encargó de decorarlo con su particular estilo moderno, colorista y urbano, incluyendo referencias a diversos animales de la región. Un estilo vilipendiado que contó con la animadversión de diversas asociaciones que pusieron el grito en el cielo ante lo que muchos consideraban un sacrilegio. Y eso que el proyecto artístico había supuesto una inyección de fama y turistas que visitaban el idílico enclave situado a la vera del mar Cantábrico.

Después de una subida empinada y un giro a la derecha, la carretera se niveló, mostrando un camino despejado hasta su destino, rodeado de vastos pastizales. A la izquierda, el mar Cantábrico se vislumbraba en una mañana algo brumosa, y a la derecha dejaron atrás un pequeño camping en un entorno que comenzó a llenarse de todo tipo de caseríos y chalets construidos a

ambos lados de la carretera. Avistaron el faro desde lejos, pero se desviaron un poco antes tras divisar un pequeño cartel que indicaba el camino hacia La Ojerada.

Continuaron por una carretera mucho más estrecha en la que a duras penas podrían cruzarse dos vehículos, por lo que Carmen redujo marchas y velocidad, adaptándose al terreno. Pasaron por una vaquería donde algunos animales deambulaban libremente por la calzada antes de llegar a su destino. Un poco más adelante el camino se bifurcaba, dejando a su derecha un estrecho sendero que conducía a La Sorrozuela, otro barrio de Ajo formado por chalets de alto standing. Justo al lado se había colocado un coche de la Guardia Civil, un Land Cruiser algo cascado, que les impedía el paso hacia La Ojerada.

—Venimos de la Compañía de Santoña, somos de la Policía Judicial y nos envía el teniente Gálvez —informó Ramos a los compañeros tras identificarse en el control, obviando la presencia de la integrante de la UCO.

—Muy bien, os estaban esperando; yo soy Helguera, del puesto de Galizano. No hemos tocado nada, según las instrucciones recibidas. Ya han llegado también los de Criminalística y están acordonando el perímetro en torno a los cuerpos antes de comenzar a procesar el escenario. Creo que el juez está también al caer, por lo visto hay algún tipo de movida política.

—¿Y eso? —preguntó Carmen, señalando hacia el despliegue—. A nosotras solo nos han dado el aviso del hallazgo, pero viendo la magnitud del dispositivo y el secretismo de Gálvez, está claro que el asunto se nos puede ir de las manos.

Milene asintió, observando cómo los agentes de Galizano trabajaban con una tensión inusual. Recordó que Merino y Navarro venían detrás, aunque con el ritmo que Carmen le imprimía al todoterreno, era normal que les hubieran sacado ventaja. Estaba claro que el teniente se había guardado los detalles más escabrosos para no soltarlos por radio, prefiriendo que sus efectivos se enteraran *in situ* de la magnitud del desastre.

—Hablad con el cabo Ceballos, mi superior, para que os explique lo ocurrido. Andará por la cueva, no tiene pérdida. Primero atravesad esta zona estrecha con casas a ambos lados pero tened cuidado con los vecinos, que andan algo revueltos, y dejad el coche en el aparcamiento habilitado. Después tenéis que saltar una pequeña valla y…

—Tranquilo, Helguera, conozco el sitio. Gracias, compañero. Buen servicio.

Carmen arrancó de nuevo el vehículo y siguió las instrucciones recibidas. El camino se estrechaba aún más, con edificaciones a ambos lados de la carretera, casi tocándose unas con otras. Los propietarios de esos chalets se encontraban a la puerta de sus casas, impidiendo el paso. No les quedó más remedio que tocar el claxon y pedir a los vecinos que se quedaran en sus domicilios para no importunar la labor policial ni el paso a ambulancias o cualquier otro vehículo oficial que tuviera que transitar por allí.

Enseguida encontraron el aparcamiento, situado al borde de los acantilados que asomaban sobre el embravecido mar Cantábrico. Dejaron el coche a mano izquierda del recinto, justo enfrente de un hermoso chalet en construcción. La obra estaba a punto de finalizar y se vislumbraban perfectamente desde allí sus tres alas diferenciadas y los amplios ventanales que aprovechaban al máximo la luz natural.

—Es por ahí, Milene. Hay que sortear esa pequeña valla y bajar por el sendero entre las rocas, a mano derecha.

Saltaron la valla colocada para evitar que el ganado entrara en la zona de acantilados y se despeñara sin remedio, quizá también para que algún incauto no intentara acceder al enclave turístico con su vehículo a motor y preservar el entorno. Giraron a la derecha y enseguida el camino comenzó a descender, convirtiéndose en un sendero trufado de rocas con algunos tramos cubiertos de césped todavía resbaladizo por el rocío. Recorrieron una pequeña senda de tierra que serpenteaba entre los peñascos, sembrada aquí y allá por

los restos orgánicos de lo que parecían ser excrementos de ganado ovino, y unos pocos metros más allá alcanzaron su destino.

Desde arriba no se podía uno imaginar la verdadera dimensión ni las características de una cueva tan singular, pensó Oliveira. Tras recorrer el último tramo de sendero y girar luego a la izquierda, llegaron a la entrada de la caverna, con esos dos ojos horadados en la roca que le daban su curioso nombre al enclave. La terrible fuerza del viento y del mar, golpeando y erosionando aquel lugar durante miles de años, habían creado una formación original y diferente que llamaba la atención del recién llegado.

Carmen y Milene entraron en la cueva, bajo la bóveda de toneladas de roca, y se dirigieron hacia el ojo izquierdo perforado en su superficie, desde el que se vislumbraba el mar Cantábrico. Por allí andaban efectivos de Protección Civil, compañeros de Criminalística con sus trajes blancos y el que parecía llevar la voz cantante, el cabo Ceballos. No distinguieron ningún cadáver desde allí, cosa que les extrañó, por lo que se dirigieron enseguida hacia el miembro de la Benemérita.

Milene siguió a duras penas a su compañera, tirando de vez en cuando de la pernera del pantalón que le había prestado Carmen, una prenda que se le subía bastante por encima de los tobillos. Se sentía ridícula con aquella ropa que no era la suya, pero al menos el cinturón de servicio con el arma reglamentaria le devolvía algo de la seguridad que necesitaba para afrontar aquel escenario.

Oliveira atravesó la entrada de la caverna con cuidado, ya que el suelo de roca aparecía poroso y resbaladizo por efecto del agua de mar, y sus zapatillas de deporte tampoco eran el calzado más apropiado para la ocasión. Imaginó que cuando el Cantábrico se enfureciera y las olas golpearan la cueva desde su lado exterior, el agua llegaría hasta su posición sin problema. Ese día el mar se encontraba revuelto, con algo de marejadilla. Milene respetaba las fuerzas de la naturaleza y supo que debía andar con cuidado al caminar por allí. Escuchó entonces un bufido a su derecha, una especie de golpe y un ruido extraño que la sobresaltó. Giró hacia su

izquierda, donde se encontraba Ramos, y enseguida obtuvo una explicación de dicho fenómeno.

—No te preocupes, son los bufones que se forman en la roca. El agua se cuela por debajo y sale a presión por esos agujeros, como si fuera un géiser. Cuando hay galerna en el Cantábrico el espectáculo es increíble, aunque también algo peligroso.

Milene recordó los bufones en la costa asturiana y le sorprendió encontrárselos también allí. Tendría que visitar con calma un lugar tan espectacular. Caminaron sobre la piedra milenaria que formaba el suelo de la cueva y dejaron atrás la imponente bóveda rocosa que les hacía de techo sobre sus cabezas, mientras admiraban la vasta superficie del mar desde la plataforma que les suspendía sobre el precipicio, a escasos metros del agua. Y entonces lo comprendieron.

Hacia delante solo se encontraba el Cantábrico. Y a sus espaldas, justo en la intersección rocosa que separaba las dos aberturas de la cueva, se encontraban los cuerpos sin vida que les habían llevado hasta allí. Desde la entrada no se distinguían debido a su posición, situados encima de un pequeño promontorio rocoso que hacía las veces de altar improvisado, detrás del macizo que separaba los dos ojos de la gruta. Y nunca mejor dicho lo de altar, pensó entonces Milene.

Oliveira se llevó la mano a la boca ante la visión de los dos cuerpos, a pesar de que la extraña escena del crimen parecía transmitir calma y sosiego. Un crimen del que Milene no dudó ni por un instante, puesto que el asesino había colocado los cuerpos de sus víctimas en una recreación que hubiera hecho las delicias de su inmediato superior en la UCO, el capitán Pablo Roncero.

Las dos jóvenes se acercaron hacia el escenario y observaron los detalles de un crimen en el que aparentemente los cadáveres no mostraban ningún signo de violencia externa. Allí se encontraron con el cuerpo de una señora de edad avanzada, vestida de negro y sentada sobre el promontorio rocoso. Sobre su regazo, sujeto a duras penas por los brazos exánimes de la anciana, aparecía el cuerpo lánguido de un joven envuelto en un sudario blanco, con los

brazos colgando y la cabeza girada hacia el hombro derecho de la mujer. Una recreación que podría considerarse algo burda, pero cuya imagen buscada le vino enseguida a la mente a Oliveira.

—Joder, no me lo puedo creer —dijo entonces Ramos—. Estoy loca o esto se parece…

—Sí, Carmen, yo también lo he visto. Se parece a *La Piedad* de Miguel Ángel. O algo similar, no podemos aventurar nada todavía.

El cabo Ceballos las divisó enseguida y se acercó hasta ellas. Seguro que las había reconocido nada más verlas, pensó Milene. Ella no tenía mucha pinta de picoleto y menos con esa ropa prestada que le hacía sentirse incómoda en ese momento, pero los andares y la actitud de Ramos no dejaban lugar a dudas.

—El cabo Ceballos, supongo —dijo Carmen antes de presentarse —. Somos de la policía judicial de Santoña. Ella es la cabo Oliveira y yo soy la guardia Ramos.

No lo habían hablado con anterioridad, pero Milene agradeció que su compañera no se pusiera a explicar con detalle los motivos de su presencia allí. Mejor que el compañero pensara que pertenecía a la Compañía de Santoña, aunque le chocara ver a una suboficial de servicio vestida de manera tan informal.

—El mismo que viste y calza, compañeras, encantado de conoceros. Y sobre todo, contento por poder pasaros el marrón.

—Bueno, eso mejor se lo dices a nuestros superiores. Enseguida llegará el sargento Navarro y el operativo lo va a coordinar nuestro responsable, el teniente Gálvez.

—Perfecto. Voy a poneros en antecedentes, por lo menos de lo que sabemos hasta ahora.

Ceballos iba a comenzar su explicación cuando llegó el resto de compañeros de Santoña, por lo que esperó unos segundos más. Al parecer, un vecino de la comarca, un pastor que transitaba por la zona con su rebaño de ovejas, había pasado por allí a las ocho de la mañana. El rebaño solía recorrer los senderos aledaños y el hombre, con la ayuda de su perro pastor, evitaba que el ganado se adentrara

en la cueva por su peligrosidad, ya que podrían partirse una pata o despeñarse por el acantilado. Sin embargo, una de sus ovejas decidió aventurarse en el interior de la gruta y tuvo que ir a por ella. Fue gracias a eso que pudo distinguir los cuerpos antes de que se adentrara por allí algún turista despistado, si es que alguien se atrevía a bajar a la cueva tras un par de días de lluvias en la zona, ya que los cadáveres no eran visibles desde la entrada principal.

—El paisano llamó al 062 y le pasaron con nosotros, ya que el municipio de Bareyo queda dentro de nuestra jurisdicción. No teníamos conocimiento de ningún desaparecido en la región y no entendíamos bien la llamada del pastor, así que vinimos para aquí a la carrera pensando que alguien se había suicidado o algo así —aseguró Ceballos.

Los guardias de Galizano no lo vieron claro y llamaron a Santoña para comunicar el hallazgo tras comprobar que aquellas dos personas habían dejado de respirar. El suceso no parecía el típico suicidio de una pareja de enamorados al estilo de Romeo y Julieta. Se trataba de una señora mayor y un joven que no mostraban signos aparentes de violencia, lo que sugería la posibilidad de un envenenamiento. Pero ¿cómo habían acabado en esa posición? Seguramente allí había al menos una tercera persona involucrada, un asesino que depositara los cadáveres de esa manera.

—Sin querer alterar la escena hasta que llegara la Científica y el juez ordenara levantar los cuerpos, hicimos una primera observación *in situ*. La mujer no muestra signos de violencia externa, pero solo con levantar un poco esa especie de túnica que lleva el muchacho se ven los moratones que tiene por todo su cuerpo. Parece que le dieron una paliza de muerte.

Milene recordó entonces la expresión de preocupación de Gálvez al conocer los detalles de ese caso. Parecía un crimen muy extraño, poco habitual en Cantabria, y su instinto le avisaba de que todavía ignoraban datos relevantes con los que hacerse una correcta composición de lugar. Ceballos añadió entonces otros detalles que les ayudarían a comprender bien la situación.

—Lo más normal es que el asesino o asesinos hayan llegado de madrugada en coche hasta el aparcamiento y luego hayan arrastrado los cuerpos hasta aquí. Evidentemente, no hay ninguna cámara en la zona, por ahí estamos vendidos. Además, el viento y la lluvia de las últimas cuarenta y ocho horas no ayudará precisamente a los compañeros a encontrar rastros. En una inspección preliminar comprobamos que la mujer no llevaba ningún objeto personal encima: ni llaves, documentación, móvil o joyas. Sin embargo, el chico llevaba la cartera intacta. Y fue al ver su DNI cuando saltaron todas las alarmas: su nombre es Unai Labarrieta Uribe.

Ese nombre no le dijo nada a Milene en primera instancia, aparte de lo obvio. Se trataba de un nombre y apellidos de origen vasco, pero en esa parte de Cantabria tan pegada a Euskadi era algo habitual. No tenía buena cobertura allí abajo para buscar información en su móvil, por lo que tuvieron que esperar a que Ceballos les sacara de dudas.

—Se trata del hijo del banquero Jesús Mari Labarrieta, el jefazo del BIB. Y la señora es su exsuegra. Por lo que sabemos, desaparecieron hace un par de días en Bilbao y la Ertzaintza andaba con el tema, de ahí el revuelo montado.

—Joder, llevaba razón el teniente —confirmó entonces Merino—. Tenemos un pifostio bien montado aquí abajo. Seguro que los vascos se quieren hacer cargo de la investigación. Y eso no es posible sin autorización judicial al encontrarse los cuerpos fuera de Euskadi.

Milene asintió a su pesar. Quizá lo mejor sería que la Ertzaintza se encargara de un caso tan rocambolesco y ellos se inhibieran, algo que los mandos no consentirían. En primer lugar, el mismo teniente Gálvez y seguramente los responsables de la Comandancia de Santander, puntualmente informados del hallazgo. Y desde luego, Antúnez, que tras enviarla en misión especial no querría quedarse al margen y exigiría que la Guardia Civil, con ella como enviada de la UCO, siguiera investigando el caso.

Desde luego, no iba a aburrirse en esos días, reflexionó Oliveira. No esperaba enfrentarse a un asesinato doble cuando salió esa mañana de Suances con la idea de disfrutar en la playa, si es que finalmente se asignaba la investigación a la Policía Judicial de Santoña. Intuía que los conflictos jurisdiccionales y las intrigas políticas complicarían aún más el caso, por no hablar de la presión mediática que se ejercería desde fuera en cuanto la opinión pública tuviera conocimiento de los asesinatos.

Tenía que informar a Antúnez, aunque primero quiso probar por si podía hablar con Roncero. Le envió un mensaje para que la llamara urgentemente cuando se despertara en la costa este norteamericana, anunciando que tenía algo importante que consultarle. El capitán tenía mucha más experiencia que ella en casos complicados y le gustaría saber su opinión para orientarse en una investigación que acababa de comenzar.

Afortunadamente, los cuerpos no habían sido encontrados por ningún turista y no parecía que el pastor fuera a filtrar ninguna imagen morbosa que pudiera acabar en las redes sociales, pero nunca se sabía. Lo que todavía ignoraban era que ese escenario criminal se convertiría en el comienzo de una terrible espiral que acabaría por engullirlos a todos poco a poco.

7
Una pesadilla recurrente

Nueva York, 8 de junio de 2022

Tras unos días de relativa calma en la ciudad de los rascacielos, Pablo Roncero pensó que podría terminar su seminario sin demasiados sobresaltos. El equipo operativo que comandaba como capitán en la UCO, la unidad de policía judicial de la Guardia Civil, se encontraba en esos momentos inactivo por diversos motivos. Además, contaba con el beneplácito de su superior, el coronel Antúnez, para acudir a la sede central del FBI en la Gran Manzana como investigador destacado español, con experiencia tanto en la Benemérita como en la Interpol.

Y, sin embargo, Roncero no se encontraba del todo tranquilo. Sabía que en cualquier momento podía surgir una emergencia al otro lado del charco, por lo que siempre tenía la maleta medio preparada, para el caso de que necesitaran sus servicios en España y tuviera que salir a escape hacia el aeropuerto.

—Imagino que habrá más investigadores en la UCO, Pablo —le comentó Miriam recién aterrizados en el aeropuerto JFK, cuando vio que su pareja no hacía más que consultar el móvil tras bajar del avión—. Relájate, disfruta de tus actividades con tus amigos del FBI y olvídate por unos días del pesado de Antúnez y tus obligaciones en España.

—Lo intentaré, pero no te prometo nada.

Miriam llevaba toda la razón, pero le era imposible relajarse. Roncero contaba con un alto sentido del deber y se sentía mal por encontrarse a miles de kilómetros de Madrid. Sabía que los delincuentes no descansaban nunca, ya lo pudo comprobar en sus carnes durante la pandemia, por lo que siempre estaba alerta, atento a lo que pudiera pasar. Y como Antúnez le había dado el

permiso a regañadientes, supuso que a la menor oportunidad tiraría de galones para fastidiarle y hacerle regresar antes de tiempo.

Llevaban tiempo planeando ese viaje en pareja y los mandos de la Guardia Civil tenían su petición de días de asuntos propios desde varios meses atrás. En realidad, Roncero acudía al edificio de Federal Plaza en calidad de investigador de la policía judicial española, por lo que le deberían haber concedido un permiso especial para viajar como enviado oficial de la Guardia Civil sin gastar ni un día de sus vacaciones. Pero no quiso problemas burocráticos de ningún tipo y prefirió solicitar esos días por el conducto que presuponía más rápido.

Miriam aprovecharía el viaje para aumentar su red de contactos en los Estados Unidos, donde ya contaba con un agente literario en Manhattan que gestionaba los derechos de sus novelas en inglés a nivel editorial y también audiovisual. De hecho, en esos días tenía una reunión muy importante con una gran productora de Los Ángeles para tratar la posibilidad de llevar a la gran pantalla uno de sus libros. Roncero recordó cuando Miriam recibió la inesperada noticia y se lo comunicó, prendiendo la mecha para un viaje largamente soñado.

—¡No me lo puedo creer, Pablo! —exclamó Miriam semanas atrás, cuando recibió una llamada que le iluminó el rostro sin darse cuenta —. ¡Quieren verme en persona en Nueva York! Al parecer, una productora está muy interesada en adquirir los derechos audiovisuales de *Juego de identidades* y rodar una película de gran presupuesto con uno de los estudios más importantes de Hollywood.

—¡Eso sería fantástico! —respondió Roncero, orgulloso del éxito de su pareja—. Pues si todo nos cuadra, igual podemos viajar juntos a Nueva York si finalmente consigo los permisos para el simposio internacional de investigadores en la sede del FBI.

Meses atrás, gracias al éxito internacional de las novelas de Miriam, una conocida agencia literaria norteamericana, Trade Group, había contactado con ella. Cuando la joven le contó los detalles a Roncero, este no se sorprendió. El sector editorial anglosajón era

mucho más potente que su homólogo en español, por lo que se podían permitir ese tipo de jugadas.

—Quieren que les envíe alguna obra inédita que no tenga comprometida con mi agente ni con mi editorial en España y moverla directamente ellos allí. Creen que se podrían vender los derechos por una buena cantidad, ya tienen incluso candidatos dispuestos a efectuar una propuesta sin saber de qué va la novela.

—¿Y eso es factible? Sería una estupenda oportunidad para ti, desde luego —preguntó entonces el guardia civil.

—Sí, al menos en teoría, pero tendré que hilar muy fino y leer la letra pequeña de mis contratos. Los norteamericanos saben cómo funciona el negocio y no quieren problemas. Mi editorial maneja y controla las posibles traducciones de mis novelas a otros idiomas por acuerdos internacionales que tiene y si no, mi agente cuenta también con otras agencias europeas y de otras latitudes con las que trabaja en estrecha colaboración. Espero que no me pongan pegas a la hora de mover otra novela que, de momento, no interesa a mi editorial por el éxito de la saga policial. Tampoco mi agente aquí debería ponerme pegas, por lo que creo que lo voy a intentar.

—¿Y cómo iría entonces el proceso? No sé si se la tienes que enviar ya traducida al inglés, en ese caso te tocará buscar algún *freelance* de confianza que haga ese trabajo.

—No haría falta, eso es lo mejor. Me han confirmado que ellos la traducirán directamente al inglés con sus propios medios y tantearán a alguno de los sellos importantes en Estados Unidos y Reino Unido. Creen que hay posibilidades, pero todavía tengo que ver qué les puedo ofrecer. Y, sobre todo, manejar bien los tiempos para no cabrear a mis agentes y editores españoles.

—Entiendo que estarás pensando en esa novela que ambientaste en varias ciudades norteamericanas, aunque también salían Roma y Tenerife. ¿Cómo se llamaba?

—Sí, ya sé, tú hablas de *Juego de identidades*, aunque tendría que darle una vuelta. Es un thriller de misterio y aventuras con personajes anglosajones y ambientada en un entorno internacional,

algo que les cuadrará más que una novela de guardias civiles investigando en España —afirmó Miriam mientras le guiñaba el ojo a Roncero—. Lo malo es que está sin pulir y no tengo mucho tiempo material para trabajar en ella, tengo otros proyectos en marcha. Y no sé yo si buscarán ese tipo de obras o preferirán algo más cercano al policial o la novela negra.

—¿No te habías planteado también lo de escribir una saga ambientada en Nueva York? Seguro que nuestro amigo Andy Butler y su tío Jake estarán encantados de ayudarte.

—Sí, no es mala idea. Recuerdo cuando Andy nos contó lo que sufrieron contra aquel terrorista al que llamaban El Pastor, se me pusieron los pelos como escarpias al escucharle. Estaría bien una saga protagonizada por un agente del FBI y su tío, un exagente de policía del NYPD reconvertido en asesor especial para grandes operativos. Pero eso requiere mucho tiempo y trabajo, ahora mismo no lo veo viable.

Finalmente, Miriam se decidió a revisar la novela mencionada anteriormente y la agencia norteamericana se mostró encantada. Pudieron firmar el contrato editorial y ya había comenzado a recibir sus frutos. Tras la confirmación de la venta de derechos a uno de los grandes sellos anglosajones, para publicarse directamente en inglés, ahora le surgía también la posibilidad de firmar un contrato audiovisual a gran escala. Miriam se encontraba en una nube y no era para menos.

Todo marchaba bien en ese sentido y la escritora estaba muy ocupada esos días en Nueva York, entre reuniones de todo tipo y actos promocionales o de marketing. Roncero, por su parte, también se encontraba muy entretenido durante su participación en los diferentes actos que el FBI había organizado en su sede. Hasta que esa mañana todo se torció: el guardia civil se despertó con demasiadas notificaciones al conectar un teléfono que se había quedado sin batería a lo largo de la noche.

Encima se había dormido. Eran casi las ocho de la mañana y tenía que ducharse, desayunar, vestirse y desplazarse desde

Brooklyn hasta el Bajo Manhattan para acudir al simposio, por lo que no tuvo mucho tiempo de mirar el móvil con detenimiento.

—¡Joder, el dichoso Antúnez! Tengo cinco llamadas perdidas suyas y varios mensajes en el contestador, a saber qué tripa se le ha roto ahora.

Miriam le miró sin rastro de preocupación en su cara, Pablo ya sabía que su jefe no le caía especialmente bien desde algún rifirrafe que tuvieron en el pasado.

—Pasa de él, tienes todos los permisos oficiales firmados y no puedes dejar colgados a tus colegas del simposio ahora. Y como nos conocemos, intenta zanjar el tema lo antes posible para que te deje en paz. Y para que tú te centres en lo tuyo, que seguro que ya no vas a dar pie con bola pensando en que algo grave sucede en tu ausencia. No se está quemando la sede central de la UCO y, aunque así fuera, tampoco les puedes solucionar tú nada desde aquí.

—Si ya lo sé, tienes razón, es que soy idiota. A ver qué dice el coronel…

Roncero intentó escuchar alguno de los mensajes grabados en el contestador por Antúnez, al que no le gustaba enviar WhatsApps. Tampoco es que se entendieran demasiado bien los dos primeros, en los que solo se le escuchaba farfullar y gritar que dónde demonios se había metido para no contestar sus llamadas. Típico del coronel, seguro que ni se acordaba de su viaje a Estados Unidos.

—No sé qué le pasa, luego intentaré llamarle. Pero ahora me largo, que llego tarde —afirmó Roncero minutos después, ya preparado para salir.

—Yo que tú apagaba el móvil, por si acaso. Ya hablarás con él esta tarde, aunque allí son seis horas más. Ahora céntrate en el curso, que hoy me dijiste que era un día importante. Yo me marcho también en un rato, he quedado con mi agente de Trade Group, al parecer quiere presentarme a unas personas.

—Ok, luego hablamos. Ya te contaré, espero que no sea nada grave.

Roncero se quedó con el runrún en la cabeza durante todo el día, pero hizo caso a Miriam y apagó el móvil; no le apetecía que le estuvieran llamando de manera insistente y no podía atender al teléfono mientras se encontraba ocupado en la sede del FBI.

Cuando pararon a mediodía se encontró con varias llamadas perdidas más de su jefe. Pero lo que le llamó más la atención fue un mensaje de su compañera Milene Oliveira apremiándole para que se pusiera en contacto con ella lo antes posible. Prefería hablar primero con la joven, seguro que el coronel también la había molestado a ella al no encontrarle disponible, aunque la cabo se encontrara igualmente de vacaciones. Algo grave sucedía si Antúnez necesitaba localizarlos a la carrera.

Respondió por mensaje a Milene por si le venía bien una videollamada a esas horas, la una y media en Manhattan, las siete y media en España. La joven contestó afirmativamente en pocos segundos y Roncero marcó su número un instante después.

—¡Pablo! Me alegro de verte —lo saludó Oliveira nada más divisar su rostro en pantalla.

—¿Qué tal, Milene? Tengo un montón de llamadas perdidas de nuestro querido jefe, ¿qué pasa?

—Antúnez está que se sube por las paredes. Y como no te encontró a ti, pues me he quedado sin vacaciones y me ha enmarronado a mí.

—Joder, lo siento mucho. ¿Y qué es eso tan urgente que no puede esperar?

Oliveira le contó la secuencia de los hechos, desde que recibió la llamada de Antúnez hasta su desembarco en el cuartel de Santoña y los acontecimientos posteriores. Incluyó el descubrimiento de aquella extraña *performance* en la cueva de La Ojerada, la identificación de los cadáveres y el conflicto político-judicial que se había formado alrededor con la intervención de la Ertzaintza y todo lo que conllevaba aquella investigación.

—¡Madre mía, menudo follón! Siento que te lo tengas que comer tú solita, Milene. Intentaré regresar a España lo antes posible.

—No te preocupes, jefe, aquí estoy en buenas manos. Me han integrado en el equipo de la judicial de Santoña y no sé si al final trabajaremos también con la Ertzaintza, así que por ese lado está cubierto. Pero tu opinión siempre es bien recibida, te has enfrentado a psicópatas similares en el pasado y me vendrá bien hablar contigo a lo largo del caso, aunque sea *off the record*. ¿Qué opinas sobre todo lo que te he contado?

Roncero se encontraba a miles de kilómetros de España, centrado en su participación en el evento policial en Nueva York, pero preocupado también por las repercusiones de la investigación de la que se acababa de enterar. Si Antúnez quería contar con él era por las implicaciones de un caso que salpicaría a los altos mandos de muy diferentes maneras. Si realmente se llevaba a cabo una investigación conjunta entre la Ertzaintza y la Guardia Civil, con víctimas relacionadas con uno de los empresarios más importantes del país, la situación podría desmandarse en cualquier momento.

Antúnez no tenía mano izquierda para esas cosas y Milene carecía de la experiencia suficiente para liderar la investigación, por lo que le parecía bien que participara en un operativo conjunto llegado el momento. Tal vez el coronel no estuviera demasiado contento, pero al menos había colocado a alguien de la UCO en el caso. Seguro que Oliveira dejaba el pabellón bien alto, Roncero conocía perfectamente sus cualidades y confiaba plenamente en su pupila.

—Buff, no sé, así a bote pronto… —respondió Roncero algo desubicado—. Tendré que centrarme un poco y reflexionar sobre los detalles que sabemos hasta ahora. No quisiera aventurar nada a priori, estáis con las primeras pesquisas. Pero me parece a mí que esto es solo el comienzo. Esa burda representación de *La Piedad* tiene algún significado y creo que pronto lo sabremos.

—¿Crees que se trata de un asesino en serie? —preguntó Milene.

—No me atrevo a pronunciarme tan pronto, pero sí creo que vais a encontraros con más sorpresas. No se trata de un asesinato al uso, eso está claro. Han matado a dos familiares de un importante

empresario y no sé si eso es un aviso para navegantes. Me escama la representación, le daré una vuelta esta noche, a ver si se me ocurre algo interesante al respecto.

—Me gustaría contar con tu ayuda, si lo crees posible y razonable. ¿Te parece si hablamos y te voy contando novedades?

—Claro, no hay problema. En cuanto me quede libre te doy un toque. Así se quedará más tranquilo el coronel si habla contigo o logra localizarme. Yo de momento no le voy a llamar, a saber por dónde nos sale.

—No, tranquilo, tú sigue a lo tuyo. Yo ya me he incorporado al equipo y tampoco ibas a solucionar nada por regresar precipitadamente. Iremos comentando la situación según avance el caso, a ver si encontramos algún hilo del que tirar.

—Por supuesto, eso por descontado. Imagino que ya le has dado el parte a Antúnez, ¿no?

—Sí, claro, no te preocupes. Le mantendré oportunamente informado, no quiero que se cabree más de la cuenta.

—De acuerdo entonces. Y ya sabes, cuenta conmigo para lo que sea. Mantenme informado y si necesitas cualquier otra cosa me avisas. Eso sí, ten mucho cuidado y ándate con ojo.

—Perfecto, eso está hecho. Hablamos entonces. Hasta pronto.

—Claro, Milene. Buen servicio, espero que atrapéis pronto a ese indeseable.

8
Comienza la caza

Autovía del Cantábrico - A8, 8 de junio de 2022

La reunión con Labarrieta fue muy tensa, a pesar de que el banquero ignoraba las últimas noticias sobre sus familiares. En cuanto el consejero delegado del BIB y su séquito abandonaron las instalaciones policiales de Erandio, el comisario Orbea convocó a una reunión interna urgente a todas las personas que consideró que debían estar al tanto de lo sucedido.

—Siento tener que deciros que estamos de mierda hasta el cuello. Sí, yo soy el último responsable y como cargo más político que policial seré el primero en acabar guillotinado. Pero me llevaré a unos cuantos por delante antes de caer si no solucionamos esto entre todos.

—Pero ¿qué ha pasado, jefe? —se atrevió a preguntar el veterano agente Iñaki Martínez.

Otxoa miró al comisario y este asintió con un gesto inequívoco. El hombre de confianza de Orbea detalló la conversación mantenida con la Guardia Civil de Santoña.

—Joder, menudo marrón —aseguró Martínez—. Son ciudadanos de Euskadi, pero sus cuerpos aparecen en Cantabria. Habrá que inhibirse en favor de la Guardia Civil, ¿no?

—Ni por asomo, Iñaki —aseguró Orbea—. He hablado con los mandos y están apretando las tuercas a los políticos. No quisiera tener que montar un operativo conjunto con la Guardia Civil, pero igual no nos queda otra. Secuestraron a las víctimas en Bilbao, vete a saber dónde murieron realmente, y depositaron sus cadáveres en un sitio turístico de Cantabria con una extraña puesta en escena. Hay que controlar este tema antes de que se nos vaya de las manos.

—¿Y Labarrieta? —preguntó entonces Galarza.

—De eso me encargo yo, miedo me da. Os recuerdo que el BIB es el banco más importante de este país y uno de los más grandes de Europa. A los de arriba les interesará estar a buenas con el banquero, aunque ya nadie podrá devolverle a sus seres queridos.

—Bueno, muchachos, vamos a establecer los equipos operativos —dijo entonces Otxoa.

—Os dejo en buenas manos para organizarlo todo. Quiero a una avanzadilla en el lugar en el que han aparecido los cuerpos, yo me encargo de las gestiones burocráticas.

La policía autonómica vasca estaba compuesta por un ochenta por ciento de hombres y un escaso veinte por ciento de mujeres, por lo que a Koldo no le sorprendió la configuración del equipo de investigación. De momento acudirían cuatro miembros de la Ertzaintza al lugar de los hechos: el veterano inspector Rentería y el joven agente Arretxe formarían una pareja. Y el subinspector Aguirre, uno de sus mejores amigos en el Cuerpo, y el propio Galarza, la otra.

Realizaron el trayecto de ochenta kilómetros a más velocidad de la permitida en las carreteras vascas, pero la ocasión lo demandaba. Aunque el comisario Orbea ya había cursado el aviso protocolario a la Comandancia de Santander para informar de su despliegue, preferían mantener un perfil bajo al adentrarse en territorio cántabro.

—No queremos que nos bloqueen el paso en algún control o que los de Santoña monten un número antes de que podamos ver el escenario —advirtió Rentería desde el otro vehículo a través de la emisora.

Por eso habían elegido dos coches sin distintivos y vestidos de paisano. Era una visita oficial, sí, pero con el objetivo de llegar cuanto antes al punto de encuentro y ponerse a trabajar, evitando los mareos burocráticos y las tensiones jurisdiccionales que sabían que no tardarían en ponerse sobre la mesa.

Koldo eligió también el volante de su vehículo, ya que conocía perfectamente la comarca. De hecho, había pasado muchos de sus veranos de adolescencia en el recoleto pueblo de Ajo, cuando sus padres decidieron comprar un pequeño apartamento, no demasiado alejado de las playas, a principios de los años noventa.

—Entonces, ¿no pongo el GPS? —le preguntó su compañero y amigo Ander Aguirre.

—No, tranquilo. Hasta Ajo vamos bien. Cuando lleguemos allí, lo pones para buscar La Ojerada, aunque creo recordar más o menos su ubicación.

La familia Galarza compró el apartamento como inversión y para que sus hijos pudieran disfrutarlo. Toda la región, desde Laredo a Noja pasando por Isla, Ajo o Santoña, estaba repleta de ciudadanos vascos que tenían allí su segunda residencia, a tiro de piedra de Euskadi. Koldo recordó los veranos que pasó allí con su madre y su hermana, mientras su padre trabajaba en la fábrica a excepción de sus reglamentarias vacaciones, en las que se juntaban todos en el apartamento. Los padres dormían en la única alcoba y los hijos se apañaban en el salón, entre el sofá y una cama supletoria. Tiempos felices que añoraba muy a su pesar.

En esos años disfrutó de una libertad que los chavales de hoy en día no podían ni imaginar. Todo el día en la calle con las bicicletas, por no hablar de los baños en la playa de Cuberris o Antuerta o los paseos en piragua por la ría de los Castellanos. Un paraíso ya perdido que le sacó una sonrisa triste al subinspector, tras evocar unas imágenes largamente olvidadas. Y es que ese pisito de vacaciones, situado a poco más de un kilómetro y medio de las playas urbanas de Ajo, ya no era propiedad de la familia. Su padre había dejado de conducir por un problema en la vista y no visitaba su segunda residencia, y sus hijos tampoco la disfrutaban demasiado, así que terminaron por vender el inmueble justo tras su jubilación.

El subinspector recordó entonces que tenía que llamar a su hermana Miren, la emigrada del clan Galarza. La joven se sacó la

carrera de Enfermería y estuvo trabajando con contratos parciales tanto en Basurto como en el hospital de Cruces. Sin embargo, las malas condiciones contractuales, los cambios de turno, las horas interminables, las guardias y algún que otro problema con sus superiores le hicieron cambiar de aires.

Miren se instaló en Burdeos, a escasas cuatro horas en coche de Bilbao, y comenzó su experiencia profesional en uno de los mejores hospitales de la región francesa. Le había pillado allí la pandemia y lo pasó mal en varios momentos, tanto a nivel personal como por la gran carga de trabajo en su centro hospitalario, pero se sobrepuso y la situación fue mejorando poco a poco. Los hermanos no se habían visto en casi tres años, por lo que ese mismo verano Koldo se prometió intentar remediarlo. Así podría conocer también a su cuñado, un joven médico francés llamado Pierre, y vacilar un poco a su hermanita.

Estas elucubraciones distrajeron un poco a Galarza, mientras su compañero parloteaba sin sentido de camino a su destino. Tras dejar atrás la salida de la autovía en Beranga se adentraron en las carreteras comarcales cántabras. En pocos minutos vislumbraron la entrada de Ajo y Aguirre buscó en su aplicación de *Google Maps* la ruta directa hacia La Ojerada.

Se tuvieron también que identificar en el control interpuesto por la Guardia Civil en los alrededores del escenario criminal, justo antes de dejar el coche en el parking. Sus compañeros de la Ertzaintza ya se encontraban también allí, junto a otro buen número de coches oficiales: dos ambulancias, otro vehículo de protección civil, Guardia Civil, forenses y un coche de alta gama que quizá hubiera trasladado hasta allí al juez de guardia.

Galarza cedió el mando y el protagonismo de la comitiva de la Ertzaintza a su inmediato superior, el inspector Rentería. Un policía de unos cincuenta años mal llevados que se estaba quedando calvo y en el que la barriga prominente comenzaba a hacer de las suyas, instalándose por encima de un cinturón con el que luchaba a duras penas. Estaban en sus manos hasta que el comisario no dijera lo contrario, pero Koldo no terminaba de fiarse de un inspector que

nunca se había caracterizado por ser de los más eficientes en el Cuerpo.

Se hicieron las presentaciones oportunas entre los miembros de la Guardia Civil allí destacados, el encargado de Criminalística y el juez de guardia, que había acudido a la ineludible cita acompañado de un Letrado de la Administración de Justicia, los anteriormente conocidos como secretarios judiciales hasta la reforma de la Ley Orgánica del Poder Judicial en octubre de 2015. Pero había allí otra invitada de excepción para la que Koldo no estaba preparado.

Cuando vio dirigirse hacia su posición a dos chicas jóvenes tan diferentes, Koldo pensó que serían periodistas que se habían colado en el perímetro o tal vez turistas despistadas. Su miopía no le permitía distinguir sus rasgos a la perfección desde esa distancia, pero una de ellas le resultaba familiar. Aguirre se había adelantado para cortarles el paso, por lo que él también le acompañó, alejándose unos metros del grupo principal formado por el resto de miembros de las diferentes administraciones afectadas.

—Koldo, ¿eres tú? —le preguntó una de las chicas tras llegar a su lado.

Aguirre pareció alucinar al ver a aquella preciosidad mulata dirigirse de esa manera a Galarza. Este se quedó un instante sin palabras, así que su compañero le pegó un codazo para que reaccionara. Koldo tardó todavía un momento en ubicar a la muchacha, ya que no podía asimilar todavía que se tratara de la misma joven madrileña que conoció unos veranos atrás.

—Sí, Milene, soy yo —replicó tras unos segundos de titubeo. No reconocería jamás que le había costado un triunfo recordar el nombre de la chica, y eso que le había marcado bastante cuando la conoció. Pero enseguida se recompuso y adoptó su pose más profesional—. ¿Qué haces tú aquí?

—Eso mismo tendría yo que preguntarte, aunque me parece que sois de la Ertzaintza. Nosotras somos de la Guardia Civil, unidad de policía judicial, y estamos a cargo de este caso.

—Vaya, no me imaginaba que fueras una picoleta. Y en cuanto a quién se encargará de este caso, eso habrá que verlo todavía.

Aguirre permanecía impertérrito al lado de su compañero, al parecer extasiado ante el cruce dialéctico. Koldo imaginó que le freiría después a preguntas sobre la chica, pero no pensaba darle demasiadas explicaciones.

—Nosotras regresamos ya a Santoña, el teniente nos reclama. Se queda por aquí el sargento Navarro, podéis hablar con él. Pero os pongo sobre aviso: el juez ha ordenado el levantamiento de los cadáveres. Lo siento, habéis llegado tarde.

—Eso no lo decidiremos ni tú ni yo, sabes que este asunto se tratará desde las altas esferas. Las víctimas son familiares directos de uno de los directivos más importantes de Euskadi, por no decir de todo el país, y van a remover cielo y tierra. No sé quién terminará por quedárselo, o si terminaremos trabajando en un operativo conjunto, pero esto no acabará aquí.

—De acuerdo, pues ya lo veremos. Y si llega el caso, estaré encantada de trabajar contigo, señor funcionario. *Agur*.

La pullita de Milene al despedirse tenía su razón de ser. Cuando se conocieron tampoco compartieron demasiados datos personales, pero sí recordaba que ante una pregunta directa de la chica sobre su trabajo, Koldo le dijo una verdad a medias. Al afirmar que era funcionario autonómico vasco no soltó ninguna mentira, aunque no hubiera especificado su puesto como subinspector de la Ertzaintza. Pero ella tampoco le dijo toda la verdad, sin que Galarza pudiera adivinar si la joven ya había entrado en la Benemérita por esa época.

Los dos suboficiales bilbaínos vieron alejarse a las guardias civiles en dirección al parking. Allí quedaba mucha tarea pendiente y tenían que espabilar. Sin embargo, Koldo tuvo que reconocer que se había quedado algo tocado tras el inesperado encuentro.

—Ya me contarás de qué conoces a esa belleza —dijo Aguirre—. Regresemos al grupo, a ver qué se está cociendo. Me da en la nariz que tenemos un buen pollo montado con este asunto.

—No lo sabes tú bien, Ander…

Koldo era consciente de que, aparte del embrollo entre administraciones y el reto que suponía enfrentarse al asesino que depositó allí los cuerpos, tendría que lidiar con algo diferente si terminaban por trabajar junto a la Guardia Civil. La visión de Milene le removió por dentro, rememorando un fabuloso fin de semana de tres años atrás que le dejó un sabor agridulce.

El jefe de criminalística de la Guardia Civil les mostró algunas fotografías realizadas en el escenario, ya que los cuerpos habían sido trasladados al Instituto de Medicina Legal de Santander para realizarles la autopsia. Koldo supuso que ese asunto acarrearía problemas y así se lo hizo saber a Rentería para que hiciera valer los derechos de la Ertzaintza al tratarse de dos víctimas afincadas en Bilbao. El juez no quiso saber nada y se largó de allí, afirmando que ya se pondrían de acuerdo entre los dos cuerpos y que, en caso contrario, siempre podrían hacerlo entre los gobiernos de las dos autonomías.

Koldo se quedó mirando las fotografías y le vino a la mente la misma imagen que anteriormente les asaltó a las guardias civiles antes de decirlo en voz alta.

—¡Ahí va la hostia! Esto se parece a *La Piedad* de Miguel Ángel, la del Vaticano.

—Eso mismo estábamos discutiendo antes aquí, otra cosa es lo que eso signifique.

—Lo dicho, esto es un marrón de cuidado —sentenció Aguirre.

9
El mal menor

Comisaría central de la Ertzaintza – Bilbao, tarde del 8 de junio de 2022

Las últimas horas fueron frenéticas en la comisaría de Erandio. Koldo y sus compañeros no estuvieron presentes en esas reuniones al más alto nivel, en las que Orbea se esforzó para intentar que la Ertzaintza llevara la voz cantante en un caso tan mediático. La reunión posterior entre los oficiales seleccionados fue también algo tensa, por lo que el comisario les instó a ceder si no querían verse relegados en una investigación que ya había comenzado con mal pie.

Y encima se unió un integrante nuevo a la partida, un asesor especial llegado esa tarde desde Madrid, enviado por el mismísimo secretario de Estado de Seguridad. Las altas instancias del Estado querían conocer de primera mano los avances del caso y les colocaban de tapadillo a un hombre que fiscalizaría sus acciones. Algo que no pareció gustarle demasiado al comisario cuando se lo presentó al resto del equipo.

—Desde el Ministerio del Interior nos envían a un hombre con gran experiencia que nos ayudará a lidiar con el caos que se puede organizar al montar el operativo junto a la Guardia Civil. Os presento a Francisco Bermejo, antiguo inspector de la UDEV, y ahora asesor especial de seguridad. Coincidimos en el pasado en una operación conjunta y puedo dar fe de su excelente trabajo policial, esperemos que el traje de político le siente igual de bien.

—Buenas tardes a todos —saludó el recién llegado, obviando la pullita—. Como bien dice el comisario, yo solo soy un asesor externo, no pretendo inmiscuirme en vuestro trabajo ni ponerle trabas. Al contrario, por mi experiencia en otros operativos conjuntos

con la Guardia Civil, incluida la famosa UCO del coronel Antúnez, creo que os podré echar una mano. Sigo teniendo alma de policía y no estoy muy a gusto como asesor político, creo que se me nota, pero tirad de mí para cualquier cuestión técnica si lo necesitáis. Lamentablemente, también me ha tocado lidiar con psicópatas de todo tipo a lo largo de mi carrera, por lo que tal vez una visión externa os sirva de provecho. Mientras tanto, intentaré templar los ánimos para que no os toquen mucho las narices desde Madrid. Ya me ha puesto el comisario al día de todas las novedades, así que espero ser de ayuda. ¿Alguna pregunta?

Se escuchó un runrún en la sala, pero nadie se atrevió a intervenir. Por las caras de los compañeros, Koldo supuso que les hacía la misma poca gracia que a él y al comisario la llegada de un asesor desde Madrid. Si ya les tocaba las narices aguantar a los picoletos en un caso semejante, tener encima a una niñera de ese calibre podría enquistar las cosas aún más.

A Galarza, en un principio, no le sentó demasiado bien la presencia de un antiguo inspector de policía en su comisaría, pero debía reconocer que Bermejo había hecho un acto de presentación a la altura, sin echarse a nadie encima e intentando facilitar las cosas, en una situación que no era agradable para nadie. Entendía que él era un mandado, como todos los demás, aunque su posición como asesor del secretario de Estado fuera bastante diferente. No conocía lo suficiente al emisario ministerial para hacerse una composición de lugar, pero seguro que tendría tiempo de tratarlo más a fondo a lo largo de la investigación.

Le sonaba el nombre de Francisco Bermejo, pero en ese momento Koldo no lograba ubicarlo. El antiguo inspector parecía de vuelta de todo después de tantos años de servicio, solo esperaba que de verdad facilitara las cosas y no les pusieran más palos en las ruedas desde Madrid, inmiscuyéndose en cada paso que daban. Bastante complicado era ya de por sí el caso para aguantar injerencias políticas de ninguna clase, aunque vinieran camufladas en forma de misión técnica de apoyo.

Galarza se dejó de elucubraciones y permaneció atento a las siguientes palabras del comisario. Orbea tenía algo importante que contarles, la presencia de Bermejo lo único que había hecho era retrasar la información que iba a compartir con el equipo.

—De acuerdo, todo aclarado. De momento seguimos trabajando igual, Bermejo solo está aquí de oyente, como si dijéramos. Ya concretaremos nosotros más tarde su posible implicación en la causa. Ahora viene lo bueno, voy a comentaros cómo está el caso a estas horas de la tarde.

Se acallaron los murmullos y las conversaciones que tenían lugar en la sala tras la presentación de Bermejo. Todos querían conocer los detalles de lo que había sucedido en las últimas horas en torno a un caso que prometía complicaciones futuras.

—Veamos, ya me lo temía, pero se ha confirmado con el paso de las horas —comenzó diciendo el comisario—. El juez Pedraza no da su brazo a torcer. Afirma que ya ha comenzado la instrucción desde el juzgado número 2 de Santoña y que nos apañemos entre nosotros. Y que para actuar fuera de Euskadi necesitamos autorización judicial. Han tenido que hablar nuestros mandos, los consejeros de Interior de Cantabria y el País Vasco, y no sé si hasta la cúpula judicial de este país —aseguró Orbea.

—De ahí mi presencia aquí —intervino Bermejo—. Tengo contactos en las altas instancias, incluida la judicatura. Intentaré suavizar los términos y facilitar los diferentes pasos para que todo vaya como la seda.

Un murmullo se propagó entre el grupo de ertzainas allí reunidos, nadie parecía contento en aquella sala.

—No es por hacer de menos a nuestro invitado, pero no creo que sea tan fácil —replicó Orbea—. Este caso va más allá y tiene muchas connotaciones políticas. Y desde Madrid se observará con lupa todo lo que suceda aquí, por mucho que Bermejo nos lo quiera pintar de color de rosa. No te ofendas, Paco, no tengo nada en tu contra.

—Imagino, comisario. A mí tampoco me hace ni pizca de gracia estar aquí, no os voy a engañar. Cumplo órdenes de mi jefe, el

secretario Mardones, y yo solo intentaré facilitar las cosas, nada más. Vamos a tomárnoslo con calma y procurar que el caso avance para que los políticos se queden tranquilos con nuestro trabajo —aseguró el asesor especial—. Por cierto, prefiero que nos tuteemos entre todos si estáis de acuerdo. Yo soy Paco o Bermejo, como os venga mejor. Estamos todos en el mismo barco, eso os lo prometo. Además, tendré la misma conversación con nuestros amigos de la Benemérita, así que no os preocupéis por injerencias externas.

—Ojalá fuera tan fácil, Paco —replicó Orbea—. Sabes tan bien como yo que los que mandan no pueden permitir que la investigación policial hunda las acciones del BIB en bolsa y se monte la de Dios con el Ibex y la madre que los parió.

—¿Y entonces? —preguntó Otxoa.

El comisario se tomó su tiempo para responder a su subordinado y Galarza supuso que se avecinaba algo que no les iba a gustar lo más mínimo.

—A ver, no me saltéis al cuello, al final yo también soy un mandado. Independientemente de la presencia aquí de Bermejo, que para nosotros debería ser transparente, os voy a comentar cómo vamos a proceder a partir de ahora —comenzó diciendo Orbea ante una expectación cada vez más grande entre los allí reunidos—. Hemos acordado que la instrucción del caso se llevará desde Santoña y participará la Unidad de Policía Judicial de la Guardia Civil allí destinada, con la supervisión de la Comandancia de Santander y nuestra propia unidad de investigación. Formaremos cuatro equipos conjuntos que elevarán sus informes previos al juez, y luego que cada integrante reporte a su jefe más inmediato.

—¿Equipos conjuntos? No me jodas, Orbea, no querrás decir que…

El inspector Rentería expresó en voz alta lo que pensaban la mayoría de los allí presentes. Si el caso ya era de por sí difícil, tanta burocracia lo iba a convertir en imposible de solucionar.

—Efectivamente, muchachos, lo que imagináis. Hemos formado cuatro parejas bien avenidas entre un picoleto y un ertzaina, y no

hay más que hablar. Son lentejas, ya sabéis.

—A mí no me miréis —respondió Bermejo alzando las manos en señal de rendición—. Todo esto ya estaba decidido antes de que yo llegara aquí, no tengo nada que ver.

Koldo frunció el ceño al enterarse, aventurando la estocada final que todavía faltaba.

—Hemos quedado mañana a primera hora en Santoña para una primera toma de contacto —confirmó el comisario—. Me consta que allí no han perdido el tiempo y ya están investigando, el juez Pedraza es un poco tocapelotas y quiere resultados inmediatos. El SECRIM procesó el escenario tras la primera inspección ocular y también han metido prisa a los forenses de Santander para acelerar los trámites de las autopsias.

Koldo imaginaba que no sería tampoco sencillo encontrarse en la piel del comisario, en medio de una trifulca política y jurisdiccional de tal calibre. Las presiones serían brutales y los medios se les echarían encima en cuanto se enteraran. Al parecer, no se había filtrado nada a la prensa de momento y el juez había decretado el secreto del sumario, pero los periodistas tenían ojos y oídos entre los empleados de los juzgados o incluso, a veces, obtenían chivatazos de los mismos investigadores.

—Veamos, tengo por aquí los nombres de vuestros nuevos compañeros, por si queréis darles un toque para un primer contacto antes de la reunión de mañana. A ver, estas serán las nuevas parejitas: a Rentería le ha tocado con la guardia Ramos; el subinspector Aguirre irá con el guardia Merino; Arretxe con el sargento Navarro y Galarza con la cabo Oliveira.

—¡No me jodas! —exclamó Rentería—. No pienso trabajar con una picoleta, bastante mierda vamos a tragar ya como para encima destetar a una niñata y después enseñarle el oficio.

Koldo pensó que la ignorancia siempre había sido muy atrevida y que un tipo como Rentería, que nunca se había caracterizado por ser el Sherlock Holmes de la oficina, se las diera ahora de listo ponía de manifiesto que aquella operación conjunta no comenzaba con muy

buen pie. Por no hablar de que a él tampoco le entusiasmaba su pareja de baile, por lo menos a nivel profesional. Conocía a Milene Oliveira en otros sentidos más bíblicos y no creía que pudieran funcionar como grupo de trabajo policial. De momento debía callarse y no compartir dicha información con nadie si no quería que le apartaran del caso.

—Tú harás lo que se te mande, Rentería, para eso es una orden directa —saltó Orbea mientras Bermejo contemplaba la escena sin intervenir—. Y si no, tienes dos opciones: o te meto un paquete, investigación interna y suspensión de empleo y sueldo, o entregas placa y pistola y te vas a la puta calle. Tú verás, es muy sencillito de entender.

El inspector agachó las orejas y no le replicó a su responsable directo. Koldo sintió entonces un ligero golpe en las costillas y su amigo Aguirre le soltó una de las suyas al oído.

—¡Qué suerte tienen algunos! Menuda compañía te has buscado, ¿eh?

—Cállate, Aguirre, tengamos la fiesta en paz —le cortó de raíz Galarza.

Se formó un pequeño guirigay cuando todos se pusieron a hablar a la vez sobre una operación tan compleja. El comisario levantó la mano y les pidió unos segundos más de calma.

—Los herederos del Duque de Ahumada son muy majos y ya nos han encomendado la primera misión. Tenemos que hablar con Labarrieta para contarle lo que sabemos. Os recuerdo que se largó de aquí hecho un basilisco porque su exsuegra y su hijo habían desaparecido. No me quiero ni imaginar lo que ocurrirá cuando sepa que han muerto, asesinados por algún demente. Tranquilos, que yo me comeré ese marrón, pero alguien tiene que acompañarme, aparte de nuestro ilustre visitante.

Koldo se ofreció voluntario y Rentería refunfuñó tras escucharle. Tendría que ser parte de la comitiva para no ser menos que el suboficial recién reincorporado a la comisaría y acompañar al jefe en su áspera misión. Una visita nada fácil que no deberían postergar.

—Vámonos entonces para allá. He llamado a Labarrieta y me ha asegurado que nos espera en su despacho oficial en el edificio principal del BIB, el que está en plena Gran Vía.

La caza del hombre estaba a punto de comenzar, aunque los investigadores de la Ertzaintza partieran con franca desventaja con respecto a sus colegas de la Benemérita.

10
Una verdad incómoda

Centro de Santoña (Cantabria), 8 de junio de 2022

Tras una jornada maratoniana, Milene y su compañera de piso temporal, la guardia Ramos, se habían retirado a descansar al domicilio de la sevillana. El teniente Gálvez también las puso al tanto sobre lo sucedido entre bambalinas, con las conversaciones de alto nivel en las que él tampoco había podido intervenir mucho.

—Menos mal que Gálvez es perro viejo y el capitán Lozano también —aseguró Ramos, que conocía a sus mandos desde hacía tiempo—. Si nos descuidamos se lo llevan todo los vasquitos y nos dejan con la miel en los labios.

—Ya, pero al final tendremos que trabajar con ellos, menuda mierda —contestó Milene.

—Sí, pero tú no puedes quejarte. A mí me ha tocado con el tipo ese que parece medio empanado; y encima es inspector, un tal Rentería. Tú trabajarás con el buen mozo, ¿no? Ya me dirás de qué conoces a Galarza, parece que se ha sorprendido mucho al verte.

—Sí, bueno, ya te contaré. Es una larga historia y tenemos que descansar. Mañana hemos quedado a las siete y media de la mañana todos los equipos en el cuartel, habrá que ponerse las pilas. ¿Se sabe algo del SECRIM o de los forenses?

—No te escaquees, guapa, no cuela. Luego me lo cuentas con pelos y señales, que seguro que hay más tomate del que parece. Y no, de momento no sabemos nada del servicio de criminalística ni de los forenses, y eso que tenemos alguna ventaja en ese sentido.

—¿A qué te refieres?

—Pues que el teniente Gálvez tiene hilo directo con los del SECRIM y nos informarán en breve, no van a hablar primero con la

Ertzaintza. Y la forense principal del Instituto de Medicina Legal de Santander, la doctora Elena Torres, es amiga personal de Gálvez. Creo que sus familias se conocen o algo así, por lo que tendremos enseguida los informes periciales.

—A ver si es verdad, Carmen. Oye, ¿por qué me miras así?

—¿Me lo cuentas ya o te voy a tener que torturar?

—Mira que eres pesada…

A Milene no le quedó otro remedio que claudicar y contarle a su compañera lo que había sucedido. No sabía si darle demasiados detalles o suavizar la historia, eso dependería de cómo se desarrollara la conversación. Lo primero que tendría que hacer sería centrarse y evocar aquel fin de semana ya casi olvidado, en junio de 2019, cuando se le ocurrió hacer caso a Miriam Monfort. Y es que al final la escritora y su pareja, el por aquel entonces teniente de la Guardia Civil Pablo Roncero, tenían mucha culpa de los problemas en los que se había metido.

Roncero iba a participar en una charla en el Festival de Novela Policial Bruma Negra, que se celebraba en la localidad vizcaína de Plentzia desde hacía años. Como mando de la UCO le invitaron para hablar sobre el trabajo de la policía judicial en la investigación criminal. Y como Miriam también participaría en un debate sobre novela negra con otros escritores del género, la periodista convenció a Milene para que les acompañara durante ese fin de semana en la costa vasca.

—Ya verás, Plentzia y Gorliz tienen una playa espectacular, nosotros ya hemos estado alguna vez. Llévate el biquini y esperemos que haga buen tiempo, que en el norte nunca se sabe. A ver si podemos darnos un bañito y disfrutar del sol entre charla y charla.

Milene casi podía recordar las palabras exactas de su amiga Miriam, aunque al final el fin de semana transcurrió de manera muy diferente. El viernes por la tarde asistieron a la interesante charla de Roncero sobre el trabajo de la UCO, algo que resultó muy útil para una guardia civil recién entrada en la unidad de élite de la

Benemérita. Y como todos habían llegado al mediodía desde Madrid, decidieron retirarse temprano para descansar del viaje.

Las charlas del sábado por la mañana no les interesaban demasiado y tras salir el sol decidieron aprovecharlo para ir a la playa, un inmenso arenal al que acudieron otras muchas personas con la misma idea en un verano recién comenzado. Por la tarde asistió a la charla de Miriam y luego decidieron ir a cenar con otros participantes del festival.

—La noche nos confundió, Carmen, no sé si me explico. Miriam y Roncero se fueron pronto para el hotel, pero yo había hecho migas con un grupito de gente de Bilbao y nos quedamos por allí de copas. En qué maldita hora…

En el grupo se encontraba Koldo, un chicarrón del norte que participaba también en el festival como autor de uno de los relatos presentados a concurso. De los zuritos pasaron al *kalimotxo* y de ahí a los *katxis* de ron, sin que Milene pudiera seguirles el ritmo.

—Esta gente bebe como cosacos, no te lo puedes imaginar. Y yo me piqué y al final tuve que rendirme. Una cosa llevó a la otra y…

—¡No me jodas! ¿En serio?

Milene asintió a su pesar, sin querer dar demasiados detalles. Acabó enrollada con Koldo en un bareto cutre justo antes de que cerraran el establecimiento y los echaran a la calle. El grupito se había ido disolviendo y allí quedaban solo ellos dos. La parejita se encontraba muy a gusto y decidieron caminar hasta la playa para ver si se les pasaba un poco la cogorza.

—Cuando me quise dar cuenta estábamos otra vez comiéndonos los morros, el capullo besaba muy bien y yo no protesté. Nos estábamos calentando demasiado y le insinué lo de irnos a la playa a montárnoslo. Hacía bastante fresco y no era plan que nos detuvieran por escándalo público. Así que Koldo me llevó hasta su coche y lo condujo hasta un lugar apartado.

—¡Joder, tía! ¿Te has tirado al ertzaina? ¡La madre que te parió!

—Bueno, visto así…

Los recuerdos de ese encuentro se desbloquearon entonces en la memoria de Milene, pudiendo evocarlos casi como si hubieran sucedido la noche anterior. Distinguió perfectamente el vehículo, una berlina de tipo medio de color azul, y evocó la incomodidad de los asientos delanteros, entre palancas de freno de mano, cinturones y demás. Al final salieron del coche por las puertas delanteras, entraron de nuevo por las traseras y dieron rienda suelta a su pasión.

—Tampoco me acuerdo mucho, la verdad, iba todavía un poco pedo. No fue un polvo memorable, pero tampoco estuvo tan mal, o eso creo.

—Ya veo… Y si te he visto no me acuerdo, ¿verdad?

—Vale, vamos a dejar el temita, Carmen.

—No, lo digo porque el muchacho pareció bastante sorprendido al saber que eras guardia civil. Y lo mismo digo en tu caso al averiguar que él es un ertzaina.

—Ya, bueno… Es lo que hay, ahora tendremos que ser profesionales y amoldarnos a las circunstancias. Al principio nos costará un poco, no lo voy a negar. Y seguro que nos da un poco de corte, ya sabes. Pero en cuanto entremos en faena se nos olvidará.

—Más nos vale. Y ni se te ocurra volver a liarte con él, tía, que tenemos una movida gorda entre manos. ¿Qué opinas sobre la disposición de los cadáveres en la cueva?

Las dos guardias civiles continuaron hablando del tema por un rato, pero Milene tenía la cabeza en otra parte. Había soltado una mentirijilla a su amiga, ya que no estaba del todo segura de cómo sería trabajar mano a mano con Koldo. Sí, había tenido un rollo de una noche con él hacía tres años, pero ahora se encontraban allí los dos e iban a tener que compartir su día a día. Solo esperaba que la situación no se complicara aún más.

Decidió despedirse de Carmen y retirarse a descansar. Les habían facilitado los teléfonos de los operativos de la Ertzaintza y pensó en hacerle una breve llamada a Koldo para ponerse un poco al día, por lo menos en el tema de la investigación. Ya tendrían tiempo de tratar

los asuntos personales, si es que alguno de los dos se atrevía y no lo obviaban directamente por el bien de la misión.

—Buenas noches, Koldo, soy Milene. Espero pillarte bien a estas horas.

—Sí, tranquila. Yo pensé también en llamarte, pero no quería molestar. ¿Quieres comentar algo en concreto?

Milene se retiró un segundo el teléfono de la cara y cogió aire. Afortunadamente solo estaban hablando de la forma tradicional, nada de videollamadas. De todos modos tuvo que reconocer que la voz de Koldo a través de la línea le resultaba muy agradable. Decidió soltarlo antes de que se arrepintiera y de ese modo poder afrontar lo que de verdad importaba.

—Perdona, no sé si querías hablar de lo que pasó entre nosotros. Yo, la verdad, es que…

—Nada, no te preocupes. Nos divertimos, lo pasamos bien y ya está, no hay que hacer ningún drama. Me hubiera gustado llamarte algún día o mandarte un mensaje, pero creo que perdí tu número o tal vez no nos los intercambiamos, no estoy seguro.

—Sí, somos un desastre —respondió Milene más tranquila—. Además, ya sabes, con la distancia de Madrid a Bilbao hubiera sido complicado volver a vernos.

—Claro, claro. Bueno, imagino que ahora vivirás más cerca si estás con la judicial de Santoña. ¿Te han trasladado desde la capital del reino?

—Sí, pero no, la verdad es que es un poco más complicado que todo eso —contestó ella antes de explicarle someramente su situación real como investigadora de la UCO.

—Lo cierto es que no tenía ni idea, ahora sí que me has sorprendido del todo —respondió Koldo. A Milene le pareció escuchar un tono de disgusto en la voz del ertzaina, aunque igual eran solo figuraciones suyas—. No sabía que formabas parte de la élite de la Benemérita en Madrid, nada más y nada menos.

—Venga, menos cachondeo, vamos a lo nuestro. Hablemos del caso, será más interesante. Creo que os habéis reunido con Labarrieta, ¿me equivoco?

—Vaya, las noticias vuelan, y eso que no ha sido una conversación muy divertida. Muy bien, te lo cuento y tú me hablas del informe preliminar del forense o la científica.

—Hombre, no sé yo…

—*Quid pro quo*, Clarice —soltó entonces Koldo, parafraseando al doctor Hannibal Lecter.

Milene sonrió ante la ocurrencia de su nuevo compañero de fatigas detectivescas. Como amante del thriller disfrutó mucho de la película *El silencio de los corderos*. Pero como lectora del género debía reconocer que tras leer toda la saga de Thomas Harris, le había impactado casi más la novela titulada *Hannibal*, ambientada en Florencia. Así que decidió seguirle el juego.

—De acuerdo, Koldo. De momento no tenemos informe preliminar de los forenses, imagino que os lo facilitarán por los cauces oficiales. En un primer examen ocular no parecía haber signos externos que permitieran delimitar las causas de la muerte, incluso en un principio yo llegué a pensar en un suicidio doble. O tal vez que la anciana envenenó primero a su nieto y luego se quitó la vida, pero la escena no me cuadraba. Y eso que más tarde nos encontramos con alguna que otra sorpresita.

—Nosotros solo vimos las fotos durante un segundo, así que estoy en franca desventaja. Cuando llegamos ya se habían llevado los cuerpos, tendremos que fiarnos de vosotros. Pero no me cuadra lo del suicidio, no sé. Ha tenido que intervenir una tercera persona al menos.

—Sí, es lo más probable. Y eso que los rostros de las víctimas parecían tranquilos y en paz, como si hubieran muerto mientras dormían.

—¿Y pudo suceder así?

—Creo que no. La forense se inclinaba más porque a la mujer le hubiera dado un infarto o algo similar. No conocemos las patologías previas que tenía la anciana, se trataba de una señora de más de ochenta años. Puede que le fallara algún órgano y falleciera de muerte natural, a saber. Pero lo del nieto no fue natural. Por no hablar de lo que les hicieron *post mortem*…

—No me puedes dejar ahora con la intriga, Milene.

—Sí, ya, mucho *quid pro quo* pero tú no has soltado prenda. Si ya habían denunciado la desaparición de las dos víctimas en Bilbao, seguro que tenéis más datos.

—No te preocupes, ahora te lo cuento con detalle. Y prometo también explicarte la divertida reunión con Jesús Mari Labarrieta.

—Está bien, tú ganas. El chico tenía moretones en el pecho, además de un brazo fracturado y una rodilla destrozada. Y eso no fue lo peor.

—Veo que te gusta crear suspense. Ni que fueras una asidua lectora de thriller o algo así.

Milene no quiso entrar al trapo y contestó enseguida. Solo deseaba que la revelación impactara a su interlocutor. Tal vez más tarde tuviera problemas con sus mandos por facilitar datos de una investigación en curso, aun siendo su interlocutor un miembro de la Ertzaintza involucrado en el operativo, algo que no le arredró.

—Vale, te lo diré. Pero no puede salir de aquí. A las dos víctimas les cortaron la lengua y parece que lo hicieron después de muertos.

—¡Joder! Eso sí que no me lo esperaba.

Koldo no se pudo negar y compartió también alguna información con Milene. Le contó la visita realizada al despacho de Labarrieta acompañando a su jefe, sin olvidar la presencia de Bermejo en la comitiva oficial, un nombre que también parecía sonarle a Milene. Galarza rememoró una reunión que le hubiera gustado ahorrarse, aunque en su trabajo tuviera que tragar con aquel tipo de situaciones de vez en cuando.

Serían cerca de las ocho de la tarde cuando llegaron al emblemático edificio que el BIB posee en la Gran Vía, una de las arterias principales de Bilbao, cuyo nombre completo era Gran Vía de don Diego López de Haro. Subieron a la última planta y salieron del ascensor, dejando a su espalda la escalera y parte de la estructura original del edificio antes de la reforma, con una pared de ladrillo visto que contrastaba con la modernidad del inmueble recién rehabilitado.

Atravesaron una enorme cristalera para llegar a la recepción de la planta ático, donde la secretaria del banquero les estaba esperando. La asistente les dirigió por el pasillo a través de un espacio casi diáfano, repleto de ventanales que le daban a la vez calidez y luz al entorno. Dejaron a la derecha la inmensa sala de juntas y les condujo hasta su destino final, el amplio despacho personal de don Jesús Mari Labarrieta, el poderoso consejero delegado del BIB.

—Como te puedes imaginar, Milene, fue una conversación muy tensa.

Galarza evocó la situación. El comisario Orbea desgranó ante el banquero los pocos datos que tenían sobre la desaparición de sus seres queridos. Una cámara de tráfico y los testimonios de algunos transeúntes les permitieron averiguar que habían sido secuestrados en la calle, a plena luz del día, y subidos a una furgoneta negra sin distintivos. Los técnicos de Tráfico habían podido seguir el recorrido del vehículo tras salir de la ciudad, pero le habían perdido la pista en uno de los muchos polígonos industriales de las afueras de Bilbao.

—El banquero se encontraba muy furioso, y encima, el idiota de Rentería metió la pata con alguno de sus comentarios fuera de lugar. El comisario tuvo que templar los ánimos, asegurándole a Labarrieta que íbamos a poner todos los medios a nuestra disposición para resolver ese caso. Y eso que todavía no le habíamos asestado el golpe definitivo.

Koldo recordó como entonces tragó saliva y tomó el relevo de su jefe, comunicándole al banquero que tenían nueva información gracias a la Guardia Civil de Santoña.

—El pobre hombre no entendía nada y su rostro de cabreo se transformó en una máscara inexpresiva que no dejaba traslucir sus emociones —dijo el ertzaina—. Por un lado tenía la esperanza de que fueran buenas noticias, pero entonces nos echó un vistazo a los tres y ató cabos. Se desplomó sobre su asiento, totalmente desolado, y se aprestó a recibir la estocada final por parte del comisario.

Galarza continuó recordando la reunión, en el punto álgido en el que la tensión se mascaba en el ambiente, instantes antes de que Orbea tomara la palabra.

—Señor Labarrieta, siento comunicarle que han aparecido los cadáveres de dos personas que parecen coincidir con las descripciones de sus familiares. Los cuerpos se encuentran ahora mismo en el Instituto de Medicina Legal de Santander a la espera de la autopsia. Deberá acudir mañana por la mañana sin falta para identificarlos antes de proseguir con las diligencias.

El comisario había eludido añadir que tenían la documentación del chaval en su poder, ya que hasta que no contaran con una identificación positiva de un familiar directo no podían dar nada por sentado. Labarrieta se derrumbó y comenzó a llorar desconsoladamente para rehacerse poco después. Los miembros de la Ertzaintza esperaban que la cólera del consejero delegado cayera sobre ellos por no haber hecho su labor antes de que ocurriera aquella tragedia. Sin embargo, el hombre de negocios se levantó de su asiento, se estiró el traje italiano de impecable factura y se transformó en el tiburón de negocios que todos conocían.

—Fue algo increíble, nos pilló a todos en fuera de juego —le aseguró Koldo al regresar a la realidad—. Ni siquiera nos cayó una bronca por no haber adelantado nada con la investigación tras el secuestro. El empresario nos hizo algunas preguntas más y se puso a nuestra disposición para lo que hiciera falta.

A Koldo le había sorprendido la templanza del banquero. Labarrieta se percató enseguida de las posibles consecuencias al aparecer los cadáveres en Cantabria, con la Guardia Civil de por

medio y fuera de la jurisdicción de la Ertzaintza. Les rogó que se hicieran cargo de la investigación, o por lo menos, que tuvieran voz y voto en lo que sucediera durante las pesquisas. Orbea le explicó el operativo conjunto que se había organizado, incluyendo la asesoría de Bermejo como hombre fuerte del ministerio, y el hombre pareció quedarse más tranquilo.

—Incluso nos aseguró que haría algunas llamadas para facilitar nuestra labor —le dijo a Milene al evocar la conversación—. De algo le servirían sus contactos, aunque ya no pudiera hacer nada por salvar la vida de su hijo ni de la abuela del chico, o eso nos dijo con el rostro descompuesto.

El banquero entendió que se encontraban ante dos asesinatos y no quisieron darle más explicaciones hasta tener datos concluyentes sobre lo sucedido. Le prometieron mantenerle informado y trabajar hasta la extenuación para capturar a los responsables de aquella salvajada. Labarrieta les rogó encarecidamente que atraparan al culpable. Y como no le iban a dejar a solas con el asesino o asesinos, ni en nuestro país existía tampoco la pena de muerte, les pidió que por favor lograran que los criminales se pudrieran en la cárcel por el resto de sus días.

—Y allí le dejamos, más tranquilo después de recibir el varapalo. Incluso se puso a realizar llamadas profesionales al marcharnos. Debe preparar un plan de contingencias ante la avalancha que se le viene encima, sobre todo cuando los medios se hagan eco de la noticia. De momento se ha declarado el secreto del sumario, pero los enemigos de Labarrieta o del BIB estarán al acecho para pescar en río revuelto. Lo nuestro será complicado, pero tampoco me gustaría estar en su pellejo.

Koldo se despidió poco después de Milene, a la espera de volver a verse en persona unas pocas horas más tarde. Y eso que a veces el destino tiene marcadas las cartas y juega con los pobres mortales a su antojo. Tiempo tendrían de darse cuenta, a lo largo de una investigación que los llevaría a todos al límite de sus fuerzas.

11
Un amanecer para olvidar

Ría del Nervión - Bilbao, 9 de junio de 2022

La bruma matinal pronto desaparecería, con la promesa de un sol resplandeciente durante el resto de la jornada. Por lo menos eso aseguraron en el *Teleberri* la noche anterior, aunque Ainara no confiaba demasiado en los meteorólogos de la ETB. Conocía a la perfección las peculiaridades del clima en Bilbao, un lugar en el que podía concentrarse en la misma jornada desde el calor bochornoso más extremo hasta un viento huracanado por culpa de la galerna del Cantábrico que hacía descender las temperaturas de golpe. Sin mencionar la lluvia intermitente, las nubes y claros o los aguaceros que te calaban en segundos.

Tenía una reunión importante esa misma tarde y hasta entonces solo quería relajarse y hacer ejercicio. Se despertó temprano con la idea de la reunión vespertina en la mente, así que decidió ponerse ropa deportiva y fue a buscar a la lonja que alquilaba en una de las estrechas calles del Casco Viejo la piragua que guardaba para ejercitarse en la ría. Sacar la embarcación a pie de calle era mucho más sencillo que haberla intentado bajar por las angostas escaleras de su bloque. Salió sobre las seis de la mañana de su domicilio y, después de recoger la piragua, cruzó el puente del Arenal y se dirigió al paseo de Uribitarte.

Accedió a la ría del Nervión desde el pantalán flotante que las escuelas de remo solían dejar libre al amanecer. La marea estaba subiendo y la corriente a favor la empujaba suavemente, facilitándole el ritmo. Comenzó su travesía al lado del puente del Ayuntamiento y siguió su camino en dirección al mar. Pronto dejó atrás el Zubizuri, el polémico puente diseñado por Santiago

Calatrava que había provocado tantos problemas después de su inauguración.

«¿A quién se le ocurriría construir un puente con el suelo de cristal en una ciudad tan húmeda como Bilbao?», pensó Ainara. Normal que la gente patinara en un pavimento resbaladizo que provocaba múltiples caídas, con consecuencias graves en muchas ocasiones. Al final, el Ayuntamiento tuvo que colocar alfombras antideslizantes encima del cristal para evitar caídas, pero el arquitecto demandó a la institución pública por modificar su diseño original.

Se acercó en pocos minutos al puente de La Salve, con su característico arco rojo, uno de sus sitios preferidos en la ciudad. Se adentró entonces en uno de los lugares más visitados y fotografiados de Bilbao, con el puente en primer plano, el Museo Guggenheim justo detrás y al fondo la torre de la compañía eléctrica. Aceleró el ritmo y siguió su camino.

No quiso distraerse con las imágenes de postal, mientras la bruma se disipaba y el sol aparecía por el horizonte. Se concentró en su respiración y en el movimiento acompasado de sus paladas a izquierda y derecha para mantener un ritmo constante y ahorrar energías. Entonces levantó la vista y divisó algo extraño en lontananza.

Ainara tenía miopía, pero no le gustaba utilizar sus gafas para ver de lejos y menos al hacer deporte. Creyó distinguir algo colgado de la pasarela Pedro Arrupe e imaginó que sería alguna pancarta reivindicativa de los estudiantes. Hasta que la piragua no se acercó hasta la curiosa pasarela que unía Abandoibarra con la avenida de las Universidades, una construcción muy visual en forma de libélula, fabricada con madera y tratada para evitar los posibles deslizamientos con lluvia, no se percató de la realidad.

La joven no podía dar crédito a lo que le mostraban sus ojos. Paró en sus acometidas con la pala sobre el agua del Nervión y se dejó llevar por la inercia hasta situarse justo debajo de la pasarela. Al no haber alcanzado aún la pleamar, el nivel del agua quedaba

todavía lejos de la estructura de madera, obligándola a forzar el cuello para mirar hacia arriba. Aquello no podía ser real.

Recortada contra el cielo azul pálido de junio, la figura parecía flotar en el aire. Ainara se había topado con algo indescriptible que la dejó sin palabras. Desde su posición, unos pocos metros por debajo, podía distinguir a la perfección los rasgos de una joven rubia y hermosa cuyo cuerpo totalmente desnudo colgaba de la estructura en una especie de crucifixión simulada, sostenida por cuerdas y poleas, con los brazos extendidos en cruz. Una mártir sin vida, cuya cabeza ligeramente ladeada a la derecha, miraba en dirección al Guggenheim.

El pánico la atenazó. Miró en derredor buscando a alguien en la orilla, hasta que distinguió a un corredor que se acercaba trotando por la parte de Deusto.

—¡Por favor, ayuda! —gritó desesperada para llamar la atención del deportista.

Hizo gestos con los brazos mientras intentaba que el *runner* la viera desde la margen derecha, aunque no hizo falta. El corredor se paró también en seco unos metros más allá y se tapó la boca al ver el atroz panorama. Ainara pensó que ni siquiera la había visto a ella en medio de la ría, quizá impactado por la escalofriante escena. Al menos vio al chico sacar su móvil, esperaba que dispuesto a llamar a Emergencias para avisar del hallazgo.

Una imagen que atormentaría a Ainara en sus pesadillas de por vida, después de quedarse en *shock* al comprobar en directo la maldad del ser humano. Una visión horrible y perturbadora que cambiaría para siempre el destino de la ciudad. Un Bilbao que despertaría entonces sumido en el caos, ya que la barbarie comenzaría a hacerse hueco en las conversaciones diarias de unos ciudadanos que hasta entonces vivían sin miedo.

Ainara suspiró y remó con fuerzas flaqueantes hacia el pantalán flotante de la orilla de Deusto, el único lugar donde sus manos temblorosas podrían asegurar la piragua para saltar a tierra firme, sabiendo que su terrible día no había hecho más que comenzar.

El asesino sabía que, tras la correcta identificación de su nueva víctima, las autoridades se adentrarían en un mar de dudas. Sobre todo si pretendían relacionarla con lo ocurrido en La Ojerada. No parecía ser hija ni familiar de ningún capitoste, se trataba de una simple estudiante de Económicas que vivía en Santander, o eso supondrían en primera instancia. Ya se sabe que a veces las apariencias engañan.

El completo dosier sobre la chica contaba con información de todo tipo: domicilio, lugar de estudio, sus horarios, aficiones y algún que otro detalle. Su familia vivía en Aguilar de Campoo y no eran precisamente ricos ni poderosos. Y, sin embargo, la joven estudiaba un doble grado en la Universidad Europea del Atlántico, una institución privada muy reconocida en la región, y vivía en un espacioso piso en Valdenoja, una de las mejores zonas de Santander. Seguro que los investigadores se preguntarían de dónde sacaba el dinero la muchacha para llevar ese tren de vida, pero ese no era su problema. Solo tenía que controlar sus rutinas y buscar el momento más adecuado para llevar a cabo sus planes.

La joven salía a correr todas las tardes a última hora entre el parque y playa de Mataleñas y el faro del Cabo Mayor, en un circuito rompe piernas en el que daba más de una vuelta a buen ritmo. El atacante la siguió en su coche y aparcó cerca del camping de Cabo Mayor, en un estacionamiento al aire libre, debajo de los árboles. Un lugar con poca luz, frondoso y solitario a esas horas de la noche, que le serviría para sus propósitos.

En la siguiente vuelta, cuando la corredora pasó cerca de su ubicación, la abordó sin miramientos. Se chocó con ella adrede y ambos cayeron al suelo. La chica despotricó contra el desconocido mientras se intentaba incorporar, pero su atacante no le dio opción. La redujo con una inyección narcótica y dejó a la víctima fuera de combate. La llevó entonces hasta su coche y la introdujo en el maletero antes de que alguien les viera.

Salió de allí con las pulsaciones a mil por hora, por lo que intentó tranquilizarse para no cometer ningún error. Condujo con precaución para salir de la ciudad y se dirigió hacia la nave solitaria dispuesta de

antemano para llevar a cabo sus macabros planes, a escasas horas de que el cuerpo exánime de su víctima apareciera colgado en el centro de Bilbao.

12
El gato y el ratón

Cuartel de la Guardia Civil de Santoña - Cantabria, 9 de junio de 2022

La oficina de la Policía Judicial de la Guardia Civil de Santoña hervía de actividad desde primera hora. Esperaban la visita de sus invitados llegados del País Vasco, aún sin estar muy conformes de compartir investigación con la Ertzaintza. Sin embargo, confiaban en que si colaboraban, podrían atrapar a los culpables antes de que la alarma social llegara a las calles.

Durante toda la jornada anterior, Milene se había sentido incómoda por la ropa prestada, que no cuadraba demasiado con sus 1,75 metros de altura. Así que, tras acabar su turno, arrastró a Carmen a una tienda de ropa en Laredo. Allí, entre prisas y una tarjeta de crédito echando humo, consiguió hacerse con un equipo mínimo de trabajo: pantalones de pinzas, camisas de algodón, unas buenas botas de montaña y algo de ropa interior. No era el vestuario al que estaba acostumbrada, pero al menos ya no parecería una náufraga cuando tuviera que bregar con su trabajo. O cruzarse de nuevo con Koldo…

Milene no había dormido demasiado bien. Ella tenía experiencia en casos importantes por su trabajo en la UCO, pero ahora no podría contar con el paraguas de Roncero, al menos presencialmente. En Santoña era una extraña, una especie de infiltrada, aunque también podían considerarla como una de las más expertas en investigaciones de ese calado, por lo que se encontraba en una encrucijada complicada que esperaba poder solventar con eficacia.

Lo peor era que tendría que compartir su primer caso importante como protagonista con otro policía, en este caso de la Ertzaintza. Peor aún, su compañero de pesquisas sería nada menos que Koldo

Galarza, un mocetón con el que tuvo un rollo de una noche años atrás, sin tan siquiera imaginar que fuera un subinspector policial en Euskadi.

Así que los nervios le pasaron factura durante la noche y no pudo conciliar demasiado bien el sueño. No se sentía fresca y despejada después de descansar, pero tendría que apañarse con un chute de cafeína para afrontar el día. Y eso que los implicados en la investigación todavía ignoraban el giro que iba a dar el caso en apenas unos minutos.

Además, Milene contaba con su Pepito Grillo particular. Su amiga Carmen, compañera de piso y de pesquisas durante esa investigación, seguía malmetiéndole desde que se enteró de su fugaz relación con el ertzaina. También era mala suerte que le hubiera tocado justo con él en la disposición de los equipos de trabajo, pero le daba un poco igual si se iba a encontrar de todas maneras con Koldo durante todo el proceso. Mejor tenerlo bien cerca para así controlar la situación, si es que no se les iba de las manos.

El teniente Gálvez, el jefe de la unidad de policía judicial de Santoña, reunió a todo el equipo minutos antes de que llegaran los visitantes. El oficial la había recibido un poco de uñas al principio al venir impuesta desde Madrid, pero parecía que se había suavizado la situación, gracias sobre todo a su amistad con Carmen. De hecho, no la excluía ni tenía en cuenta su particular estatus, incluyéndola en el grupo general para todo.

—Siento deciros que se une un componente extra a la partida, por si no éramos pocos en la ecuación. Al parecer, han enviado a un asesor del Ministerio del Interior para asegurarse de que el operativo funciona. Ya ha estado hablando en Erandio con los vascos y creo que ahora viene para acá, parece que pretende unirse a la función.

Se escucharon algunos murmullos en la sala, aunque nadie se atrevió a protestar en voz alta la notificación del teniente Gálvez. Milene conocía la identidad del emisario enviado desde Madrid después de hablar con Koldo la noche anterior, pero prefirió permanecer en silencio. Ni siquiera lo había comentado con Carmen,

por lo que se hizo la sorprendida igual que los demás. Y eso que al final recordó de qué le sonaba el nombre de Francisco Bermejo. Se trataba de un conocido exinspector de policía de la UDEV, amigo personal de Roncero y protagonista a su pesar, junto a su mentor y jefe en la UCO, de algunas de las novelas más famosas de Miriam Monfort. Tendría que comentarlo con Pablo en cuanto volviera a hablar con él.

—Pondremos toda la carne en el asador para demostrar a esta gente cómo trabajamos en la Guardia Civil. No queda más remedio que transigir con el acuerdo alcanzado, qué le vamos a hacer. Sabéis que no me hace maldita la gracia, pero esto lo vamos a sacar adelante. ¿Entendido?

Nadie levantó la voz y todos asintieron con gestos más o menos claros ante el oficial al mando.

—Estamos pendientes de los forenses y de los compañeros del SECRIM, pero vamos a seguir avanzando. Tendremos que trabajar con la gente de Bilbao y debe quedar claro que en nuestro territorio organizaremos nosotros las diferentes intervenciones —continuó el teniente.

—¿Contaremos con ayuda de la Comandancia? —preguntó el sargento Navarro.

—Sí, tranquilos, ya he hablado con el capitán Lozano. El caso lo seguimos llevando nosotros, pero contamos con el apoyo de la policía judicial de Santander; los compañeros de Peña Castillo andan al quite. Aparte de que aquí tenemos a la cabo Oliveira, de la UCO, por lo que espero que si necesitamos ayuda desde Madrid nos la presten también sin ningún problema, este caso es muy importante. Además, todas las patrullas de seguridad ciudadana de la parte oriental de Cantabria están a nuestra disposición, así que los vamos a poner a trabajar también. Navarro, encárgate tú de organizarlo.

—Sí, mi teniente. Ya se tomó declaración a los vecinos más cercanos a La Ojerada por parte de los compañeros de Galizano, pero creo que debería acudir también uno de nuestros equipos y ampliar la búsqueda. Habrá que ir casa por casa e interrogar a

cualquiera que pudiera haber visto algo inusual durante esa noche o madrugada, cualquier pista puede ayudarnos después a encauzar la investigación.

—Estoy de acuerdo, sargento. Ahora concretaremos en la reunión conjunta los datos que tengan los ertzainas. Al parecer buscamos una furgoneta negra modelo Renault Traffic, que fue con la que secuestraron a las víctimas en pleno Bilbao según tengo entendido.

—Ok, habrá que buscar también posibles imágenes capturadas durante el trayecto de ese cabrón hasta La Ojerada. No tenemos muchas cámaras de tráfico por la zona, pero si el asesino no conoce bien la comarca y se le ha ocurrido atravesar Ajo por su calle principal, quizá le haya captado alguna cámara de comercios o bancos que haya por allí.

—Perfecto, así vamos avanzando sin adelantar acontecimientos. El tipo que secuestró a las víctimas no tiene por qué ser el mismo que los mató, ni el que depositó los cuerpos en la cueva. Tampoco sabemos si utilizó en Cantabria el mismo vehículo con el que le vieron en Bilbao, de momento solo tenemos suposiciones.

—También es verdad, no hay que dar nada por supuesto. Bueno, ¡a trabajar!

El sargento Navarro dio por finalizada esa primera toma de contacto antes de la reunión principal, a la que acudiría todo el operativo tanto de la Benemérita como de la Ertzaintza, aparte del nuevo invitado especial. Milene y el resto de los compañeros habían asistido con respeto y en completo silencio al particular duelo dialéctico entre el teniente y el sargento, los dos máximos oficiales de aquel acuartelamiento, pero a partir de ese momento tendrían que plantear cualquier duda o cuestión que se les ocurriera ante un caso de tal envergadura y con tantas vertientes por clasificar.

Poco antes de la hora acordada llegaron todos los miembros de la policía autonómica vasca, vestidos de paisano y en vehículos no identificables para pasar desapercibidos fuera de su jurisdicción. Milene imaginó que no habría sido fácil llegar a un consenso ni

poner de acuerdo a tantas partes implicadas en un caso que podría estallarles en plena cara si no lo solucionaban a la mayor brevedad.

Se fijó en un hombre trajeado que le sonaba mucho. Entonces cayó en la cuenta. Se trataba de Francisco Bermejo, el famoso exinspector de la UDEV, amigo personal de Roncero, con el que su jefe había compartido más de una aventura policial en el pasado. Se lo comentaría a sus superiores en cuanto pudiera, tanto al capitán como al coronel Antúnez. De todas maneras, la cabo Oliveira tenía otras preocupaciones a esas horas, por lo que intentó poner su mejor cara de póker al coincidir con la comitiva llegada desde Bilbao.

Ni Koldo ni ella dieron pistas de que ya se conocieran antes de aquella misión a la hora de los saludos protocolarios. Ambos habían hablado del tema con sus compañeros y temía por las filtraciones. Carmen le aseguró a Milene que por su lado no habría problema y sería una tumba, pero la joven madrileña no lo tenía tan claro por la parte que correspondía a los ertzainas. Ella solo quería trabajar, solucionar el caso y detener a los culpables, nada más.

El teniente Gálvez acompañó a todo el séquito a la sala más grande de la que disponían en el edificio para poder llevar a cabo la reunión. Pero esta se torció antes siquiera de comenzar. El secretismo con el que llevaban la desaparición y muerte de los dos familiares de Labarrieta se iba a ir al garete por culpa de otro hecho inusual del que todavía no tenían conocimiento. Y si ya de por sí el caso podía llegar a ser mediático, todavía no eran conscientes de lo que se iba a convertir a partir de ese momento.

El mismísimo comisario encabezaba la comitiva vasca en Santoña. Orbea no pensaba trabajar sobre el terreno, solo quería dejar claro que no estaban de visita e iban a ser parte activa del proceso. Koldo notó un gesto de extrañeza en su jefe y se apartó a un lado para dejarle espacio.

—Disculpen un momento, por favor —dijo Orbea antes de entrar a la sala de reuniones—. Tengo que atender una llamada urgente.

El subinspector tuvo un momento de *déjà vu,* esto ya lo había vivido. El semblante del comisario se oscureció poco a poco y su gesto irascible no barruntaba nada bueno. Galarza conocía el carácter volcánico de Orbea, que solo dejaba traslucir en ocasiones, y esa parecía ser una de ellas. Le resultaba extraño que estallara en un ambiente que no les era natural, pero sabía que las presiones podían afectar a las personas de maneras impredecibles, incluso cuando intentaban mantener el control de sus emociones.

—¡Hostia puta, Otxoa! —escuchó decir a media voz al comisario mientras hablaba con su hombre de confianza—. ¿Y por qué coño nadie nos ha avisado?

Orbea se alejó de allí para no llamar la atención, por lo que ni Koldo ni nadie se enteró del resto de la conversación. La situación no había pasado tampoco desapercibida para los guardias civiles, que permanecían atentos a lo que ocurriera.

—Tenemos que suspender la reunión, teniente Gálvez —aseguró Orbea.

—¿Qué ocurre, comisario? —preguntó estupefacto el oficial de la Guardia Civil—. Si no es mucha indiscreción, claro.

—Ha surgido un tema urgente que requiere de toda nuestra atención. Si les parece bien, dejaré aquí a dos de mis hombres para que comiencen a organizar el operativo conjunto, el resto tenemos que regresar a Bilbao lo antes posible.

De repente comenzaron a vibrar varios teléfonos de los allí presentes, ya fueran por notificaciones de redes sociales, mensajes de WhatsApp o incluso llamadas. Galarza se fijó en que los móviles de los ertzainas fueron los primeros en sonar, pero enseguida también sus anfitriones comenzaron a mirar sus terminales. Hasta el asesor del ministerio pareció aturdido al revisar su teléfono, aquello no era normal.

Las caras de asombro de algunos compañeros y también de los miembros de la Guardia Civil le avisaron de que algo grave estaba sucediendo. Koldo sacó también su teléfono, pero no vio ninguna notificación, por lo que se quedó aún más intrigado. No sabía si

estaba incumpliendo el protocolo, pero su curiosidad pudo más y preguntó en voz alta:

—¿Qué ocurre?

Milene se apiadó de él y se acercó con disimulo. Le enseñó entonces un vídeo sacado de un mensaje de Twitter en el que un usuario de esa red social había grabado lo que sucedía en los alrededores de la universidad de Deusto.

—¡Me cago en…! Joder, ¿qué demonios ha pasado?

A Koldo no le hizo falta saber que esas salidas de tono no serían muy bien vistas por su responsable en presencia de los guardias civiles y el antiguo inspector, por mucho que pudiera tratarse de una reacción espontánea difícil de controlar. Y eso que, a su modo de ver, su exabrupto resultaba incluso comedido dadas las circunstancias. No quiso enfrentarse directamente a la mirada del comisario, pero su pregunta demandaba algún tipo de respuesta para la que nadie estaba preparado en ese momento.

—Comisario, a nosotros también nos ha llegado la noticia —dijo Gálvez—. No sé si tendrá que ver con nuestro caso pero…

—Solo sé que ha aparecido el cadáver de una mujer en la pasarela peatonal de Pedro Arrupe, en plena ría del Nervión, y tenemos que ir para allá —le interrumpió Orbea—. Los compañeros de la comisaría de Deusto ya están sobre el terreno antes de que nos hagamos cargo nosotros. Es un asesinato que se ha producido en Bilbao, no tiene nada que ver con el asunto que nos ha traído hasta aquí.

En ese momento, el teniente Gálvez recibió una llamada en su teléfono que atendió con monosílabos. Hizo después un aparte con uno de sus hombres y le encargó algún cometido antes de continuar con la conversación general.

—Siento comunicarles que nosotros vamos a acompañarlos hasta Bilbao, la fallecida es una vecina de Santander y tengo orden de comandancia para personarnos también en este caso. Si tienen algún problema tendrán que hablar con sus superiores.

—Ustedes no tienen jurisdicción en Bilbao, teniente —replicó el comisario algo alterado—. Eso tendrá que ordenarlo un juez, ya lo saben. Lo siento, tenemos que marcharnos, no podemos perder más el tiempo.

—Disculpen, caballeros —intervino Bermejo en su papel de mediador, dirigiéndose a los dos responsables policiales—. Si les parece bien, vamos a hablar de este asunto tranquilamente en algún lugar más discreto, ¿de acuerdo?

El oficial de la Guardia Civil asintió y le pidió al comisario que le acompañara a su despacho, en compañía de Bermejo, mientras el resto de los allí presentes intentaban averiguar lo que había sucedido.

—¿Y cómo sabéis que la muerta es de Santander? —le preguntó Koldo a Milene.

—¿No lo has visto en Twitter? «Jesucrista» es *trending topic*.

—Lo siento, no tengo redes sociales y no ando muy puesto en Twitter. ¿Eso es lo de TT? Buff, reconozco que soy un poco analógico para estas cosas.

Koldo se percató del gesto de sorpresa de su interlocutora, mientras a su alrededor se seguían produciendo corrillos entre ertzainas y guardias civiles hablando del asunto.

—Ok, *boomer*. Sí, ha empezado como *trending topic* en Bilbao y Santander, pero ya lo es a nivel nacional. Algún desalmado ha hecho fotografías y vídeos de la mujer colgada en el puente y se ha hecho viral al instante. Al parecer, varios universitarios de Santander han identificado a la chica, e imagino que los compañeros de la Comandancia se han enterado y por eso han llamado al teniente.

—¡Joder! Menudo marrón nos ha caído. Supongo que este crimen tendrá alguna relación con el de La Ojerada, ¿verdad? —soltó el subinspector.

—Hombre, eso parece al primer vistazo. Los dos tienen muchas similitudes, sobre todo en cuanto a la recreación de escenas con los cuerpos. Nunca se sabe, habrá que investigarlo.

—Dos crímenes tan extraños, con esas puestas en escena tan particulares… No sé, me da mala espina. Además, han sido dos homicidios muy seguidos y cometidos en entornos cercanos.

—No debemos presuponer nada, pero podemos olvidarnos de trabajar con la calma que preveíamos. La presión mediática será demencial a partir de ahora, seguro que las televisiones ya preparan sus especiales y envían a esos tertulianos tan avispados que te sirven igual para hablar de pandemias, volcanes, guerras o asesinatos rituales.

—¿Asesinato ritual? Me parece que te estás adelantando, no tenemos apenas datos.

—No sé si será algo ritual, pero esto no lo hace un zumbado cualquiera que quiera ganar notoriedad pública o jugar con las autoridades. Intentaré hablar después con mi capitán, seguro que Roncero tiene algo interesante que aportar sobre estos asesinatos tan extraños.

Koldo supo enseguida a quién se refería Milene, su inmediato superior en la UCO y leyenda en la Guardia Civil por la resolución de algunos de los casos más conocidos del panorama patrio durante los últimos años. Tras su conversación de la noche anterior con la joven buscó algo de información y se topó con el nombre de Pablo Roncero. Lo que no sabía era que fuera el inmediato superior de su nueva compañera. Dentro del País Vasco, la Ertzaintza tenía las competencias para ese tipo de casos, pero en una investigación tan enrevesada quizá necesitaran contar con todos los medios a su alcance, incluidos los de la UCO.

El subinspector se quedó pensativo mientras valoraba las diferentes opciones. Al principio no le agradó encontrarse con Milene, pero ya se había acostumbrado a la idea y le parecía bien formar parte de un operativo conjunto. Daba la impresión de que ambos crímenes estaban relacionados de algún modo y los dos equipos investigadores tendrían que convivir en paz y armonía si querían solucionarlo. ¿A qué tipo de asesino se enfrentaban

realmente? Esas y otras preguntas se agolpaban en su mente mientras Milene reflexionaba también en voz alta.

—Espero que no sea un *serial killer*, mala pinta tiene todo esto. Nos van a crucificar en medios y redes sociales, será casi imposible trabajar sobre el terreno. ¿No habéis tenido hace poco un asesino en serie en Bilbao?

Koldo asintió. Milene se refería a los extraños sucesos ocurridos en la ciudad vizcaína durante los últimos meses, tras aparecer varios muertos de forma inexplicable, relacionados todos con el mismo hombre. Al parecer, quedaba con sus víctimas a través de una aplicación de citas dirigida a la comunidad gay, les drogaba con éxtasis líquido y les intentaba sonsacar las claves de sus cuentas corrientes para robarles a continuación.

Al menos cuatro hombres fallecieron en circunstancias similares y se sospechaba de alguno más. Fue un superviviente de semejantes prácticas el que alertó sobre el *modus operandi* del malhechor. Se corrió la voz sobre la posible identificación del supuesto criminal, con retratos robot que saltaron a la opinión pública, y poco después se entregó ese hombre en la comisaría de Irún asegurando que colaboraría con las autoridades. Un caso peculiar que todavía se seguía investigando dentro de la Ertzaintza, pero que llamaba demasiado la atención en un momento en el que volvían a encontrarse con otros homicidios fuera de lo común en una ciudad como Bilbao.

—No tiene nada que ver, o eso espero. Pero sí, demasiados asesinatos en la ciudad, me parece a mí. Y justo cuando me reincorporo a mi puesto, podía haber seguido de baja…

Koldo se dio cuenta enseguida de su desliz. Le había salido sin pensar, tal vez porque se encontraba a gusto en presencia de la chica y no tenía por qué ocultarlo, no era nada malo.

—¿Qué te ha ocurrido? Espero que no sea nada grave, si no es mucha indiscreción.

—Resulté herido en un operativo y luego se me complicó con otras historias —le contó Koldo, resumiendo mucho la situación—. Ya

está olvidado, no te preocupes. Mira, ahí vienen los jefes, a ver qué han decidido.

Orbea parecía contrariado mientras Gálvez mostraba una leve sonrisa de suficiencia, con Bermejo adoptando un gesto neutral. Ni siquiera les emplazaron a entrar en la sala de juntas y la breve reunión se celebró de pie en el pasillo adyacente. El ambiente se encontraba algo caldeado y eso tampoco favorecía sus intereses. Tendrían que templar los ánimos y remar todos en la misma dirección, algo complicado con la variedad de actores implicados y ante la secuencia de unos hechos tan inusuales.

—Tenemos una confirmación oficiosa. La fallecida se llama Marta Hinojedo, natural de Aguilar de Campoo y vecina de Santander. Estudiaba en la capital cántabra, en una universidad privada, y nadie había denunciado su desaparición porque vivía sola en Valdenoja. Algunos compañeros de clase la han identificado por las redes sociales y esto ha llegado a conocimiento de sus padres, que se han puesto en contacto con la Guardia Civil —explicó Gálvez.

—El teniente está en lo cierto, tendremos que esperar todavía a la identificación oficial por parte de la familia. Al parecer, alguien avisó del hallazgo en la ría a primera hora de la mañana y los compañeros de Deusto se personaron allí —informó por su parte Orbea.

Eso es lo que había cabreado al comisario, pensó entonces Koldo. La comisaría de Deusto era la más cercana al lugar de los hechos y entraba dentro de lo normal que ellos llegaran primero. La sede principal de la Ertzaintza en Bilbao era la de Erandio, de la que Orbea era el responsable, y se había arrogado el derecho a encargarse directamente de la investigación, pero contaría también con el apoyo externo de otros compañeros en la ciudad.

Según les comunicaron, se habían colocado lonas para preservar la intimidad de la víctima mientras trabajaban los de criminalística antes de la llegada del juez. El forense todavía no había accedido al cuerpo por la situación en la que se encontraba, a la espera de efectuar la primera inspección preliminar cuando el cadáver se

hallara sobre suelo firme. De todos modos, se había formado un revuelo considerable en el escenario, aumentado por la presencia de fotografías y vídeos escabrosos en las redes sociales muy difíciles de controlar tras su propagación por Internet.

—Vamos a seguir con el plan inicial, aunque con alguna ligera variación —aseguró Gálvez—. Los equipos mixtos previamente formados comenzarán a trabajar dividiendo las tareas. Unos se encargarán de los crímenes de La Ojerada y otros se marcharán ahora mismo a Bilbao, según hemos concretado el comisario y yo, con la anuencia del señor Bermejo.

—Pero…

—Pero nada, son órdenes de arriba, nosotros somos unos mandados. Vamos a comportarnos como profesionales y a detener a los culpables, no hay más historias. ¿Verdad, comisario?

—El teniente tiene razón —sentenció el mando de la Ertzaintza—. No seremos hipócritas, esto es un marrón importante. Ni a la Guardia Civil le apetece que vengamos a Cantabria a tocar las narices ni a nosotros que se inmiscuyan en nuestros asuntos en Euskadi. Por el bien de todos, haremos de tripas corazón y trabajaremos de forma conjunta para llevar a buen puerto la investigación, para algo nos han enviado al asesor especial que supuestamente nos facilitará este tortuoso proceso. Y quien tenga algún problema que hable con su responsable, ¿entendido?

Todos los presentes asintieron, unos con más entusiasmo que otros, mientras se escuchaban algunos murmullos de desaprobación. Si los mandos habían llegado a un acuerdo, con la connivencia de políticos y jueces, los oficiales investigadores no podían ser menos.

Los equipos formados trabajarían sobre la premisa de que ambos crímenes estaban relacionados y se dividiría el trabajo de la investigación conjunta. A Koldo y a Milene les asignaron en principio el asesinato de la joven que apareció colgada de un puente en pleno centro de Bilbao. Otros compañeros se quedarían en Santoña para asistir a la reunión que originalmente estaba programada para esa

mañana, y así poder acelerar con las pesquisas relacionadas con los crímenes de La Ojerada.

Galarza se percató de que Rentería se dirigía hacia el comisario en compañía del subinspector Aguirre. Los tres ertzainas departieron durante unos segundos y Orbea pareció claudicar para no poner de nuevo el foco en desavenencias dentro de la Ertzaintza justo cuando se encontraban en el interior de un cuartel de la Benemérita. Al parecer, el inspector se había salido con la suya y se libraba de formar pareja con la guardia Ramos, endosándole ese privilegio a Aguirre mientras intercambiaban sus parejas de baile en la investigación.

—Vaya, parece que se han hecho cambios. Mi compañera Carmen se quedará aquí y me mantendrá informada dentro de sus competencias. Así conoceremos todos los detalles de ambos crímenes por si a los jefes les da por hacer de jefes, ya sabes —aseguró Milene.

Galarza asintió, rumiando lo sucedido desde que llegaron a Santoña. Aguirre le informaría de lo que averiguaran sobre lo ocurrido en La Ojerada. Ellos cuatro podrían formar perfectamente un equipo conjunto interno para estar al día de la investigación completa, algo fundamental si de verdad ambos delitos estaban relacionados. Lo hablaría con Orbea, de ese modo todo estaría más compartimentado y podrían acelerar con las investigaciones paralelas.

Salieron entonces de nuevo al parking externo donde habían aparcado los vehículos al llegar a Santoña. Poco después montaba de nuevo en su coche, acompañado esta vez por la joven guardia civil, para regresar a Bilbao mucho antes de lo que pensaba.

—Allá vamos —dijo Milene—. No sé si seré capaz de indicarte bien para salir de aquí, soy novata en esta región. A malas, siempre nos quedará el navegador…

—No, tranquila, conozco la comarca. Eso sí, espero que vuestros amigos de Tráfico no me multen, porque no pienso respetar los límites de velocidad.

La joven cabo no pareció sorprenderse al saber que Koldo podría orientarse perfectamente en Santoña y alrededores. Pero sí quiso hacerle una puntualización adicional.

—Sería mucha casualidad que nos encontráramos con una patrulla de tráfico. Y si te llega una recetita a casa con la foto al saltarte algún radar, ya sabes.

—Eso me da igual, pero mejor me curo en salud —contestó Koldo antes de rebuscar debajo del salpicadero.

—Perfecto, pon el pirulo aunque ya no vayamos de incógnito. Eso sí, los tramos de la A8 en Vizcaya en los que hay que ir a ochenta kilómetros no son competencia nuestra.

—No te preocupes, eso es cosa mía. Dejémonos de cháchara y vamos para allá.

13
Las primeras pistas

Valdenoja (Santander), 10 de junio de 2022

El tiempo transcurría a toda velocidad mientras se sumergían en una investigación que estaba en boca de todos, desde los medios de comunicación a las redes sociales, incluidas las televisiones, algunas llegadas incluso de otros países. Sin mencionar la presión ejercida por sus responsables, la fiscalía o los jueces, en un caso que acababa de comenzar y ya les estaba martirizando.

Tampoco pudo guiar Milene a Galarza en el nuevo trayecto, ya que ella no estaba familiarizada con Santander. Había quedado con un compañero de la Comandancia a las nueve de la mañana en la avenida del Doctor Diego Madrazo, en la puerta del edificio en el que vivía Marta Hinojedo, la víctima aparecida en la ría de Bilbao, y no quería llegar tarde, así que optaron por el navegador para llegar hasta allí sin problemas.

Solo habían transcurrido veinticuatro horas desde que encontraron el cuerpo colgado en la pasarela de madera frente a la Universidad de Deusto y la joven guardia civil sintió que había perdido un poco la noción del tiempo, distorsionado por la aparición de tantos estímulos a los que hacer caso dentro de una situación tan compleja. Algo que debía afrontar de otro modo si no quería salir atropellada, puesta a prueba de un modo tan exigente desde el minuto uno.

El día anterior llegaron al escenario del crimen a toda velocidad y Milene tuvo que reconocer que Koldo conducía muy bien. Se comportaba de un modo menos brusco que su amiga Carmen a la hora de frenar, girar y acelerar en determinadas circunstancias, por lo que se sintió segura en su compañía. Sabía que contaba con dos excelentes conductores como compañeros, aunque fuera en dos

cuerpos policiales tan distintos, para acercarse a los escenarios por los que tendrían que transitar durante la investigación.

El perímetro estaba acordonado por la Ertzaintza. Habían preparado una zona de exclusión en torno al cuerpo, en ambos márgenes de la ría y desde las dos direcciones en las que fluía el Nervión. Por un lado hasta el puente de La Salve, tras cortar los accesos al Guggenheim hasta que se despejara la escena, y por el otro hasta el puente de Deusto para evitar problemas.

La pasarela de madera también se clausuró hasta las inmediaciones de la inmensa mole de acero y cristal que dominaba el *skyline* de la ría. Sin embargo, no pudieron cortar el acceso de los trabajadores hacia un edificio que albergaba numerosas oficinas, detalle que no les preocupaba en exceso. Dada la posición del cuerpo, colgado en el lado opuesto al que se veía desde el rascacielos, tampoco podrían divisarse los trabajos con el cadáver, por muy alta que se situara la planta del edificio sobre el nivel del suelo desde la que mirara un supuesto *voyeur*.

Justo cuando llegaron, los forenses procedían a izar el cadáver con ayuda del equipo de criminalística hasta la pasarela peatonal, donde realizarían el trabajo preliminar. Justo cuando llegaron se procedía a descolgar el cuerpo por parte de los forenses, ayudados por el equipo de criminalística. Descendieron el cadáver hasta el suelo de madera de la pasarela peatonal antes de proceder con el trabajo preliminar. No obstante, el juez ordenó el traslado inmediato al instituto forense para no alimentar el morbo de los curiosos que se arremolinaban frente a las vallas perimetrales. Lo más preocupante en esos momentos era que ya empezaban a sobrevolar el lugar helicópteros de las cadenas de televisión, buitres carroñeros a la caza de la noticia o la imagen más morbosa que vender a sus ansiosos televidentes.

En su momento, Roncero le contó a Milene los problemas similares a los que se enfrentó durante su caza de Jasón, el asesino en serie que tuvo en jaque a las fuerzas de la UCO y la Policía Nacional unos años atrás. Y por lo visto, en ese caso no se iban a librar tampoco, por lo que tendrían que lidiar con esas presiones

externas, ya fueran mediáticas, políticas o de la opinión pública exigiendo soluciones, y atrapar a los culpables a la mayor brevedad.

Al recordar a su compañero en la UCO, Oliveira rememoró también sus conversaciones sobre *serial killers* y los cursos que Roncero había hecho con perfiladores del FBI en Estados Unidos. Aunque en España contaban con equipos de análisis de conducta muy competentes, el capitán siempre defendía que la metodología estadounidense —donde él se había formado— aportaba un enfoque clínico distinto que le resultaba extremadamente útil en los casos más laberínticos.

El oficial de la Guardia Civil, psicólogo de formación, se había enfrentado a varios casos complicados a lo largo de su carrera. La mente de un psicópata era muy difícil de analizar, incluso por los mejores especialistas clínicos, pero a Milene no le importaría contar con un breve perfil del asesino antes de enfrentarse a la página en blanco de una investigación recién comenzada.

Para ello tendrían que desentrañar todas las posibles pistas que pudieran aparecer. Primero se fijarían en el crimen que les habían asignado, el de la chica crucificada sobre la ría, sin olvidar lo que le dictaba su instinto: su relación con el caso de la cueva cántabra. No habían hallado todavía el nexo de unión entre ambos, pero lo averiguarían más tarde o más temprano.

La muchacha apareció desnuda en el puente, sin ninguna pertenencia alrededor. No encontraron ropa, ni documentación, ni tampoco su teléfono móvil. Esa tarde supieron gracias a los compañeros de la Comandancia, con los datos de posicionamiento del aparato antes de apagarse su señal gracias a las antenas de telefonía, que su última ubicación se situaba cerca del faro de Cabo Mayor, al noreste de Santander. Una zona en la que el asesino pudo secuestrar a su víctima escasas horas antes de que apareciera su cuerpo ultrajado de ese modo tan infame.

—Aquí poco podemos hacer ya, a la espera del informe forense y el de la científica. Si quieres podemos acercarnos a comisaría y comenzamos a estudiar las cámaras —le propuso Koldo.

—En un puente con tanto tránsito y con ese tipo de materiales, no sé si lograrán obtener algún rastro. Pisadas claras me parece que imposible, y habrá multitud de huellas en el lugar desde el que se descolgó el cuerpo. Seguro que los turistas se apoyan en la madera de la barandilla para hacerse un *selfie* o que les saquen una foto con la universidad o el Guggenheim de fondo.

—Sí, tienes razón. Habrá que cribar de momento, a ver qué sacamos en claro. Anda, vamos a Erandio para ver por dónde podemos empezar.

De vuelta en la comisaría, los dos investigadores se cruzaron en las instalaciones de la Ertzaintza con Francisco Bermejo, el asesor del ministerio. Koldo ni se percató, pero Milene saludó con un breve gesto al exinspector de la Policía y este la interpeló directamente.

—Oliveira —la llamó—. Creo que trabajas con mi amigo Roncero en la UCO, ¿me equivoco?

—No se equivoca, señor —replicó Milene—. Efectivamente, trabajo con el capitán en la oficina central de la UCO en Madrid, pero ahora estoy asignada a este caso. Roncero se encuentra ahora mismo en Nueva York y el coronel…

—Sí, tranquila, ya estaba al tanto. Y, por favor, tutéame si haces el favor. Con tu jefe no he conseguido que me apee el tratamiento después de tantos años de amistad y tantas vicisitudes juntos, a ver si lo consigo contigo. ¿Os puedo ayudar en algo?

Koldo pareció entonces percatarse de la conversación, ya que se había detenido también en el pasillo a charlar con un compañero de la comisaría. Milene le dio pie para que participara en su intercambio de pareceres con Bermejo, pero de su garganta solo salió un leve gruñido.

—No, muchas gracias, Bermejo. Bueno, no sé, el subinspector Galarza me estaba enseñando la comisaría y creo que íbamos a ver las cámaras de tráfico. ¿Verdad, Koldo?

El ertzaina reaccionó por fin al oír su nombre, pero su gesto adusto no varió un ápice. Quizá la presencia del asesor ministerial no le hacía demasiada gracia, como a casi ninguno de los integrantes

del operativo, pero Milene creía que debería disimularlo mejor para no predisponerlo en su contra. Eran simples conjeturas suyas, claro, tampoco lo había comentado con él a fondo. Solo conocía a Bermejo de oídas y a través de la semblanza que Miriam había hecho de él en sus novelas, pero estaba plenamente convencida de que se podía confiar en él.

—Sí, disculpa, estaba distraído —respondió Koldo a la chica, antes de dirigirse al expolicía—. En efecto, Bermejo, nos dirigíamos a la sala desde la que se controlan las diferentes cámaras del centro de Bilbao. Quería enseñárselas a la cabo Oliveira y ver si podemos sacar algo en claro del posible recorrido del asesino antes de su recreación en la ría.

—¿Podría acompañaros? —preguntó Bermejo—. Prometo no entrometerme demasiado, solo quiero ver cómo trabajáis y de paso, si os parece bien, echar una mano en lo que necesitéis.

Milene lanzó una mirada a Koldo para que no se negara y lo dejara correr. En el fondo, sabía que aquel hombre quería fiscalizar su trabajo, pero ella era una invitada en Bilbao y no pensaba abrir la boca. Y esperaba que su compañero, por el bien de todos, tampoco le pusiera demasiadas pegas a Bermejo.

Koldo pareció comprender su lenguaje no verbal y asintió levemente con la cabeza, sin musitar palabra. Así que hicieron un breve recorrido por las instalaciones de Erandio antes de llegar a la sala de control de las cámaras bilbaínas. Allí contarían con la ayuda de un técnico especialista, ya que querían ir acotando las zonas y horarios de búsqueda hasta encontrar una pista.

—Os presento a Unai, un crack manejando las cámaras. Si él no encuentra nada potable, dudo mucho que otro lo pueda hacer mejor.

—Yo solo hago mi trabajo —respondió el agente—. ¿Qué necesitáis, Koldo?

—Veamos… Imagino que no tenemos una cámara que apunte directamente a la pasarela de Deusto, pero podemos imaginar el posible itinerario del criminal desde Santander hasta los alrededores de la universidad. ¿Qué te parece, Unai?

Koldo guio a su compañero por las ubicaciones en las que podrían encontrar algo significativo, mientras Milene permanecía atenta, con Bermejo impertérrito a su lado. Acotaron el rango entre las doce de la noche y las cinco de la madrugada. No creían que el asesino se hubiera atrevido a colgar un cuerpo en plena ría de Bilbao a una hora diferente, necesitaba tiempo y soledad para llevar a cabo su plan.

—Si condujo desde Santander hasta aquí por la A8, entraría por los túneles anexos a San Mamés y luego iría por el Sagrado Corazón hasta el Euskalduna, ¿verdad?

La pregunta de Koldo parecía más bien retórica, mientras el técnico manejaba las cámaras y controlaba las diferentes ubicaciones. Divisaron varios vehículos que siguieron las primeras partes de ese recorrido, pero al final se desviaban en otras direcciones.

Milene notó la frustración en su compañero, no iba a resultar tan sencillo encontrar una pista. Bermejo intervino entonces para hacer una pregunta muy adecuada.

—No quiero ser aguafiestas, pero imagino que habrá otras maneras de llegar a Deusto, ¿no?

Bermejo había puesto el dedo en la llaga, pero Galarza parecía absorto en las imágenes que le mostraba el agente a cargo de la sala de control. El subinspector les hizo un gesto pidiendo calma para ver si encontraban algo que les cuadrara antes de intentar otras combinaciones.

—¡Allí, ese coche gris! —exclamó Koldo alborozado.

La secuencia de imágenes sonaba plausible, según lo que comentaron entre ellos los dos ertzainas. El mismo coche gris fue localizado por las cámaras de la A8 en torno a las dos de la madrugada entrando por San Mamés, para poco después aparecer en la plaza del Sagrado Corazón en dirección al Euskalduna. La cámara situada entre la plaza del Museo y la plaza de Euskadi, cerca ya del rascacielos de la compañía eléctrica, no les ofrecía imagen

directa sobre la pasarela, por lo que tendrían que buscar otra opción.

—¡Maldita sea! —soltó Unai—. Habrá que hablar con la universidad de Deusto y buscar alguna cámara en cajeros o similares al otro lado de la ría. Lo siento, desde aquí no podemos concretar más.

—Un momento, déjame probar otra cosa —dijo entonces Galarza —. ¿Tienes acceso desde aquí al servidor principal con los expedientes de las denuncias por desaparición?

El técnico asintió y le dio acceso a Koldo para que trabajara con otro terminal. Milene permanecía atenta y le interpeló sin saber muy bien a qué se refería. Mientras tanto Bermejo los observaba en silencio, evaluando la situación.

—¿Qué buscas exactamente?

—Un momento, ahora os cuento. Es solo un pálpito, nada más.

Mientras tecleaba a toda velocidad para acceder a su expediente, Koldo les explicó la extraña denuncia por desaparición del hijo de Larrea. Una denuncia que se retiró a las pocas horas, por lo que no se asignó personal al caso ni comenzaron las averiguaciones al respecto. Galarza les contó que todo sucedió en marzo, en una fría y lluviosa noche en la que Ibai Larrea fue visto por última vez en el hospital de Basurto, después de visitar a su hermana enferma en el pabellón de San Pelayo. Casualmente, el chico apareció poco después como por encanto; todo había sido un malentendido y se retiró la denuncia, por lo que nadie investigó. Una secuencia de hechos que le tenía mosqueado desde entonces.

Milene se sorprendió ante el discurso de Koldo en presencia de Bermejo, ya que no se encontraban a solas. Ninguno sabía la opinión del asesor al respecto, ni lo que podría hacer con dicha información. El mismo Bermejo les sacó entonces de dudas.

—A ver, a ver, eso que cuentas es muy extraño. ¿Estás completamente seguro? No quisiera escarbar en el asunto y quedarme con el culo al aire.

Milene miró de nuevo a su compañero, sin saber tampoco a qué atenerse. Quizá Koldo quisiera remover el avispero, harto de las zancadillas burocráticas que todo investigador policial se encontraba en el camino. ¿Y si el asesor podía facilitarles las cosas? Ya lo hablaría con él, pero le pareció un movimiento algo arriesgado.

—Sucedió tal cual lo estoy contando y a mí me huele un poco mal, no sé si es que tengo el olfato sensible o qué ocurre aquí —dijo Koldo en voz alta—. Sé que la chica del puente no encaja en el perfil de élite de los Labarrieta, pero el *modus operandi* es casi un calco. La forma en que se esfuman y aparecen, la falta de rastro físico…, todo me recuerda también al caso Larrea. No creo que sea una coincidencia. Igual habría que hablar con el señor Larrea y su hijo para saber qué sucedió realmente aquella noche. Yo tengo las manos atadas, tal vez…

—Sí, puede ser —contestó Milene—, pero ten cuidado, Koldo. Si el asesino busca dar un golpe mediático, ¿qué pinta aquí una chica de clase trabajadora? Rompe el patrón por completo. De eso mejor que se encarguen tus jefes, pero les tendrás que dar algún indicio al que agarrarte. Con conjeturas y pálpitos no vamos a ningún lado, ya lo sabes.

—Oliveira tiene razón, subinspector. ¿Algún otro indicio reseñable? No quiero meterme en un jardín si empiezo a tocar las narices a los poderosos, ya sabéis.

Bermejo parecía curarse en salud. Si pretendía ayudarles con un asunto tan escabroso, era normal que se quisiera cubrir las espaldas antes de lanzarse a la piscina.

—Esperad un momento. Seguro que Unai nos encuentra imágenes de Basurto o sus alrededores durante esa noche de marzo, este tío es un fiera. Si el coche gris que vimos en Deusto estuvo allí hace meses, tendremos la prueba de que no es casualidad.

El técnico había permanecido atento a las explicaciones del subinspector, por lo que le siguió la corriente en busca de un imposible.

—Menos peloteo, Koldo, que ya nos conocemos. A mí me sirve con una invitación a comer chuleta en Artxanda, ya me conoces —quiso destensar la situación el agente.

—Eso está hecho, compañero, haz tu magia.

—Tengo un amigo en seguridad del hospital, igual necesitamos acceso a sus cámaras internas. Eso sí, primero probemos con las más cercanas a Basurto, por si acaso.

Unai manipuló el equipo a toda velocidad, acostumbrado a manejar unos sistemas que conocía como la palma de su mano. Localizó un par de cámaras cercanas al hospital que quizá les sirvieran, pero no hubo suerte al chequear sus imágenes.

—Joder, con estas cámaras no hacemos nada. Una apunta hacia Autonomía y la otra a Montevideo con Gurtubay, no encuentro nada decente que se dirija hacia la misma salida del hospital. El coche que buscamos pudo girar hacia la derecha y perderse en dirección Zorrotza.

—Ya veo…

Unai siguió manipulando los vídeos y buscó en la misma franja horaria utilizada anteriormente, la que transcurría entre las doce de la noche y las cinco de la mañana. No encontraron ningún coche similar, antes de que Milene tuviera otra idea diferente.

—Se me ocurren un par de cosas que igual son tonterías, pero tal vez puedan ayudarnos.

—Dispara, no te cortes.

—En primer lugar, te has emperrado con el coche gris y también deberíamos tener en cuenta la furgoneta negra en la que secuestraron a los Labarrieta. Creo que fue en un vehículo de esas características, vosotros tendréis más detalles.

—¡Hostias! Ni me acordaba, la verdad, me había ofuscado con el coche gris. Es verdad que deberíamos centrarnos en este crimen, pero si ambos están relacionados puede que la dichosa furgoneta aparezca por algún otro lado —aseguró Koldo.

Bermejo permaneció atento al intercambio de pareceres de los dos investigadores, sin perder ojo tampoco de las cámaras. Le hizo incluso un gesto de aceptación a Milene, tal vez satisfecho porque hubieran dado con otro hilo del que tirar.

—Reviso en un momento las cámaras de antes por si acaso, por si se me ha escapado algo. No recuerdo ahora mismo haber visto ninguna furgoneta similar a esas horas en dirección a Deusto. Por lo menos por el itinerario más plausible que habíamos trazado, aunque es verdad que pueden haber llegado por otro lado hasta la avenida de las Universidades.

—Un momento, señores —les interrumpió entonces Bermejo—. Antes de regresar a ese punto, me gustaría que examináramos mejor el entorno de Basurto.

—¿Algo en particular? —preguntó interesado Koldo.

—A ver, seguro que vosotros lo conocéis mejor que yo, pero me suena haber visto alguna imagen de ese recinto y me ha dado por pensar, intentando seguir tu razonamiento sobre el secuestro fallido. No he estado nunca en ese hospital, pero creo que tiene muchos pabellones desperdigados y hay bastante sitio donde un desaprensivo podría esconderse de noche, ¿no?

—Eso es cierto, me parece una buena idea —afirmó Koldo entusiasmado.

—Vale, pero tendréis que decirme lo que queréis que busque —replicó el técnico.

Milene quiso apuntarse entonces a la teoría con su propio razonamiento, no tenía nada que perder.

—¿Y si todo sucedió de otra manera? Quizá el dichoso coche gris de Deusto, que juraría que es un Renault 19, apareció en el hospital mucho más pronto. Si querían secuestrar a alguien y llevárselo de madrugada, tal vez escondieron antes el vehículo en el interior del recinto hospitalario, no sé si eso podría suceder.

Koldo y Unai se miraron un segundo, la idea sonaba plausible, mientras Bermejo aplaudía su iniciativa. Al final encontraron un

coche similar que accedió al hospital sobre las ocho de la tarde, pero la matrícula no coincidía.

—¡Joder, tenías razón! Es el mismo coche, estoy seguro. Tiene otra matrícula, pero juraría que es el mismo Renault 19 gris.

—No te preocupes, Koldo, voy a buscar información sobre las dos matrículas, aunque imagino que estarán dobladas. Hay que investigar ese coche, es demasiada casualidad que aparezca en estos dos entornos justo a esas horas.

Koldo y Unai parecían contentos y Milene se hinchó como un pavo, antes de que Bermejo les bajara de su burbuja. Si en Basurto no había sucedido nada, por lo menos oficialmente, parecía un indicio demasiado leve para molestar a la familia Larrea o a los jefazos.

—Lo siento, creo que no es suficiente —aseguró Bermejo—. No me parece mala hipótesis, pero necesitamos algo más.

Milene tuvo que darle la razón al asesor, no podían lanzarse sin red. Bastante tenían ya con el consejero delegado del BIB, como para importunar también al jefe de EuskoPetrol por una descabellada conjetura sin sentido.

—Me había emocionado, Koldo, pero a mí tampoco me termina de cuadrar —aseguró Milene—. Si el asesino busca dar un golpe al sistema o a las familias poderosas, ¿qué pinta aquí una chica de Aguilar de Campoo? No es hija de ningún pez gordo del Ibex. Rompe el patrón por completo.

—Precisamente por eso me escama —replicó Koldo, terco—. O el asesino ha cambiado de estrategia, o Larrea fue un ensayo, o estamos buscando algo que todavía no somos capaces de ver. Pero ese Renault 19 no miente, Milene. Estuvo en los dos sitios.

—Bueno, ya veremos —contestó Milene—. Tiraremos de cualquier hilo que encontremos, nunca se sabe.

—No os desesperéis, este trabajo es así. Seguid insistiendo, seguro que acabáis por encontrar la pista adecuada. Yo me tengo

que marchar ahora, tengo una reunión en un rato. Gracias por permitirme acompañaros, espero que deis con la tecla adecuada.

Mientras se despedían de Bermejo con el ánimo algo alicaído, Milene recordó lo sucedido en la jornada anterior, que se prolongó hasta última hora de la tarde. Había salido de Santoña a primera hora de la mañana en el coche de Koldo y no tenía coche propio para regresar a casa ni pensaba mencionárselo al ertzaina. Así que llamó a la Comandancia de Bilbao para ver si podían darle alojamiento para esa noche y tuvo suerte en cuanto mencionó la investigación en la que estaba inmersa.

Los mandos de la Ertzaintza presionaron a los técnicos de criminalística y a los forenses para que aceleraran sus informes preliminares. El patólogo había adelantado, tras la primera inspección ocular sobre el mismo puente, que la causa de la muerte podía deberse a que le habían partido el cuello a la chica. Debían corroborarlo con la autopsia, pero podía ser un buen punto de partida.

Esa misma mañana, Koldo recogió a Milene en la comandancia y se encaminaron de nuevo en su coche por la A8, esta vez en dirección a Santander. Durante el trayecto siguieron hablando sobre un caso en el que no concordaban demasiados detalles.

—Me suena lo de Valdenoja, ¿no es un barrio pijo?

—Sí, eso creo. Me parece extraño que la chica pudiera vivir sola en ese barrio, nada de piso compartido. Y la universidad privada en la que estudiaba por las mañanas tampoco es barata precisamente, no sé de dónde sacaba tanta pasta.

—No podemos aventurar nada hasta no tener todos los datos, igual estaba becada o los padres pillaron una herencia. Por cierto, ¿habéis conseguido hablar con ellos?

—Sí, lo llevan desde Comandancia. Creo que los han citado hoy allí antes de que se pasen por Bilbao para identificar el cadáver. Al parecer, la madre no se encontraba ayer muy bien, creo que le dio un ataque de ansiedad y no pudieron salir de Aguilar de Campoo.

—Me gustaría hablar también a mí con ellos. Y habrá que citar además a los compañeros de clase, amigas, novio y todo el que tenga algo que ver con la fallecida. De momento vamos a inspeccionar su domicilio, tengo curiosidad por ver lo que nos encontramos allí.

Milene conocía el procedimiento y todas las partes se estaban implicando para agilizar los trámites en un caso con tantas trabas burocráticas. A ellos no les llegaba lo que ocurría en las alturas, solo habían escuchado algunos rumores sobre encontronazos entre la Guardia Civil y la Ertzaintza. Mientras los políticos no hacían más que entorpecer las labores de investigación en dos casos tan importantes, los jueces y fiscales se esforzaban para agilizar con las pesquisas.

—Lo malo es que no tenían llave del apartamento de la chica y hemos tenido que mover los hilos para que el juez diera su consentimiento tras localizar al propietario del inmueble. Yo creo que la chica les ocultaba cosas a sus padres, a ver lo que averiguamos. Eso no es motivo suficiente para que la maten y la cuelguen de cualquier manera de un puente, claro está.

Los mandos policiales y la judicatura intentaron contener la expansión por la red de los vídeos y fotografías morbosas obtenidas en la escena del crimen antes de que se acordonara la zona, algo imposible de controlar. No se podían poner puertas al campo y los requerimientos a Estados Unidos para que las redes sociales borraran ese contenido eran lentos y farragosos. El daño seguiría existiendo para desgracia de Marta Hinojedo y toda su familia, expuestos a la humillación pública y a comentarios de muy dudoso gusto por parte de los *haters* profesionales que últimamente proliferaban por doquier en internet.

—Por eso no tengo redes sociales, me pondría de los nervios con tanto gilipollas. Y como me conozco, pues tendría bronca todos los días —dijo Galarza antes de llegar a Santander.

—Estás hecho un viejuno, Koldo. A mí me gustan las redes sociales, y eso que reconozco que yo también he tenido algún

problemilla al respecto.

Milene no quiso mencionar su fase de postureo en las redes, encantada de llamar la atención y conseguir unos *likes* de más en cualquier publicación. Pero sí le contó que a ella también le llegaron comentarios obscenos y de mal gusto por parte de sus seguidores, por no mencionar los problemas que tuvo con alguno de sus responsables en la UCO por ese motivo. Ella afirmaba que se trataba de un perfil eminentemente personal, fuera de su cargo y rango oficial, sin que a los mandos de la Guardia Civil llegara a hacerles tampoco demasiada gracia.

—Así que borré mis perfiles sociales en ese momento. Unos meses después me abrí otra cuenta en Instagram y en TikTok con un nombre de usuario *random* y unas publicaciones que llamaran menos la atención. Nunca sabes cuándo te vas a hacer viral, y por eso suelo tener cuidado con los posts que subo a la red.

—Ya veo que eres una experta en estos temas; yo es que paso de estas cosas. Y eso que reconozco que debería ponerme las pilas, por lo menos para avanzar en algunas investigaciones. ¿Has mirado los perfiles de Marta Hinojedo?

—Sí, he echado un vistazo por encima. Y hemos solicitado las contraseñas para conseguir el acceso completo. Espero que encontremos también un ordenador en su casa, ya que el móvil parece haber desaparecido. De momento he visto unas fotografías muy inocentes, me choca bastante. Igual tenía un perfil privado, habrá que investigar.

—¿A qué te refieres?

—A que me sorprende que una chica tan mona, una universitaria que debería estar todo el día publicando cosas, tenga unas fotos tan *light* en Instagram. Y ni siquiera cuelga ningún vídeo ni he encontrado perfil suyo en TikTok.

—Igual le tiene alergia a las redes sociales, como yo. O ha tenido alguna mala experiencia al respecto, no podemos saberlo.

—Bueno, ya se verá. Ojalá nos encontremos un portátil con acceso directo al correo y a sus redes sociales, la mayoría de la

gente no borra el historial de los navegadores y es fácil acceder a ese tipo de cuentas. Imagino que tendrá alguna contraseña externa en el equipo, nada que los técnicos informáticos no puedan esquivar con facilidad.

—Eso os lo dejo a vosotros, la verdad. Yo alucino con lo que he leído por ahí. ¿Es cierto que los jóvenes de hoy en día no se dan los números de teléfono? Al parecer, para ligar se piden ahora su perfil en Instagram o TikTok, me parece muy fuerte.

—Lo que yo te digo, estás muy desfasado. Pues claro, ahora hablan por mensaje privado en redes antes que por WhatsApp. Y lo de llamarse por teléfono ni se lo plantean.

—Joder, estoy fuera de juego totalmente. De todas formas, la gente ya no habla por teléfono, todo el día con mensajes. Yo prefiero llamar para lo que sea, aunque sea un momento, que tirarme ahí dos horas tecleando en el dichoso aparatito. Me ha tocado aprender a la fuerza y ahora pregunto por WhatsApp antes de llamar a nadie, que luego la gente se mosquea.

—Son los nuevos tiempos, hay que adaptarse. Anda, aparca por ahí, ya estamos cerca.

Se notaba que habían llegado a un vecindario acomodado, de alto nivel adquisitivo, muy bien situado dentro de Santander. A tiro de piedra del entorno de Mataleñas, con su playa y su parque, o de la segunda playa del Sardinero. Un enclave privilegiado en el que vivía Marta Hinojedo, en un inmueble que estaban a punto de visitar.

—Pues sí era pija la niña, menuda barriada. Tiene pinta de que los alquileres por aquí no deben ser baratos ni mucho menos.

—No te equivocas, Koldo, o eso me han comentado al menos. A ver si conseguimos hablar con los padres y nos sacan de dudas, aquí hay algo que no cuadra.

Tras conversar con la secretaría de la universidad a la que acudía Marta, habían conseguido la dirección física de su domicilio en los datos personales con los que rellenó la matrícula de un curso a punto de finalizar. Les comentaron también que su expediente no

era demasiado brillante, pero al parecer iba sacando las asignaturas sin demasiados problemas.

En la puerta del edificio les esperaba con las llaves del inmueble el dueño del piso alquilado, tras el requerimiento del juez a petición de la Guardia Civil. Allí se encontraba también un compañero de la Comandancia y un letrado de la Administración de Justicia enviado para acompañar en el registro y dar fe de lo que requisaban los policías judiciales.

Milene y Koldo se presentaron ante el dueño, un tal Ledesma, que parecía algo nervioso, justo antes de explicarle el procedimiento que tendría lugar en el interior del domicilio arrendado.

—Perdonen, es que me ha sorprendido todo esto, la verdad. Yo solo soy el propietario del piso, todos estos trámites los llevan entre la inmobiliaria y mi gestoría.

—Tendrá que facilitarnos también los datos de su inmobiliaria y de su gestor, queremos hablar con ellos. Entonces, ¿usted no conocía a su inquilina? —preguntó Milene.

—No, ya le digo. Los gestores se encargaron del papeleo y los de la inmobiliaria enseñaron el piso, entregaron las llaves y demás. Le hicieron un estudio de solvencia a la joven, yo estuve de acuerdo con las garantías que me presentaron, y se firmó el contrato en septiembre del año pasado. En principio era solo por un año renovable y no hubiera habido problemas para continuar. No me han comentado ningún problema con la inquilina, ni en el edificio ni a la hora de los pagos. Una chica discreta, que no daba guerra y pagaba con puntualidad.

—Si no es mucha indiscreción, señor Ledesma… ¿De qué mensualidad estamos hablando?

—De eso se encargan en mi gestoría, creo que en torno a los mil quinientos euros mensuales.

Koldo y Milene se miraron sorprendidos, no parecía una renta acorde a los datos que conocían de la familia Hinojedo. Era posible que la chica estudiara con una beca en la universidad, punto que tendrían que comprobar cuando tuvieran algo de tiempo, pero

entonces hubiera sido más creíble que Marta viviera en un piso compartido cerca de la facultad. Aquel nivel de vida ocultaba alguna otra cosa. Y eso que todavía no habían visto el interior del inmueble.

Desde fuera, tanto el edificio como la calle en general, tenían buen aspecto. Pero los investigadores no esperaban encontrarse con semejante lujo al llegar al apartamento de la fallecida. El dueño les acompañó en el ascensor hasta el último piso y les abrió la puerta, invitándoles a entrar en el interior del inmueble mientras el antiguo secretario judicial tomaba nota de todo lo que ocurría para trasladar después las diligencias al juzgado.

—¡Madre mía, menudo pisazo! —exclamó Koldo sin cortarse.

—Sí, verán, es un ático dúplex construido con las mejores calidades. El edificio tiene unos veinte años, pero yo le he añadido después alguna reformilla, ya saben.

—¿No hay paredes en el piso? —preguntó entonces Milene.

—No, es todo diáfano, en plan *loft*. En esta planta se encuentra el amplio salón, con la cocina separada, y allí atrás tenemos una especie de despacho. Detrás de esa mampara verán uno de los baños. Y arriba está la suite abuhardillada, con su baño también integrado.

Se sorprendieron ante la amplitud del espacio y las calidades de un inmueble que valdría perfectamente el doble o el triple de alquiler si hubiera estado en Madrid, Barcelona o San Sebastián. Un piso que aparecía inmaculado, como de revista, casi como si nadie viviera allí.

—Si nos permite, empezaremos con la inspección y registro —afirmó Milene dirigiéndose al dueño—. Acompáñeme a la planta superior mientras mi compañero se queda aquí abajo.

Koldo asintió y se encaminó al despacho, donde distinguió un portátil sobre el escritorio. Mientras, Milene encaró la curiosa escalera de metacrilato que conducía a la estancia superior, seguida de cerca por Ledesma. A Oliveira le pareció que el funcionario del juzgado dudaba a la hora de acompañarla o continuar al lado de Galarza. Se encontraban en Santander y la Comandancia tenía allí mucho peso, por lo que les siguió a la última planta del edificio.

Allí divisaron un vasto espacio iluminado por claraboyas ultramodernas, dentro de una habitación abuhardillada con sitio suficiente para ponerse completamente de pie en cualquiera de sus puntos. Todo decorado en blanco con estilo minimalista en una estancia totalmente pulcra y recogida, digna de exposición. Contaba con vestidor, un baño con jacuzzi de grandes dimensiones y dos camas *king size* colocadas en sitios separados del cuarto, como si hubiera dos dormitorios en uno.

—Ya veo que tampoco hay paredes, la intimidad brilla por su ausencia —dijo Milene.

—Es un concepto diferente, señorita. Verá…

—Cabo Oliveira, si no le importa, señor Ledesma —sentenció Milene.

Había notado cómo el nerviosismo del dueño mutó hacia una actitud más paternalista, no exenta de otros matices que no quería descubrir. Era consciente de su apariencia física y no había aparecido con el uniforme oficial para infundir respeto, así que tendría que imponerse de otra manera.

—Sí, claro, discúlpeme…

—¿Cuántos metros cuadrados tiene este piso? —siguió.

El dueño dudó un segundo, procesando la pregunta.

—Pues… en la escritura creo que ponía ciento cincuenta y tantos. Digamos ciento cincuenta metros cuadrados para redondear. ¿Es relevante su tamaño para el caso?

Milene ignoró la pregunta y se dirigió hacia el vestidor, también instalado de forma totalmente abierta, por lo que las prendas y complementos quedaban a la vista de cualquiera que pasara por allí. En su interior encontró vestidos que costaban más que su sueldo mensual, por no hablar de los carísimos zapatos o los bolsos de lujo. Inspeccionó también las mesillas y la zona de baño y no encontró nada digno de mención. Sí, allí había ropa y complementos, pero parecía que no vivía nadie en ese piso. Bajaría para comentarlo con Koldo.

El dueño y el funcionario judicial departían al lado de la terraza, contemplando las espléndidas vistas desde el ático, mientras Milene se juntaba con el ertzaina en la cocina. Allí divisaron una amplia mesa redonda con seis sillas, situada frente a los inmensos ventanales que dejaban entrar la luz del sol.

—Electrodomésticos de última generación, una *Smart TV* de las más caras del mercado y unos muebles con estilo. La niña no se privaba de nada…

—Pues no has visto la parte de arriba. Modelitos de Michael Kors, Prada, Chanel, Loewe y todas las marcas que te imagines. Un pastón en ropa y complementos, te lo puedo asegurar.

—Me fío de ti, yo no entiendo mucho de moda. El piso huele a pasta que tira para atrás, y Marta Hinojedo parece que añadía después sus propias pertenencias, también de las caras. Menudo pepinaco tiene de portátil, un Mac Pro de última generación que vale más de tres mil pavos.

—¿Has podido entrar en el ordenador?

—No, qué va, creo que se ha quedado sin batería. Pero he encontrado el cargador, así que nos lo llevamos para que investiguen los técnicos.

—¿Algo más digno de mención? Yo no he encontrado nada arriba, aparte de la ropa. Todo parecía demasiado pulcro y ordenado, como si la chica no pasara demasiado por casa.

—Sí, la misma sensación he tenido yo. Ni un cojín mal puesto, ni una revista por medio, la cocina recogida. En el frigo tiene algunas bebidas, yogures, leche y verduras, poco más.

—¿Y libros o apuntes de la universidad?

—Sí, tiene una pequeña estantería con libros universitarios y algunas carpetas con apuntes, pero no me ha llamado mucho la atención. He revisado también los cajones del salón y no he encontrado otro tipo de papeles: ni contratos de suministros, facturas, tickets de compra o cualquier otro documento personal. Todo muy aséptico, la verdad.

—Ya, a mí también me parece muy extraño. Nos llevamos el portátil y ya volveremos si hace falta realizar un registro más a conciencia, aunque me da que poco más vamos a encontrar.

—¿Nos dirigimos entonces a la comandancia?

—Sí, vente con nosotros. Me ha llegado un mensaje de un contacto que tenemos allí. Al parecer, han citado a los padres para dentro de un rato, vienen directos desde Aguilar. Así podremos hablar con ellos, a ver si nos aclaran algo sobre esta chica tan misteriosa.

Antes de abandonar el edificio, el dueño les acompañó hasta la plaza de garaje, donde la inquilina había aparcado su coche, un flamante Audi A1 de color rojo recién matriculado. No habían encontrado tampoco ninguna llave del vehículo en el piso, por lo que tendrían que pedir una orden para acceder al interior del mismo.

Otro detalle más para añadir a la larga lista. ¿De dónde sacaba tanto dinero Marta Hinojedo? Llevaba un tren de vida altísimo y no sabían prácticamente nada de ella. Les quedaba mucho trabajo por delante y poco tiempo que perder viendo el cariz que la investigación estaba tomando.

La verdadera preocupación de la cabo Oliveira era que el criminal atacara de nuevo, el temor a encontrarse con otro cadáver se encontraba muy presente en su cabeza. El tiempo apremiaba y todavía no tenían una senda clara por la que transitar hasta su destino final.

14
El diario que cambiará el mundo

Cerca de Neguri (Vizcaya), 9 de junio de 2022

No recuerdo haber escrito algo tan íntimo ni siquiera en mi infancia, jamás he tenido un diario ni nada parecido. Y quizá la ocasión lo merezca por muchas razones. En primer lugar, porque no sé el tiempo que esta maldita enfermedad me permitirá seguir viviendo, ya que mi estancia en este mundo tiene fecha de caducidad. Podría lamentarme por mi mala suerte. Todo el mundo con el maldito Covid y yo tenía que ser más listo, escogiendo otra fatídica enfermedad para firmar un contrato inevitable que recortaría en varios años mi esperanza de vida.

No estoy acostumbrado a desnudar mi alma de esta manera, tendréis que perdonar mis deslices. Este diario quiero que se transforme en algo mucho más importante, en una prueba del legado que quiero dejar tras mi muerte, más allá de todos los logros personales o empresariales que he conseguido a lo largo de mi fructífera vida.

Las malas lenguas dirán en un futuro que buscaba con este diario la fama o el que se hablara de mí, aunque sea mal, como reza el dicho popular. Todavía tengo que decidir si quiero ser pasto de los gusanos y morar el sueño de los no tan justos en el panteón familiar, o volar en forma de cenizas al viento, arrojado al Cantábrico desde los acantilados de Punta Galea. La verdad, me importan tres pimientos lo que tengáis que decir de mí, os lo aseguro.

No busco consideración, de eso ando sobrado desde hace varias décadas. Yo sí puedo decir que salí de la nada y llegué hasta lo más alto, codeándome con políticos, dignatarios, diplomáticos y grandes empresarios de todo el mundo mientras amasaba una gran fortuna. Para un chavalín de Masustegui eso es mucho decir. Y que me perdonen mis exvecinos, pero hasta que no dejé atrás el barrio, no pude empezar a respirar de verdad.

No me considero un *Mr. Scrooge*, pero nunca tuve hijos y el resto de mi familia se estará pudriendo en el infierno o donde les haya tocado en suerte. Tendré que acelerar la decisión sobre mi legado pecuniario y llamar a un notario de confianza antes de lo previsto. Y dada mi situación personal, quiero divertirme un poco mientras se acerca ese momento, creo que me lo merezco. Pensaréis que soy un psicópata, un desalmado o un tipo con el corazón negro, me da igual. Ha sido encontrar este último reto en mi existencia y me he revitalizado como por encanto. ¿Será cosa del cabrón de Fausto antes de cobrarse su premio? Ni lo sé, ni me importa.

Solo tengo claro que a lo largo de estos días, durante la planificación inicial de una idea que al principio no me atrevía a plantear en voz alta, me he encontrado más lúcido, despierto y con ganas de vivir que en los últimos dos años. Algo tendrá el agua cuando la bendicen, y eso que en este caso utilizaremos mejor sangre para una comunión total que me permitirá irme al otro mundo, cuando llegue mi momento, con una sonrisa en el rostro por el deber cumplido.

Tal vez este diario acabe en las manos de un editor sin escrúpulos y se convierta en un *bestseller* que se venda como rosquillas. Un escándalo que ocupará los telediarios antes de formar parte de esos programas repletos de tertulianos de medio pelo. O puede que se convierta en una película, nunca lo sabré. Quizá lo primero sea revelar las

motivaciones, ese hilo de Ariadna del que tirar para llegar a la salida del laberinto. No habrá ningún Minotauro al final, por lo que espero no decepcionaros con lo esbozado como homenaje a esos clásicos que amo desde joven.

Sin contar de forma breve unos antecedentes de mi adolescencia puede que no comprendáis a la perfección mi manera de afrontar este momento. Y es que hubo un hecho, ocurrido hace ya demasiados años en el barrio en el que crecí, que marcó mi vida para siempre. Después lo oculté en mi mente, como si realmente no me hubiera pasado a mí, aun aprovechándome de la coyuntura creada para medrar y comenzar mi verdadera vida.

Mis orígenes son gallegos, mis padres provenían de una pequeña aldea de Orense. En aquella época, la inmigración estaba a la orden del día y miles de personas se trasladaron a ciudades como Madrid y Barcelona. También a Bilbao, donde al parecer había mucho trabajo entre canteras, altos hornos y otras industrias pesadas. Yo nací poco después, a comienzos de 1960, en un barrio que se constituyó de forma casi clandestina en Bilbao llamado Masustegui.

Un barrio repleto de gallegos que construyeron sus casas de forma irregular en las faldas del monte Caramelo, aprovechando la letra pequeña de la legislación franquista. Muchos de estos obreros emigrados tenían trabajo en la cantera situada en el cercano monte Arraiz, pero no un techo bajo el que cobijarse. Y con nocturnidad y alevosía, pero también bajo la vista gorda de las autoridades, construían por las noches sus casas antes de que los guardias hicieran su ronda. Y como la ley establecía que no se podía echar abajo una construcción ya comenzada, centenares de recién llegados se instalaron en un barrio que creció sin orden ni concierto. De ahí sus peculiares escaleras y rampas con pendientes imposibles para transitar entre las calles.

Esos mismos vecinos hicieron las primeras instalaciones de agua corriente y tuberías ante la insalubridad del entorno y la gran multitud de familias que se habían afincado entre aquellas empinadas cuestas y sus estrechas callejuelas. Lo curioso es que hasta el año 2010 el barrio no pasó a formar parte oficialmente del ordenamiento urbanístico de Bilbao. Hasta entonces se encontraba en una especie de limbo legal, y eso que sus vecinos pagaban sus correspondientes impuestos municipales. Un lugar en el que el gallego se convirtió en el idioma principal y todas las familias se respetaban y ayudaban a salir adelante en una época complicada para todos.

Hace muchos años que no me paso por allí y reconozco que es un sitio peculiar para visitar, un lugar semidesconocido dentro del mismo Bilbao. Un enclave que no suele aparecer en las guías turísticas, situado entre Rekalde y Basurto, en dirección hacia los montes circundantes. Por lo visto, ha cambiado mucho en los últimos años, según me comentaron, sin perder ese aire a pueblo gallego anclado en los años sesenta que desconcierta al posible visitante. Han desaparecido la escuela a la que íbamos en nuestra infancia, la farmacia, la gran mayoría de los bares y otros comercios. Y quedan pocos gallegos por la zona; ahora predomina el inmigrante latino o africano, como en la mayoría de los barrios obreros.

El caso es que yo colaboraba en ciertos asuntillos no del todo legales con uno de los tipos que manejaba el cotarro en Masustegui. Y tenía mis enfrentamientos con un chaval de allí, con el que me había peleado en más de una ocasión por alguna tontería. Hasta que llegó una noche de invierno, fría y desapacible, en la que este chico me buscó las cosquillas y salió trasquilado.

Toño se creía el guaperas de Masustegui, con su melenita rubia al viento, y el tipo más duro del lugar. En realidad era solo fachada e iba siempre de boquilla. Aquella

noche, el muy desgraciado me preparó una emboscada cerca de mi casa, algo fácil en un entorno sin luz artificial, justo en la intersección entre dos de las peores calles del barrio. Cuando me quise dar cuenta le tenía encima, y tuve la suerte de que el reflejo de la luna en el objeto metálico que portaba me permitiera darme cuenta del peligro: su navaja cortó el aire a escasos centímetros de mi barriga y esquivé la muerte por muy poco.

En el forcejeo siguiente yo llevaba las de ganar. Tenía más fuerza y estaba más bregado en aquellos lances, por eso el tipo me había atacado a traición. No soltaba la navaja por mucho que yo le retorciera la muñeca, así que al final opté por dirigirla con el brazo incluido hacia su mismo torso, donde acabó clavada sin remedio.

Recuerdo su expresión de sorpresa, paralizado al recibir varios centímetros de acero albaceteño en su cuerpo. Sus ojos lastimeros imploraban piedad, pero algo estalló dentro de mí y rematé la faena. Me sentí el rey del mundo al tener su vida en mis manos: mi mente racional quedó suspendida durante unos instantes y apareció de repente una pulsión criminal que no supe ni quise controlar. Le arrebaté la navaja de sus dedos agonizantes y cuando me quise dar cuenta, mi mano ya había acuchillado en varias ocasiones su cuerpo, convertido en un guiñapo sanguinolento. Me costó detenerme, frenético en mi ansia asesina, hasta que recuperé la razón.

No me arrepentí en ese momento de mis actos ni nunca lo he hecho. No ignoraba que me encontraba en un verdadero problema que todavía tenía solución. Nadie me había visto y a esas horas de una noche tan desagradable no se veía ni un alma en la calle. Así que me guardé la navaja en el bolsillo, me cargué en el hombro al muerto y me adentré en las partes todavía no urbanizadas de aquellas laderas montañosas.

Encontré una pala al llegar a una de las canteras y enterré el cuerpo lo mejor que pude, deshaciéndome también de la navaja. Después quemé toda la ropa que llevaba, me lavé en una fuente cercana y me adentré en casa ya de madrugada, helado de frío al quedarme casi desnudo en la calle. Me cobijé con las mantas y me dormí enseguida, olvidándome para siempre del dichoso Toño. Ni siquiera la familia denunció su desaparición, acostumbrados a sus idas y venidas, por lo que ningún policía pasó por allí y yo pude quedarme tranquilo y olvidarme del tema. Hasta hoy, claro está, ya que mi mente ha evocado esos gloriosos momentos en los que la vida de un hombre se encontraba a mi merced y casi consigo una erección y todo.

Lo reconozco, he tenido varios sueños muy vívidos a lo largo de mi existencia y la pulsión criminal siempre ha estado ahí presente, en las profundidades de mi ser, sin que yo la dejara salir a la superficie. Somos animales gregarios que nos acostumbramos a los usos y costumbres de la sociedad en la que vivimos, por lo que supe desde el principio que tendría que olvidarme de esas ansias asesinas que de vez en cuando me perseguían entre sombras, sobre todo si quería ascender en la vida para no tener que volver a depender de nadie.

No sé si el alma que pretende escapar de este cuerpo en horas bajas ha querido darse un homenaje de despedida, pero anhelaba sentir de nuevo la sangre en mis manos, casi como si me hubiera convertido en un vampiro. Buscaba la manera de satisfacerme, de encontrar ese placer que la naturaleza y mi propio estatus social me había escamoteado durante tantos años. Ya no tengo nada que perder, así que me he lanzado a la aventura aprovechando mi posición para configurar un proyecto que pase a los anales de la historia moderna.

No soy un psicópata, o eso creo, ni siquiera un psicótico, por más que nunca haya sido estudiado por un especialista

en la materia. Simplemente, anhelaba mirar a los ojos a alguien y arrebatarle la vida. Soñaba con estrangular a un desconocido mientras contemplaba cómo la luz de la vida se escapaba entre sus pupilas, o clavarle un cuchillo en el corazón para sentir cómo ese poderoso músculo se paraba para siempre. Una sensación inenarrable, largamente olvidada, de la que me gustaría volver a disfrutar aunque fuera por una sola vez en la vida.

Pero no soy idiota, los problemas aparecerán a la vuelta de la esquina. Si no lo había intentado cuando me encontraba en plenas facultades, más preocupado por sacar adelante mis negocios y enfrentarme a todo tipo de adversidades, ahora me toparía con mayores dificultades. Por eso seguía estudiando las posibles soluciones que me permitieran conseguir un buen sabor de boca antes de encarar el último viaje hacia la laguna Estigia en la barca de Caronte.

El secuestro en Basurto fue la primera prueba, que al final se convirtió en un pequeño *coitus interruptus*. Una pesca sin muerte, si queremos llamarlo así, ya que el chaval escapó de un destino fatal sin que llegara a imaginárselo. No me dejó satisfecho del todo, y eso que no resultó un mal comienzo. De hecho, fue una buena piedra de toque para comenzar este proyecto.

Tampoco salió a la perfección el secuestro de los familiares de Labarrieta, pero al menos la escenografía de *La Piedad* formada en el interior de La Ojerada no me dejó un regusto agridulce. Ese era el verdadero camino a seguir. Seguro que esa recreación también desconcertaría a los investigadores. Me llegan ecos de que la Guardia Civil y la Ertzaintza ya están empezando a pisarse las mangueras; nada me divertiría más que verlos obligados a entenderse. Otra pequeña broma fruto de esta mente enferma que permitiría ganar algo de tiempo.

Las sensaciones conseguidas con las primeras partes del proyecto no me proporcionaron ese placer imaginado en un principio. Mis ansias criminales, la pulsión animal que terminó por apoderarse de mi cuerpo, todavía no han quedado satisfechas. Y el vampiro que me ha poseído demanda sangre de verdad para saciar su sed eterna. Así que habrá que seguir trabajando.

Todavía queda mucha tela por cortar, pero no adelantemos acontecimientos. Solo tendréis que esperar un poco más, no os impacientéis.

15
La cena de conjura

Santoña (Cantabria), 10 de junio de 2022

Parecía que las investigaciones avanzaban a buen ritmo en ambas ubicaciones, sin llegar a estar al tanto de todos los detalles. Koldo no quería saltarse el protocolo ni desobedecer a sus superiores y aun así pensó que no habría nada de malo en aceptar la invitación de Milene y su compañera. Ya tenía medio convencido al comisario con la idea de que ellos cuatro juntos formaran la avanzadilla principal de los dos cuerpos policiales inmersos en el caso.

Sabía que la cena de esa noche de viernes podía considerarse también como de trabajo, pero le agradaba saber que Milene le tuvo en cuenta a la hora de planificar la velada. Quizá hubiera preferido quedar a solas con ella, aunque eso pudiera suponer algún que otro problema.

La compañera de Milene, Carmen Ramos, formaba tándem investigador con su amigo, el subinspector Aguirre. Ambos trabajaban en el crimen de La Ojerada y tenían novedades al respecto. Y como ellos dos también podían avanzarles otros detalles sobre el homicidio de la ría de Bilbao, tal vez entre los cuatro pudieran sacar algo más en claro sobre el caso al poner en común lo sucedido durante esa semana tan extraordinaria.

Tenía la mente ocupada con las investigaciones y, sin embargo, algún que otro tema se colaba por un pequeño resquicio en su cerebro. No quería pararse a pensarlo, pero tal vez debería asumir que la idea de reunirse con Milene en un ambiente más agradable le gustaba y también le asustaba un poco, conociendo sus antecedentes previos con la joven.

Tras conocer a una mujer de bandera como Milene, con aquella noche de diversión de la que disfrutaron años atrás, el suboficial se

quedó algo tocado. Él no era un hombre de rollos pasajeros, algo que tampoco se estilaba demasiado en una sociedad vasca que siempre había tenido fama de conservadora en ese sentido. De hecho, fuera de Euskadi era muy común escuchar el chascarrillo de que en el País Vasco era imposible ligar.

Y por eso le impactó tanto lo que ocurrió después. Milene era una chica estupenda: guapa, simpática, con don de gentes y una inteligencia despierta. Albergaban intereses comunes y parecía muy buena gente. Así que no podía negar que le dolió un poquito perder el contacto con ella, y eso que solo se habían conocido durante unas pocas horas. ¿Quién sabe lo que podría haber pasado?, pensó entonces Koldo.

Debía olvidarse de esas tonterías y centrarse en el trabajo pendiente. Por no hablar de que no sería nada profesional mezclar el trabajo y el placer, aparte de que le podrían abrir un expediente o expulsar del cuerpo si algo así llegaba a oídos de los jefes. Y no estaba él para perder su medio de vida después de una etapa tan complicada tras el paso de la pandemia. Tal vez, cuando acabara todo, podría hablar con Milene de lo que le ocurría. Volver a encontrarse con ella le había impactado más de lo que dejaba traslucir y la procesión iba por dentro, por lo que tendría que disimularlo un poco.

Habían quedado con las chicas a las nueve de la noche en el centro de Santoña, frente al ayuntamiento. Recogió a su amigo Ander Aguirre y se dirigieron hacia la población cántabra por la autovía A8, una carretera que estaba comenzando a aborrecer con tantas idas y venidas.

—¡*Kaixo*, Koldo! Así que de cenita romántica con las dos picoletas, menudo planazo.

—No me jodas, Ander, y tengamos la fiesta en paz —replicó Koldo con gesto serio—. Cenamos, comentamos cómo van las investigaciones y después, si no se nos hace muy tarde, podemos tomarnos algo y relajarnos un poco.

—Eso es lo único que te pido, no te cabrees. Seremos unos chicos formales, ya lo verás, nada de juergas nocturnas, que nos conocemos. Pero al menos nos tomaremos después una copita, ¿no?

—Venga, va, centrémonos. Además, creo que Orbea nos va a convocar mañana a una reunión. Mejor que aparezcamos en condiciones, nada de resaca. Y sobre todo, no lo vayamos a joder con las picoletas, se quejen después a sus jefes y la tengamos montada por idiotas.

—Vale, vale… Si era solo por destensar un poco el ambiente, que con tanto asesinato estamos todos un pelín estresados.

Koldo sabía que aparcar en el centro del pueblo era bastante complicado, por lo que dejó su vehículo en la calle Baldomero Villegas, cerca ya de la estación de autobuses. Desde allí tenían un corto paseo hasta el lugar de encuentro. El verano estaba a la vuelta de la esquina y los policías, fuera de su lugar y horario de trabajo, decidieron olvidarse de la dichosa nueva normalidad y saludaron a las chicas a la vieja usanza, con dos besos en las mejillas, dejando atrás las formas más protocolarias que utilizaban dentro del entorno laboral.

—¡Aúpa! —exclamó Ander—. ¿Qué tal todo?

—Muy bien; aquí, esperándoos a la fresca —contestó Carmen—. ¿Venís con hambre?

—Eso no se le pregunta a dos chicarrones del norte —continuó Koldo con la broma.

—Perfecto, entonces. Hemos reservado mesa en la terraza de un local que espero que os guste. Se come bien, ponen raciones generosas y a buen precio. Y la música tampoco está nada mal, seguro que a dos vejestorios como vosotros os mola el sitio.

Carmen les guiñó el ojo mientras les conminaba a caminar en dirección hacia el centro, a la zona peatonal de Santoña en la que se congregaban la mayoría de bares y restaurantes. Koldo debía reconocer que la guardia civil no andaba muy desencaminada en cuanto a lo de vejestorios, ya que los dos ertzainas eran más mayores que las chicas. Ander ya había cumplido los cuarenta años

y él se encontraba cerca de esa edad, aunque ninguno lo aparentaba. Por el contrario, Carmen parecía muy jovencita y Milene no le andaba a la zaga.

Se adentraron en la zona peatonal, que se encontraba muy animada. En torno a la plaza de San Antonio, que según comentó Carmen se había convertido en el epicentro social de Santoña, se arremolinaban las terrazas, llenas de gente a esas horas. Una plaza arbolada que albergaba en su centro un kiosco de música en el que en esos momentos una banda efectuaba sus pruebas de sonido ante lo que parecía un inminente concierto de pop-rock. Su destino se encontraba un poco más allá, en una de las calles que salían de la plaza en dirección hacia el mar.

—Estás muy callada esta noche, Milene —le dijo Koldo tras ponerse a su lado.

—Estaba pensando en Marta Hinojedo. Ahora os cuento las novedades, ya sabía yo que esta chica ocultaba algún secretillo…

Koldo se quedó chafado ante la respuesta. ¿Y qué se esperaba? Habían ido allí para hablar de la investigación y de paso picar algo, no se trataba de una cita doble ni nada por el estilo.

—Espero haber acertado con el sitio. Es aquí mismo, voy a preguntarle al camarero por nuestra mesa —aseguró Carmen.

Koldo se fijó en que el local parecía una hamburguesería americana, decorada con gusto y con temática rockera. Les situaron en la mesa de la terraza más alejada de la entrada, donde podrían hablar con tranquilidad al no haber comensales a su alrededor. En la otra esquina se encontraba una familia francesa pendiente de sus retoños, por lo que nadie les molestaría.

—No os esperéis un restaurante con estrellas Michelín, pero para picotear algo está muy bien —afirmó Carmen mientras repartían las cartas del menú—. Conozco a los dueños y ya les he avisado de que no nos molesten demasiado. Otra cosa es que sea factible, ya sabéis; hace buena noche e igual la gente prefiere la terraza al interior del local, por muy buena música que pinchen.

—¿Están poniendo una vieja canción de Aerosmith? —preguntó entonces Ander.

—Ya os he dicho que es un local para carrozas como vosotros. Ya veréis la selección de canciones, seguro que cae algo de Guns N' Roses, Metallica, Bon Jovi y cosas así. A mí no me disgusta, y espero que a vosotros tampoco.

Koldo y su compañero sonrieron satisfechos ante la elección de local. La carta era muy variada (pizzas, ensaladas, picoteo de raciones variadas, hamburguesas, bocadillos, sándwiches, cazuelas, carne a la parrilla y algún que otro plato más), la compañía inmejorable, la noche agradable y de fondo se escuchaban algunas canciones míticas de rock. Solo les quedaba probar la comida e hincar también el diente a lo que les había llevado hasta allí.

—Las hamburguesas son brutales. Y podéis elegir el tipo de pan, la guarnición y la salsa, ya veréis. Igual pensáis que es un sacrilegio en un lugar como Santoña, con el mar Cantábrico de fondo, pero a mí me encanta este sitio.

—Tranquila, Koldo y yo somos básicamente carnívoros —contestó Ander.

A su amigo no le faltaba razón. Galarza no le hacía ascos al pescado, pero prefería la carne, y su compañero igual. Dos tíos grandotes como ellos necesitaban una buena ración de proteínas para mantenerse, así que aplaudieron la idea. Hicieron caso a la anfitriona y escogieron diferentes tipos de hamburguesas, aparte de una ensalada para compartir. Todas las elecciones tenían muy buena pinta, por poco más de seis euros tenían un plato contundente que habría que probar.

Comieron y rieron durante un rato, compartiendo bromas mientras daban buena cuenta de las hamburguesas. Una hazaña complicada si no tenías buen estómago, aquellos platos no se acababan tan fácilmente. Y Carmen llevaba la razón: la carne era sabrosa, el servicio amable y la música amenizaba la velada. Incluso pudieron disfrutar de alguno de los temas míticos de Queen. El

momento de poner las cartas sobre la mesa se acercaba a marchas forzadas.

—Bueno, chicos, igual ha llegado la hora de hablar un poco del tema que nos ha traído hasta aquí, ¿no? —comenzó diciendo Milene.

—Perfecto, no hay problema —contestó Ander—. Si os parece, os comento las últimas noticias sobre la dichosa furgoneta negra, una Renault Traffic, y su conductor.

Todos asintieron y Aguirre comenzó a hablar. En la sede de la Ertzaintza habían intentado establecer el trayecto de la furgoneta desde que secuestró a los familiares del banquero en pleno centro de la ciudad, pero le perdieron la pista en las circunvalaciones que rodeaban Bilbao. El conductor podía haber cambiado de dirección en cualquier momento después de la última visualización del vehículo, por lo que por ahí no podrían sacar mucho más en claro. Y con la matrícula tampoco consiguieron demasiado, pertenecía a un coche dado de baja meses atrás.

—Lo más plausible es que se dirigiera después hacia alguna nave industrial o algún edificio abandonado dentro de uno de los polígonos cercanos a Bilbao. No sabemos si las víctimas murieron allí y después las llevaron hasta Ajo, igual vosotras tenéis más datos.

—Sí, ahora os comento lo más importante del informe de los compañeros del SECRIM y también del forense. ¿Del secuestrador habéis podido sacar algo en claro? —preguntó Carmen.

—No, qué va. El tío iba con pasamontañas y ropa técnica de color negro. Parece un tipo de estatura media y constitución fibrosa, atlética. Hemos conseguido alguna imagen más del momento en el que se lleva a las víctimas y las introduce en el interior de la furgoneta. Al principio duda un segundo, pero después ejecuta la acción a mucha velocidad. Parece alguien bien preparado, un profesional. Y los movimientos que realiza son rápidos, fluidos, como si no le costaran. Por momentos parece un felino, ya sabéis, rápido y letal.

Todos se quedaron un momento callados mientras rumiaban la información facilitada por Aguirre. ¿Qué significaban esos datos?,

pensó Koldo. Se enfrentaban a un profesional y todavía ignoraban si contaba con algún cómplice, era un solitario o formaba parte de un equipo mayor y más complejo.

—Pues nosotros tampoco hemos tenido demasiada suerte con las cámaras. Alguna imagen suelta por la autovía en la que se ve a la furgoneta sin que se le distinga bien al conductor. Y después, una vez que deja la A8, no hemos conseguido nada concluyente.

Carmen les explicó que cotejaban cualquier cámara que hubiera captado el recorrido de la furgoneta hasta Ajo. Lo normal era que abandonara la autovía en la salida 184, la de Beranga, para después atravesar San Mamés y San Miguel de Meruelo, por lo que buscaban la cámara de cualquier cajero o comercio que pudiera servirles, sin resultados hasta entonces.

—Desconocemos si el asesino conoce la comarca o simplemente tuvo suerte. Si sigues las indicaciones de Google Maps para La Ojerada te desvía en la primera salida de Ajo centro, que es un cruce muy malo con un desnivel brutal, en vez de seguir hasta la salida de las playas, que te lleva por la calle principal hasta la playa o el faro. Y por ahí, después de pasar por los silos pintados por Okuda, el artista que transformó el faro, no vamos a encontrar ninguna cámara. Creemos que atravesó después el barrio del Convento y se dirigió hacia La Ojerada.

Todos consintieron en que, además, ignoraban si el hombre que depositó los cuerpos en la cueva era el mismo que había secuestrado a las víctimas. Ni siquiera podían asegurar que las muertes no se produjeran en la misma cueva, demasiadas incógnitas todavía por descubrir.

—Los de criminalística no han podido tampoco sacar mucho en claro. Ya conocéis la zona circundante y el sendero hasta la entrada de la cueva, lleno de rocas. Además, esa noche cayó más de un chaparrón y emborronó aún más los posibles rastros. Sí han encontrado huellas de neumáticos en el parking compatibles con la furgoneta que estamos buscando, pero poco más.

Por allí transitaban muchos turistas, aunque en principio entre la actuación del criminal y el descubrimiento del pastor, nadie había accedido al entorno hasta la llegada de la Guardia Civil. Seguían peinando el escenario por cuadrantes, pero en un terreno tan pedregoso, a merced del viento y del agua, sería casi imposible dar con alguna pista fiable.

—¡Joder! —exclamó Galarza—. No sé si ha sido por pura suerte o el tipo sabía bien lo que se hacía. Es un laberinto sin salida, habrá que investigar por otro lado. ¿Qué dice el forense?

—Quizá una mezcla de ambas cosas, Koldo —afirmó muy segura Milene—. Creo que el tipo tuvo que improvisar y le salió bien la jugada.

—¿Por qué dices eso? —preguntó curioso Ander.

Milene le hizo un gesto a Carmen para que hiciera los honores. Las dos parecían estar al tanto de los detalles, por lo que los ertzainas tuvieron que esperar a las explicaciones.

—La forense de Santander afirma que la anciana murió de forma natural, por un infarto fulminante. Su nieto, sin embargo, sufrió una buena paliza. El chico apareció con un brazo fracturado, una rodilla destrozada y hematomas repartidos por el cuerpo. Y la causa de la muerte parece deberse a un fuerte golpe en el plexo solar.

—No me lo creo, no es posible que muriera por un único golpe —dijo Aguirre muy ufano—. Ni que ese tipo fuera Mike Tyson, no te jode.

—Pues algo así tuvo que ser o eso creen los expertos. Un fuerte golpe dado en el plexo solar, ya fuera por una patada de karate o un puñetazo brutal, puede hacer que la víctima fallezca.

—Ese dato es interesante —Koldo reflexionó en voz alta mientras analizaba el posible escenario—. Seguimos sin pistas claras del asesino, pero las pruebas apuntan a alguien fuerte y atlético, un karateca o un boxeador. Quizá esto acote la búsqueda. Lo que no comprendo es la secuencia de los hechos. ¿Le da un infarto a la abuela y el nieto se cabrea y se pelea con el asesino?

—Tal vez pasó de ese modo, no lo sabremos con seguridad hasta que no pillemos al tipo —afirmó Carmen—. Según el forense, la hora de las respectivas muertes es la misma o muy aproximada, por lo que pudo suceder así. O quizá al revés, imagináoslo. El secuestrador lleva a las víctimas a algún lugar seguro, el chaval intenta escapar y el tipo se pone nervioso. Le mata casi sin darse cuenta porque no sabe medir su fuerza y después la mujer se muere del susto.

—La hostia, también pudo ser así. Quizá sea un chapuzas y los mató de mala manera, pero luego recreó esa escena tan extraña y creo que añadió algún detallito más, ¿verdad?

—En efecto, Ander, tienes razón. Lo de *La Piedad* nos ha volado la cabeza en general, tenemos a todo el mundo buscándole algún sentido a esa recreación. Y tampoco entendemos lo de cortarle además la lengua a las víctimas, aunque fuera *post mortem*.

Ese último dato podía ser importante, por si tenía algún significado oculto que ignoraban en ese momento o formaba parte de su *modus operandi*. En el crimen de la chica crucificada no existía ese elemento diferenciador, lo que complicaba aún más las cosas. Seguían sin conocer la posible relación entre los dos asesinatos cometidos en la región cantábrica, si es que de verdad la había y no eran dos víctimas elegidas al azar, algo que les complicaría aún más las cosas.

—Encima, el cabrón tiene conocimientos forenses, o eso creemos. Los cuerpos están como la patena. No aparece ningún rastro en las uñas, cavidades bucales ni ningún otro sitio. Y la piel ha sido limpiada a conciencia con una solución de vinagre que borra todo tipo de vestigios. Ni ADN, ni huellas en condiciones de momento. Estamos pendientes de conseguir aislar una huella parcial que han encontrado en una de las corvas de la anciana, detrás de la rodilla.

—Vaya plan, parece que ha dejado pocas pistas. ¿Algún vecino vio o escuchó algo?

Carmen negó con la cabeza ante la pregunta de Koldo. La Guardia Civil había peinado la comarca en busca de testigos,

interrogando a los vecinos de La Ojerada y ampliando el radio de búsqueda hasta los chalets del Faro, el camping cercano, el barrio del Convento o la vaquería situada a la entrada. Nadie parecía haberse enterado de nada. Sí, algunos perros de chalets cercanos ladraron durante esa noche, pero sus dueños no vieron nada digno de mención.

—Hay que reconocer que el tipo es un crack —soltó Koldo—. No sé cómo cargó los cuerpos desde el parking hasta la cueva. En plena noche y a oscuras no tuvo que ser fácil realizar ese trayecto cargado con dos pesos muertos, sea en uno o en dos viajes.

—Tal vez aparcara la furgoneta en el lado derecho del parking, mirando hacia la valla y dejara encendidos los faros. La valla no es maciza, tiene huecos, y de ese modo podría tener algo de luz al bajar por el sendero pedregoso hasta la cueva. O quizá contaba con una linterna o un casco con luz como los mineros, no tenemos ni idea. Son todo elucubraciones…

Carmen llevaba razón, parecía que la investigación encallaría pronto si no encontraban algún tipo de asidero. Cuando alguien es asesinado se investiga su entorno, sus costumbres, amigos y familiares. En ese caso parecía claro que el asesino había elegido esas víctimas para castigar al señor Labarrieta. Un poderoso hombre de negocios, un banquero con numerosos enemigos, empresariales o de otro tipo, por lo que ese era el único hilo del que podrían seguir tirando.

—Estamos jodidos, no nos engañemos —sentenció Ander—. Los jefes lo saben y aun así nos siguen apretando las tuercas. Esperemos que vosotros hayáis tenido más suerte. Creo que en vuestro caso la víctima guardaba algunos secretos ocultos, ¿no?

—En efecto, más de lo que habíamos supuesto. Y eso que ya me olió mal desde el primer momento. Si Koldo me da su permiso, os cuento lo que han encontrado los compañeros de la Ertzaintza y así suelto el *speech* completo e incluyo los datos obtenidos desde la Guardia Civil.

Galarza asintió y Milene comenzó a desgranar algunos pormenores de la investigación en torno a la muerte de Marta Hinojedo. Koldo conocía la mayoría de los detalles, no así Carmen ni Ander, pero todavía le quedaban algunas sorpresas por descubrir.

—La causa de la muerte está clara para el forense de Bilbao: torsión artificial del cuello realizada con una fuerza brutal, al parecer por una persona diestra desde la parte de atrás del cuerpo de la víctima. No se han encontrado rastros en uñas, boca o cualquier otra cavidad. También utilizaron la misma o parecida solución química para limpiar el cadáver, por lo que tenemos un nexo en común entre ambos crímenes.

—Bueno, eso ya nos dice algo sobre que las dos muertes están relacionadas, aparte de lo obvio con las recreaciones —dijo Aguirre —. ¿Algún rastro de agresión sexual?

—No lo sabemos a ciencia cierta, la chica mantuvo relaciones sexuales unas horas antes de fallecer. No hay señales de que la hayan forzado, pero el forense no puede afirmarlo con rotundidad.

—¿Y eso qué significa?

—Ahora os lo explico. Marta Hinojedo llevaba una doble vida. Aparte de ser una estudiante universitaria no demasiado aplicada, también tenía otra ocupación mucho más lucrativa con la que se pagaba todos sus caprichos.

Milene comenzó a explicarles lo que descubrieron durante el primer registro en el piso alquilado por la joven. Después se entrevistaron con los padres de Marta en la Comandancia, una conversación bastante tensa en la que hubo que templar los ánimos ante el nerviosismo del matrimonio recién llegado de Aguilar de Campoo.

Koldo recordó esa charla mientras Milene desgranaba los detalles. Él se encontraba fuera de su entorno durante la conversación con los padres de la fallecida, un ertzaina dentro de una Comandancia de la Guardia Civil, por lo que permaneció en segundo plano mientras la cabo y otro oficial de la policía judicial de Santander tomaban las riendas del interrogatorio.

—Los padres no parecían saber nada de su hija. Hablaban con frecuencia y le hacían un ingreso mensual de doscientos euros para sus gastos. Marta les aseguró que trabajaba los fines de semana como relaciones públicas en un pub y no necesitaba dinero, que se las apañaba. Y sí se arreglaba muy bien, es cierto. Sus ingresos eran bastante cuantiosos viendo su nivel de vida.

La madre de Marta tuvo a su hija con cuarenta y dos años, por lo que estaba cerca de su jubilación como personal de almacén en una de las grandes fábricas de galletas de Aguilar. El padre ya estaba jubilado y disfrutaba de una pensión media después de trabajar cuarenta años como empleado administrativo. No les faltaba de nada, vivían sin estrecheces, pero era imposible que pudieran sufragar los gastos de Marta en Santander.

Cuando los guardias civiles informaron al matrimonio del lugar en el que vivía su hija y del alquiler que pagaba, así como de sus posesiones, como el ordenador, el coche o la ropa cara, se quedaron muy sorprendidos. De hecho, el marido se soliviantó y negó las evidencias, asegurando que se equivocaban de persona. Hasta que no vieron fotografías del piso y demás objetos, aparte de la firma de Marta en el contrato de alquiler, no dieron su brazo a torcer.

—La madre creía a pies juntillas que su hijita vivía en un piso compartido cerca de la universidad. Les decía que no podían ir a visitarla porque solo contaba con un dormitorio individual y la casa no era muy grande, por lo que la única vez que fueron a verla en todo este curso quedaron en el centro de Santander. Algo que no escamó demasiado a la mujer, no así a su marido, que lo sacó varias veces a colación —informó Milene.

—¿Y sabéis de dónde sacaba el dinero? —preguntó Ander—. Por lo que decís, entre el piso, la ropa, el coche y demás, necesitaba ganar un buen sueldo para sufragar sus gustos caros.

—Seguimos trabajando en ello, lo tenemos bastante encaminado. Accedimos a su cuenta corriente personal desde uno de los mensajes de correo, a ver si conseguimos también sus extractos bancarios oficiales. Los frikis de informática reventaron la clave

externa del ordenador y allí estaba casi todo. La chica no tenía mucha idea de seguridad cibernética ni encriptaba nada, aparte de dejar casi todas las webs que usaba a la vista. Entendemos que creía estar segura en su casa, con su portátil, y no se imaginaba que nadie la fuera a *hackear*.

—Venga, suéltalo de una vez, no nos tengas en ascuas…

Koldo se sonrió ante la salida de su amigo. Él ya conocía algunos datos, mientras Milene y sus compañeros seguían indagando en la vida y milagros de Marta Hinojedo, la única manera de llegar tal vez hasta su asesino. Quizá hurgar en las miserias de la gente no parecía lo más apropiado cuando su muerte estaba tan reciente, pero necesitaban encontrar un buen rastro que seguir antes de que se difuminara ante ellos y perdieran toda oportunidad.

—A las pocas webs que no tenía ya abiertas se podía también acceder con las contraseñas que guardaba en el mismo ordenador, en su cuenta de Google. Así que hemos entrado en cuentas de correo y redes sociales sin ningún problema, o en el banco, como hemos comentado. En su cuenta oficial de Gmail y sus perfiles sociales como Marta no hemos hallado nada digno de mención en un primer vistazo, pero la chica tenía una doble vida y ahí sí hemos encontrado chicha. De todas maneras habrá que seguir procesándolo, es demasiada información y no hemos tenido mucho tiempo para desmenuzarla.

—Joder, mira que te gusta darle tensión al asunto. ¡Suéltalo de una vez!

—No te preocupes, Ander. A Milene le gustan demasiado las novelas policíacas y está esperando el momento justo para soltar la bomba. Solo falta que termine su relato con un *cliffhanger* de manual y nos deje con la miel en los labios hasta el siguiente capítulo.

Koldo se dio cuenta tarde de lo que acababa de decir en voz alta. Al parecer, todos los presentes conocían la peculiar historia entre él y Milene, pero sonaba muy personal hablar sobre los gustos literarios de la compañera con la que acababas de comenzar una

investigación, sobre todo si se trataba de una operación entre dos cuerpos policiales tan diferentes como los suyos. Se hizo un breve silencio en la mesa que al subinspector se le antojó eterno, roto en apenas unos segundos por la siguiente intervención de Oliveira.

—En otra cuenta de correo de Hotmail hemos encontrado conversaciones muy subidas de tono con varios personajes anónimos, todos del género masculino. Y en un caso particular, con un tal JF según su acrónimo, los mensajes pasaron del tono sexual a uno mucho más desagradable, con alguna que otra amenaza incluso por parte del susodicho.

—Vaya, eso pinta bien —dijo Ander—. ¿Podréis obtener los datos de ese tipo, aunque haya escrito desde una cuenta de correo anónima?

—Eso esperamos, al menos. Seguro que lo sacamos pronto, no os preocupéis. Pero ¿no me preguntáis por la verdadera ocupación de Marta?

—Entiendo que estamos hablando de una chica de diecinueve años que no creo que esté trabajando en una multinacional dada su nula experiencia y el tiempo que le quita ir a la universidad, a no ser que se gaste un trifásico de alto voltaje. Y poner copas o hacer de relaciones públicas los fines de semana no da mucho dinero, así que solo me queda una opción. No me tachéis de machista, pero viendo las fotos de Marta, que todo hay que decirlo era un auténtico pibonazo, me inclino más por la opción de señorita de compañía.

Nadie le afeó el comentario al subinspector Aguirre, y al parecer había dado con la tecla adecuada, acertando de lleno en su predicción.

—Premio para el caballero. Más que señorita de compañía, yo lo llamaría *escort* de lujo. No hay más que ver su perfil en una de las webs más solicitadas de toda la cornisa cantábrica, por lo que me han dicho los técnicos, claro.

Milene les enseñó algunos pantallazos que le enviaron a su móvil, en el que aparecían fotografías de la chica en posturas sugerentes, con lencería sofisticada o en topless, siempre con el rostro

difuminado. También encontraron información general de la agencia en la que trabajaba y algo de su perfil personal, con su edad, medidas, gustos sexuales y demás. Por no hablar del listado con las carísimas tarifas que pedían por sus servicios desde la susodicha agencia.

—¡Algo era ello! —soltó Ander—. De ahí ese casoplón y la pasta que se gastaba en ropa. Con esa cara de mosquita muerta, hay que reconocer que tenía un cuerpazo.

Koldo reconvino a Aguirre con la mirada, no le gustaban esos comentarios de mal gusto.

—¡Joder con los precios! —exclamó Carmen al ver las cantidades.

La joven guardia se sorprendió al ver la tabla de servicios por horas o días completos. A cada chica la encuadraban en una categoría (Silver, Gold, Diamond o VIP) y los precios variaban desde doscientos euros por una hora de trabajo hasta cuatro mil euros por un fin de semana completo. Marta, que según su perfil se hacía llamar Athenea, entraba dentro de la categoría Gold, por lo que sus tarifas iban desde los trescientos hasta los tres mil euros.

—Y mira lo que dice aquí: «Nuestra agencia de *escorts* de lujo garantiza un trato exclusivo para nuestros clientes y un servicio de acompañantes discreto y profesional». Si solo fuera servicio de acompañantes…

—No me seas inocente, Koldo. Algún caso habrá, pero los tíos que pagan por estas chicas no quieren solo que les acompañen a una cenita. No me hagas entrar en detalles. Ahí pone bien clarito en el perfil de la chica los servicios que ofrecía: «Francés natural» no se refiere a conversaciones en el idioma de los gabachos, alma de cántaro.

—Tengamos la fiesta en paz, chicos —terció Milene—. En el interior de la web de la agencia de *escorts* no hemos podido entrar todavía, parece que han deshabilitado su perfil en cuanto se ha conocido la luctuosa noticia. Imagino que alguien vio la foto de la crucificada en el puente, ató cabos y se curó en salud. Lástima porque desde su correo también teníamos enlace a su perfil personal

en esa página, que no sabemos si guarda mensajes o algún tipo de información como en las aplicaciones de ligoteo. Así que nos tocará hablar con los responsables de la agencia, si es que logramos dar con alguien en concreto.

—Buff, suerte con eso. Imagino que no será tan fácil. Y eso que aquí aparece un teléfono y una dirección física en pleno centro de Santander —dijo Ander tras consultar en su móvil la web de la agencia —. Otra cosa es que os vayan a dar datos de la chica o de sus clientes.

—Eso se lo dejo a los compañeros de la Comandancia, seguro que sacan algo en claro, creo que es una buena opción. Puede que alguno de sus clientes adinerados, ya sea por celos, encaprichamiento u otro motivo, tenga algo que ver con el asesinato —afirmó Milene.

—¿En serio te crees eso? —preguntó entonces Koldo—. No sé, me parece algo enrevesado. A mí no me cuadra que un tío cualquiera pague un dineral por una prostituta y después la secuestre, la mate y la cuelgue en un puente a la vista de todo el mundo. ¿Qué necesidad tiene de jugársela de esa manera? Y sobre todo, ¿qué gana con ello?

—Quizá se cabreó con ella por algo y se trate de un aviso para navegantes. O ella le prometió dejar el oficio y ser suya completamente, yo qué sé. Igual los caprichitos de la niña, como el coche que encontrasteis en el garaje, se los ha comprado el susodicho. Y si luego ella no cumplió lo prometido pues se llevó el castigo. Desde luego, si ha sido este tío, pudo secuestrarla de una manera mucho más fácil. Marta conocía a su atacante y no sospecharía de él, podría subirse perfectamente a su vehículo — elucubró Carmen en voz alta.

—¿Un Renault 19 mugroso que está para el desguace? No me lo creo, por mucho que el tío quisiera ir de incógnito. Habrá que investigar la lista de clientes de Marta, si es que nos dan acceso a ella, pero imagino que se trata de tipos con alto poder adquisitivo.

—Bueno, no descartemos nada —sentenció Oliveira—. Vamos a seguir todas las pistas y espero que demos con algo bueno. Hablando de coches, todavía tenemos pendiente el registro del Audi que encontramos en su garaje, a ver si el juez espabila. Y creo que tú, Koldo, tienes también alguna cosa que contarnos sobre lo encontrado en el puente, ¿no?

Milene miró directamente a Koldo a la cara para darle paso, mientras él se quedaba un momento bloqueado. Tal vez la luz proveniente de los focos que iluminaban la terraza le había jugado una mala pasada, pero vio un reflejo singular en los extraordinarios ojos verdes de Milene y le costó salir del trance. Se había quedado un instante obnubilado, atrapado en una mirada que lo dejó sin aliento. Carraspeó para ganar tiempo, pensando en que debía hablar seriamente consigo mismo si no quería acabar muy mal durante esa operación. Tenía un problema muy gordo delante de sus narices, quisiera admitirlo o no, por lo que disimularía lo mejor posible hasta saber qué demonios le ocurría.

—Sí, perdona, allá voy… Los compañeros de la científica tienen que cribar entre la gran cantidad de rastros encontrados en el puente de madera, tanto en el suelo como en la barandilla desde la que supuestamente descolgaron a la víctima. De momento no han hallado nada digno de mención, por allí pasa muchísima gente y tendrán que ver si damos con alguna huella buena de alguien con antecedentes. Por ahí me parece que hay poco que rascar, la verdad.

—Si no te conociera tan bien, amigo Galarza, quizá no esperaría mucho más. Pero me da a mí en la nariz que tú también te guardas lo mejor para el final ¿verdad?

Koldo le sonrió a su compañero, Aguirre llevaba toda la razón. Esa misma tarde le habían confirmado un dato que podía cambiar el signo de la investigación.

—Pues sí, no me haré de rogar. Los de la Universidad de Deusto son duros de roer, pero al final hemos conseguido que nos faciliten el acceso a una cámara que poseen en el edificio más próximo a la ría y que apunta de forma parcial a la pasarela de Pedro Arrupe. No

andábamos muy desencaminados y creo que os vais a llevar una sorpresa cuando os lo enseñe.

Koldo les mostró un vídeo sin sonido, muy granulado y con no demasiada buena definición de imagen. La hora fijada eran las 2:33 de la madrugada, un rango de tiempo que confirmaba una de las opciones estudiadas al comprobar las cámaras del centro de Bilbao. Transcurrieron unos segundos sin que ocurriera nada, con la mesa al completo en silencio mientras esperaban el momento adecuado, hasta que un coche gris apareció en el encuadre.

—¡Y *voilà*! —exclamó Milene —. Tenías razón, Koldo. Se trata del maldito Renault 19.

—Espera un segundo, ahora viene lo mejor.

La imagen no era muy buena y no captaba el mejor ángulo, pero observaron cómo un hombre, vestido con unos vaqueros y jersey oscuro, aparcaba el coche en la salida de emergencia de la universidad, junto a uno de los extremos de la pasarela. Se bajó del vehículo, se colocó un pasamontañas y se dirigió hacia el maletero. De ahí sacó un enorme bolso de deporte de color oscuro que cargó con algo de esfuerzo, y después desapareció del objetivo de la cámara.

—¡Hostia puta! —soltó Aguirre —. El muy idiota ha tardado unos segundos en ponerse el pasamontañas, pero no se le ve muy bien en esos fotogramas. ¿No se puede mejorar la imagen?

—Nuestros chicos están con ello, pero no tienen demasiadas esperanzas, por lo que me han comentado. Tampoco podemos asegurar que sea el mismo tipo que secuestró a los Labarrieta con la furgoneta, la imagen es de mala calidad. Por lo que intuimos, el tipo cargó con el cuerpo en el ascensor, cuya entrada está debajo de la pasarela, junto a la Universidad, y después lo colgó de esa manera tan llamativa en medio del puente sobre la ría.

—Entendemos que dentro del bolso llevaría el cadáver y tal vez las cuerdas con las que colgó a la chica del puente, ¿no? —apuntó entonces Ramos.

—Sí, los forenses han encontrado en la piel de la chica rastros compatibles con el fondo interior de un bolso de deportes de nylon. El criminal debió esmerarse al limpiar el cuerpo, pero luego lo introdujo desnudo en el macuto y aparecieron esos rastros. Pero no tenemos nada más.

—¿Y las matrículas? —preguntó Milene.

Koldo comprendió lo que quería insinuar su compañera y puso en antecedentes al resto sobre lo sucedido en el hospital. La imagen en esa ocasión tampoco era perfecta, y sin embargo parecía que el coche que apareció en Basurto aquella tarde de marzo podría ser el mismo que el que acababan de divisar en Deusto. Las matrículas no coincidían, pero habían averiguado que ambas salieron de un desguace de las afueras, otra vía que deberían investigar.

—¡Maldita sea! No tenemos nada concreto, hay pequeños indicios, pero nos queda mucho por aclarar. Ni siquiera sabemos si las dos víctimas tenían algún tipo de relación entre ellas o no tienen nada que ver. Esto solo acaba de comenzar y ya estamos de mierda hasta el cuello.

Aguirre llevaba razón, según opinaba Koldo. Milene también pensaba que existía algún tipo de conexión entre ambas víctimas, solo les faltaba encontrar ese nexo de unión.

—Fijaos en los detalles de ambos homicidios —continuó Milene—. Tal vez la secuencia sea similar: secuestro, asesinato y puesta en escena, pero hay algunos rasgos diferenciados. En el primer crimen parece haber matado sin querer y luego colocó los cuerpos de forma primorosa, casi con mimo, para representar la escena de *La Piedad*. Y más tarde, sin embargo, hace algo tan brutal como cortarles la lengua.

—Y en su siguiente actuación cuelga a la chica de una forma tan inhumana, desnuda, humillándola de la peor manera tras partirle el cuello sin miramientos. Quizá está evolucionando o volviéndose más salvaje, lo ignoramos —intervino Koldo—. Eso sí, tanto *La Piedad* como la crucifixión, en este caso femenina, tienen que ver con la religión cristiana o directamente con Jesucristo.

—Bien visto también, habrá que apuntarlo —comentó Milene—. Solo espero que no vuelva a actuar, aunque en otro nuevo crimen pueda cometer errores que nos ayuden a atraparlo. La secuencia de asesinatos me tiene desconcertada. Y por si no os habéis dado cuenta, en el primer caso secuestra a las víctimas en Bilbao y aparecen muertas en Cantabria. Y en el segundo hace lo propio con la chica en Santander y horas más tarde aparece crucificada en Bilbao.

—Ya me he fijado, y eso no tiene ningún sentido —habló entonces Carmen Ramos—. No sabemos si juega con nosotros o simplemente deja pistas falsas para volvernos locos. Además, unas víctimas son familiares de un ricachón y la otra una pobre estudiante.

—Sí, una estudiante que se relacionaba con gente de pasta. ¿Y si Labarrieta utilizaba los servicios de la agencia de *escorts*? Habría que investigarlo también —aseguró Aguirre.

—Joder, no lo había pensado de ese modo, Ander, menudo *brainstorming* que estamos montando aquí. Yo no se lo voy a mencionar a Orbea, eso está claro, o nos colgará del pino más alto y ya te puedes imaginar de qué manera. A ver si la Guardia Civil obtiene la lista de clientes de Marta y por ahí podemos acotar la búsqueda.

—Insistiré con el tema, parece importante. A ver si los compañeros de la Comandancia consiguen hablar con los de la agencia. Y mientras tanto, tendremos que seguir investigando los pocos hilos de los que disponemos hasta el momento —afirmó Milene.

—Me parece que por hoy ya hemos tenido bastante, ¿no creéis? Nos han dado las mil aquí hablando y estos chicos querrán cerrar. ¿Os apetece tomar la penúltima en un local que conozco aquí cerca?

Carmen ofreció una tregua que el resto de investigadores aceptó de buen grado. La cena había dado sus primeros frutos, y eso que todavía se encontraban en la primera fase de las investigaciones.

Habría tiempo de seguir con el trabajo al día siguiente, había llegado el momento de relajarse y olvidarse un poco de tanto asesinato.

16
Conversaciones a deshoras

Bilbao, 10 de junio de 2022

El encargo del dichoso Mardones se le había atragantado nada más empezar. Bermejo nunca había dejado de sentir incomodidad en cada misión a la que le enviaba su antiguo comisario desde que aceptó el cargo de asesor especial del ministerio, pero ese caso era diferente y podía explotarles en pleno rostro en cualquier momento.

En la comisaría de Erandio no le habían recibido de muy buen grado en un primer momento, y eso que ya conocía a Orbea de los tiempos duros. No le extrañaba que los investigadores asignados al caso le miraran con escepticismo y desaprobación, aunque él hubiera intentado suavizar la situación con su discurso de introducción. El exinspector había aprendido a contemporizar en esas ocasiones, ocultar su lado más vehemente y templar los ánimos en una faceta más de político que de policía al uso. Un comportamiento hipócrita que no iba con su manera de ser, pero que era el único modo de salir adelante en circunstancias tan adversas.

Tampoco tuvo mucha mejor suerte con sus amigos de la Benemérita, aunque con ellos hubiera mantenido mucha más relación a lo largo de su vida profesional que con la Ertzaintza. En la Comandancia de Santander se entendió más o menos bien con el capitán Lozano, un guardia civil de la vieja escuela cuyo cargo también conllevaba su parte política, por lo que quizá comprendía mejor su situación. Sin embargo, con el teniente Gálvez y el resto del equipo de policía judicial de Santoña no había tenido el mismo *feeling*. Él siempre aseguraba en sus intervenciones que todos navegaban en el mismo barco, pero la susceptibilidad se encontraba a flor de piel en una investigación tan mediática, con la presión

exterior amenazando con colapsar aún más unas pesquisas ya de por sí muy complicadas.

El maldito Mardones, tan astuto como siempre, prefirió enviarle allí como punta de lanza, sin mojarse demasiado, a sabiendas de que unos asesinatos tan espectaculares, familiares además de algunos de los hombres más importantes del país, podrían acabar con la carrera de cualquiera. Bermejo sabía que, en el caso de que se torcieran las cosas, su puesto era candidato ideal para ser utilizado como cabeza de turco si venían mal dadas.

Al expolicía no le asustaba el trabajo, ni su situación personal. Tampoco que le cargaran el muerto si todo se iba al garete o los crímenes continuaban sucediéndose en la cornisa cantábrica para escarnio público del Ministerio del Interior y de los dos cuerpos de seguridad encargados del caso. Había vivido de todo a lo largo de su trayectoria profesional y sabía que, en el fondo, su eventual cese sería un simple apunte a pie de página en algún artículo periodístico, sin darle mayor importancia.

Sabía que Mardones podría escudarse detrás de sus anchas espaldas, por algo el secretario de Estado había sobrevivido a décadas de puñaladas políticas, llegadas desde el mismo bando o el contrario, en un mundo de hienas y víboras en el que Bermejo nunca se había sentido a gusto. Tampoco le quitaba el sueño, él no anhelaba ningún cargo y se encontraba en sus últimos años en activo, por lo que no le dolerían prendas jubilarse de una vez por todas. Aunque jamás se perdonaría haberle fallado a su jefe, a las víctimas y a él mismo, si no hubiera puesto todo su desempeño por solucionar un problema que amenazaba con enquistarse.

Incluso llegó a pensar que si llegaban hasta ese punto, tampoco cambiaría tanto su situación. Una vez satisfecha la plebe con la cabeza de un culpable en bandeja de plata, sobre todo por no haber detenido a tiempo la barbarie en el norte de España, él podría desaparecer sigilosamente del foco mediático, sin hacer demasiado ruido. Y Mardones volvería a colocarle en cualquier otro puesto del ministerio en el que no llamara demasiado la atención.

Pero ese no era el problema principal. Los viejos fantasmas comenzaban a asediarle, sobre todo al enfrentarse a un caso similar a otros que a veces se asomaban en sus pesadillas más feroces.

Al menos había congeniado un poco con la peculiar pareja de investigadores formada por una joven cabo de la guardia civil y un subinspector de la Ertzaintza. Oliveira y Galarza parecían tolerarle un poco más que los demás y le habían dejado participar en algunas de sus investigaciones. Quizá el tal Koldo le mirara todavía con algo de suspicacia, pero juraría que la chica no estaba del todo disconforme con su presencia allí.

Llevaba días queriendo hablar con su amigo Roncero para comentarle el caso y explicarle un poco su situación, por si él podía lograr suavizar las tensiones como miembro destacado de la UCO. Sabía que la joven Milene se encontraba allí como una infiltrada de Antúnez, otro viejo conocido que tampoco se casaba con nadie, por lo que entendió que la chica también podía considerarse como una extraña en el seno de un equipo de policía judicial como el de Santoña.

Ya que no tenía mano con la Ertzaintza, tal vez el capitán Roncero podría echarle un cable para que él pudiera seguir realizando su labor de la mejor manera posible en colaboración con la UCO. Oliveira era una suboficial joven, pero ya contaba con experiencia en casos complicados, como pupila aventajada del mismo Roncero, por lo que en ese sentido se encontraba tranquilo. Galarza también le había parecido un profesional muy capaz, aunque quizá el problema era que se enfrentaban a algo mucho más grande que todos ellos.

A Bermejo se lo llevaban los demonios los tejemanejes en las alturas. Y si las discusiones en el seno de los órganos de poder siempre le habían tocado bastante las narices, ahora se tenía también que enfrentar a un mundo tan desconocido para él como el del Ibex-35 y quienes controlaban el poder desde las sombras. Unos empresarios que muchas veces pasaban desapercibidos ante la sociedad, más acostumbrados a la macroeconomía, las grandes finanzas, los fondos de inversión y demás zarandajas, pero que

ahora se encontraban en la mira de un psicópata que no hacía prisioneros.

El cerebro privilegiado de Pablo Roncero, aunque ahora se encontrara a miles de kilómetros de España y centrado en sus propios asuntos, les vendría muy bien para un caso de semejantes características. No dudaba del buen hacer de los equipos desplegados por la policía autonómica vasca y la Benemérita, pero las pesquisas no terminaban de aclarar la situación y Bermejo se temía que siguieran apareciendo cadáveres que alfombraran las verdes praderas del norte peninsular.

Así que decidió llamarle ese misma noche, aprovechando la diferencia de seis horas con Nueva York, por lo que esperaba tener suerte y conseguir localizar a Roncero. De paso le preguntaría por su pupila y le intentaría picar con las novedosas variantes del caso, si es que Oliveira o Antúnez no le habían puesto ya al día. Sabía que al oficial de la UCO se le podía retar con esos temas, tocarle la fibra sensible desde el punto de vista de la psicología forense, por lo que rezó para pillarle libre y poder charlar con calma un rato.

Bermejo no quería rememorar fantasmas del pasado, pero debía reconocer que echaba de menos investigar con su amigo. Y eso que habían salido escaldados en más de una ocasión, provocando incluso que sus seres queridos sufrieran por su culpa. Pero debía esforzarse por ahuyentar esos pensamientos intrusivos que tanto le estaba costado controlar, como esa maldita culpa que cada cierto tiempo regresaba a su mente para recordarle que él era el único responsable de la horrible muerte de Macarena.

Se obligó a centrarse, no quería volver a esa situación en la que funestos presagios se cernían sobre su conciencia como un ave de rapiña ansiosa por devorarle. Esos negros nubarrones que le nublaban el espíritu había aprendido a doblegarlos con el tiempo. Todo gracias a sus seres queridos, entre los que se encontraba el bueno de Pablo, la terapia psicológica y ese tiempo que, como dice el sabio refranero, acababa por curarlo todo. Al menos de cara a la galería, aunque en el pecado llevaba uno la penitencia y siempre

acababa por regresar a esos sótanos oscuros del alma donde nunca resplandece la luz del sol.

Durante esos días se alojaba en un buen hotel en Bilbao, en la margen derecha de la ría, muy cerca del famoso puente del Zubizuri. La eficiente secretaria de Mardones se había encargado de la logística, por lo que él no había tenido que preocuparse por nada. Eso sí, había preferido viajar en su propio coche, olvidándose del avión, tren o autobús para llegar hasta allí, ya que consideró, con buen criterio, que después tendría que moverse por toda la cornisa cantábrica si debía ser el nexo de unión entre la Ertzaintza y la Guardia Civil.

El hotel contaba con su propio parking, algo que agradeció porque era imposible aparcar en pleno centro de Bilbao, aunque para salir o entrar a esa zona tuviera que tragarse más de un embotellamiento de tráfico. Se sentía más cómodo desplazándose en su propio vehículo, y ya había efectuado más de un viaje a Santoña, Santander o a los escenarios en los que habían aparecido las víctimas. Como exinspector de la UDEV, siempre le había gustado empaparse de los escenarios criminales visitándolos *in situ*, una vieja costumbre que le servía para hacerse una mejor composición de lugar. Nunca llegaría a captar todos los matices que Roncero, con ese don suyo tan extraño con el que a veces parecía meterse en la mente de los asesinos mientras se sumergía en una atípica inmersión, pero también necesitaba visitar esos escenarios.

Esa misma noche, tras cenar frugalmente y relajarse tomando una copa de vino, decidió que había llegado el momento de efectuar una llamada transoceánica. A escasos minutos de las doce de la noche en España, cerca de las seis de la tarde en la costa Este norteamericana, pensó que podía ser un momento igual de bueno que cualquier otro. Buscó el número de Roncero y lo marcó sin más dilación.

—¿Bermejo? —respondió al instante Roncero, al parecer sorprendido—. No esperaba su llamada tan tarde, creo que en España ya es hora de retirarse a descansar.

—Estamos casi en verano, Pablito, y aquí no rigen los horarios norteamericanos —replicó Bermejo—. ¿Te pillo bien ahora? No quería molestarte, espero no haber interrumpido nada importante. Por eso te he llamado a estas horas…

—Tranquilo, por hoy ya hemos acabado en la sede del FBI. La verdad es que están siendo muy interesantes estas jornadas, aunque imagino que no me llama solo para interesarse por mi experiencia en Nueva York.

—Has dado en el clavo, chaval. Creo que ya conoces mi papel en todo este follón organizado en el norte y necesito hablar contigo sobre estos casos, a ver qué opinas —reconoció el antiguo policía—. Hay cosas que no me encajan, y pensé que tu perspectiva podría ayudarme. Además, tu pupila anda metida en el ajo y Antúnez creo que también mariposea alrededor, así que en el fondo, tú deberías estar enterado.

—¿Se refiere a la cabo Oliveira? —preguntó Roncero—. Sí, estoy al tanto de la investigación, he charlado un par de veces con Milene. Y de Antúnez mejor nos olvidamos, trae por la calle de la amargura a todo mi equipo, ya le conoce. Incluido el pobre Andrade, y eso que está de baja. Como yo no le suelo coger el teléfono y Milene está ocupada, parece que se desfoga con el gallego mientras despotrica a voz en grito. Menos mal que Andrade es también perro viejo y no entra al trapo.

—Efectivamente, la cabo Oliveira, me parece una gran profesional. Me habías hablado bien de ella en más de una ocasión, pero ahora la estoy viendo trabajar *in situ*. Ha formado un buen equipo con el subinspector Galarza de la Ertzaintza, un tándem algo particular. Sé que están poniendo toda la carne en el asador, al igual que el resto, pero todos andamos algo perdidos. Quizá tu mente preclara pueda echarnos una mano.

—Entiendo que la situación es insostenible. Crímenes brutales en escenarios espectaculares, con el hándicap de encontrarnos ante casos que se vuelven más mediáticos por el parentesco de las víctimas con grandes empresarios de la zona.

—No me hables del tema, Mardones está que muerde y quiere que espabilemos. Encima, te puedes imaginar los encontronazos entre la Guardia Civil y la Ertzaintza, no pasa un día sin que se monte una nueva trifulca. Y yo en medio, mientras nadie parece tragarme y les incomoda que ande siempre revoloteando alrededor de las investigaciones.

—Espero que la chica se esté portando, al menos, yo intentaré ayudar en la medida de mis posibilidades. Creo que sería contraproducente adelantar mi llegada a España y presentarme allí, ya hay demasiados gallos metidos en el mismo corral. Pero mucho me temo que los crímenes van a continuar…

—Eso creemos también por aquí —afirmó Bermejo—. En cuanto a Oliveira, no te preocupes, lo está haciendo muy bien. Se ha integrado perfectamente y creo que tiene un *feeling* especial con Galarza, o eso me parece a mí. A veces se lanzan unas miradas que derretirían un iceberg, no sé si me explico.

—Creo que me he perdido, inspector, no sé a qué se refiere.

—Nada, tonterías, no me hagas mucho caso —soltó Bermejo con una sonrisa traviesa al percatarse de que su amigo no había captado la indirecta—. Aunque la parejita tiene una teoría en la que habría que ahondar. No sé si te han comentado algo relacionado con un supuesto secuestro en el hospital de Basurto.

—Sí, algo me dijo Milene, pero le insistiré para que me lo cuente con detalle y lo investiguen a fondo si les parece una buena pista.

—Perfecto, gracias. Aunque yo sigo sin ver el patrón, por mucho que se parezcan los escenarios de los crímenes. Creo que los de Erandio han conseguido algún video del asesino con la víctima en el entorno de la ría, a ver si logro acceder a esas imágenes y comienza a aclararse este sinsentido.

—No sabía nada, le preguntaré también a Milene en cuanto hable con ella. ¿Y cómo va la presión mediática? Se me ponen los pelos de punta solo con acordarme de nuestros viejos casos.

—Calla, calla, no me lo recuerdes —dijo Bermejo sin querer reabrir heridas del pasado—. Los medios al acecho, ya sabes, no nos

dejan en paz. Ojalá estuvieras aquí para ayudarnos, creo que este psicópata es de los tuyos, de esos a los que te encantaría diseccionar el cerebro y meterlo después en formol. ¡Menudo animal! Aunque hay algo que no me cuadra en estos crímenes…

—Sí, a mí tampoco. Le estoy dando vueltas a una idea, ya se la comentaré cuando lo tenga más claro, debo estudiarlo con calma.

—Cualquier idea es bienvenida, Pablo, no te cortes.

Siguieron charlando un rato más, derivando hacia temas personales que Bermejo no quería tratar con su amigo en ese preciso momento, y menos por teléfono a miles de kilómetros de distancia real. Así que decidió dar por finalizada la conversación poco después, con la promesa de mantenerse en contacto por el bien del caso. Aunque también por su propio beneficio, eso estaba claro.

17
A quien madruga...

Cobetas (Bilbao), 11 de junio de 2022

A Egoitz le gustaba madrugar los fines de semana y ese sábado no iba a ser una excepción. La noche anterior se había recogido pronto y aunque se acostara tarde no le importaba levantarse a primera hora para aprovechar mejor el día. Aparte de que su fiel amigo, un *border collie* llamado Trueno, se encargaba de despertarle temprano para recordarle que él no podía salir solo a la calle y alguien le tenía que acompañar.

En Bilbao era costumbre arraigada pasear por los montes los fines de semana, incluso en Navidad o Año Nuevo, mañanas en las que cantidad de vecinos del Botxo se calzaban sus botas para subir al Arraiz, al Pagasarri o a Artxanda, hiciera buen tiempo, lloviera o nevara. A Egoitz no le terminaba de convencer esa moda, ya que al final todo el mundo escogía las mismas opciones y los montes se llenaban de domingueros. Así que él elegía otro itinerario para pasear a Trueno y de paso hacer algo de ejercicio matutino, que siempre venía bien.

El joven había vuelto a su ciudad de origen después de un periplo por media Europa. Tres años atrás abandonó sus raíces y se embarcó en una aventura profesional que le llevó hasta Holanda, donde no le fue demasiado bien. De ahí se dirigió a Berlín, una ciudad libre y cosmopolita que le encantaba, pero por unas razones u otras no terminaba de encajar en ningún sitio. La pandemia lo pilló en la capital alemana y le costó regresar a España, hasta que llegó de nuevo a Bilbao a principios de ese mismo año. Egoitz era consciente de lo que opinaban de él en la familia. Lo consideraban la oveja negra de los Lazcano, pero a él no le importaba cargar con ese sambenito. Sus padres fallecieron cinco años atrás en un accidente

de tráfico y siempre se había buscado la vida para no tener que pedirle ni un euro a su abuelo ni a ningún otro familiar.

Tenía algunos ahorros de su etapa europea, aparte de un trabajo a media jornada en la tienda de deportes de un colega. Con eso le valía para ir tirando, aunque no le sobraba el dinero. Encontró un estudio de alquiler a buen precio en el barrio de Indautxu, en un edificio antiguo que necesitaba una rehabilitación. El piso no estaba mal, pero era interior y carecía de la suficiente luz natural, por lo que Egoitz necesitaba despejarse y respirar aire puro.

Salió de casa con el perro atado y le dejó mear en algunos árboles cercanos que el animal iba marcando. Eso no era suficiente para ninguno de los dos, necesitaban expansionarse, así que decidió encaminarse hacia uno de sus lugares favoritos en todo Bilbao: la zona de Cobetas. La subidita hasta allí tenía su dificultad, pero las vistas sobre la ciudad merecían mucho la pena. Por no hablar de la inmensa pradera de césped de la que podrían disfrutar. Sobre todo Trueno, al que le encantaba correr y saltar por allí en plena libertad sin molestar a nadie. Y su cervecera tampoco estaba nada mal, pero permanecería cerrada hasta más tarde.

A esas horas no tenía por qué cruzarse con demasiada gente en aquel entorno idílico, un punto más a su favor para subir hasta allí. Nada que ver con un lugar que se pondría a reventar de gente cuando se celebrara allí el Bilbao BBK Live a mediados de julio. Sin embargo, en esa mañana de sábado de mediados de junio, con el verano a la vuelta de la esquina pero todavía con rocío y algo de relente en el ambiente, el paraje se encontraba muy solitario.

Una vez que el perro hizo sus necesidades, Egoitz jugó un rato con él, tirándole un disco que le encantaba. El *border collie* es un animal que necesita hacer mucho ejercicio y el can disfrutaba con sus saltos y carreras en el césped, por lo que su dueño le dejaba desfogarse en un entorno en el que nadie les molestaría, justo mientras el sol asomaba entre las montañas. Una imagen idílica que pronto se torció de buena mañana.

Entonces, Egoitz observó a lo lejos a un tipo extraño, vestido completamente de negro, que caminaba directo hacia él. El hombre empezó a hacer ruido golpeando con un palo un recipiente de metal que llevaba en la mano, como si quisiera llamar su atención. Trueno lo divisó enseguida y se quedó mirando desde su posición, por lo que su dueño le dio la orden de no moverse y el fiel perro obedeció a su pesar. Se sentó sobre sus cuartos traseros mientras observaba el acercamiento del intruso, evaluándolo desde lejos, como si supiera que algo no iba bien.

—Quieto, Trueno, no te muevas —ordenó Egoitz al can al verle tan nervioso.

El perro no ladraba, pero comenzó a bufar y al dueño no le gustó su actitud. Sabía que podía salir corriendo en cualquier momento y abalanzarse sobre ese individuo, por lo que quiso prevenir y se acercó para ponerle de nuevo la correa y tenerle controlado. No llegó a tiempo.

El desconocido sacó entonces algo del recipiente metálico y lo lanzó en su dirección. El objeto cayó sobre un seto cercano y Trueno salió enfilado para ver de qué se trataba. Egoitz fue a su encuentro, pero la velocidad del *border collie* era inalcanzable para él.

—Vuelve aquí, Trueno. No, basta…

Egoitz se dio cuenta de que el perro estaba olisqueando algo en el seto, seguramente el objeto lanzado por el individuo. Trueno lo cogió del suelo y se lo llevó en la otra dirección, corriendo muy ufano mientras movía contento su cola. El animal buscó el lugar idóneo y se puso a morder lo que parecía un trozo de carne.

—¡Nooo! Trueno, deja eso —gritó Egoitz asustado.

Sabía que existían desaprensivos que lanzaban comida envenenada a las mascotas, incluso salchichas rellenas de clavos. Unos auténticos canallas que jugaban con la vida de seres inocentes por simple diversión, por lo que a Egoitz comenzó a hervirle la sangre y dudó un instante, sin saber si dirigirse a toda velocidad hacia Trueno o enfrentarse directamente a aquel cabrón y partirle la cara sin cruzar palabra alguna.

Al final se decidió por su perro, ya tendría tiempo de enfrentarse al tipo. Cuando llegó hasta Trueno, el animal ya había dado buena cuenta de medio trozo de carne y se afanaba por hincarle el diente al resto. Egoitz intentó arrancárselo de las fauces, pero el perro gruñó y le enseñó los dientes. Parecía decirle que no tocara su comida a riesgo de llevarse una buena dentellada, pero Egoitz no cejó en su empeño hasta que le arrebató la poca carne que quedaba sin deglutir.

Enseguida el perro comenzó a gemir de forma lastimera y su dueño temió que hubiera sido envenenado. Trueno se tumbó sobre el césped y comenzó a respirar con dificultad, como si no le llegara bien al aire a los pulmones.

—¿Qué le has hecho a mi perro? ¡Maldito cabrón, te voy a matar!

El hombre se acercó aún más a Egoitz, por lo que este ni siquiera tuvo que ir a su encuentro. Ofuscado ante el recién llegado no se percató de que Trueno parecía más calmado, como si hubiera entrado en una especie de sopor mientras su respiración se aquietaba. Cuando quiso darse cuenta ya tenía al intruso encima y no dudó ni un instante en lanzarse a por él.

—¿De qué coño vas? Desgraciado, esto no va a quedar así…

Egoitz lanzó un torpe puñetazo al aire que el desconocido esquivó sin dificultad. El joven no era muy ducho en peleas barriobajeras, pero la sangre le hervía al ver postrado así a su querido perro. No pensó bien en las consecuencias y se lanzó de cabeza hacia su rival, que parecía divertirse con sus mal calculadas escaramuzas.

—¿Te ríes de mí, hijo puta? Vamos a ver si te cachondeas también cuando venga la Ertzaintza, voy a llamar ahora mismo.

Egoitz sacó el móvil de su bolsillo, pero no pudo marcar ningún número. El tipo le pegó una patada en el brazo que le obligó a soltar el teléfono. No le dio tiempo a recomponerse y notó el aliento del desconocido en su oreja. Ignoraba cómo ese hombre podía moverse a semejante velocidad. En una décima de segundo le tuvo pegado a su espalda, mientras le aplicaba una especie de llave inmovilizadora con su antebrazo en el cuello.

—Grrr…

Egoitz no pudo articular palabra y notó cómo el aire se escapaba de sus pulmones. Temió por su vida durante un lúcido instante en el que logró acordarse de sus padres, antes de perder completamente la consciencia con la imagen de Trueno en su mente.

Le resultó más fácil de lo que suponía, la víctima no le dio demasiados quebraderos de cabeza. El atacante había estudiado bien el expediente de Egoitz y esperó el momento propicio. Sabía que el joven subía hasta Cobetas los fines de semana muy temprano y no tuvo ni que seguirle desde su casa en Indautxu, aun conociendo perfectamente la ubicación de su estudio.

La solitaria existencia de Egoitz le facilitó la tarea. Vivía solo, no tenía novia ni hablaba con ningún familiar y tampoco contaba con muchas amistades, por lo que nadie le echaría de menos durante unos días. El único pero podía surgir en el trabajo, así que preparó una coartada.

Tras meter el cuerpo inconsciente del joven en la furgoneta, aparcada convenientemente en un lugar cercano a la pradera de Cobetas, con acceso rápido a una vía de escape pero escondida a la vista, el criminal continuó con el plan preestablecido. Había recogido el teléfono del chico tras golpearle en el brazo, por lo que solo tenía que mandarle un mensaje a su colega, el dueño de la tienda de deportes, con una excusa bien pergeñada.

«*Perdona, Eneko, marcho unos días fuera de Bilbo. Ha surgido un tema familiar y me tengo que encargar, ya lo siento. Te aviso en cuanto pueda. Eskerrik asko*».

Intentó redactar el mensaje para que sonara creíble, no quería dejar ningún cabo suelto. El móvil estaba bloqueado, pero se activaba con la huella del índice de su dueño, por lo que no le costó acceder. Envió el mensaje al tal Eneko, el jefe de Egoitz, y apagó el

aparato. Le quitó también la batería y lo guardó por si acaso, hasta que decidiera qué hacer con el teléfono.

Antes de salir de allí le inyectó al bello durmiente una solución que le noquearía durante unas horas. No creía que se despertara en pleno viaje, pero para curarse en salud le ató brazos y piernas. No se atrevió a amordazarle por si no podía respirar bien y se le estropeaba la diversión antes de comenzar. Pensó entonces en una estratagema que le proporcionara réditos en un futuro próximo. Todavía debía darle una vuelta a su puesta en marcha, pero en su cabeza los engranajes giraban a toda velocidad y creía que podría conseguirlo.

18
La diversión acaba de comenzar

Cerca de Neguri (Vizcaya), 11 de junio de 2022

En mi anterior misiva os pincelaba los primeros apuntes de mi plan maestro, y eso que reconozco que he omitido algunos datos que quizá os vendrían bien para poneros en perspectiva. Yo quería cumplir ese último deseo antes de abandonar este mundo lastimero, pero conocía mis limitaciones físicas. Así que pensé en una solución alternativa.

De ese modo creé mi pequeño torneo criminal, una justa entre dos combatientes disparejos que me tendrían que proporcionar ese placer que la naturaleza me negaba. Ya no tengo nada que perder, así que me he lanzado a la aventura aprovechando mi posición y que los dos contendientes tienen sus propias razones para seguirme el juego y amoldarse a mis ocurrencias.

Al principio pensé en toda una tropa de mercenarios a mis órdenes, dos pequeños ejércitos que lucharían por satisfacer mis caprichos y por un premio final muy suculento. Aparte de servirme para darles una lección a determinados enemigos que me había granjeado a lo largo de tantos años de periplo empresarial. Una despedida por todo lo alto para alguien como yo, una aventura diferente que esperaba llegara a ser digna de recordar.

Mi fiel escudero, el bueno de Cómodo, me había acompañado durante mis últimos veinte años a lo largo de muchas peripecias. Siempre me había maravillado su lealtad

a prueba de bombas, y eso que reconozco que en alguna ocasión he sido injusto con él. Por esa razón quería tener una pequeña deferencia con ese pobre chico que me traje de Hong Kong hacía ya tanto tiempo. Y como no quería ponérselo demasiado fácil y además necesitaba algo de competencia para divertirme durante el torneo, le busqué un contrincante al que pudiera también manejar a mi antojo.

Conocía la precaria situación de mi chófer, y por eso supe que podría usar esa vulnerabilidad para llevarle a mi terreno. ¿Sería suficiente motivación para convertirse en un criminal tener la posibilidad de saldar todas sus deudas y olvidarse de sus múltiples problemas? En las próximas semanas saldríamos de dudas. De momento le comenzaría a llamar Aquiles, para ver si así se le pegaba algo de la grandeza del mítico héroe griego.

Como enamorado de los clásicos, tuve la peregrina idea de formar un equipo de gladiadores romanos que se enfrentaría a otro de guerreros griegos salidos directamente de La Ilíada. ¿Se imaginan a Marco Atilio, Vero y Prisco, Amazona, Carpóforo, Flamma o el mismísimo Espartaco enfrentados a Ulises, Héctor, Paris, Agamenón o Ajax? Una idea demasiado ambiciosa que tuve que acortar, recreando mi particular duelo al sol simplemente entre Cómodo, el emperador que bajaba a la arena del Coliseo, enfrentándose a Aquiles, el príncipe griego por excelencia. Sí, ya sabía que sus *alter ego* no les hacían verdadera justicia, pero el tiempo apremiaba y no podía conseguir nada mejor.

Hice que Aquiles entrenara para que tuviera alguna oportunidad contra Cómodo, un hombre bregado en los bajos fondos, ya que necesitaba algo de emoción. No quería un duelo físico entre ellos, sino algo más sutil, un enfrentamiento entre criminales que usaran también el intelecto para satisfacerme. Quizá ahí el chófer tuviera

alguna posibilidad si utilizaba bien el ingenio, aunque el bueno de Cómodo se había culturizado también a lo largo de los años leyendo en mi biblioteca. Y entonces les expliqué cómo puntuarían las diferentes pruebas.

Poseo algunos conocimientos de ciencia forense y he tratado de transmitírselos a mis pupilos, otra cosa es si me hacen caso y después lo desarrollan a la perfección. No queremos que las autoridades pongan fin a la diversión antes de tiempo, eso por descontado. Sin embargo, mis ansias criminales aún no se han calmado, necesito mucho más.

Así que puse en manos de mis esclavos algo que me permitiría estar con ellos, a su lado, mientras les arrancaban la vida a pobres indeseables. Necesitaba saborear ese efímero instante, esa brizna de aire que se les escapaba a las víctimas al exhalar su último suspiro en este aciago mundo. Y los crímenes debían ser mucho más personales: era imperativo que el asesino les arrancara la vida con sus propias manos, mirándolos a los ojos. De lo contrario mi puntuación bajaría drásticamente y no tendrían oportunidad alguna de llevarse el premio gordo.

Aquiles agachó la cabeza cuando les conté las nuevas premisas, mientras Cómodo esbozó una sonrisa de medio lado. Los dos hombres no podían ser más distintos, pero algo en mi interior me decía que a veces las diferencias se igualan cuando están en juego cosas tan importantes.

El chófer sabía que tenía que mejorar mucho las prestaciones dadas en la prueba de Basurto. Por eso he de reconocer que me ha sorprendido el bueno de Aquiles con su última hazaña. Se las ha apañado para montar un buen jolgorio en pleno centro de Bilbao, la verdad es que nunca lo habría imaginado. Se arriesgó demasiado, a mi pobre entender, pero hasta ahora parece haberle salido bien. Ya veremos si los incompetentes de la Ertzaintza logran dar

con él, de momento andan bastante despistados por las noticias que me han llegado desde dentro.

Siempre hay que tener ojos y oídos en todas partes, algo fundamental para medrar en un mundo tan competitivo como el que llevo transitando durante tantos años. Algunos sobornos, muchos favores y un poquito de mano izquierda son necesarios para conseguir la mejor información, los mejores soplos. Y esto sirve tanto para las noticias empresariales como para las de cualquier otra índole. Anda que no he ganado yo dinero aprovechándome de esas primicias que me han adelantado los pequeños esbirros que tengo desperdigados por medio mundo.

Pero centrémonos en lo importante. El chófer parece haberse sobrepuesto con entereza del shock que le ha debido producir enfrentarse a la primera prueba seria planteada por mí. El secuestro de la joven Marta fue todo un éxito, y la puesta en escena he de aplaudirla sin ambages. ¿A quién se le ocurriría semejante recreación en un escenario tan espectacular? Jamás me habría imaginado tan brillante planteamiento. Aquiles sabía que el *leitmotiv* para su primera prueba tenía que ser algo relacionado con el cristianismo y se ha quedado a gusto con la representación.

El muy cabrón eligió una idea que, por un instante y tras conocerla, me voló la cabeza sin remedio. Sí, al principio me pareció un sacrilegio, una pequeña blasfemia. Planificar la crucifixión de una joven mártir, desnuda completamente, que aparecería colgada de esa guisa en un puente sobre la ría de Bilbao era digno de elogio muy a mi pesar. En un entorno tan fotografiado como los alrededores del Guggenheim, con la Universidad de Deusto, el rascacielos de la compañía eléctrica y los puentes más famosos de Bilbao como fondo de escenario, aquel hallazgo había impactado de un modo inconcebible en la mente colmena de la sociedad vasca.

Los telediarios informaban con cuentagotas debido a las presiones políticas, pero los programas vespertinos de algunas cadenas privadas echaban humo y estaban haciendo su particular agosto. Los tertulianos ahondaban en la parte más morbosa de la tragedia con los pocos datos de los que disponían, elucubrando imaginativas propuestas para un asesinato que había soliviantado los ánimos de la opinión pública. Y eso, al fin y al cabo, se debía únicamente a mi actuación. Yo no habría ejecutado el crimen, pero mi firma como inductor pasaría a los anales de la historia en un crimen que nadie olvidaría.

Y sin embargo, yo quería más, mucho más. Mis más terribles anhelos y deseos no habían quedado satisfechos con esta primera prueba, aunque debería recompensar a Aquiles por su osadía. Y como pequeño regalo, a modo de agradecimiento y para darle ánimos en sus futuras pruebas, Aquiles recibiría un botín de treinta mil euros para comenzar a pagar sus deudas. *Peccata minuta* si lo comparábamos con el premio final que podían obtener cualquiera de los contendientes.

19
Un plan inesperado

Santoña (Cantabria), 11 de junio de 2022

A Milene no le costó madrugar en ese domingo tan atípico. De hecho, se había despertado antes de lo habitual, tal vez porque el hormigueo de su estómago presagiaba una jornada en la que tal vez descubriera lo que de verdad ocurría.

Durante la tarde del día anterior se había acercado a la Comandancia de Santander para hablar con el equipo de apoyo que les ayudaba con las pesquisas. Seguían sin localizar al misterioso tipo que lanzó amenazas a Marta por email. Los técnicos se afanaban con la tarea, pero todavía no lo habían logrado. Para Milene era algo prioritario, intuía que ese hombre podía tener algo que ver con la desaparición y posterior muerte de la joven universitaria.

Tampoco habían podido encontrar ni acceder al móvil de la chica, desaparecido sin dejar rastro tras apagarse en las inmediaciones de Mataleñas, un dispositivo que quizá arrojara algo de luz sobre su misteriosa muerte. Prepararon el requerimiento a la compañía telefónica para acceder a los registros de las últimas llamadas y mensajes de la joven, pero la burocracia exigía sus propios tiempos de respuesta, desesperantes incluso si la petición provenía de un juez de instrucción.

Sabía que caminaban sobre una cuerda floja, pendientes de cualquier soplo de aire que los arrojara al abismo. Algunas pistas parecían más prometedoras que otras y el caso podía dar un vuelco en cualquier momento. Como la noticia que escuchó la noche anterior en el *Teleberri*, el telediario del canal autonómico vasco que se sintonizaba perfectamente desde Santoña.

Fue por casualidad, mientras hacía zapping en casa de Carmen. Su anfitriona había quedado con una amiga y Milene prefirió descansar, por lo que tenía todo el piso para ella sola. Ya se le había hecho tarde la noche anterior, en compañía de los ertzainas, y además, a la mañana siguiente tenía que madrugar. Esta vez por puro ocio, aprovechando el breve paréntesis de descanso que les habían concedido tras doblar turnos toda la semana. Era una tregua precaria, una de esas libranzas 'con asterisco' en las que el móvil debía estar siempre a mano y el arma cargada, sabiendo que el operativo podía reactivarse en cualquier momento.

En el programa nocturno de ETB2 habían dado la noticia de la extraña muerte de los dos familiares del conocido empresario vasco, el banquero Labarrieta. El presentador no pudo dar demasiados detalles, pero sí apuntó a que los fallecimientos no se debían exclusivamente a causas naturales, señalando a agentes externos todavía por identificar, por lo que la policía había comenzado a indagar para averiguar la verdad.

Eso había alterado a la opinión pública vasca, ya de por sí bastante nerviosa tras el hallazgo de la joven crucificada en plena ría de Bilbao. «¿Nos encontramos ante un asesino en serie en la región?», se preguntó el locutor en voz alta de una manera un tanto dramática. Algo que no traería nada bueno para la investigación, una filtración lamentable para la que todavía no podían evaluar sus posibles consecuencias.

Así que Milene no pudo descansar bien durante la noche del sábado. Primero, porque tenía en mente todos los detalles de unos crímenes que no tenían ni pies ni cabeza. Y segundo, porque en esa mañana de domingo se iba a ver de nuevo con Koldo. Y nada menos que para hacer una excursión y subir al maldito monte Buciero. «¿Por qué le había hecho caso?», se lamentó la joven madrileña antes de levantarse de la cama.

Quizá bajó un poco la guardia por culpa del alcohol que llevaba en la sangre. Sí, ella era una mujer impulsiva, pero no idiota. Lo que le ocurrió años atrás con Koldo no podía volver a suceder, al menos mientras estuvieran inmersos en la investigación.

Reconoció que le costaba concentrarse ante las armas de seducción del ertzaina, si es que así podía considerarse su caída de párpados o esa media sonrisa cínica que le salía sin darse cuenta. No creía que Koldo quisiera ligar con ella ni nada por el estilo, pero perderse en esos ojos de color avellana no era una buena idea cuando mezclabas cerveza, vino y un par de gin-tonics. Una velada extraña que apareció de pronto de nuevo en su cabeza, mostrándole en visión panorámica algunos detalles en los que no había reparado hasta ese momento.

No se alejaron mucho de la hamburguesería en la que habían cenado. El local que les quería mostrar Carmen se encontraba unos pocos metros más allá en dirección al paseo marítimo de Santoña. Se había quedado buena noche y a los cuatro les apeteció prolongar un poco más la velada, sobre todo después del fragor de la tormenta de ideas sobre la investigación que habían puesto en común mientras cenaban.

El establecimiento contaba con varios ambientes. Ellos accedieron por una especie de patio al aire libre decorado con un gusto ecléctico, pero el negocio también tenía un espacio interior habilitado en forma de pub más íntimo. Y por lo visto, esos espacios tenían comunicación directa por dentro con la sidrería-asador cuya entrada se encontraba en la calle perpendicular, al doblar la esquina a mano izquierda. Dos locales diferentes, con los mismos dueños y distintos ambientes, que utilizaban la misma cocina para servir a sus clientes.

A esas horas de la noche, con el servicio de cocina ya cerrado, los empleados del local habían retirado algunas mesas del patio principal para dejar más espacio entre sofás, mesas altas con taburetes y otros lugares en los que tomar una copa o charlar con amigos mientras bailaban y disfrutaban del ambiente. A Milene le encantó el lugar. Un sitio diferente a lo que se estilaba en Madrid, con un toque muy chic, moderno pero a la vez retro, que pareció gustar también al resto de la pequeña cuadrilla de investigadores.

La música era suave, sin estridencias, y eso favorecía las conversaciones. Ander se acopló pronto en una mesa, con su copazo

al lado, mientras las dos chicas se metían con él por no bailar. Koldo quiso acompañar a su amigo, pero ni Milene ni Carmen se lo permitieron, invitándole a salir a la pista con ellas, aunque fuera para hacer un poco el tonto.

Milene se fijó entonces en Koldo. Recordaba su estatura, de casi un metro noventa, y sus andares desgarbados. No es que fuera una estrella del baile, pero tenía un estilo particular que a ella le hacía mucha gracia. Parecía más delgado que la primera vez que lo vio en aquel lejano festival literario, con un rostro algo más macilento que el que recordaba. No podía olvidar lo que le comentó el ertzaina sobre su baja médica tras un operativo fallido y lo mal que lo había pasado hasta que se reincorporó al trabajo después de meses de suplicio. Ni siquiera se imaginaba lo que habría sufrido, por lo que intentó mirarlo con ojos menos críticos.

—Como sigas mirándole de ese modo se va a creer el muchacho que le acosas, Milene. Anda, afloja un poco que se te nota demasiado… —le soltó Carmen al oído.

—¿De qué hablas, tía? Yo no le miro de ningún modo.

Milene se retrajo un poco avergonzada y apartó la mirada del subinspector Galarza. Tal vez su amiga tuviera razón sin que pensara dársela ni en sueños. Afortunadamente, Koldo seguía a su aire, bailando al compás de la música sin preocuparse de nada más que su copa, un ron con cola ya un poco aguado, o de meterse de vez en cuando con el muermo de su amigo.

—Y voy yo y me lo creo… Bueno, *miarma*, tú sabrás. Te entiendo perfectamente, el chico tiene su encanto, no te lo voy a negar. Pero no es mi tipo. Y el carcamal de su amigo tampoco, aunque me lo paso bien trabajando con él, tiene su punto.

Carmen señaló en dirección hacia Aguirre y este la saludó con su copa. Milene creía que se metía con él por su incipiente calvicie, ya que el chico tampoco parecía tan mayor, aunque hubiera cumplido los cuarenta. No podían negar que la diferencia de edad era evidente, pero imaginaba que su amiga lo mencionaba solo por jugar y divertirse en una noche en la que necesitaban relajarse un

poco, sobre todo después del estrés asfixiante de las últimas jornadas.

—Anda, pedorra, vamos a pedir otra copa. Estos gin-tonics están de muerte…

Al rato, Ander comenzó a darle la murga a su amigo para volver a Bilbao. Ya era tarde, más de las dos de la mañana, y ambos habían llegado a Santoña en el coche de Koldo, por lo que Aguirre no tenía otro medio para regresar a su domicilio. Galarza pareció darle largas y su amigo siguió insistiendo. Ambos ertzainas intercambiaron unas palabras y parecieron llegar a un acuerdo, por lo que Milene entendió que en breve se marcharían juntos.

Así que decidió actuar. Ni corta ni perezosa, se acercó más a Koldo y bailó con él de un modo que ella creía sutil. Quizá, visto desde fuera tal vez se asemejara más a un contoneo sugerente, pero no le importó. Por suerte, Carmen no estaba a la vista, ya que se había encontrado con unos conocidos y estaba hablando con ellos en una esquina del patio. Y Ander no se preocupaba nada más que de su copa y de refunfuñar según iban avanzando las manecillas del reloj, por lo que tuvo un rato a solas con el subinspector Galarza.

—Venga, Koldo, baila esta canción conmigo —le pidió con un mohín gracioso.

El chico aceptó la invitación y comenzaron a bailar el uno cerca del otro, sin llegar a tocarse. La canción pegadiza mutó a una de ritmos latinos y ahí Milene no pudo contenerse, sus raíces brasileñas le pedían movimiento de caderas. Así que le hizo un gesto al joven con las manos, demandando su proximidad, y comenzaron a bailar como pareja al compás de la música. Milene llevaba el ritmo y se lució con unos pasos que Koldo intentaba seguir, en un baile que combinaba movimientos típicos de bachata, salsa y otros ritmos caribeños.

El roce, el sudor, el balanceo de caderas y la proximidad de sus cuerpos aceleraron la respiración de Milene, que intentó controlarse y fijarse nada más en los movimientos que quería efectuar a continuación. Sentir cómo la tocaba en la parte baja de la espalda o

dar una vuelta a su alrededor mientras le cogía la mano hizo que perdiera el control por unos instantes. Las luces, la música y el alcohol tampoco ayudaron a que se centrara, por lo que la joven madrileña supo que solo tenía dos opciones: lanzarse a por su premio o salir de allí a la carrera.

Koldo sonreía y la miraba con ojos brillantes, y ese fue el detonante definitivo para elegir una de las dos opciones. Su yo más racional le gritaba desde lo más profundo de su mente para que no cometiera un grave error. Pero sus hormonas revolucionadas y el corazón que amenazaba con salírsele del pecho la dirigían en la dirección contraria, dispuesta a lanzarse a una piscina en la que ni siquiera sabía si se encontraría con suficiente agua para no descalabrarse.

Y entonces sucedió lo inexplicable. El hechizo se esfumó, porque justo en ese momento acabó la canción y Carmen llegó hasta su lado demandando su atención. Koldo se apartó unos metros, quizá avergonzado al saber que la otra guardia civil les había visto bailando tan acaramelados, y Milene decidió escuchar a su compañera.

—Perdona, estaba hablando con unos amigos. ¿Me acompañas un momento al baño?

Milene estuvo a punto de negarse, pero el gesto de Carmen no admitía réplica. Se marchó de allí disculpándose con Koldo, mientras atravesaban un patio en el que divisó a varias personas que no le quitaban ojo según avanzaba hacia los servicios.

—Joder, ¿qué pasa? ¿Por qué me mira así toda esa gente? Ni que tuviera monos en la cara —soltó Milene algo molesta.

—¿No lo sabes? La madre que me parió, pues sí que estás ciega, mi niña. Os habían hecho corro en la pista, teníais a todo el mundo pendiente de vuestro baile. Y por si no te habías dado cuenta, saltaban chispas entre vosotros.

—Anda, no seas exagerada, tampoco ha sido para tanto.

—Lo que yo te diga. Como la mulata no llama la atención, encima se pone a bailar de un modo salvaje con un tiarrón de metro

noventa. Casi nada, menuda parejita. Con esos movimientos sensuales os habéis quedado con el público, y ya te digo yo que todo el mundo ha pensado que sois pareja por vuestra química. Y si no, que por lo menos folláis, de eso no hay ninguna duda.

—Mira que eres bruta, Carmen. ¿Tan evidente era? Joder, simplemente disfrutábamos del baile, tampoco es un delito. Pero menos mal que has venido…

—¿A qué te refieres?

—A que cuando has llegado estaba dispuesta a lanzarme a su cuello. El bailecito me ha puesto a cien y tenerle tan cerca ha despertado mis bajos instintos. Joder, casi le como toda la boca, soy lo peor.

—Lo que yo te diga, menos mal que he llegado al rescate, no se te puede dejar sola. ¿En qué estabas pensando? Si quieres que te aparten de la investigación o, peor aún, que te expedienten, tú sigue haciendo el tonto con el vasquito.

—Perdona, Carmen, tienes razón. No sé qué me ha pasado.

—Venga, no te preocupes. Un calentón lo tiene cualquiera. Anda, refréscate un poco en el baño y tengamos la fiesta en paz.

Un rato después, regresaron junto a los chicos, que charlaban tranquilamente en uno de los sofás. Milene se sentó al lado de Koldo, tampoco era plan rehuirle después del baile, pero mantuvo las distancias. Carmen distrajo mientras tanto a Ander, que parecía más tranquilo y ya no amenazaba con largarse de allí y pedir un taxi para regresar a Bilbao

Decidieron pedir unos refrescos, ya habían bebido bastante por esa noche. Milene charló con Koldo de temas intrascendentes, hasta que surgió el tema de los deportes que practicaban y otros ejercicios que hacían para mantenerse. El ertzaina le confesó que le costaba recuperar la forma después de tanto tiempo parado, pero que poco a poco volvía a ser el de antes.

Milene no supo qué contestar y dejó que se explayara. Él parecía querer desahogarse, casi como si al abrir una espita sacara al

exterior toda la angustia que acumuló en unos meses en los que temió por su vida. Ella solo asentía y le alentaba a continuar, animándole y diciéndole que ya había pasado lo peor. Quiso ver el reflejo de la angustia en sus bonitos ojos, pero enseguida desapareció de sus pupilas y pareció que el Koldo más cercano regresaba a su lado.

—Bueno, dejémonos de historias para no dormir. Y tú, ¿qué deportes practicas?

—A mí me gustan las artes marciales e incluso he practicado algo de boxeo. A veces salía a correr por el Retiro en Madrid, pero nunca me ha entusiasmado demasiado.

—Guauu, artes marciales, nada menos. Mejor no me meto contigo, que no estoy yo muy en forma. Eso sí, a intercambiar guantes sí que me atrevería un poco más adelante, cuando de verdad recupere el resuello. Hice mis pinitos de joven con el boxeo en un gimnasio del barrio, ya ni me acuerdo. Seguro que me pegas una paliza…

—Claro, ni que fuera tan fácil. No me acordaba que tumbar a un tío de dos metros, con ese cuerpo y esa envergadura de brazos, es pan comido. Anda, vete a vacilar a otro sitio, chavalín.

—Bueno, pues en vez de un combate de boxeo te propongo otra cosa.

—¿De qué estamos hablando exactamente? —preguntó Milene con gesto pícaro.

—Nada extraño ni muy complicado, no te asustes. De por sí, en Bilbao estamos acostumbrados a subir a los montes, siempre llevamos las botas y el cortavientos en el maletero del coche, por si acaso. En otro momento te llevaría a subir al Paga o al Gorbea, pero mejor no nos movemos de aquí y vamos al monte Buciero, que te pilla al lado, en la entrada a Santoña. ¿Te apuntas?

—No sé yo, miedo me das. Sé cuál es el Buciero, pero desconozco su dificultad, no me he informado mucho sobre el entorno. Y lo mío no son las subidas, te lo advierto.

—Tranquila, haremos una ruta fácil, y eso que hay algunas más complicadas que parten desde el Fuerte de San Carlos, al lado del paseo marítimo. Quedemos mejor junto al penal del Dueso el domingo a la mañana y damos un paseo chulo por la zona partiendo desde allí mismo. Te va a encantar, ya lo verás. Ah, y llévate el bañador por si quieres darte un chapuzón.

—¿Quieres ir luego a la playa? —preguntó entonces Milene algo descolocada.

Koldo parecía ofrecerle una jornada de ocio, casi como si fueran una pareja normal. O como dos amigos que pasaban el día, no había por qué pensar mal de la iniciativa del chico. Pero la sonrisa del subinspector le avanzó que no había acertado ni en lo más mínimo.

—No, tranquila. Podemos darnos un chapuzón en el mismo Buciero, en un desvío de la ruta principal que te sorprenderá, te lo aseguro.

—Ok, me fiaré de ti, aunque con esa sonrisita de suficiencia no sé yo… Ni siquiera buscaré información en internet ni le preguntaré a Carmen, así me llevo la sorpresa de verdad. Imagino que hay algún arroyo o laguna en el monte, la verdad es que no me suena de nada.

—Frío, frío…

—Bueno, da igual. Espero que no haga mucho calor, porque llevar el bañador puesto y caminar durante horas puede provocarnos rozaduras.

—No te preocupes, no será para tanto. Siempre puedes llevar ropa interior cómoda de algodón para bañarte…

20
El espectáculo debe continuar

Cerca de Neguri (Vizcaya), 11 de junio de 2022

En un principio me acordé del bueno de Edmundo Dantés, el inmortal protagonista de la obra maestra de Alejandro Dumas, *El conde de Montecristo*. No obstante, yo no contaba con tantos años para pergeñar un plan tan elaborado, así que tendría que ser más concreto. Sí compartía con mi héroe particular de ficción algunas de sus motivaciones, un combustible más para un proyecto tan personal. Algo que me serviría además para darles una lección a determinados enemigos que me había granjeado a lo largo de tantos años de periplo empresarial, aparte de recuperar mi juvenil instinto criminal. Una despedida por todo lo alto para alguien como yo, una aventura diferente que esperaba que llegara a ser digna de recordar.

Cómodo ya había metido la pata en su primer desempeño, por lo que Aquiles prefirió jugar con mis reglas para obtener mayor calificación. Es cierto que solo por el hecho de grabar el asesinato había ganado varios puntos, aunque el vídeo no me impactó tanto como esperaba, no tenía alma en su interior. Matar a sangre fría no debía de resultar fácil para un hombre como él, pero había resuelto el crimen de una manera rápida y poco dolorosa para la víctima. La chica no sufrió demasiado, aparte de la tortura psicológica al verse atada y amordazada a merced de un desconocido, y tal vez ni siquiera fue consciente de su destino final. Para cuando quiso darse cuenta, ya le habían

arrebatado la vida tras partirle su esbelto cuello. Una acción prematura y acelerada que no terminó de satisfacerme, necesitaba mucho más.

Sin embargo, también contaba con otros detalles importantes a su favor. La joven era muy bella y la ausencia de sangre, hematomas o cualquier otro signo de violencia daban mayor calidad al cuadro pictórico representado en la pasarela de la Universidad de Deusto. Debo admitir que lo que más me sorprendió fue que Aquiles recreara el auténtico método de crucifixión que utilizaban en la Antigua Roma.

Cierto es que la víctima no había fallecido en una larga agonía en la cruz, como las esclavas crucificadas durante el Imperio Romano, al haber sido ejecutada con anterioridad, pero eso era lo de menos. Nunca hay que subestimar a una persona, pero no imaginé que el mecánico de coches fuera un experto en las tradiciones romanas. ¿Lo habría visto en algún libro de mi biblioteca? No sabía si preguntárselo en algún momento para satisfacer mi curiosidad o simplemente darle el beneficio de la duda y otorgarle los puntos que se merecía.

La Antigua Roma es uno de los períodos de la historia fundamentales para mí. Guardo abundante bibliografía, documentación e incluso obras de arte relacionadas con esa época tan fascinante. Yo conocía perfectamente el hecho de que en el Imperio Romano se utilizaba la crucifixión como método de ejecución pública y no les importaba para nada que el reo fuera hombre o mujer. De hecho, los crucificaban completamente desnudos, algo que Aquiles había recreado a la perfección, tal vez por pura casualidad.

El impacto visual era demoledor, aparte de que la imaginería cristiana nos tiene acostumbrados a ver a Jesucristo en la cruz, no a una mujer. Conozco algunas representaciones pictóricas de mujeres crucificadas, como la de Santa Eulalia o la de Santa Julia de Cartago, pero no

es algo habitual en el arte a lo largo de los siglos. Incluso en época actual creo recordar alguna crucifixión femenina representada en conciertos de pop o rock como una *performance*, más como elemento transgresor y diferenciador, por llamar la atención. Así que en ese aspecto tenía que darle la enhorabuena al creador de semejante obra de arte.

¿Y ahora qué?, os preguntaréis. Esto es solo el principio, queridos amigos, tengo algunas sorpresas preparadas para las siguientes fases de un juego que acabará formando parte de la historia de este país.

Sigo albergando algunas dudas al respecto. Yo quería involucrarme en los crímenes y pensé que si podía verlos grabados saciaría mis instintos más primarios. Pero reconozco que no me ha emocionado ver el vídeo de la ejecución de Marta Hinojedo. Tal vez sería mejor que en la siguiente ocasión pudiera ser una conexión en vivo y en directo, para que yo pudiera participar de un modo más íntimo en el desenlace de esas vidas a punto de extinguirse.

Además, no podía engañarme a mí mismo. Cómodo me había decepcionado con su primera prueba, pero sabía que dejaría sus escrúpulos en un cajón y mataría sin piedad a quien yo le ordenara, de forma sangrienta y sin conmiseración alguna si con ello satisfacía mis deseos y ganaba la competencia. Eso no me preocupaba lo más mínimo, mi fiel lacayo no se arredraría ni un ápice, lo tenía muy claro. Y, sin embargo, yo necesitaba algo más.

Sí, ya lo sé, creéis que soy un megalómano, un loco como Nerón tocando el arpa mientras incendiaba su querida Roma. Pero no, yo no estoy tan loco. Y eso que no me disgusta que mis esclavos me llamen Imperator. Lo mejor de Julio César, Augusto y los grandes hombres que les sucedieron se escondía en la esencia de mi alma atormentada, o eso me obligaba a pensar para poder continuar con el legado que quería dejar para la posteridad.

¿Y qué podían ofrecerme esos dos pobres desgraciados que no pudiera conseguir yo por mi cuenta? Dicen que el dinero lo compra todo, y a veces eso no es cierto. Por ejemplo, yo tenía firmada mi sentencia de muerte, tal vez demorada durante unos pocos meses o años al albur de la suerte, mi genética o los efectos de algunos tratamientos experimentales. Y ni todo el oro del mundo me libraría de tan lúgubre destino.

Así que tenía que desahogarme de algún modo y buscar la felicidad en otro lugar, lejos de esas pequeñas cosas que suelen buscar los pobres mortales. No, yo no quiero visitar ningún lugar remoto ni compartir mis últimos momentos con los seres queridos. En general, nunca me ha gustado la gente y solo me he relacionado con las personas para mi propio beneficio, sin contraprestación alguna. Se puede llamar egoísmo, pero yo lo llamo simplicidad y practicidad.

¿Y cuál era mi mayor anhelo en esos momentos? Arrebatar una vida con mis propias manos. Sí, no ignoraba que tenía en mi poder la vida de mis dos lacayos, pero eso no era suficiente. No quería dar una orden y acabar con ellos o con cualquier otro ser inmundo de este planeta. Yo quería saborear el placer más oculto, paladear el regusto de acabar con un indeseable, inocente o no, al que segarle de raíz toda esperanza.

Ya fuera ejecutar a esa persona con mis propias manos o con algún objeto, necesitaba despedirme de este mundo con una pequeña victoria. La que significaría para mí que yo pudiera llevar a cabo el plan maestro, ejercer de verdugo final como si la Parca con su guadaña maldita se hubiera reencarnado en mis propios dedos. Contemplar de frente, desde muy cerca, el terror más absoluto en los ojos de esa persona que moriría delante de mí. Sumergirme en unas pupilas dilatadas por el miedo y absorber la razón de su ser mientras la vida se le escapa por momentos. Ese momento supremo sería lo único que daría algo de paz a mi alma.

¿Y cómo conseguir todo esto? Tendría que darle una vuelta, tal vez buscar una prueba extra para mis contendientes favoritos en la que yo pudiera participar. Reunirme con ellos en un lugar tan infame como la nave industrial a la que llevaban a las víctimas no me llenaba precisamente de gozo. No, todavía tenía que reflexionar sobre este asunto.

Sería la única manera de revivir esa pulsión criminal que me martirizaba desde joven. Una sensación extraña que me ha devorado por dentro desde siempre, algo que yo nunca he dejado traslucir ni salir al exterior para no acabar con mi proyecto vital. En más de una ocasión, cuando las fuerzas me lo permitían, estuve tentado de probar suerte y asesinar a algún mendigo o prostituta que nadie echara en falta. Pero al final siempre me arrepentía y cuando me quise dar cuenta, el tren de la muerte se acercaba a mi estación a toda velocidad sin posibilidad de dar marcha atrás a la rueda del tiempo.

No, necesito algo menos mundano y más especial. Un chute de adrenalina que no me permitirá levantarme de esta silla de ruedas, pero sí me otorgará algo de oxígeno extra, una manera de recompensarme por los sinsabores que la vida y este mundo tan cruel me han brindado. Muchos pensarán que he sido un privilegiado, con todos los caprichos posibles a mi disposición, pero os regalaría con gusto la angustia que me reconcome por dentro desde tiempos inmemoriales. Y si solo puedo subyugarla un poco y reducir ese ardor que me quema las entrañas, pues bienvenido sea. Caiga quien caiga, ya me da igual.

Tendréis que perdonarme, otra vez me he ido por las ramas. No quisiera arruinar este pequeño diario de mis filias y fobias, aun pareciendo más bien de mis neuras, con tanta disquisición filosófica que no viene al caso. Ni quiero aburriros con mis inquietudes artísticas, por llamarlas de algún modo. Así que vamos con algo más concreto.

Yo estoy en ventaja sobre vosotros, eso es innegable, ya que controlo y conozco todas las fases de este proyecto tan inusual. Y seguro que en el crimen que ahora mismo está en boca de todo el mundo habéis visto alguna diferencia con respecto a nuestras anteriores actuaciones. Todo tiene su explicación, no os preocupéis.

También me gusta jugar un poco con nuestros amigos, las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado, ya sean de la Guardia Civil o de la Ertzaintza. Y eso que conozco y tengo buena relación con alguno de sus mandos, como es preceptivo para cualquier persona de mi posición y rango social, eso no es importante ahora. Espero que no me lo tengáis en cuenta, yo solo quiero divertirme un poco.

Si en anteriores ocasiones mis esclavos habían ido a por los familiares de dos grandes empresarios vascos, os habréis llevado una gran decepción al conocer la genealogía de la joven mártir que ha aparecido en la ría de Bilbao. ¿Y quién es Marta Hinojedo? Confío en la pericia de los policías judiciales que investigan el caso, seguro que encuentran algún detalle interesante sobre su vida, algún nexo de unión sobre esa gente con poder a la que quiero dar una lección. Pero no adelantemos acontecimientos.

Eso no quiere decir que la pobre Marta tenga la culpa de nada, simplemente se ha puesto en medio de mi cruzada particular. Daños colaterales, suelen llamarse, o eso creo. Eso sí, no os vayáis a creer que la chica es pura e inocente y no tiene que expiar ningún pecado. Igual el castigo para sus faltas ha sido demasiado contundente, pero eso ya no se puede solucionar.

Por otro lado, dicen que el aburrimiento mata. Y como yo ya tengo en mi interior algo que me destruye poco a poco, no necesito añadir ningún elemento más a esa ecuación, solo necesito pura y simple diversión. Quiero innovar para la siguiente prueba y espero que los contendientes pongan

toda la carne en el asador al partir en igualdad de condiciones.

No es por hacerles de menos, pero ninguno tiene estudios superiores y como mucho podrán afirmar que han asistido a la universidad de la calle, que es la que de verdad te enseña a sobrevivir en el mundo real. Y reconozco que un duelo con algo más de altura intelectual me llenaría de gozo. ¿Serán capaces Cómodo y Aquiles de satisfacer mis niveles de exigencia?

No voy a ser demasiado cruel, bastante tienen encima. Solo les impondré alguna pequeña dificultad para afrontar el siguiente desafío. Tal vez descifrar un enigma que les conducirá hacia la victoria. Todavía tengo que planificarlo, varias ideas bullen ahora en mi cabeza. Quizá tengan que averiguar el sitio exacto en el que quiero que aparezcan los cuerpos siguiendo unas pistas. O a lo mejor necesitan solucionar un enigma que los llevará a conocer el nombre de su próxima víctima. No lo sé, tal vez un compendio de ambas o algo que no tenga nada que ver.

Me ha venido a la mente un antiguo concurso de televisión presentado por Constantino Romero. ¿Os acordáis de *El tiempo es oro*? Han pasado más de treinta años de su emisión, solo los viejos como yo sabrán de lo que hablo. Podría basarme en mis recuerdos del programa o buscar alguno de sus episodios grabados para darle forma a mi idea. Ya os iré informando.

Hasta entonces, espero que disfrutéis de estos días convulsos. La función acaba de comenzar y os aseguro que no os arrepentiréis de seguir con nosotros.

21
Una llamada inoportuna

Santoña (Cantabria), 11 de junio de 2022

De nuevo de camino hacia Santoña, un viaje realizado varias veces durante los últimos días. Ese fue uno de los pensamientos que asaltaron la mente de Galarza en su trayecto por la A8, una autovía que conocía como la palma de su mano. La tarde anterior tuvieron una reunión poco productiva en Erandio, solo para que el comisario les recordara que las pesquisas no avanzaban todo lo deprisa que querían los jefazos. Así que Koldo quiso alejarse de esa vorágine y relajarse en su día libre.

Había planeado casi sin querer un rato a solas con Milene, un paseo bucólico por un lugar emblemático de la comarca de la Trasmiera, y eso era lo único que le importaba en esos momentos. Se sentía como un niño con zapatos nuevos, alguien a quien el destino le otorgaba una nueva oportunidad cuando nadie se lo esperaba. Y él no pensaba desaprovecharla.

Ander no le picó a la vuelta, tanto copazo le hizo efecto y dormitó casi todo el viaje hasta Bilbao. Así que Galarza tuvo tiempo para reflexionar sobre lo sucedido. Comenzando por la investigación en curso y finalizando por ese inesperado baile que terminó por alegrarle la noche.

«¿A qué estás jugando, Koldo?», le preguntó en voz alta al retrovisor.

Esa mañana se había levantado con unas ligeras ojeras, nada que un buen corrector no pudiera arreglar. Nunca había sido un hombre que se preocupara demasiado por su apariencia, pero su larga convalecencia en el hospital tras ser herido le obligó a cambiar.

El subinspector no se consideraba un hombre guapo, por mucho que se lo repitiera su *amatxu* desde pequeño. Creía tener algo de

atractivo físico, aparte del saber estar. Su madre afirmaba que poseía una cara agradable, una sonrisa sincera y una mirada limpia. Sin olvidarse de su pelo crespo, de color castaño por herencia de su padre, y sin ninguna entrada de momento. Intuía que él no iba a quedarse calvo por su genética, como el pobre Ander, un detalle más que agradecer a la madre naturaleza. Así que no se podía quejar demasiado, solo le quedaba cuidarse un poco, que los cuarenta años se encontraban a la vuelta de la esquina.

No había tenido suerte en sus relaciones pasadas, pero estaba abierto a encontrar a esa persona con la que compartir su vida. No es que la fuera buscando por ahí, nunca había sido un ligón ni tenía perfil abierto en esas aplicaciones de citas rápidas, pero no se cerraba en banda al amor. O a lo que llegara, tampoco se pondría exquisito. Encontrarse de nuevo con Milene le había revuelto por dentro, como si fuera un adolescente a la hora de su primera cita con una chica.

Koldo sabía que él tampoco pasaba desapercibido, y eso que al lado de una diosa como Milene las comparaciones eran bastante odiosas. Sí, tenía altura y envergadura, pero los músculos se le quedaron fláccidos después de tantos meses sin poder ejercitarlos en condiciones. Adelgazó bastante y luego comenzó a recuperar peso, por lo que incluso le salieron pequeñas estrías en la barriga.

Caminaba, hacía senderismo y a veces algo de pesas. Debía trabajar otras partes de su cuerpo y ejercitarse con otras disciplinas si quería recuperar la autoestima. Y más al formar parte de una unidad tan exigente como la de Investigación Criminal de la Ertzaintza. Se lo había planteado como un pequeño reto personal que afrontar para ese verano, antes de que la realidad le atropellara sin remedio. La inmediatez de la investigación en la que estaba inmerso era lo único importante en ese momento, así que tendría que posponer su plan de entrenamiento.

No planeó nada ni planteó una estratagema para la noche del viernes. Tras la cena y las copas, fue la propia Milene la que le sacó a bailar. Al principio se dejó llevar y pronto se animó. Ver el brillo de los ojos verdes de la chica desde tan corta distancia le puso

nervioso. Nada comparado con lo que vino a continuación: la proximidad de sus cuerpos durante un baile tan sensual.

No podía negarlo, esa mujer lo volvía loco. Ya lo hizo en aquella ocasión, una noche de hacía tres años, después de asistir a un festival literario. Y ahora, esa sensación había regresado con fuerza. Quizá nunca la había olvidado y el recuerdo de sus besos o la sensación del roce de su piel permanecieron ocultos en el fondo de su alma sin él percatarse.

Sí, aquello parecía más una novela romántica que una policíaca, con él de protagonista de ambas. Como lector, le encantaban los thrillers y la novela negra, sin despreciar las tramas históricas. También había leído algo de romántica, ya fueran más clásicos o de romance contemporáneo. Pero como aprendiz de escritor solo había probado a perpetrar algún relato corto de género negro.

Y lo que ocurrió en esa improvisada pista de baile podría aparecer bajo el epígrafe *Tensión sexual no resuelta* en cualquier obra del género que se preciara. Y eso que ellos ya habían mantenido relaciones carnales en el pasado, aunque fuera una sola vez y hacía ya demasiado tiempo, pero algo se tendría que notar al interactuar entre ambos.

Allí existía química, eso era innegable, y habían saltado chispas entre ambos mientras efectuaban giros al compás de la música. El bamboleo de sus caderas y el contacto cercano de sus cuerpos derrumbaron las defensas de Koldo, un hombre que a veces se consideraba frío y calculador, pero que en esas cuestiones podía derretirse como el tipo más romántico del mundo.

Lástima que llegara a importunarles la dichosa Carmen justo en el momento más álgido de su apareo en forma de baile caribeño. ¿Había visto un fulgor diferente en las pupilas de Milene?, llegó a preguntarse segundos antes de que se terminara la magia de ese fugaz instante. Tal vez fueran figuraciones suyas, pero le pareció vislumbrar una curiosa determinación en los ojos de la joven, como si estuviera dispuesta a cometer una locura.

Afortunadamente, las aguas bravas se calmaron y luego salió el tema del ejercicio. Cuando se quiso dar cuenta ya le había planteado a Milene lo del monte Buciero, sin encomendarse ni a Dios ni al diablo. Total, no tenía nada que perder y así mataba dos pájaros de un tiro: hacer ejercicio y pasar una mañana de domingo conociendo algo más a su compañera de fatigas.

Él había realizado varias rutas en el pasado dentro del enclave montañoso de Santoña, y prefirió elegir el camino más tendido y con menos desnivel para no forzar demasiado la marcha, ni por su lado ni por el de la suboficial de la guardia civil. Una excusa cualquiera para estrechar vínculos, si así quería llamarlo, que le hacía especial ilusión por varias razones.

Había quedado con Milene al final de la espectacular playa de Berria, junto a los merenderos que se encontraban enfrente del penal del Dueso, una de las cárceles más singulares de nuestro país. Allí encontró un hueco para aparcar el coche, justo unos minutos antes de la hora fijada, sin que llegara a tener que esperar demasiado a su compañera de senderismo. Se saludaron con los consabidos dos besos después de unos momentos de duda por ambas partes, en un cómico gesto que casi les hizo chocar las cabezas.

—*Egunon*, Milene. ¿Dispuesta a hacer un poco de ejercicio?

—Claro, aprovechemos este día tan bueno antes de que apriete el sol.

Comenzaron la ruta de buen humor, dispuestos a relajarse en un día diferente. No llevaban un tramo muy largo recorrido cuando Milene se detuvo un momento para contemplar las vistas y realizar algunas fotografías con su móvil.

—La verdad es que me está gustando la ruta, Koldo. Imagino que esta es la parte fácil, espero no arrepentirme más tarde.

—Tranquila, no será para tanto, ya lo verás. Y si te portas bien te enseñaré un desvío que te encantará. No es fácil llegar hasta allí, te lo advierto, pero merecerá la pena. Ah, y así podrás darte ese baño que te prometí —le aseguró Koldo tras guiñarle un ojo.

—Ya está el hombre misterioso con sus sorpresitas. Anda, vamos a continuar que se nos hace tarde. Aunque no sé… Espera un momento, por favor.

Milene se echó mano a la mochila que llevaba con agua, el móvil y unas barritas energéticas para tomar algo a media mañana. Su teléfono estaba vibrando y por eso se había parado un momento, antes de atender la llamada y alejarse unos metros de su acompañante para hablar con más tranquilidad. Koldo esperaba que no fuera nada importante, no quería que nadie viniera a fastidiarles la mañana de asueto. No tuvo tanta suerte. En cuanto vio regresar a la chica con gesto serio supo que el paseo había terminado.

—Lo siento, me tengo que marchar. Me han llamado de Comandancia y parece urgente.

22
El juego avanza

Punta Galea (Vizcaya), 11 de junio de 2022

Os confieso que estoy algo nervioso. Por varias razones, no os vayáis a creer, unas buenas y otras menos buenas. Parece que mi pequeño proyecto vital avanza, este plan en el que he puesto todo mi empeño para alcanzar un nirvana que ahora quizá tenga algo más cerca.

Comencemos por las noticias menos agradables, por lo menos para mí, e imagino que también para los investigadores de esos dos casos que les he puesto en bandeja. Parece que las pesquisas andan algo encalladas, según me han comentado mis contactos. Tengo acólitos en todas partes, ojos y oídos que se prestan por un módico precio a traicionar a los suyos. Nada grave, no os creáis que me van a pillar por ese lado. Sé jugar mis cartas y cubrirme las espaldas, solo pregunto de vez en cuando por las novedades en dos edificios del poder establecido en la cornisa cantábrica: la comisaría de Erandio y la Comandancia de Santander. Y parece que no marchan demasiado bien las cosas por ninguno de ellos.

Por supuesto, no tengo acceso al expediente completo ni puedo conocer todos los detalles de las investigaciones en curso. Sí sé que hay varios equipos conjuntos, formados por miembros de la Benemérita y la policía autonómica vasca, que andan como pollos sin cabeza averiguando lo que pueden sobre dos crímenes tan sorprendentes.

No ignoro que la sobredimensión de cámaras por todos lados, ya sean de tráfico o de cualquier negocio, por no hablar de los móviles que todo el mundo lleva en el bolsillo,

hacen mucho más difícil la labor de cualquier criminal que se precie. Los investigadores cuentan con imágenes de los vehículos utilizados en los crímenes, pero ese hilo no tiene mayor recorrido. El Renault 19 proviene de un desguace y se le hizo una puesta a punto completa después de que fuera dado de baja, algo que al final se ha demostrado que fue un acierto. Y las matrículas se han cambiado, sacadas también de coches ya en desuso, para crear mayor confusión.

Por el contrario, la furgoneta negra es más nueva. En su caso, proviene de una remesa de vehículos importados de Rumanía por una compañía española con la que no guardo ninguna relación. No tienen acceso al número de bastidor, a no ser que lo paren en un control policial, por lo que será difícil localizarlo por ese lado. Y también se han cambiado las matrículas con frecuencia.

La nave industrial en la que se lleva a cabo la parte más difícil de las pruebas tampoco es fácil de localizar, ni tiene por qué llevarlos hasta mí; por esa parte estoy tranquilo. El problema es si atrapan a Cómodo, un hombre que lleva años trabajando a mi sombra. Tampoco es que se haya dejado ver en demasía fuera de las paredes de esta casa, pero puede que alguien lo relacione conmigo. El pobre no puede hablar y nadie le iba a obligar a expresarse por escrito o en lengua de signos, sé que antes se dejaría arrancar las uñas que confesar lo que ha ocurrido, pero su simple detención podría dar al traste con todo el tinglado.

He preparado un plan de contingencia por si acaso tengo que salir del país, aunque Cómodo me ha prometido que nunca se dejará atrapar. Sé que antes se quitaría la vida, el honor es muy importante para él y tiene mucho que agradecerme. Sin embargo, el caso de Aquiles es distinto, por lo que también me he tenido que buscar mi propio seguro de vida para ese caso.

El chófer sabe que puede ser muy rico y olvidarse de todas sus penurias si cumple su parte del trato. No puedo esperar tanta lealtad por su parte como la mostrada por Cómodo, así que le he ofrecido otro pequeño trato. Si le pillan y se le ocurre hablar, confesar o simplemente relacionarme de algún modo con los crímenes, mi cólera caerá sobre él y sus descendientes. No solo me encargaría de que toda su familia y seres queridos tuvieran la muerte más atroz imaginable, también hallaría el modo de que no pudiera decirle ni una palabra a las autoridades. Más le valdría andarse con ojo y cumplir con su cometido, no le quedaba otra.

No existía un contrato ni una oferta de trabajo publicada en ningún sitio que pudiera relacionar al chófer conmigo, mis gestores se habían encargado de todo desde el primer momento para no dejar cabos sueltos. Pero el muy capullo me había sacado otra cláusula adicional que me obligó a incluir en un contrato privado. Si por cualquier motivo él fallecía durante las pruebas, desaparecía del mapa o le metían en la cárcel, yo me encargaría de pagar sus deudas y mantener a su familia, por lo menos hasta que pudieran salir adelante.

No me costó plegarme a sus exigencias, sabiendo que aquel contrato equivalía a papel mojado. Si él moría, nadie me podría obligar a cumplir con mi parte, aunque yo también albergo cierto honor en este maltrecho cuerpo. El pobre infeliz me aseguró que no hablaría si lo capturaban y se acogería a su derecho a no declarar ante el juez. Se sometería a las pruebas que tuvieran contra él desde la fiscalía en un hipotético juicio y aceptaría su sentencia, fuera la que fuera. Llegado el caso, yo no me fiaría de su palabra y ya me encargaría de silenciarle de alguna manera.

Soy un enamorado de las sagas policiales, ya sean de cine, televisión o literatura. Y sí, sé que las verdaderas investigaciones forenses no tienen nada que ver con CSI y

otras series que pusieron de moda el trabajo de la policía científica. Y menos en nuestro país, donde los medios suelen ser bastante precarios. Pero contaba con algo de cultura en ese ámbito que había intentado imbuir en mis dos queridos gladiadores.

Les proporcioné la solución compuesta por una parte importante de vinagre con la que limpiar bien los cuerpos de las víctimas para borrar posibles rastros de ADN o huellas que hubieran podido quedar impresionadas. Mis hombres no contaban con equipos especiales como los que usaban los de la científica para no contaminar los escenarios criminales, pero esperaba que fuera suficiente.

Les inculqué además la necesidad de utilizar guantes, tanto durante los secuestros o traslados de los cuerpos como a la hora de recrear esos escenarios que les darían puntos extras en nuestra competición. Sin embargo, yo prefería que a la hora del asesinato puro y duro lo hicieran con las manos desnudas para salvaguardar la esencia del crimen, de ahí la necesidad de una limpieza extra al acabar la tarea.

Sí, ya sé que manejo a mi antojo a esos dos infelices, como dos marionetas, y no voy a pedir perdón por ello. Quizá el dinero, la libertad, el saber que puedes librarte de tus deudas o simplemente el salvar tu vida y la de tu familia sean motivos más que suficientes para obedecer mis órdenes. Por muy horribles y espantosas que puedan llegar a pareceros, al final es simplemente una transacción comercial.

No seamos hipócritas. Si tuvieras la seguridad de que nadie te pillaría y pudieras agenciarte una considerable cantidad de dinero, pongamos por ejemplo medio millón de euros, por cumplir mis órdenes, ¿no te encargarías de matar al tipo que yo te indicara? Ah, no, claro, eso es imposible, yo soy un loco desalmado. Vosotros tenéis moralidad, escrúpulos y toda esa sarta de idioteces que nos

han metido en la cabeza desde pequeños. La famosa culpa de la sociedad judeo-masónica, no lo neguéis. Y os lo dice alguien con firmes convicciones religiosas, y eso que mi sentido práctico de la vida supera a mi fe, de ahí esta pequeña rebeldía que me he permitido en los últimos meses de mi vida.

De todas estas cosas hablaremos largo y tendido, no os preocupéis. Luego os cuento el porqué de estos pensamientos, el origen de la idea que estamos desarrollando en estos precisos momentos. Continuaré por donde iba, no quiero perder el hilo de mi relato. Ya sé que está todo un poco deslavazado, tendréis que perdonarme. Seguro que si estos diarios caen en manos de un editor, sea de periódico o de libros impresos, se encargarán de darle la forma más adecuada para llegar al gran público y llamar la atención. De eso no me cabe la menor duda.

Veamos, prosigo entonces con las pautas forenses que expliqué con todo detalle a mis valientes guerreros antes de comenzar la batalla. Les recordé por supuesto la necesidad de usar pasamontañas para los momentos en los que transitaran por carreteras o ciudades, lugares típicos en los que pudiera haber alguna cámara que captara su imagen. Tenía un listado de posibles ubicaciones de las cámaras principales y se lo facilité para ayudarles en su tarea, pero entendía que en el fragor del momento pudieran cometer cualquier error que nos costaría muy caro a todos, de ahí la necesidad de que sus rostros no aparecieran en ninguna pantalla policial.

No era un plan infalible y dependía completamente de su pericia a la hora de desplegarse durante unos momentos tan estresantes, pero no me quedaba otra que jugármela con ellos. Su vida también dependía de esos pequeños detalles y no creía que quisieran defraudarme y acabar entre rejas. Ambos tenían muy claro que si llegaba ese momento, su destino definitivo sería el mismo que el de sus

víctimas. Imperator no iba a perdonar tamaña ofensa, no tan cerca del triunfo final.

También les había ordenado que no utilizaran los *smartphones*, aparatos que nos ayudan en nuestros quehaceres diarios, pero que son una bomba de relojería para la profesión de asesino. Unos dispositivos inteligentes que se podían rastrear y triangular su posición por parte de las operadoras y por ende, de las autoridades, por lo que tuve que prohibirlos tajantemente. Y los desechables que llevaban apagados y sin batería solo podían usarlos durante un momento, para enviarme un mensaje en caso de emergencia, antes de desconectarlos del todo. Nada más, sin que tantas precauciones nos aseguraran el éxito de la misión.

Hasta el momento, parecía que los dos luchadores habían seguido mis instrucciones de la mejor manera posible, casi al pie de la letra, porque en caso contrario ya los hubieran pillado. De hecho, la policía me había defraudado un poco con las miguitas de pan que les habíamos dejado en el caso de Marta Hinojedo. ¿Tan difícil era dar con su amante secreto?

Muchos se iban a llevar una sorpresa y ya me relamía pensando en los titulares de los periódicos cuando la noticia llegara a la opinión pública. Que llegaría, tenerlo muy claro, de una u otra manera. Si las autoridades pretendían ocultar el dato del amante y posible sospechoso de la muerte de la joven universitaria, ya me las apañaría yo para filtrar la noticia a algún periodista ávido de fama y fortuna. Todo lo que sirviera para enrarecer el ambiente y entorpecer la investigación me vendría bien para mis objetivos. Parecía que Cómodo pretendía darme una sorpresa al respecto, pero el muy canalla no soltaba prenda.

Cosa harto difícil, pensaréis con buen criterio. No me lo tengáis en cuenta, es un pequeño chiste privado entre nosotros. A Cómodo no le molesta mi humor negro, al que

ya está más que acostumbrado. Y parece que por una vez en su vida se había salido del guion establecido, en esta ocasión para buscar mi satisfacción personal. Algo que sabía que podría reportarle también a él pingües beneficios.

Me dio algo de pena cuando se pasó varias noches en vela estudiando en mi biblioteca, mientras buscaba la solución al enigma que le había planteado. Una prueba muy difícil que superó con creces y yo me alegré por él como un padre primerizo. Se olvidó de su origen, estudios o de las circunstancias en las que se desarrollaba aquel singular experimento y se afanó en satisfacerme, una vez más. El hombre silencioso de Hong Kong cumplió de nuevo con su labor, algo que me enorgulleció en lo más profundo de mi ser, casi como si mi labor de Pigmalión hubiera llegado a su meta final.

Ya tenía también al sujeto en su poder y solo le quedaba rematar la faena, por lo que tendría que buscar el momento adecuado. Y tras el subidón obtenido con la resolución del enigma, Cómodo me aseguró que pretendía finiquitar la prueba de un modo más espectacular, proporcionándome además la posibilidad de participar de una manera más activa en su puesta en marcha.

Yo me emocioné un poco, a veces tengo mi corazoncito, aunque sea de piedra. El infeliz pretendía que yo me acercara a ese anhelo largamente olvidado. Se le había quedado clavado en el subconsciente aquello de la pulsión criminal y me pedía permiso para organizarlo todo de manera que no incumpliera las reglas del combate. En realidad, solo quería encontrar el modo de que yo también pudiera intervenir de una forma más directa en la escena final, algo que colmaría mucho más mis ansias criminales que simplemente visionar un asesinato a través de la triste grabación de una cámara de bajas prestaciones.

El muy ladino jugaba con mis sentimientos, me ponía un caramelito en la boca que sabía que yo no podría rechazar

de plano. Necesitaba calmar esa sed que me consumía por dentro, el ansia viva que hacía crepitar todas las terminaciones nerviosas de mi anatomía. Y si existía la más mínima posibilidad de conseguirlo, por muy remota que fuera, yo iba a intentar alcanzar ese cielo que se me escapaba de entre los dedos.

Le prometí pensarlo para que no se entusiasmara demasiado, pero la curiosidad me estaba carcomiendo más de lo que lo hacía mi maldita enfermedad. ¿Qué se le habría ocurrido a mi fiel lacayo? Tiempo tendría de descubrirlo, no adelantemos acontecimientos.

23
Ecos del pasado

Nueva York, 11 de junio de 2022

La conversación de la noche anterior con su amigo Bermejo le había tenido toda la noche en vela. También él creía entrever un halo diferente en esos crímenes, como si un hilo invisible que no lograba distinguir lo empujara lejos de su alcance. Allí había algo más, algo oculto entre las sombras. Quizá a simple vista, solo que todavía no habían logrado dar con las gafas adecuadas que les permitieran discernir la realidad.

Roncero se sentía algo culpable por encontrarse al otro lado del océano Atlántico, muy lejos de España y de esas recreaciones macabras que el criminal había escenificado en lugares icónicos de la cornisa cantábrica. No tenían nada que ver con los de Jasón o el asesino de las marionetas. Ni tampoco con la espeluznante yincana que les montó Álex Barreiro en aquel duelo desigual en el que les retaba a vida o muerte. No, allí había algo más, un detalle que lo cambiaría todo.

De eso estaba seguro el capitán Roncero, algo que comenzaba a afectarle en su rendimiento diario en la sede del FBI. Su labor allí se encontraba a pocos días de finalizar, pero debía concentrarse para no desentonar con el resto de sus actuaciones. Aquel encuentro entre investigadores de medio mundo y sus conclusiones era muy importante para los diversos cuerpos policiales allí representados, por lo que debía centrarse y dejar al margen cualquier otro problema que le preocupara en esos momentos.

Incluso Miriam se lo echó en cara esa mañana, acostumbrada tras varios años juntos a esos momentos de zozobra en los que el aparentemente serio y responsable oficial de la Guardia Civil se dejaba llevar por los nervios cuando algo le preocupaba.

—No has parado de moverte intranquilo en toda la noche, Pablo —le echó en cara Miriam a primera hora del día—. Incluso hablabas en sueños, parecías pelearte contigo mismo.

—¿En serio? —preguntó sorprendido.

—Sí, cariño, vuelves a las andadas. No sé, parecías frustrado u ofuscado, no sabría decirte. E imagino que tiene que ver con los casos de Cantabria y Bilbao, ¿verdad? Yo también tengo móvil y veo las noticias. Aparte de que las redes sociales echan humo con cantidad de teorías rocambolescas, a cada cual más ridícula.

—Pues sí, no me lo puedo quitar de la cabeza, qué le voy a hacer. Entre la conversación de anoche con el bueno de Bermejo y mis propias neuras, reconozco que no he descansado en condiciones.

—Ya, si fuera solo eso… —contestó Miriam preocupada—. Te veo alterado, sabes que te conozco muy bien. No quiero que empieces con palpitaciones y taquicardias, que nuestra amiga la ansiedad se puede presentar sin avisar, ya lo sabes.

—Tranquila, estoy bien —mintió Roncero a sabiendas. Necesitaba un café para despejarse, pero sus pulsaciones se habían disparado un poco y tal vez fuera contraproducente la cafeína en su estado—. Tampoco quiero traerte malos recuerdos a ti, todos hemos sufrido mucho en el pasado. Anoche quería cambiar de tema para no afectar a Bermejo, pero él parecía llevarlo mejor.

—Bermejo es un hombre más pragmático, Pablo, no sé de qué te sorprendes —afirmó Miriam—. Admito que le costó mucho asimilar lo de Macarena, eso es cierto. Si fue muy duro para nosotros, ni imagino lo que tuvo que pasar el pobre. Y, sin embargo, parece llevarlo mejor que nosotros. Todos hemos sufrido lo nuestro, no te voy a recordar nuestros enfrentamientos contra el mal absoluto, pero debemos pasar página. Y por lo poco que sé, creo que este caso no tiene nada que ver con esas pesadillas que siempre nos atormentan.

—Puede que tengas razón. De hecho, yo también tengo mi propia idea rocambolesca en la cabeza sobre todo este asunto. Cuando lo

tenga algo más claro lo hablaré con Milene y con Bermejo, y si quieres, podría compartirlo contigo.

—Muy bien, pero solo si me aseguras que no te obsesionarás con el tema. Te recuerdo que esta noche hemos quedado a cenar con Andy y su familia, así que tendrás que estar presentable.

—No te prometo nada —contestó Roncero—. Pero intentaré comportarme, no te preocupes. Por cierto, ¿cómo van tus historias con agentes y productoras?

El oficial de la UCO prefirió cambiar de tema, aunque sabía que Miriam no se dejaría engañar tan fácilmente. De todas maneras, ella decidió seguirle la corriente y le contó las novedades en torno a los proyectos literarios y audiovisuales en los que se había embarcado gracias al buen trabajo de sus agentes norteamericanos.

Poco después se despidieron, cada uno con sus obligaciones por cumplir en una mañana de sábado atípica en el corazón de la Gran Manzana. Una jornada en la que Pablo Roncero comenzaría a dar forma a la idea que se le había colado en el cerebro como teoría, una auténtica locura que todavía no se atrevía a pronunciar en voz alta.

24
Las nuevas pistas

Santander (Cantabria), 11 de junio de 2022

La decepción se pintó en el rostro del subinspector, aunque intentó no dejarla traslucir al exterior. Se les había fastidiado el plan dominical, sin que ello significara que tuviera que abandonar la compañía de Milene en ese mismo instante.

—Tranquila, no te preocupes. Tenemos un pequeño trecho para bajar ahora, espero que les hayas avisado. Yo te llevo después hasta tu casa si quieres.

—Sí, les he dicho dónde me encontraba y que iría lo antes posible. Me viene bien que me lleves, así me cambio rápido y tiro para Santander. Oye, ¿por qué no te vienes conmigo? Bueno, quizá no es plan que te presentes así en el cuartel, perdona por habértelo mencionado.

—No te preocupes, tengo una muda limpia y ropa para cambiarme en el coche, siempre voy preparado por si acaso. Si a tu compi no le molesta, puedo subir al piso y vestirme allí. Luego montamos en el Focus y nos vamos a toda leche hasta Santander. ¿Te parece bien?

—Sí, claro, genial. Además, así te enteras de primera mano de las buenas nuevas, que para eso somos compañeros en este caso. Al parecer, han localizado al famoso JF, el misterioso amante de Marta que profirió esas amenazas cibernéticas.

—¡No jodas! Estupendo, a ver si pillamos a ese cabrón.

Aceleraron el ritmo para transitar a la inversa por el pequeño tramo ya recorrido, y alcanzaron el vehículo de Koldo en un cuarto de hora. Enfilaron hacia el apartamento de Carmen y llegaron en

pocos minutos, dispuestos a arreglarse antes de acudir a la central de la Guardia Civil en Santander.

No había roto casi ni a sudar en un trayecto tan breve, por lo que Koldo simplemente se cambió en el baño mientras Milene se arreglaba en su habitación. Tardaron menos de cinco minutos en estar preparados para regresar a la carretera.

No creía que Milene se asustara porque le imprimiera un poco de velocidad a su viejo Focus, así que aceleró por la A8. Enseguida entraron en la sede de la Comandancia y se reunieron con uno de los oficiales veteranos del acuartelamiento, el teniente Garrido.

—Por cierto, Oliveira… —dijo Garrido—. Creo que ya le conocéis, pero está por aquí el tal Bermejo, el asesor enviado desde el ministerio para que no nos tiremos los trastos a la cabeza.

Milene miró en ese momento a Koldo y este le hizo un gesto ambiguo con la cabeza. El famoso Bermejo parecía tener el don de la ubicuidad, aparecía por todas partes.

—Era por avisaros, él ya está enterado de las buenas nuevas. Creo que ahora mismo se encuentra en el despacho de Lozano, hablando con el capitán y con alguien de la Consejería de Presidencia.

—¿De qué estamos hablando exactamente, mi teniente?

El oficial de la Guardia Civil les dio entonces unos datos interesantes sobre las pesquisas realizadas. Cuando supieron la identidad del sospechoso ambos se quedaron bastante sorprendidos.

—¿En serio? No me jodas, no esperaba que fuera un político —exclamó Koldo.

—Estamos seguros, ¿verdad? —preguntó entonces Milene.

—Al cien por cien, no hay ninguna duda. El tipo que escribió esos emails, el mismo que se ocultaba bajo el seudónimo de JF, que en realidad son sus putas iniciales, es el ojito derecho del consejero de Hacienda. Un tal Juan Francisco Pernía, natural de Somo y residente en Pedreña junto a su mujercita, una tía de buena familia de la provincia, los Canales.

Al parecer, el político era el número dos de Hacienda en Cantabria, solía ejercer en la sombra y no era muy conocido. Por lo visto, no querían quemarle ante los medios porque se rumoreaba que el consejero iba a dimitir por motivos de salud y el presidente nombraría entonces a Pernía como el nuevo jefazo de un departamento tan importante del ejecutivo cántabro.

—¡La madre que me parió! Habrá que ir a por él antes de que lo blinden. ¿Aquí son aforados los consejeros? Bueno, que se preocupen jueces y fiscales, primero hay que trincarle.

—El ertzaina tiene toda la razón, Oliveira. Ya hemos enviado una patrulla a su casa y al club de campo que suele frecuentar los fines de semana, ya que hoy no se encuentra en su despacho. Nada de sirenas ni de detenciones mediáticas de momento. La idea es invitarle a venir a la comandancia como "persona de interés" para colaborar en una investigación urgente. Si muerde el anzuelo y viene por su cuenta, no hay lectura de derechos inmediata y podemos tantearle.

—En cuanto huela que la cosa va por Marta exigirá la presencia de un abogado y se cerrará en banda —aseguró Milene—. Estos tipos no dan un paso sin un penalista al lado.

—Cierto, por eso el capitán quiere recibirle en su despacho, no en una sala de interrogatorios. Un ambiente cordial, un café… Intentaremos que suelte alguna perla antes de que la situación se vuelva procesal. Si le preguntamos por temas de la Consejería o por esos contratos que vigila la UDEF, igual se relaja pensando que solo venimos por el dinero y se descuida con lo de la chica.

—Espera, ¿has dicho la UDEF? —inquirió Koldo—. ¿Qué pinta la Policía Nacional en esto?

—En cuanto he metido su nombre en el sistema me ha saltado una alarma del CITCO, ya sabéis, el Centro de Inteligencia contra el Terrorismo y el Crimen Organizado que coordina los operativos policiales —informó Garrido—. La UDEF le vigilaba y he tenido que llamarlos para no joder una operación en curso. Me ha costado

trabajo dar con alguien hoy domingo, pero al final he conseguido algunos datos.

—¿Y bien?

—Menudo pieza está hecho el amigo. Los de la Unidad de Delincuencia andan detrás de él por un chanchullo con cuentas opacas en paraísos fiscales. Dinero negro que ha servido para pagar mordidas y otros mamoneos de una urbanización de lujo que se está construyendo en Pedreña. Y eso que su suegro es constructor, Dios los cría y ellos se juntan.

—Bueno, pero la UDEF tendrá que dejarnos hacer nuestro trabajo, ¿no? Un asesinato, y más si es uno tan mediático, debería prevalecer sobre cualquier delito de corrupción o blanqueo de capitales.

—No te equivocas, pero debemos andarnos con cuidado para no pisar ningún callo. Como os decía, se trata del niño bonito del ejecutivo y su familia política tiene mucho poder en la región. Hay que dejarlo todo bien atado antes de lanzarnos a por el pez grande, ya me entendéis. Además, puede que las dos investigaciones se solapen. ¿Quién nos dice que esos abultados ingresos que efectuaba en metálico Marta Hinojedo en una de sus cuentas no provenían de esos paraísos fiscales?

—Eso sería fantástico, podríamos trincarle por cualquiera de los dos lados —dijo Koldo—. Seguro que se aviene a largar por esa boquita y vender a su madre si hace falta por conseguir un buen acuerdo con el fiscal. Y me parece a mí que si al final se demuestra que es el asesino de la chica no se va a librar de la prisión permanente revisable.

—Eso habrá que verlo todavía. De momento, vamos a prepararnos para su llegada. Acompañadme a la sala de reuniones, por favor.

25
Recuperando sensaciones

Punta Galea (Vizcaya), 12 de junio de 2022

Esto es una especie de diario, ya lo sabéis, pero un poco sin orden ni concierto. No me lo tengáis en cuenta, no soy un experto en estas lides y tendréis que perdonarme estas pequeñas licencias de autor, por llamarlas de algún modo.

Mientras escribía estas líneas me ha venido una imagen a la memoria que bien pudo ser el aldabonazo inicial de esta historia, la chispa que prendió para transformarse en la idea de un duelo al sol entre dos contendientes que luchaban por un botín, pero también por su vida. ¿Hasta dónde está dispuesto a llegar un hombre por dinero? Aquí contamos con la prueba más fehaciente, y os aseguro que publicaré este escrito para demostraros que tengo razón.

Recuerdo mis conversaciones con amigos y conocidos en la Bilbaína, esa sociedad elitista al más puro estilo inglés en la que había tardado en ingresar, ya que algunos de sus miembros más antiguos no querían que un advenedizo como yo formara parte de su selecto grupo. Siempre he sido un poco rencoroso, así que esas pullitas que me lanzaban por mi condición de arribista fueron haciendo poco a poco mella en mí, sin que nunca lo haya reconocido en público.

Como si medrar en la vida y alcanzar un estatus propio gracias a tu buena labor empresarial procurara un rango inferior que el de los terratenientes, empresarios de toda la vida o esos hijos de marqueses y duques que no habían dado un palo al agua en su vida. Y, sin embargo, te miraban por encima del hombro simplemente por haber heredado

un título o algunas propiedades. Mi presencia allí constituía un sacrilegio a ojos de los socios más veteranos, pero se convirtió en un acicate para este pobre galleguito criado en Masustegui. Y me prometí que algún día pagarían tanta infamia y los desprecios que tuve que tragarme durante esos primeros años, hasta que mi dinero y el poder que me otorgaba fueron más fuertes que cualquiera de sus diatribas.

En aquellas reuniones de alto copete guardaba las apariencias, pero a veces me hervía la sangre y hubiera retado a un duelo a ciertos individuos, como hacían los caballeros ingleses ante cualquier afrenta. Con el tiempo aprendí a controlarme y planifiqué una venganza más elaborada. Y sí, lo habéis adivinado. Por allí pululaba la flor y nata de la sociedad vasca, así que os podéis hacer una idea del tipo de enemigos íntimos que me fui creando a lo largo de los años.

Cuando entraba en aquel edificio señorial, situado en pleno centro de Bilbao, me sentía como transportado en el tiempo durante unos breves instantes. Mi cabecita me recordaba a veces la escena inicial de *La vuelta al mundo en ochenta días*, la inmortal obra de Jules Verne, cuando el bueno de Phileas Fogg alardeaba en un lugar semejante a la Bilbaína, el Reform Club de Londres, del singular reto que marcaría su vida para siempre. Y claro, la imaginación se me desbordaba, buscando nuevos alicientes que llevarme a la boca en un mundo tan anquilosado y gris como el nuestro. ¿Por qué no procurarme algún tipo de diversión para entretenerme?

Allí mantenía mis conversaciones filosóficas con otros hombres de bien que frecuentaban aquel edificio de rancio abolengo. Ya fuera en su señorial biblioteca, en los salones de billar o en alguno de sus restaurantes, ya que lo de la sociedad gastronómica nunca fue de mi agrado, siempre podía encontrar algún contrincante digno de un duelo

suntuoso y colorista de verbo florido. Y, de paso, se le podía poner un poco de picante a la conversación, ¿verdad? Esa era mi especialidad, me encantaba sacar de quicio a aquellos presuntuosos, escandalizar a los miembros de tan exquisita sociedad en cualquiera de sus distinguidos salones.

Yo peroraba sin desmayo, en ocasiones hasta altas horas de la madrugada si mis obligaciones me lo permitían. Sobre todo, si me encontraba a gusto o había localizado a alguien concreto a quien amargarle la noche, esos eran los mejores días. Disquisiciones sobre el bien y el mal, ya que a mí siempre me había gustado buscarle las cosquillas a tanto pretencioso suelto, llevándolos hasta el límite. Y para ello me apoyaba en ejemplos de la cultura pop, sacados en muchas ocasiones de mi afición por el cine, si con ello conseguía mis objetivos.

Aunque no la hayas visto, todo el mundo ha oído hablar de la película *Una proposición indecente*, con un Robert Redford ya maduro pero todavía muy atractivo, y una jovencísima Demi Moore. Seguro que recordáis también su premisa. ¿Estarías dispuesto a que un tipo se acostara con tu mujer por un millón de dólares? En el film se mostraban después los problemas de un matrimonio que aceptó las reglas del juego de un millonario soberbio e insolente, mientras el marido se arrepentía enseguida de convertirse en el cornudo más rico del país.

Las moralejas de esa película podían ser muy variadas, pero ese no era el punto al que yo quería llegar. Y para ello le mostraba a mi auditorio otra escena mítica que a mí me encantó cuando la vi y que se me quedó marcada en el subconsciente. Se trataba del film argentino *Nueve reinas*, una historia sobre estafadores más vieja que el mundo, que tenía su gracia y contaba con algunos momentos memorables. Como la escena en cuestión.

No os voy a destripar la trama y, si no la habéis visto, ya estáis tardando. Solo os pongo en situación. Dos timadores buscaban dar el golpe definitivo que les privara de sufrir estrecheces para el resto de su vida. Llegaba entonces un momento en el que el estafador más maduro y experimentado, interpretado por el gran Ricardo Darín, sometía al más joven a un pequeño interrogatorio en el interior de un baño público.

Darín quería saber si a su compinche le gustaban los hombres y, en caso contrario, si estaría dispuesto a *coger* con un tipo por diez mil dólares. El chico, heterosexual que jamás había pensado en tener relaciones sexuales con otro hombre, respondió inmediatamente que no. El otro insistió, preguntándole si lo haría por veinte mil dólares. La respuesta fue la misma: no. «¿Y por cincuenta mil dólares?», insistió Darín. El joven repitió su respuesta mirándole con gesto extraño. Un escueto «No» acompañado de una mirada lánguida, mientras el joven intentaba averiguar a dónde quería llegar su compañero de fatigas. Algo que pronto ocurriría.

Cuando el estafador experimentado le dijo si lo haría por medio millón de dólares, el chico ya no contestó tan rápido. De hecho, dudó un instante y ni siquiera le dio tiempo a replicar antes de que su interlocutor soltara una frase mítica que se me quedó grabada en la mente: «Putos no faltan, lo que faltan son financistas».

Una reflexión que provocaba comentarios de todo tipo entre los presentes. Y es que la palabra «putos» puede cambiarse por cualquier otra y ya teníamos el quilombo montado, como dirían esos porteños que me habían proporcionado la coartada perfecta para sacar el tema que a mí me interesaba de verdad.

¿Qué cantidad necesitaba un hombre corriente para convertirse en alguien diferente, alguien que comete una atrocidad o no impide que otros la cometan? Yo soltaba la

pregunta y allá se las compusiera cada uno. Un lugar inexplorado que a mí me gustaba hollar sin el equipo adecuado, buscando ese resquicio por el que colarme en las mentes de hombres tan distinguidos. Y por qué voy a negarlo, el momento más divertido de la velada, os lo puedo asegurar.

A partir de ahí, yo derivaba la conversación hacia un punto diferente y planteaba una cuestión que espero nadie recuerde ahora en el seno de la Bilbaína. ¿Por cuánto dinero estarías dispuesto a cometer un crimen? Esa era la cuestión principal. El *leitmotiv* de toda esta historia por mucho que lo queramos disfrazar de otra cosa. Bueno, sí, y también la manera de satisfacer mis ansias criminales, eso lo confesé desde el principio. Esa sed infinita que me atormentaba por las noches, en busca de ese momento efímero en el que beber el cáliz de la vida.

Un momento que estaba a punto de saborear, aunque yo todavía lo ignoraba. Y todo gracias a esta peregrina idea que un día quise poner en práctica. Hasta entonces, mis fieles lectores, tendréis que ser pacientes. Ya queda poco para el gran momento. Nos mantendremos en contacto, no os preocupéis. Hasta la vista, amigos.

26
La senda mitológica

Solares (Cantabria), 16 de junio de 2022

Nunca habrían imaginado la que se les vendría encima por cambiar sus planes a última hora. El matrimonio formado por Isabel y Ricardo recordaría esa fecha para siempre, lamentando la mala suerte que los acompañó durante una jornada que amaneció radiante a orillas del Cantábrico. Durante esa semana tenían a su sobrina Lara en casa y habían decidido pasar el día de excursión con los críos, para que su hijo Daniel y su primita se desfogaran en plena naturaleza. Mala decisión, aunque en esos momentos fuera imposible aventurar lo que sucedería más tarde.

Ricardo buscó información sobre excursiones para realizar con niños en los alrededores de Santander. Daniel había nacido en la capital cántabra y le encantaba recorrer la península de la Magdalena en su trenecito turístico, atracción que a sus padres les aburría soberanamente. El niño conocía también los principales parques y playas de la ciudad y no le gustaba demasiado jugar con la arena al lado del mar. Así que decidieron buscar otras alternativas.

Además, Lara vivía en el interior de la provincia, por lo que no estaba tan familiarizada con el entorno de la capital. Pensaron en recorrer la Costa Quebrada o llegar hasta el pinar de Liencres, un lugar estupendo para pasar el día con chavales y comer en plena naturaleza. Pero al final encontraron una web en la que recomendaban otras excursiones para familias con niños y apostaron por uno de sus destacados en la página: el Parque Mitológico de Mina Pepita.

Se trataba de un lugar muy peculiar que encantaba a los más pequeños, un parque enclavado en una antigua mina de hierro en el centro de Solares, una población situada a veinte minutos de

Santander. Allí conocerían de primera mano, en un entorno al aire libre, a los personajes más emblemáticos de la mitología cántabra.

Ricardo recordaba a algunas de esas criaturas mitológicas, como las *anjanas*, el *cúlebre* o el *ojáncano*, pero hacía tiempo que no pensaba en ellas. Su abuelo le contaba historias cuando era pequeño y le hizo gracia encontrar un lugar tan especial a pocos kilómetros de su hogar, por lo que quiso que su hijo y su sobrina conocieran también las leyendas de la región. Por lo visto el parque ocupaba casi dos hectáreas de terreno y había sido reabierto esa misma primavera tras su última rehabilitación.

Aparcaron el vehículo en una explanada habilitada a escasos metros del recinto, que era de entrada libre. Entre frondosos árboles y formaciones geológicas de maneras imposibles recorrieron las diferentes sendas señalizadas, mientras se hacían fotos con las representaciones de los personajes mitológicos. Los niños saltaban y reían y se lo pasaron en grande buscando a esos muñecos tan curiosos, aunque en algunas ocasiones se encontraban tan mimetizados con su entorno que era difícil localizarlos incluso dentro de su propia zona, señalizada con un cartel informativo sobre la figura mitológica en cuestión.

Habían llegado pronto y fueron de los primeros visitantes en transitar por las sendas del parque. La jornada prometía ser calurosa en la región, pero en aquel lugar mágico el frescor era la nota predominante gracias a los fresnos, robles y laureles que jalonaban las diferentes veredas. Un recorrido en el que las agujas de dolomita creaban espectaculares desfiladeros y rincones mágicos que se formaban con la curiosa mezcla entre las rocas, el musgo o los helechos.

La familia Alonso llegó a un cruce de caminos y se adentró en el lugar en el que se escondían los *caballucos* del diablo, otro personaje mitológico. Isabel se fijó entonces en el atuendo de su sobrina y le pareció ver algo extraño en él.

—Lara, ven aquí un momento. ¿Qué es eso que tienes en la espalda?

—No lo sé…

La niña intentó mirar la mancha que decía su tía sin llegar a vérsela. La camiseta con dibujos de Disney era completamente blanca en la espalda y ahora tenía un manchurrón de color parduzco que parecía expandirse por momentos.

Isabel se sorprendió al tocar el tejido de la camiseta, aparentemente mojado de algo oscuro. En un principio pensó que la niña se habría arrimado a algún árbol o rebozado por alguna de esas rocas rojizas que aparecían por todo el recorrido. Pero aquella textura le sonaba demasiado a otro elemento que la desorientó por un instante.

Daniel se acercó también hasta la posición en la que se encontraban su madre y su prima. Entonces notó una sensación extraña en la cara y se tocó con la mano, embadurnándose todo el rostro con aquel elemento discordante. Hasta que su madre se percató de ello y llamó la atención de su marido mientras ella se encargaba de la sobrina.

—¡Ricardo, Ricardo! Coge al niño y límpiale antes de que se ponga hecho un Cristo. Siempre está igual con la nariz, no aprende. Seguro que se ha estado hurgando y ya le ha salido sangre, si es que no puedo con él.

—Pero qué…

El hombre se acercó hasta su hijo y entonces también notó algo caliente que le salpicó la mano. Parecía sangre, muy viscosa y oscura. Miró hacia arriba y su mujer siguió la dirección de su cuello para encontrarse ambos a la vez con la misma horrible visión que les traumatizaría por el resto de sus días. Tenía que impedir que los críos se toparan con aquel engendro volador.

—¡Llévate a los niños de aquí! —le ordenó a su mujer mientras buscaba el móvil.

Ricardo se apartó de la vertical desde la que goteaba lo que a todas luces era sangre. Sobre sus cabezas, colgado a varios metros de altura, se encontraba el cuerpo ensangrentado de un hombre

cuya disposición se asemejaba a la de los *caballucos* del diablo que ocupaban aquel espacio del parque mitológico.

Marcó el 062 para llamar a la Guardia Civil y maldijo su mala suerte. No tenían que haber salido de Santander esa mañana, pero ya nadie podía remediarlo. Solo esperaba que los niños no hubieran visto aquella salvajada.

27
Confidencias a medianoche

Santoña - Cantabria, 17 de junio de 2022

La semana había sido muy larga para las dos jóvenes guardias que compartían piso en Santoña durante aquel operativo tan particular. Milene seguía ocupada con todo el asunto relacionado con la detención de Juan Francisco Pernía, el político cántabro sospechoso de matar a Marta Hinojedo, sin olvidarse de otras posibles pistas que los llevaran a resolver el crimen de la ría de Bilbao.

Por su parte, Carmen Ramos, la compañera de Oliveira, no había tenido tampoco su mejor jornada. En la investigación que compartía con Aguirre, el subinspector de la Ertzaintza amigo de Koldo, no tenían demasiadas novedades al respecto. Lo malo fue que ese mismo día le había caído otro problema considerable, por lo que estaba de muy mal humor.

—¡Joder, tía, no puedo más! Estamos hasta arriba de curro y encima nos endiñan este marrón. ¿Y yo ahora qué hago?

—Tranquila, Carmen. Todo está relacionado, ya lo verás. El último crimen se incluirá en la investigación conjunta, aunque de momento os haya tocado a vosotros pringar con él.

—Me parece estupendo, pero ¿no van a poner más medios? Aquí somos cuatro monos y no podemos hacernos cargo de todo, leches. ¿No iban a venir tus compis de la UCO? Por mí ya están tardando, que se queden con el caso al completo.

—Venga, no te agobies. Estoy al habla con Roncero, pero no creo que la UCO envíe a nadie más de momento, os tendréis que conformar con mi presencia. Además, vuestra unidad es muy buena y tenemos ayuda de la Comandancia, aparte del operativo conjunto

con la Ertzaintza. Creo que tienen que confirmarlo todavía, pero juraría que la última víctima también es de origen vasco.

—Peor me lo pones, Milene. Y no me malinterpretes, me llevo bien con Ander y es un tío de puta madre. Pero esto nos queda grande, de verdad. Tanto asesinato junto en una región tan pequeña, esto no es ni medio normal.

—En eso estoy de acuerdo contigo. Los crímenes son similares, con pequeñas diferencias, y está claro que guardan algún tipo de relación que todavía no hemos averiguado. Reconozco que todo esto me tiene totalmente desconcertada. Los asesinatos son cada vez más bestias y las recreaciones más estrambóticas, esta locura criminal parece ir *in crescendo*.

La guardia Ramos no había trabajado en la UCO ni era experta en el tema, pero intuía por dónde quería ir su compañera. Los asesinos en serie evolucionan, y dependiendo de la fase en la que se encuentren pueden cometer homicidios muy seguidos. Conocían casos de criminales que solo buscaban notoriedad y que cada vez mataban con mayor frecuencia y sin tener en cuenta las posibles consecuencias, jugándosela en su lucha contra las fuerzas de seguridad. ¿El asesino pretendía que lo pillaran o progresaba hacia otro tipo de crímenes más macabros?

—Me has comentado antes que tenías pendiente una llamada con Roncero, ¿verdad? A ver si tu jefe nos orienta un poco, porque esto es un caos.

—Sí, me ha dicho hace un rato por mensaje que luego me daba un toque, cuando estuviera más tranquilo. Por eso quiero tener claros todos los detalles y que no se me escape nada. Ya sé que todos los casos están bajo secreto de sumario, pero no creo que haya problemas por comentarlo con mi superior en la UCO. Lo malo es que también tendré que dar parte al coronel, que con tanto jaleo estoy procrastinando un poco en ese sentido y Antúnez me va a matar.

—A ver si es verdad y vemos un poco la luz en este asunto o vamos a acabar todos en la puñetera calle. Yo no soy la única que

piensa esto, los ánimos están muy bajos en la unidad. El teniente Gálvez ya no sabe qué decirle al capitán y tienen al delegado del Gobierno en la chepa. Por no hablar de la presión mediática, te puedes imaginar el revuelo que se ha formado en el parque de Mina Pepita, con todos esos críos por allí. Menos mal que los compañeros de Solares se han hecho cargo de la situación enseguida.

Carmen le contó a Milene lo que había sucedido a escasos treinta kilómetros de Santoña. No se podía imaginar el susto que se llevó ese matrimonio al encontrarse con la víctima ni el trauma terrible que podría haber supuesto para los niños el darse de bruces con semejante espectáculo. Afortunadamente, los críos no vieron nada y los sacaron pronto de allí. El puesto de Solares desalojó el lugar y acordonó la zona hasta que llegaron los refuerzos.

—Me gustaría saber cómo ha subido el cadáver ahí arriba este cabrón. No veas la movida con su señoría, el forense y los bomberos para descolgar el cuerpo desde esa altura. Han tenido que traer una escalera especial y montar un circo de narices en el dichoso parque mitológico.

—Por lo menos no tenemos imágenes subidas a las redes sociales, como en el crimen de la ría, ¿verdad? —preguntó entonces Milene.

—Eso parece de momento, a ver si hay suerte. Por lo visto el señor que encontró el cuerpo, un tal Ricardo Alonso, lo hizo todo de lujo. Sacó de allí a su familia, llamó al 062 y se puso de acuerdo con los empleados del parque para desalojarlo antes de que ningún otro niño pudiera verlo mientras llegaban los nuestros. Un ciudadano ejemplar.

—Ojalá tengas razón y nadie haya sacado una foto. Reconozco que yo soy la primera a la que le gusta ganar notoriedad en redes sociales con algún post, aunque espero que a nadie se le ocurra subir la imagen de ese pobre chico ahí destripado.

—Si solo hubiera sido destripado…

—¿A qué te refieres?

—A que la causa de la muerte parece ser una más concluyente: le arrancaron el corazón.

—¡La madre que me parió! Joder, qué animal. Espero que fuera *post mortem*…

—Eso lo dirá la autopsia, se han llevado el cuerpo al Instituto Legal de Santander. Y ya estamos otra vez con el rollo de las jurisdicciones, si encima el chico es vasco tendremos de nuevo jaleo. Imagino que se hará cargo de la instrucción el mismo juez de Santoña que lleva lo de La Ojerada, aunque al final todos los crímenes converjan en el mismo psicópata.

—El asesino juega con nosotros. No solo parece conocer las técnicas forenses, también sabe que nos complicará mucho la existencia con trabas legales al aparecer cadáveres de ciudadanos vascos en territorio cántabro.

—Por no hablar de que la tiene tomada con las grandes familias bilbaínas, los que manejan el cotarro en la región e incluso más allá.

—Ese detalle no lo conocía yo todavía. ¿Ya se ha confirmado?

—Sí, el chico llevaba la documentación encima. Se llamaba Egoitz Lazcano y era el nieto del patriarca de la Hidroeléctrica del Cantábrico, la gran compañía energética. La familia ya ha sido informada y han pedido la máxima discreción. A ver si esta vez tenemos más suerte y la noticia no salta a los medios tan rápido para que podamos hacer bien nuestro trabajo.

—Joder, el tío apunta fuerte. No es que sean grandes empresarios vascos, es que ha ido a por dos de las empresas más importantes del Ibex-35: el banco BIB y la compañía eléctrica del Norte. Igual ese es el hilo conductor del que tenemos que tirar.

—Pues no lo sé, quizá tengas razón. Esas compañías tendrán infinidad de enemigos: desde cualquier contrincante empresarial con contactos al más alto nivel, hasta políticos, directivos o empleados descontentos. Por no hablar de gente a la que han desahuciado por una hipoteca en ese banco o le han hecho cualquier perrería en sus contratos energéticos. Una auténtica locura, los posibles candidatos pueden ser miles y no tenemos capacidad para acometer una

investigación de tal envergadura. Nos faltan medios y tiempo, eso como poco.

Milene reflexionó un momento sobre la última intervención de su compañera, hasta que le detalló su particular idea.

—Yo estaba pensando en algo más personal, como darte una lección que nunca olvidarás al asesinar a tus seres queridos. Ya sabes, si te cargas de ese modo a los familiares de Lazcano y Labarrieta es por algo concreto. Aparte de que mandas también un aviso para navegantes. ¡Joder, no me había dado cuenta! Ahora, aparte de investigar estos crímenes, vamos a tener que vigilar a las familias de otros posibles candidatos. El Ibex-35 es muy grande y todavía quedan otras empresas importantes que tienen intereses en el norte de España.

—Buff, mejor nos preocupamos de los que ya están muertos. Si los jefes quieren avisar a otras familias que se encarguen ellos y pongan a otros compañeros con la tarea. Nosotros no damos más de sí, es lo que hay.

—Sí, tienes razón, perdona. Yo le sigo dando vueltas en voz alta, me ayuda a concentrarme en el caso. Pero entonces me surge otra duda.

—A ver, suéltalo. Igual entre las dos vemos algo que se nos escapa.

—Pues que no sé dónde encaja el asesinato de Marta Hinojedo y la hipótesis se tambalea un poco. Tendremos que darle una vuelta todavía, a ver si lo hablo también con Gálvez para conocer su opinión.

—Tienes razón, habrá que seguir devanándose los sesos para encontrar la solución. De todas formas, estoy muy harta de todo esto, la verdad. Y todavía no ha empezado el verano, se me va a hacer muy larga este año la temporada estival. Oye, y por cambiar de tema. ¿Qué tal con tu compi de patrulla?

—¿Con Koldo? De momento bien, no me quejo. Tendré que comentarle a él también esta idea, a ver si podemos sacar algo más en claro. Él anda todavía emperrado con el tema del supuesto

secuestro de Basurto, y eso que no ha conseguido avanzar por ese lado. El señor Larrea está muy ocupado y no tiene tiempo para atendernos y su hijo, casualmente, anda de vacaciones fuera del país.

—Sí, sí, muy bien… Yo me refería a otra cosa, no te escaquees. Al final no me contaste qué tal la excursión por el monte Buciero. ¿Fuisteis al faro del Salto del Caballo?

—Vimos un faro de pasada y hubiera jurado que se llamaba de otra manera. La excursión estuvo bien, corta pero chula. Ya sabes que me llamaron por teléfono y tuvimos que suspenderla.

—Mira que te gusta darle vueltas a las cosas… Total, para luego no decir nada. ¡Desembucha de una santa vez! ¿Hay tema con el muchacho o no?

—¡Pero qué dices! Se te va la pinza, tía. Somos amigos y compañeros de investigación, nada más.

—Vale, lo que tú quieras. Por eso el otro día casi te lanzas a su cuello mientras bailabais.

—Eso solo fue un lapsus, un calentón tonto. Me debo a mi trabajo y tenemos que sacar adelante el caso, tú mejor que nadie lo sabes. No caben distracciones en estos momentos, nos jugamos mucho. Por no hablar de que no quiero que me abran un expediente.

—Lo que yo te diga, te has pillado hasta las trancas del ertzaina. Menos mal que yo soy una tumba y no voy largando por ahí, tienes suerte.

—Perdona, tengo que atender esta llamada. A ver si Roncero nos puede echar una mano.

—Sí, claro, qué casualidad. Excusas nada más. Hacía tiempo que no nos veíamos pero te conozco como si te hubiera parido. Joder, estoy fatal, parezco mi madre. Bueno, luego me cuentas.

Milene ya no le hacía caso a su amiga, porque en verdad tenía una videollamada de su mentor, compañero y jefe directo en la UCO,

el capitán Pablo Roncero. Se alejó unos metros de Carmen y entró en su dormitorio para hablar con más calma.

—Pablo, ¡dichosos los ojos! Vaya horitas de llamar a una casa decente —bromeó—. ¿Qué tal todo por Nueva York?

—Buenas noches, Milene. Perdona por llamar tan tarde, llevo un día de locos. Entre la diferencia horaria, las ponencias y demás, nunca encuentro el momento adecuado para llamarte.

—Tranquilo, me hago cargo. Aquí tampoco es que hayamos tenido ni un momento de descanso, la verdad.

—Sí, menuda tenéis montada por allí, ya me ha puesto al día Antúnez de las últimas noticias. Le he intentado dar largas, pero al final tuve que cogerle el teléfono y me cayó una buena bronca, te puedes imaginar. Creo que logré tranquilizarle un poco, asegurándole que dejarías el pabellón de la UCO bien alto. Espero que no nos falles, estamos en tus manos.

—Joder, qué presión. Tenemos muchos frentes abiertos, Pablo, esto es un caos. Y necesitamos ayuda, a ver si tú lo ves más claro que nosotros.

—Sí, hasta aquí han llegado las noticias de los asesinatos en Cantabria, pero me tienes que explicar algunos detalles que se me escapan. Tal vez pueda orientarte en algo o lleguemos juntos a alguna conclusión aun sin tener los expedientes delante. La experiencia es un grado y yo me he enfrentado a más de un psicópata en mi carrera, ya lo sabes.

—Muy bien, por mí encantada. ¿Tienes tiempo ahora? Lo digo porque tengo mucho que contarte, ponte cómodo.

—Sí, claro, dispara. Ya hemos terminado por hoy en la sede central del FBI, así que estoy libre.

—De acuerdo entonces, recapitulemos. A ver, comencemos por el principio…

Milene le contó a su modo lo que había sucedido durante los últimos días entre Cantabria y el País Vasco. Hizo especial hincapié en los datos de los que disponían hasta ese momento y las pistas

que estaban siguiendo en los casos abiertos, aunque el asesinato de Mina Pepita estuviera todavía muy reciente y no hubieran podido avanzar con él.

—Buff, no me extraña que los mandos vayan como pollo sin cabeza. Menudo marrón os estáis comiendo, no tiene nada que envidiarle a alguno de mis operativos más complicados.

—Joder, eso ya lo sabemos, menudos ánimos los tuyos. ¿Eso es todo lo que me tienes que decir? Creí que podrías orientarme algo sobre el perfil psicológico de este tipo o ver qué estrategias podemos seguir para atraparle.

—A ver, no, déjame explicarte. No es una intuición, Milene, es una disonancia técnica. He estado comparando los informes de la cueva con los de la ría. En el caso de *La Piedad*, la manipulación de los cuerpos es algo tosca, casi errática, con un exceso de violencia innecesaria al arrancarles la lengua. En cambio, en la crucifixión de la ría, el cuerpo presenta una precisión milimétrica en la sujeción, sin hematomas de arrastre. No es la misma psicomotricidad, estoy casi seguro. Un criminal puede evolucionar en su *modus operandi*, pero no cambia su firma motriz de un día para otro. Me juego la paga a que hay dos manos distintas ejecutando el mismo guion.

—No termino de verlo…

—Incluso te diría que estos tipos no actuaron solos, habrá que comprobarlo. Demasiadas variantes que se te pueden escapar en un momento así, habrá que hilar fino. ¿Y si además cuentan con apoyo logístico de alguna clase? Sería algo extraño, ya sabes que los asesinos de este estilo suelen actuar en solitario, pero no lo descarto del todo.

—No me cuadra, la verdad, demasiado cogido con pinzas. ¿Y no podría ser un *serial killer* itinerante? Conoces casos similares, creo que el famoso Jasón era uno de ellos. Y también recreaba escenarios inquietantes en sus crímenes, me parece recordar, en su caso con un *leitmotiv* particular, ¿no?

—Bueno, Jasón era bastante peculiar. Y técnicamente creo que no podría considerarse un asesino itinerante. Tenía una base de

operaciones fijada y luego actuaba en un territorio muy amplio, con un diámetro de unos trescientos kilómetros alrededor de su guarida. Y el muy cabrón regresaba siempre a su cubil, un lugar infame que recordaré siempre.

—Sí, perdona, no quería traerte malos recuerdos de vuelta. ¿Y lo de que secuestren a alguien en Bilbao y lo maten en un pueblecito cántabro o viceversa? Eso me tiene completamente descolocada, y no solo a mí. Las cabezas pensantes de la unidad o de la Comandancia tampoco dan con la tecla adecuada. Ni tu amigo Bermejo, por cierto, que anda también enredando entre Bilbao y Santander, al parecer bajo las órdenes directas del secretario Mardones.

—Sí, estoy al tanto. De hecho, tuve una conversación interesante con mi buen amigo y me habló bien de vuestra labor policial en el caso. Nos quedamos un poco a medias, a ver si le llamo en otro momento y así le sonsaco un poco, por si eso os sirve para seguir avanzando con las pesquisas.

—Vaya, no sabía… —respondió Milene azorada—. Espero no haber metido la pata, jefe.

—Tranquila, está todo bien. De todas formas, sobre lo que comentábamos antes…

—Adelante, a ver si tú lo ves más claro que nosotros. Aquí está todo empantanado y en cualquier momento va a saltar la chispa en una investigación tan compleja, con tantos integrantes de por medio queriendo llevar la razón.

—Tú a lo tuyo, céntrate en el caso y olvídate de politiqueos. Y sobre lo que comentas entre Bilbao y Cantabria, es también curioso. Mira el mapa y la trayectoria de los cuerpos: el sujeto del primer crimen exportó el escenario desde Bilbao hasta el corazón de Cantabria, a la cueva de Ajo. Pero el segundo ha hecho el camino inverso con una limpieza técnica que parece un desafío; ha golpeado en territorio cántabro para ir a plantar el cadáver en pleno centro de Bilbao. ¿No lo ves? Es una simetría antagónica. Se están

respondiendo entre ellos a través de los escenarios, invadiendo el campo del otro para demostrar que pueden hacerlo mejor.

—¿Como si compitieran entre ellos? Joder, lo que nos faltaba. Mejor que no se enteren los jefazos. Por no hablar de los medios, nos iban a lapidar. ¿Lo dices en serio? Mira que me cuesta comprarte algo así sin una sola prueba de ADN que lo respalde, Pablo. Suena más a una de las novelas de Miriam que a un informe de la UCO.

—Es la única explicación técnica que justifica ese patrón. No se preocupan por nosotros, Milene; se están respondiendo entre ellos a través de los escenarios.

—Hombre, eso no te lo compro. Si no se preocuparan de nosotros no se andarían con tanto cuidado: limpiar todo tipo de huellas o rastros, ponerse pasamontañas y guantes, atacar en horas intempestivas o en lugares apartados, etc.

—Sí, eso sí, tienes razón. Me refiero a que su fin principal no es evitar que les pillemos, aunque evidentemente no quieren acabar en la cárcel porque se les jodería la diversión. Me da en la nariz que esto es algo más personal, de ahí esa especie de escalada criminal. Parece como si quisieran demostrarle al otro que cada uno es el mejor en lo suyo, sea lo que sea.

—¿En serio?

—Sí, fíjate bien. Yo ahí veo una especie de evolución, está muy claro. El primer secuestro y asesinato fue una auténtica chapuza. Tuvo que montar una buena para llevarse a las víctimas en pleno centro de Bilbao, eso para empezar, con un montón de testigos presenciales. Ya sé que según las imágenes el tipo se movía con cierta soltura y agilidad, como un profesional, eso es otro tema. No sabemos el orden en el que murieron las víctimas, pero no creo que lo sucedido formara parte de su plan original. Y después les corta la lengua para despistar, no tiene mucho sentido. Se le fue completamente de las manos, no estaba preparado para enfrentarse a esa situación.

—O sea, que se trataba de su primer crimen y los Labarrieta fueron sus conejillos de Indias. Pobre gente, también es mala suerte

cruzarse con un cabronazo de tal calibre.

—Ya sabes que hay estudios que demuestran que algunos asesinos en serie tuvieron sus primeros escarceos criminales acabando con la vida de animales domésticos. Prueba, ensayo y error, el método científico, no tenían otra manera. En nuestro caso el tipo se vio en una complicada tesitura y no supo solventarla a la perfección. Por lo menos en cuanto al secuestro y el asesinato. He de decir que la escenita que montó después en la cueva sí me impresionó. Esa Piedad estaba muy lograda; impactaban las imágenes y eso que solo las he visto en fotografía.

—Ya te digo, fue un shock. Y todo en medio de un enclave tan idílico, frente al mar y rodeado de rocas. Tienes razón, el tío ganó puntos con esa recreación, era muy impactante. Como diciendo que la había cagado al principio pero que remataría a lo grande su función.

—Exacto, algo así. No podemos meternos en su cabeza, pero me suena plausible. Sin embargo, en el otro crimen todo parece llevar una pauta distinta. Creo que podría tratarse de una persona diferente, sobre todo si nos fijamos en matices no tan evidentes para el ojo poco avezado. Eso sí, la preparación y puesta en escena han sido mucho más concienzudas.

—Vale, apoyo la moción por un momento. El segundo caso ha sido un poco más profesional, puede ser. Y quizá pueda comprarte la idea de que la mano ejecutora sea otra, no lo tengo yo tan claro.

—Sí, fíjate; se ve una evolución, un patrón de mejora entre ambos casos. El secuestro del segundo homicidio es más profesional, en una zona más apartada, sin testigos inoportunos. Y te quiero plantear dos posibles teorías a partir de ese momento.

—Adelante, no te cortes.

—El tipo se la juega a continuación y nos deja un regalito envenenado en pleno centro de Bilbao. Eso podría deberse al afán de notoriedad, como si quisiera decirnos en nuestra jeta: «Aquí estoy yo». No sé, como si fuera el preludio de lo que está por llegar.

Nos deja bien claro y meridiano que no nos tiene miedo y muestra al mundo su obra.

—Ya, pero eso no cuadra con lo que estábamos diciendo hasta ahora. ¿Y la otra teoría?

—Que la rivalidad entre ellos es el verdadero motor. Cada crimen es una respuesta técnica al anterior.

—Ya echaba de menos tus famosas teorías. ¿Son dos psicópatas o dos psicóticos? O uno de cada, tal vez. Y si en verdad tienes razón esto va mucho más allá, no quiero ni pensarlo.

—Ni lo uno ni lo otro, esto parece otra cosa, no sabría explicarte. Tengo que seguir documentándome en mis ratos libres, me tiene muy confundido. Por un lado parece un crimen algo tosco, me refiero al de la ría. Y por otro lado lo ejecuta casi a la perfección, sin dejar apenas pistas. Su conciencia forense es muy buena o alguien le ha aleccionado casi a la perfección. Por lo menos según lo que me has contado, recuerda el fotograma en el que muestra su rostro un segundo.

—¿Y si ambos se retroalimentaran? No sé, es una locura, pero por buscarle un sentido a todo esto… —afirmó Milene mientras explicaba su teoría—. Supongamos entonces que sí guardan algún tipo de relación, me refiero a los dos supuestos asesinos. El primero mete la pata en determinados detalles del primer caso hasta dejar los cuerpos en La Ojerada y el otro intenta mejorarlo con el siguiente crimen. Hasta los dos escenarios tienen algo que ver con la religión, ¿no? Nos dejaron una representación de *La Piedad* y luego una mujer crucificada.

—Sí, puede que tengas razón, no lo sabemos a ciencia cierta. Tengo pendiente leer un estudio que guardo en algún lugar sobre las crucifixiones en la Antigua Roma. Creo que lo han recreado así, a los reos los ejecutaban desnudos y les daba igual hombre que mujer.

—Ya está el friki con sus historias raras…

—Sí, anda, déjame continuar con la otra idea que te quería comentar, a ver si te cuadra. Imagina por un momento que uno entra en el territorio del otro, comete una barbaridad y luego el otro

se venga a su modo. No puede ser casualidad que aparezca un cadáver en Bilbao viviendo la víctima en Cantabria y viceversa, hay que tirar de ese hilo.

—¿Se pican entre ambos a ver quién es más bestia? Joder, es demasiado rocambolesco. ¿Una lucha de zumbados en el Cantábrico? De todas maneras, sea de un modo u otro, algo se nos escapa todavía para completar el puzle. ¿Y cómo encajaría ahí lo de familiares de potentados vascos con la chica de la ría?

—No lo sé, la verdad. Es solo una hipótesis loca, tengo que seguir pensando en ello. Y a mí no me parece tan descabellado. Si te fijas, el último crimen parece seguir también esa evolución. Ni siquiera teníamos constancia de la desaparición del muchacho y mira la recreación que ha hecho en ese parque, un trabajo mucho más profesional. Por no hablar de lo del corazón, el criminal evoluciona hacia algo mucho más inquietante.

—¿Y quién sería el culpable del último asesinato? Tendrán que revisar las cámaras en Solares y alrededores para ver si encuentran algún indicio. Y hablar con la compañía telefónica para poder rastrear la última ubicación del móvil de la víctima y de ese modo acercarnos un poco al lugar en el que le secuestraron. Y luego… Buff, menos mal que no estoy en ese caso. Por cierto, ¿vendrás por aquí cuando acabes en Nueva York?

—No creo, Milene. Me quedan aún algunos días en la Gran Manzana, pero creo que sería contraproducente que me presentara yo allí. Imagino que con tu presencia en Santoña y la investigación conjunta con la Ertzaintza ya tienen bastante, no calentemos más los ánimos.

—Y no te olvides de tu amigo Bermejo… Puede que tengas razón, Pablo. A mí me miraron un poco raro al llegar, pero parece que me han aceptado más o menos. Como ya conocía a Carmen y eso, creo que me toleran algo más. Mejor no meter más ingredientes en la tarta, tienes toda la razón. Otra cosa es que seamos capaces…

—En cuanto a la investigación en sí, eso os lo dejo a vosotros, sabéis hacer perfectamente vuestro trabajo y el esfuerzo dará al

final sus frutos. Lo que necesitamos ahora es otra cosa, estamos intentando elaborar un perfil del asesino o asesinos por si os puede orientar en las pesquisas. Si conseguimos meternos en sus cabezas tendremos más cerca la victoria final.

—No es tan fácil, Pablo, te lo aseguro. Nos llevan mucha ventaja, andamos muy perdidos en estos momentos.

—No te preocupes, al final los atraparemos. Siempre cometen un fallo y entonces, zas, caemos sobre ellos sin piedad. Y me refiero a los dos, porque ahora mismo me jugaría la paga de este mes a que son dos asesinos diferentes. Cada vez lo tengo más claro.

—Muy seguro pareces, yo no lo veo así de momento. Ah, una preguntita para el experto. A ver, según tu hipótesis, que antes no me has contestado, ¿quién ha cometido el último asesinato?

—El de la cueva, sin duda, fíjate en la extracción del corazón. En la primera escena dejaron los cuerpos intactos, pero aquí, para ganar el envite técnico, han pasado a la exéresis de órganos. Es una progresión de la puesta en escena. Si el primero dejó una recreación artística, este ha tenido que responder con una recreación visceral para marcar territorio. Y si te fijas, incluso podemos seguir con la teoría de las recreaciones o alegorías religiosas.

—¿A qué te refieres?

—A que ha recreado a los *caballucos* del diablo. Y el diablo era un ángel caído, ¿no? La representación puede asemejarse a un ángel que vuela sobre nuestras cabezas o algo así, no sé.

—Joder, se te va la pinza. Se lo mencionaré a Carmen, de momento no me voy a meter en ese berenjenal. Y entonces, ¿debemos esperar a que el supuesto tipo de la ría cometa una salvajada de mayor calibre?

—Yo no lo descartaría. Bastante tenéis con investigar los crímenes como para intentar prevenir otros, pero creo que esto no ha acabado todavía. Nos queda mucha mierda por tragar.

—¡Madre mía! Mejor no lo pienso, esto me sobrepasa. Dos psicópatas enfrentados en un duelo a muerte en la cornisa

cantábrica y los muertos son otros, no ellos. Lo siento, Pablo, es que ya no razono bien a estas horas. Estoy muy cansada, tendrás que perdonarme.

—Creo que más que fijaros en los entornos de las víctimas, como se suele hacer normalmente en cualquier asesinato para buscar culpables, creo que tenéis que buscar la relación entre los cabezas de familia. Tiene que haber algún nexo ahí, aparte del obvio en cuanto a temas empresariales y bursátiles, entre Labarrieta y Lazcano. Por no hablar de Larrea, que también habría que investigarlo. Ya sabes, el de Basurto. Creo que esa madeja habría que desenrollarla también, por si las moscas.

—¿Aparte de que los tres apellidos comienzan con L? Vale, ya me callo, que estoy desvariando. Ok, le insistiré también a Koldo para que no abandone el hilo de los Larrea. Hay que presionarlos e interrogar si hace falta al chaval. Esa denuncia por desaparición que luego retiraron de forma tan extraña suena demasiado sospechosa. El patriarca no quiere atendernos y el chico se ha esfumado, algo huele mal en Dinamarca.

—A ver si me entero yo de algo con mis contactos en la Interpol, no abandonéis esa senda. Y tirar también por el lado del político ese de Cantabria, el gurú económico. Puede que también tenga relación con los empresarios vascos.

La joven cabo de la Guardia Civil intentó hacerse una composición de lugar con todos los datos que había soltado el capitán Roncero, les faltaba el clic definitivo para que todo cobrara verdadero sentido. Sus neuronas ya no funcionaban con claridad y esa charla le había abierto otras posibilidades que no habían tenido en cuenta hasta ese momento.

—¿Tú crees? Claro, podría ser… —pensó Milene en voz alta—. Las víctimas vascas son una especie de castigo para esos grandes hombres, pero la universitaria nos descolocó por completo. ¿Y si el asesino lo que pretendía era que fuéramos a por el tal Pernía? En los primeros casos actuó como ejecutor para infligir dolor a los culpables

y en el otro nos pone en la senda de un indeseable para que lo hagamos nosotros.

—Todo eso unido a lo que hemos hablado hasta ahora, un plan en toda regla con múltiples aristas que todavía desconocemos. Y con ese tufillo personal que todavía no sé cómo explicar.

—Bueno, ya tengo algo en lo que pensar, ahora mismo no me rigen bien las neuronas. ¿Un duelo al sol entre dos *serial killer* para castigar a los ricos y poderosos? Mejor no le hablo a Gálvez de nuestras descabelladas teorías si no quiero acabar encerrada en un manicomio.

—Suena muy retorcido, pero yo no descartaría nada. Y menos a estas horas de la noche, tendremos que dejarlo para otro momento.

—Tienes razón, Pablo, me va a estallar la cabeza. Mejor nos vamos a descansar y mañana será otro día.

—Ah, otra cosa. Tenéis que buscar el corazón de ese chico. Puede que el criminal se lo haya llevado como *souvenir*, igual que hicieron en su momento otros famosos asesinos en serie, pero tal vez el órgano aparezca en otro sitio.

—Quizá tengas razón, se lo comentaré también a Carmen. Creo que esto no ha acabado todavía, ojalá encontremos la pista correcta para dar con los culpables.

—Pues sí, más nos vale. No te entretengo más, hablamos en otro momento si lo necesitas. Yo acabaré aquí en unos días y a lo mejor cuando regrese a España ya habéis cerrado el caso.

—No caerá esa breva… Bueno, ya hablaremos, muchas gracias de nuevo por tu ayuda. Igual estamos más locos que los psicópatas, pero me has dado muchos detalles en los que pensar.

—Buenas noches, Milene.

—Buenas noches, que descanses.

28
El hombre silencioso

Punta Galea (Vizcaya), 17 de junio de 2022

Su última actuación supondría el aldabonazo definitivo para el devenir de una competición que Cómodo no pensaba perder de ninguna manera. Y menos contra aquel patán con el que le habían obligado a convivir durante las últimas semanas en casa de su jefe, muy cerca de los acantilados más impresionantes de toda la costa vizcaína.

Por suerte, pudo resarcirse de sus primeros errores, ya que no quería fallarle a su protector. Debía reconocer que se le atragantó el comienzo de la competición, por lo que tuvo que ponerse serio para igualar la contienda. Y es que la primera prueba verdaderamente de mérito no le resultó tan sencilla como había supuesto en un principio. Tanto tiempo como jefe de seguridad del millonario, sin un trabajo efectivo que realizar, le había restado eficacia a la hora de efectuar un cometido de esas características.

Y eso que Cómodo, al que no le importó olvidarse de su verdadero nombre de origen oriental, estaba más que acostumbrado a verse en situaciones similares, sobre todo durante su juventud. Había nacido en los años ochenta en Hong Kong, de madre china y padre inglés, justo antes de que el Reino Unido acordara devolver la hasta entonces colonia británica a los chinos cuando venciera su alquiler, en 1997. Años convulsos en los que el joven mestizo tuvo que buscarse la vida tras perder a sus padres por diferentes motivos. Su progenitor británico abandonó a su suerte a su madre tras enterarse del embarazo y regresó a Londres, mientras que ella falleció por un lamentable atropello en plena calle.

El chico sufrió desde pequeño el rechazo de sus compatriotas, ya que en la mezcla de razas habían ganado los genes británicos. Sí,

tenía el pelo negro y los ojos oscuros, solo ligeramente rasgados, pero podía pasar perfectamente por un occidental. Y ese detalle le supuso numerosos problemas a lo largo de su vida en el lejano oriente.

Así que el futuro Cómodo buscó una de las salidas más comunes para los que no tenían nada en aquella época: echarse en brazos de la Tríada, la peligrosa organización criminal que podría considerarse la mafia china, con diversas ramificaciones radicadas casi todas en la región de Hong Kong. Los principios no fueron nada fáciles, tuvo que demostrarles que no era un infiltrado de la policía ni de otras organizaciones criminales, por lo que le costó ganarse la confianza de los miembros de la Tríada.

Trabajó como chico de los recados y matón de tercera, recogiendo la recaudación que los pequeños comercios de la zona debían pagar a la Tríada por su supuesta protección. Necesitaba granjearse el respeto de compañeros y jefes de la organización para que no dudaran de él, por lo que sus delitos fueron cada vez más graves. Pero lo peor estaba por llegar y ni siquiera le dio tiempo a convertirse en un verdadero criminal a sueldo de la mafia de Hong Kong.

Se aficionó al póker y al blackjack en los casinos clandestinos y enseguida comenzó a perder grandes cantidades. Se le ocurrió pedir dinero a un prestamista, avalado por su relación con la Tríada, y al no pagar a tiempo acabó con dos costillas rotas y una sentencia de muerte: si no saldaba su deuda antes de una semana sería pasto de los peces en el mar de la China meridional. Se había metido en un doble problema, primero con el prestamista y luego con su jefe en la Tríada al dar su nombre como supuesto avalista ante el usurero.

Afortunadamente, llegó al rescate aquel excéntrico hombre de negocios proveniente de la lejana España, un empresario que tenía tratos con altas autoridades chinas y estaba muy bien considerado en la región. Corría el año 2006, poco antes de la gran crisis económica internacional, y el gigante asiático comenzaba a hacer negocios con países occidentales, olvidando sus principios comunistas para abrazar el capitalismo más salvaje. Un país enorme,

con más de mil millones de personas e ingentes recursos, que comenzaba a llamar la atención de muchos visionarios que veían la oportunidad de negocio del siglo.

El joven mestizo coincidió por primera vez con su salvador cuando este acudió a una reunión en uno de los locales de la Tríada. Por lo visto, el empresario había quedado con un alto cargo del Gobierno chino con conexiones en los bajos fondos y fue testigo de cómo sacaban a rastras al chico de la estancia. Su silencioso grito de auxilio prendido en la mirada asustada de un niño grande conmovió al invitado, que habló con el anfitrión a través de un intérprete y se apiadó de él, sin llegar nunca a saber muy bien lo que ocurrió allí para que le dejaran en paz.

Por lo poco que le contaron tiempo después, ese hombre pagó su deuda a la Tríada y recompensó a los mafiosos con una generosa cantidad extra por librarle de su fatal destino. No llegó a conocer la cantidad exacta ni pudo agradecerle de viva voz a su salvador que le hubiera librado de las garras de la muerte, ya que le habían cortado las cuerdas vocales como tortura previa a la terrible muerte que le aguardaba en unos días.

Nunca le podría estar lo suficientemente agradecido a ese hombre. Y como no podía demostrárselo con palabras y le costó aprender el español sin poder practicarlo, tuvo que demostrárselo con hechos. Don José María, que así se llamaba su ángel de la guarda, le había sacado del infierno y él estaba dispuesto a pagárselo con cada gota de su sangre.

Se convirtió en su perro fiel, un hombre de confianza que cada vez fue ganando más peso en la organización de su jefe. Y es que el empresario, aparte de sus numerosos asuntos legales con los que ganaba millones de euros, también andaba metido en otros negocios muy lucrativos que no tendrían tan buena prensa de cara a la opinión pública si se hubieran llegado a conocer en toda su extensión. Por no hablar de sus cuentas opacas en paraísos fiscales, claro.

Llevaba más de quince años instalado en el norte de España, en un País Vasco que había aprendido a querer a su manera. Su patrón le había permitido crecer en muchos sentidos, tanto física como emocional o intelectualmente. Un niño huérfano de Hong Kong, que se había criado prácticamente en la calle, aprendió a moverse en otros círculos gracias a la pericia, el buen hacer y la infinita paciencia de su particular Pigmalión.

En China había aprendido a defenderse, algo imprescindible si te movías en los bajos fondos. Las peleas callejeras estaban a la orden del día y también sabía manejar un cuchillo. Tampoco se le daba mal el kung fu, el arte marcial tradicional en el sur de China, una práctica que perdía adeptos a marchas forzadas. Todas esas habilidades las perfeccionó a lo largo de los años, cultivando su cuerpo y también su mente.

La inmensa biblioteca de su salvador, por no hablar de su videoteca, le ayudó a enriquecerse en más de un sentido. Cuando supo desenvolverse en español, pudo también comunicarse con don José María por escrito, ya que la pérdida de sus cuerdas vocales era algo irreparable y sería mudo de por vida. Una minusvalía que sobrellevó con estoicismo, agradecido de seguir vivo. Hasta entonces se apañaron con el inglés que ambos chapurreaban, un tipo de conversación no exenta de problemáticas diversas, pero siempre de forma escrita.

Aunque tuviera rasgos orientales, el recién llegado pasaba desapercibido entre la población autóctona. Las personas que se relacionaban con su jefe de una u otra manera aprendieron pronto a apreciar a aquel silencioso ayudante, que tan pronto ejercía de guardaespaldas como de emisario, chófer o lo que necesitara en cada momento el patrón. La eficiencia en persona, en el cuerpo de un hombre de porte mucho más distinguido que con el que llegó desde su tierra natal.

Se convirtió en un tipo fuerte y fibroso, pero ágil y flexible gracias a los diferentes tipos de ejercicios que practicaba para mantenerse en forma. Un hombre que se había acostumbrado a vestir siempre con traje oscuro de buena calidad, para deleite de su jefe, y que con

su más de metro ochenta de altura y sus anchas espaldas se alejaba bastante del ciudadano chino medio.

Como nunca pudo decirle su verdadero nombre a don José María y al principio no le entendía nada en español, no le importó que su dueño le bautizara a su gusto. En esos primeros meses se comunicaban por señas y palabras sueltas en inglés que ambos manejaban por escrito, en una época complicada que pronto dejaron atrás. El millonario confiaba en él, sin que el joven de origen asiático supiera bien los motivos, y le puso incluso un profesor particular para que aprendiera a desenvolverse en una sociedad tan diferente a la suya, incluyendo el idioma, pero también las costumbres y el protocolo a utilizar en determinadas circunstancias. Y ambos se comprometieron además a aprender el lenguaje de signos para comunicarse en un futuro, sin olvidarse de otras prioridades.

Le costó comprender y reconocer el nombre de Cómodo al principio, y cuando averiguó el verdadero origen de su seudónimo, tuvo que sonreír a la fuerza. Sabía que su jefe era un enamorado de los clásicos, desde la Antigua Grecia hasta el Imperio Romano. Había leído alguna reseña breve sobre el emperador romano del mismo nombre, pero hasta que no visionó la película de *Gladiator* en la pantalla de cine que había instalada en la biblioteca de aquella mansión, no supo bien de quién se trataba.

En la película trataban a Cómodo de cruel y ególatra, un tramposo que se enfrentaba a los gladiadores en la arena del Coliseo con cierta ventaja. Ignoraba por qué le bautizó así don José María, pero aprendió a soportar su nuevo nombre y a olvidarse de su antiguo yo. Se había acostumbrado a vivir en aquella casa, como lacayo personal del dueño, y su estancia en el País Vasco podía considerarla como la etapa más feliz de su vida.

Como hombre de confianza de don José María conocía algunos de sus tejemanejes, pero no todos. Para eso estaba Alberto Ormaechea, el sibilino abogado tanto de la familia como del conglomerado principal de empresas de su acaudalado patrón. Habían tenido sus más y sus menos al principio, tras conocerse, pero pronto aprendieron a separar sus diferencias personales y a

quedarse en su territorio para salvaguardar los negocios y la vida de su benefactor. Pero todo comenzó a torcerse en los primeros meses de 2020.

La pandemia originada en China solo le reportó problemas al hombre de negocios afincado en uno de los mejores enclaves costeros de Vizcaya. Pérdidas millonarias en diferentes sectores, incertidumbre y, por si fuera poco, su salud comenzó a resentirse. Y no fue por el dichoso virus que acabó con la vida de miles de personas en España, sino por otro enemigo invisible igual de peligroso en forma de enfermedad degenerativa.

A mediados de 2021, el otrora gran empresario de origen gallego, un hombretón con la fuerza de un roble, comenzó a perder movilidad en las piernas, aparte de otros achaques que le avinagraron el carácter. Prepararon la silla de ruedas más moderna que encontraron en el mercado para que pudiera moverse a su antojo por la casa, eléctrica y con una sencilla palanca para su manejo. Además, instalaron un ascensor interior en la mansión para que el dueño de la casa pudiera desplazarse también entre las diferentes plantas de la propiedad.

Compraron un amplio monovolumen para poder trasladar al empresario con su silla si así lo demandaba y adaptaron algunos de sus otros vehículos por si él quería conducir por su cuenta. Aunque Cómodo no estaba por la labor de esto último y terminaron por contratar tiempo después a un chófer que les vino recomendado para que él pudiera seguir encargándose de otros menesteres mientras don José María se ausentaba de la casa.

Al principio, Cómodo y el nuevo chófer tuvieron sus diferencias, sin que el asunto llegara a mayores. El tipo debía acostumbrarse a los métodos que regían allí, pero la inflexibilidad del hombre de confianza del millonario atrajo unos problemas que tardaron en solucionarse. El nuevo trabajador de la casa, que hasta entonces vivía en su propio domicilio, acabó por instalarse en el ala de servicio de la mansión, para su disgusto. Cada vez se tomaba más confianzas con el jefe, y eso terminó por cabrearlo del todo. Quiso

hacer partícipe a don José María de sus reticencias hacia el nuevo, pero no consiguió su objetivo principal y tuvo que claudicar.

Durante los meses siguientes, el empresario tuvo sus altibajos físicos y emocionales, hasta que don José María le quiso hacer partícipe de su nuevo proyecto, en el que Cómodo tendría un papel fundamental. Una meta que su jefe se había planteado para antes de su muerte, pero que habría que acelerar por si la parca venía a buscarlo antes de lo previsto.

—Querido Cómodo, ha llegado el momento —le aseguró una tarde que le hizo llamar a su despacho—. Mis empresas han aguantado la mala racha y están remontando, por ahí no veo mayor problema. Ormaechea se seguirá encargando de todo y ya tenemos un hombre de paja en el consejo de administración de la empresa matriz para manejar el cotarro, ya que, como sabes, no tengo parientes cercanos vivos. Pero quiero dejar otro tipo de legado cuando me muera…

Cómodo se comunicó por señas con su jefe, asegurándole que para ese momento todavía quedaban muchos años. El anciano, cada vez más deteriorado aunque él no quisiera darse cuenta, hizo un gesto displicente con la mano y continuó con su alegato.

—Ni todo el oro del mundo me librará de esta silla de ruedas ni me va a dar más años de vida, ya has visto que me han tratado los mejores especialistas. He tenido una vida larga y plena y estoy orgulloso de mis logros. Pero cuando echo la vista atrás, sobre todo durante estos últimos meses en los que he vuelto a encontrarme conmigo mismo al bajar mi ritmo de trabajo, descubro con sorpresa que no soy la persona que yo creía. Y para remediar eso, voy a necesitar tu ayuda, querido amigo.

No sabía hacia dónde se dirigía la conversación, quizá el viejo quería comunicarle que pensaba legarle parte de su fortuna en el testamento. Había sido su perro fiel durante demasiados años, ocupándose de algunos asuntos turbios que hubieran sonrojado a más de uno de sus amigotes de la Sociedad Bilbaína, pero no se arrepentía de nada. Daría la vida por don José María y estaba

dispuesto a cualquier cosa por satisfacer sus necesidades. Sobre todo al suponer que en un corto intervalo de tiempo podría convertirse en un hombre libre y, quizá, muy rico.

Sí, siempre le estaría agradecido a aquel señor por sacarle de los bajos fondos de Hong Kong. Se había convertido en su sombra, su hombre de confianza y mucho más, pero a veces anhelaba tener otro tipo de vida. Cerca ya de los cuarenta años, Cómodo no tenía amigos ni familiares en el mundo, y no salía mucho más allá de las cuatro paredes de esa casa, por muy grande que fuera y mejores vistas sobre la costa cantábrica tuviera. Nunca se había planteado tener mujer o hijos ni formar una familia, como millones de personas hacían a su alrededor, y quizá había llegado el momento de dar un giro radical a su existencia. Sin que ese cambio fuera uno tan sorprendente como el que tenía en mente su todavía dueño y patrón.

—Como sabrás, no soy un santo varón. Con los años supe delegar los verdaderos marrones en otras personas, pero de joven no me asustaba mancharme las manos, aunque fuera de sangre. Sí, no me mires con esa cara, los principios en los negocios suelen ser complicados. Y más si te quieres hacer un hueco entre semejante nido de víboras.

Cómodo escuchaba atentamente, sin saber los derroteros por los que iba a transitar una conversación que detonaría la locura que su jefe tenía en mente. Un juego de muerte que haría palidecer a sus peores momentos en la Tríada china, una espiral de destrucción que haría retumbar los cimientos de la sociedad vasca. Algo para lo que no se veía preparado en esos momentos, pero que poco a poco fue asimilando tras las explicaciones de don José María.

—Ya sé que Aquiles y tú no os lleváis demasiado bien, y ahora tendrás la oportunidad de resarcirte. Los dos os encargaréis de llevar a cabo mi plan, pero solo habrá un vencedor de este duelo sin igual, una contienda que pasara a los anales de la historia. Y el ganador se lo llevará todo, tú ya me entiendes. Y no, no puedes encargarte del chófer por adelantado, si es lo que estás pensando. Tendrás que ganarle en buena lid, y en eso tú partes con una ligera ventaja. Yo

seré el único juez de la competición y vosotros seréis los verdugos y ejecutores de los actos supremos que yo no puedo realizar.

El mestizo se sulfuró ante la sola mención de aquel mequetrefe, al que su Amo bautizó también con otro nombre mítico meses después de incorporarse al equipo. El conductor no se merecía llamarse como el príncipe griego del que él nunca habría oído hablar, no albergaba duda alguna al respecto. Y su destino sería el mismo, porque Cómodo encontraría su punto débil, ese famoso talón que acabó con su vida en la leyenda. No sabía a qué tipo de competición tendría que enfrentarse, pero lo que tenía claro era que no pensaba perder con ese desgraciado. Y menos si estaba en juego parte de la fortuna de su jefe.

El conductor no se encontraba en tan buena forma como él, pero al parecer, don José María le había puesto un entrenador personal para que la competición estuviera más reñida. Le aseguró que solo ellos dos podrían cumplir con su legado y al no poder participar directamente en ese juego infernal de su invención, tendría que conformarse con sentirlo y vivirlo a través de los ojos y oídos de sus acólitos.

Según le aseguró, tendrían que superar una especie de pruebas preliminares al principio del torneo, para ir cogiendo confianza sin arriesgar demasiado, hasta pasar a las verdaderamente importantes, las rondas definitivas. La final se jugaría como en una especie de play-off y el juez único de competición puntuaría las diferentes pruebas del uno al diez en diferentes categorías: investigación previa, dificultad, peligrosidad, ejecución, originalidad y puesta en escena. El que más puntos sumara al final de todas las pruebas sería el ganador.

Cómodo creía conocer a su Amo, aunque le había sorprendido con algunas de sus últimas confesiones. Estaba acostumbrado a sus formas de dandi, al antiguo estilo del típico caballero inglés, y no ignoraba su gusto por los clásicos, aparte de conocer a la perfección su manera de llevar los negocios y tratar a las personas a diario. Sabía de los orígenes humildes de su mentor, pero aquel proyecto le

descolocó por momentos. Eso sí, no dudaba de llevarse el gato al agua.

Por no hablar de sus innatas habilidades físicas, en las que Cómodo confiaba ciegamente. No creía que una persona normal pudiera enfrentarse a él en el cuerpo a cuerpo y salir victoriosa, y mucho menos el alfeñique de su contrincante. El problema principal vendría después, ya que había que evitar cometer una equivocación que le hiciera caer en manos de la policía tras cumplir con las pruebas previstas.

Don José María parecía tenerlo todo pensado. Había preparado una lista con varios de sus enemigos, a los que quería golpear dónde más les doliera, y para eso utilizaría a dos brazos ejecutores distintos pero complementarios. Ellos a su vez contarían con todos los recursos necesarios para llevar a cabo sus planes, sin escatimar en gastos por parte del organizador de la particular batalla, con el fin de alcanzar la perfección en unos cometidos que podrían convertirse en complicados y peligrosos.

Ambos contendientes superaron sin problemas las pruebas iniciales planteadas por el inductor de aquel plan: desde cometer pequeños hurtos a dar palizas a desconocidos o cualquier fechoría que se le ocurriera a un millonario que se lo pasaba en grande poniéndolos a prueba. Hasta que llegó la hora de la verdad. Cuando el asunto se complicó, Cómodo pensó que tendría ventaja sobre su adversario y llevaba las de ganar. A él le pareció una chapuza lo que hizo Aquiles en el hospital de Basurto. Sin embargo, al jefe pareció hacerle gracia y le perdonó sus múltiples fallos. Errores de novato que él no pensaba cometer.

Al parecer, el directivo de la petroquímica reculó a tiempo de cambiar su elección en la votación de un proyecto que perjudicaba a los intereses de don José María. Este se enteró a primera hora de la mañana del día siguiente, cuando Aquiles ya había secuestrado al muchacho, sin tiempo para reaccionar. Así que tuvieron que cambiar los planes a toda prisa.

Don José María decidió encargarse personalmente del desaguisado, con los riesgos que conllevaba semejante desatino. Utilizó uno de los múltiples móviles prepago que tenía a buen recaudo, parte de una remesa llegada del extranjero imposible de rastrear que le servía para sus asuntos turbios, y efectuó una llamada con un programa que le deformaba la voz para que su viejo amigo Larrea, al que tenía en marcación rápida en su teléfono habitual, no le reconociera. A Cómodo le pareció un error grave que podría dar al traste con todo lo planeado antes siquiera de comenzar la función, pero ya no había marcha atrás. El patrón no se cortó e hizo la llamada delante de él.

—Has tenido suerte, maldito capitalista. En unas horas te entregaremos a tu hijo en perfecto estado, sin un solo rasguño. No puedes llamar a la policía, y si ya lo has hecho, tendrás que retirar la denuncia y olvidarte del tema. Si incumples una sola de estas premisas, atente a las consecuencias. Ya has visto lo fácil que ha sido secuestrar al chaval, no tientes a la suerte. La próxima vez nos andaremos con menos miramientos y puede que te llegue por correo el corazón de tu hijo…

Pero él también había metido la pata en su primer gran encargo, detalle que don José María pareció obviar ante la *performance* que organizó en el interior de La Ojerada. Una recreación que se ganó el aplauso de su jefe sin que Cómodo se encontrara satisfecho del todo por los fallos iniciales. Errores que no pensaba cometer de nuevo si quería tener alguna oportunidad de ganar una competición que se le había puesto cuesta arriba.

Imperator había sido generoso tras su metedura de pata con los Labarrieta, ni siquiera le había castigado por su imperdonable error. Sabía que partía en desventaja con su oponente tras perder el primer envite, pero eso no le preocupaba en exceso. Sí, ahora contaba con menos puntos que Aquiles, pero seguía creyendo que el chófer no era rival para él. Aunque no debía subestimarle, esa podría ser la puntilla que terminara por agotar sus posibilidades de éxito.

Tenía pensada una estratagema que podría congraciarle de nuevo con su benefactor, aparte de proporcionarle uno de esos momentos

que el viejo anhelaba desde hacía bastante tiempo. Todavía debía darle una vuelta, tanto a la idea como a su puesta en marcha, mientras los engranajes en su cabeza giraban a toda velocidad. Estaba seguro de su éxito, no fallaría.

Le quedaba algo muy importante qué hacer. Nada menos que averiguar la solución al enigma planteado por don José María. El muy cabrón les había puesto un día en su pantalla gigante de televisión, tras conectarse a la aplicación de la radiotelevisión pública española, un viejo capítulo de un concurso de preguntas y respuestas que le había encandilado treinta años atrás.

Aquiles parecía muy concentrado, tal vez intentando atrapar la esencia del programa para enfrentarse después a la prueba que dispusiera su dueño y señor. Pero a Cómodo le costaba más seguir la temática del concurso. Manejaba bien el castellano, pero no era su idioma original. Y además, le causó tal sopor la mecánica del programa que perdió el hilo en varias ocasiones, por lo que tuvo que obligarse a concentrarse en la pantalla. Primero, para no perder comba de lo que sucedía y poder afrontar la prueba siguiente, si es que tenía que ver con el concurso como les había prometido don José María. Y segundo, para no decepcionar a un hombre que ya le tenía en el punto de mira tras su fracaso inicial.

Don José María tenía muy claro que era hora de atacar a los Lazcano, y tras discutir sobre el tema, decidieron que Egoitz sería la víctima más propicia. Por un lado tenía sus ventajas, ya que era una persona solitaria sin demasiado contacto con la familia, por lo que su desaparición podía pasar desapercibida hasta que decidieran darlo a conocer al gran público con una puesta en escena digna del mismo Hollywood.

Dejaría a Egoitz a buen recaudo en la nave que utilizaban para sus operaciones, pendiente del día más adecuado para acabar con su vida y representar una escena inédita que causara un fuerte impacto. Para ello debía resolver primero el enigma planteado por don José María, en el que debía buscar una ubicación concreta que después utilizaría en su beneficio.

Le dieron una semana para encontrar la solución, pero el fin de semana apareció en medio del plazo impuesto y creyó que podría adelantar trabajo. Conocía las rutinas de Egoitz y pensó que sería más fácil apoderarse de él durante esas mañanas de fin de semana en las que subía al solitario monte de Cobetas. Así que pidió permiso al patrón y ejecutó la primera fase del plan.

Todavía no había desentrañado el misterioso acertijo proporcionado por su mentor. Para averiguarlo solo podría utilizar los libros que atesoraba la exquisita biblioteca de la mansión, sin utilizar el móvil ni ningún dispositivo con acceso a internet. Para que pudiera continuar con la prueba debía demostrarle a don José María, enseñándoselo directamente del libro que lo sacara, la solución a ese enigma. Si no, no podría continuar con la tarea, por más que ya tuviera secuestrado a Egoitz Lazcano. O por lo menos sabía que no le contaría para la puntuación definitiva, aunque al final el joven acabara muerto de cualquier otra manera.

Durante esos días le pediría permiso al dueño de la mansión para poder visualizar de nuevo el programa del que se había perdido varios fragmentos. Debía desentrañar la forma en la que aquellos concursantes de *El tiempo es oro* habían averiguado su propio enigma para ayudarle a enfocar mejor sus esfuerzos.

Don José María parecía disfrutar con sus tribulaciones y, mientras tanto, le aseguró que también prepararía un acertijo similar para Aquiles. En su caso esperarían todavía un tiempo, por lo que la víctima estaría a salvo durante unos días más. El millonario parecía encantado con su proyecto vital, como él lo llamaba, aún a costa de dos desgraciados como ellos. Eso no le importaba a Cómodo, que solo quería satisfacerle y cumplir con su cometido. Aunque la promesa del premio final tampoco le disgustaba, claro está. Debía estar preparado para buscarse la vida una vez que don José María falleciera, por lo que una buena cantidad de dinero siempre le ayudaría a comenzar de cero en cualquier otro lugar.

Primero tendría que encontrar el quid de la cuestión. Se encontraba totalmente bloqueado y no veía una puerta de salida. Ignoraba la respuesta a la endemoniada pregunta planteada por el

inventor de un juego que le estaba poniendo a prueba. ¿Qué demonios significaba aquello? Le quedaban pocos días para agotar el plazo que le habían dado, por lo que supo que aquella noche la pasaría en la biblioteca hasta dilucidar el misterio de una pregunta que no podía apartar de su mente ni un solo segundo.

«¿En qué lugar del norte de España se ubica un recóndito lugar cuyo nombre evoca a un abate francés que descubrió algo milagroso?».

Cuando consiguió averiguar la solución, supo que su momento había llegado. Hizo los preparativos necesarios para llevar a cabo su plan, seguro de su victoria. El final de la competición se encontraba muy cerca y él sería el único vencedor.

29
El mejor regalo de mi vida

Punta Galea (Vizcaya), 17 de junio de 2022

Ha sido sublime, jamás podré olvidar ese momento. Por lo menos, en lo que me queda de vida, que no sé si será mucho o poco. Ya me puedo morir tranquilo, he conseguido mi principal objetivo cuando comencé con toda esta historia. Y todo gracias al hombre de Hong Kong, quién me lo iba a decir.

Como ya os he comentado en alguna ocasión, soy un enamorado de las sagas policíacas de ficción. Y también he leído bastante sobre los criminales más famosos del mundo, esos asesinos en serie que a mí me parecían más chapuceros que otra cosa. Por ejemplo, el otro día vi un documental sobre Jeffrey Dahmmer, apodado El Carnicero de Milwaukee.

Eso sí que parecía una competición entre zopencos, a ver quién lo hacía peor. El asesino no tomó ningún tipo de precauciones en sus crímenes a lo largo de los años, pero lo de las fuerzas del orden dejándole marchar en varias ocasiones cuando tenían las evidencias delante de sus narices parecía de broma. ¡Vaya panda de inútiles! Y eso que el angelito se las traía: asesino en serie, caníbal, vampiro y no sé cuántas cosas más.

De estos casos de *true crime*, ya fueran ensayos, libros de no ficción o documentales sobre casos reales, intentaba extraer conclusiones que me sirvieran sobre el comportamiento de dichos criminales. Igual que en las novelas sobre el género que siempre había devorado. La verdad es que a mí me interesaban más sus miedos y

angustias, sus anhelos y sus logros, la forma que tenían de conseguirlos y cuáles eran sus motivos reales para actuar de ese modo.

Nunca me han psicoanalizado, tal vez deberían haberlo hecho en alguna ocasión. Si no soy un hipócrita, y nunca lo he sido, debo reconocer que disfruté con la muerte de Toño en Masustegui, el primer y único crimen cometido hasta la fecha con mis propias manos. Una sensación de euforia me recorrió por completo en ese instante, una corriente eléctrica me atravesó de parte a parte y creo recordar que incluso tuve una poderosa erección. Todo lo achaqué al fragor del momento supremo, cuando le arranqué la vida a un tipo que me llevaba hasta entonces por la calle de la amargura, pero igual había algo más.

Tendréis que perdonarme por este soliloquio desgarbado, pero si no saco todos mis fantasmas al exterior podrían enmohecerse dentro de mí y envenenarme hasta pudrirme por completo. Total, para lo que me queda en el convento, como reza el dicho popular. No, ya no me voy a andar con medias verdades, vosotros no os lo merecéis ni yo tampoco. Aquí he venido a desnudar mi alma, aunque eso conlleve asumir algunas cosas que yo creía controladas y que me han estallado en plena cara al darme cuenta de la realidad.

¿Necesito matar para alcanzar una plena satisfacción sexual? No lo sé, quizá no llegue a tanto mi parafilia. Si bien es cierto que he tenido muchas compañeras de cama a lo largo de mi historia y he probado todo tipo de placeres carnales, pensé que simplemente me atraía el sexo duro, sin contemplaciones. Eso, cuando podía moverme, claro. Ahora solo soy un viejo inútil postrado en una silla de ruedas. Un tullido que se convertirá en eunuco en breve si nos atenemos a la evolución de mi enfermedad.

Vayamos al grano, que me pierdo siempre con tonterías y disquisiciones absurdas. No conozco ningún caso real con esas características, pero sí en el cine y la literatura. Ya

sabéis, el típico asesino que necesita llevar al límite a su pareja sexual para alcanzar el orgasmo, sin importarle que eso suponga acabar con la vida de la otra persona. O ese psicópata que mata por simple placer, sin ningún tipo de connotación sexual. Y en realidad, lo que de verdad le pone es el ansia de poder, el saber que tiene la vida de una persona en sus manos. Esa es la verdadera gasolina que alimenta su motor criminal, no hay nada más.

A lo largo de mi existencia he reflexionado largo y tendido sobre estas cuestiones. Quizá más en los últimos tiempos, a raíz de saber lo de mi enfermedad y rememorar mis hazañas imberbes en el antiguo barrio. Y creo que lo mío no tiene nombre, o no sabría catalogarlo en algo concreto, quizá una amalgama de varias psicopatías. Si es que nos atenemos a los cánones normales, a esas rígidas costumbres impuestas desde pequeños en nuestra sociedad.

Mi pulsión criminal es distinta, más efímera. O tal vez he sido yo el que la ha domesticado, escondiéndola a ojos del mundo para no llamar la atención. Dejé salir a la superficie a mi verdadero yo en aquella noche en la que Toño tomó un frasco amargo de su propia medicina y luego supe que debía aparentar normalidad para prosperar en la vida.

¿Y qué es normalidad? Y tú me lo preguntas, amigo mío. Normalidad eres tú y esta sociedad enferma que nos rodea. Una sociedad en la que vemos como algo cotidiano almorzar en casa al mediodía con el telediario de fondo. Y mientras deglutimos sin saborear la comida, ni siquiera nos inmutamos por las noticias que aparecen en la caja tonta a cualquier hora del día: crisis, secuestros, asesinatos, pandemias, guerras, catástrofes, desastres naturales, crímenes domésticos y cualquier otra desgracia que los ejecutivos televisivos tengan a bien meternos con embudo. ¿Hace cuánto tiempo que no aparece una noticia buena de

verdad en un telediario? Pues eso, no hace falta que me contestéis. Era una pregunta retórica, nada más.

Por eso hice lo más inteligente en ese momento, al menos eso creí. Mi ambición y las ganas de triunfar en la vida eran mucho más poderosas que mi impulso criminal, por mucho que recordara siempre ese fugaz instante en el que me sentí completo. Había alcanzado el verdadero nirvana y yo todavía lo ignoraba. Así que oculté mi verdadera personalidad, para mi propia vergüenza, en aras de un bien mayor.

Me adapté a esta sociedad hipócrita, luché por abrirme un hueco y me aproveché de esos vestigios morales que siempre han estado ahí. Alcancé el lugar que me merecía por mis méritos, sin olvidar nunca mis orígenes humildes. Y en mi camino fui humillado, o por lo menos algunas de esas personas intentaron humillarme, por creer que los nuevos ricos sin rancio abolengo no tienen derecho a llegar a la cúspide de la pirámide alimentaria.

Craso error, ya lo estáis viendo. El lobo siempre acaba devorando a los pobres corderitos. Y esta gente no me conoce. Podrán ser tiburones empresariales, los mejores expertos en finanzas o los políticos más astutos. Pero yo tengo algo más. Primero, he salido de la calle y me he forjado a mí mismo. Y segundo, ellos me obligaron a ocultar mi verdadera naturaleza para prosperar en su sistema de mierda y tenían que pagarlo de alguna manera.

¿Alguien duda de que nuestro planeta seguirá existiendo cuando el hombre desaparezca de la faz de la Tierra? Se ha visto en los últimos tiempos, al comienzo de la pandemia. Nos encerraron como a alimañas, con ese confinamiento salvaje que trastocó a muchas personas, y la naturaleza se regeneró, reclamando el espacio que le corresponde. Sin mencionar los mensajes cada vez más claros que el planeta nos envía: terremotos, volcanes, tifones, huracanes y todas las plagas bíblicas habidas y por haber. Si nosotros no

acabamos con la madre Tierra, ella lo hará con nosotros. Es el destino, y no podemos evitarlo.

La raza humana es una auténtica plaga, siempre lo he mantenido. Muchos animales matan por necesidad, para proveerse del sustento, de la carne que necesitan para subsistir. El hombre no, el hombre mata por placer. O por venganza, ansias de poder, celos, dinero o cualquier otro motivo. Pero sí, matamos sin miramiento y acabaremos con la especie más pronto que tarde.

¿Qué sentido tienen las guerras? Desde los orígenes del hombre, ya sea con la teoría de la Biblia o con la evolución científica, hemos asesinado por encima de nuestras posibilidades. Desde la Edad de Piedra, nuestra especie ha acabado con sus semejantes por diversas razones. Está en nuestro ADN, forjado a fuego en nuestro interior. Entonces, ¿por qué ocultarlo?

Por esa sociedad farisea que os comentaba antes. Eso está bien, eso está mal, y así con todo. Nos amoldamos a las circunstancias del entorno en el que nos movemos, para no salir demasiado desenfocados en la foto grupal. No, al que destaca en algo se le machaca, mejor pasar desapercibidos y continuar con las sendas preestablecidas. Y sobre todo, hacemos lo que de verdad quieren los que realmente mandan para tenernos a todos controlados.

Aquí englobo muchos aspectos de nuestra vida, no os vayáis a creer que tenemos libre albedrío. Que si tienes que estudiar, sacarte un título universitario, casarte, tener hijos y formar la familia perfecta. Encontrar un buen trabajo y establecerte como mandan los cánones. ¿Quién ha dicho que esa sea la única forma de vivir?

Siempre me han gustado los inconformistas, no lo voy a negar. Incluso los que se negaban a aceptar las normas y cánones impuestos por otros que nadie sabe por qué se arrogan ese poder. ¿No somos libres? Pues vivamos en

libertad y dejemos que nuestros instintos rijan nuestras vidas. Ya es hora de acabar con las ataduras morales y los anticuados principios que lo único que hacen es moldear a diferentes generaciones en un perfil casi único de borrego sin pensamiento propio.

Diréis que eso es lo que pretenden las élites para que el populacho no se les soliviante e instaure una revolución que acabe con sus privilegios. ¿Por qué tengo que hipotecarme durante treinta años por una mierda de piso?, pensarán muchos. Y claro, diréis con razón que yo pertenezco a la élite y soy uno de esos privilegiados que os aprieta el cuello con mi bota. No andáis muy desencaminados, no pretendo ser un mártir a estas alturas, pero yo me lo he ganado. He luchado y me he rebelado, quizá igual que tú, pero a otro nivel.

Al final, todo esto no es más que palabrería barata con la que no tenéis por qué transigir. No soy un visionario ni pretendo liderar ningún tipo de revolución. No me avergüenzo de mis actos, ni de confesar que ahora me siento más libre, más cercano a la idea del hombre primigenio. Y no me da miedo admitirlo ni pretendo ocultarlo nunca más. Todo ser busca satisfacer sus necesidades más primarias y en mi caso no era diferente.

Hasta que ideé este descabellado proyecto y pude por fin comenzar a respirar de verdad. Ya no tenía que fingir, mi naturaleza se había revelado y ya no había por qué tener miedo. Solo me quedaba una cosa por hacer en la vida y no pensaba ocultarlo de nuevo. Sí, soy un pecador y no me arrepiento de nada. Necesitaba sentirme completo una vez más antes de morir y mi disparatado plan no lo había conseguido del todo. Hasta que el bueno de Cómodo vino a salvarme de mi propia inmundicia humana, consiguiendo satisfacer mis mayores deseos.

En el momento en el que escribo esta entrada de mi particular diario vosotros todavía no sois conscientes de la

grandeza de su obra. Mi fiel lacayo ha superado todas las expectativas, alcanzando unas cotas inimaginables cuando soñé cómo se desarrollaría nuestra competición. Ha compensado con creces su cagada de la primera prueba, deleitándome con un dos por uno que me ha dejado literalmente sin palabras.

El hombre silencioso superó la prueba que le planteé y descubrió el lugar indicado en mi enigma: la Fuente del Francés, en la localidad cántabra de Hoznayo. Cuando me mostró la solución en un libro y asentí complacido, el pobre no salía de su asombro. No se puso a gritar como un loco porque le es físicamente imposible, pero vi la alegría de sus ojos y por un momento me reconcilié con el mundo.

Se trata de un enclave natural que tomó su nombre de un abate francés que huyó de la revolución de su país y se refugió en las montañas cántabras, en el interior de una cueva de difícil acceso. Allí descubrió unas aguas minerales con propiedades excepcionales, un pequeño milagro que le permitió curar sus dolencias de la vista. Ese fue el inicio de la búsqueda de otros manantiales en la zona con efectos beneficiosos para diversas enfermedades, como afecciones estomacales, intestinales o de la vejiga. Un lugar que no conozco personalmente y que Cómodo tendría que utilizar para finalizar su tarea con el joven Lazcano. Y a fe que lo consiguió, sorprendiéndome de una manera que jamás imaginé.

No opinaré sobre la elaboración y recreación llevada a cabo en el parque de Mina Pepita porque el muy cabrón no me ha querido dar detalles. Solo he visto las imágenes que grabó para mí en la cámara que les proporcioné para estar más cerca de las víctimas a la hora de la verdad. Y también me han llegado rumores sobre lo que se habla en dependencias policiales merced a mis contactos, imagino que verlo de cerca ha tenido que ser apoteósico.

¿A quién se le ocurriría semejante escena? El nieto de Lazcano, uno de los mayores soplagaitas con los que he tenido el disgusto de cruzarme en mi vida, colgado de esa forma, como si fuera una figura mitológica más. Ni que Cómodo hubiera nacido para esto. Quién sabe, igual ha encontrado su vocación tardía, es un auténtico crack. Y eso que todavía no os he contado lo que me tenía preparado para mí, menudo regalito más inesperado.

De momento, parece que el crimen no ha trascendido a la opinión pública y no sé si me conviene que se filtre o no la noticia. Me encantaría ver cómo suda el capullo de Lazcano cuando se hundan las acciones de su querida compañía, me da igual que eso arrastre al resto del Ibex-35 por el fango y lastre la economía global del país. Una empresa con políticos de distinto pelaje a sueldo, ya sean nacionalistas de la región o de los grandes partidos tradicionales. Ellos sí que son peligrosos, yo soy un simple aprendiz a su lado. Un lugar de poder en el que realmente se juega con la vida de millones de personas por el mero ansia de amasar dinero e influencias.

No voy a reiterar el chiste de que el hombre de Hong Kong sea parco en palabras, es que ni siquiera puede hablar. Pero siempre nos hemos entendido a la perfección y hemos mantenido conversaciones, ya fuera por mensajes o en lenguaje de signos. Y sin embargo, en esta ocasión, el mentor estaba un poco a oscuras con su pupilo. Este no soltaba prenda sobre sus intenciones y yo tuve que dejarme llevar casi a ciegas, confiando en su buen hacer.

Eso sí, me pidió una única cosa. No quería faltar a ninguna norma del juego y preguntó si mi organización podía conseguirle un producto en concreto: una neurotoxina. Yo sabía que se trataba de un bloqueante neuromuscular que podía causar la muerte de una persona según la dosis que se le suministrara y me extrañaba que

Cómodo quisiera acabar con la vida del joven Lazcano de esa manera. ¿Qué tenía en mente el hombre silencioso?

Cómodo no quería levantar sospechas al buscar ese material en el mercado negro o en la *deep web*, por lo que me las apañé para agenciarnos una pequeña cantidad del compuesto sin llamar demasiado la atención, todo realizado a través de hombres de paja y empresas fantasma del sector farmacéutico. Cuando se lo entregué en mano, simplemente sonrió y me dejó allí pasmado, sin darme más explicaciones. Solo me dijo que estuviera preparado para acompañarle esa misma noche. Había llegado el momento de ejecutar su segunda prueba y quería que yo fuera testigo de su hazaña. Me aseguró que podría cumplir mis deseos más insanos y no supe qué decirle tras la sorpresa inicial. Desconocía lo que tenía en mente y quería averiguarlo.

En un principio me negué en redondo. No quería salir de casa a esas horas de la noche ni poner en peligro toda la operación. ¿Qué necesidad tenía yo de arriesgarme? Sí, ya sé que soy un capullo, para eso soy el inventor de todo esto. Siempre ha habido privilegios en este mundo y esta vez no iba a ser distinta. Pero me había picado la curiosidad y él lo sabía. Tal vez fuera mi última oportunidad de marcharme a lo grande, no podía fallarle a mi hombre más fiel.

Así que me vestí para la ocasión, con ropa totalmente negra, y Cómodo me colocó en la parte trasera de su furgoneta con la silla de ruedas. El vehículo no estaba adaptado para minusválidos y yo no quería ir en el asiento del acompañante, por si acaso. Que fuera él quien se arriesgara con las cámaras de tráfico, mi semblante no podía aparecer en ninguna pantalla policial bajo ningún concepto.

Me fijé en la disposición del habitáculo trasero, dividido en dos partes diferenciadas sin que me enterara, detalle

para el que más tarde encontraría una explicación. Me tenía en ascuas, nervioso, sin saber lo que ocurriría. Imaginé que nos dirigíamos hacia la nave en la que languidecía el nieto de Lazcano e ignoraba cuál sería el fin de fiesta para nosotros. No me equivoqué en nuestro destino inicial. El chico tenía una pinta espantosa, tumbado en un colchón mugroso y encadenado a una gruesa argolla. Cómodo le tenía drogado todo el día para que no montara el espectáculo, me dio incluso un poco de pena verle así. Pero pronto se me pasó.

Mi lacayo se encargó de lavar y adecentar un poco a su pelele humano, aparte de vestirle para la ocasión con un pantalón vaquero y una camiseta blanca sin marcas. El chico comenzó a espabilarse poco a poco, por lo que a Cómodo no le quedó más remedio que ponerle una mordaza para sacarlo de allí. Un traslado hacia un lugar que seguía sin conocer por mucho que yo insistiera. Así que preferí guardar silencio y comprobar lo que nuestro anfitrión de esa noche nos tenía preparado.

Lo colocó en el compartimiento separado de su furgoneta, dentro del habitáculo trasero, para que ambos no tuviéramos que compartir espacio. Parecía tenerlo todo planeado a la perfección, me enorgullecía por haberle aleccionado tan bien. Cerró el portón, se colocó el pasamontañas y unas gafas ahumadas para no dejar un centímetro libre de su rostro mientras conducía y se dispuso a sacar el vehículo de la nave industrial. ¿Destino final? Pronto lo sabría.

Antes de salir de casa apagué mi teléfono y extraje la batería por seguridad, aunque lo llevé encima por si al final nos hacía falta. Toda precaución era poca en esas circunstancias. Y como no sabía lo que tenía preparado Cómodo para esa velada de medianoche, preferí que en un futuro ningún investigador pudiera averiguar que mi

teléfono móvil aparecía encendido y funcionando dentro del radio de influencia de un posible escenario criminal.

Tardamos aproximadamente una hora en llegar a nuestro destino. Desde mi posición no podía saber en qué dirección habíamos viajado ni los caminos por los que transitamos. Sí creí distinguir un viaje por carreteras principales a velocidad moderada, supuse que para no llamar la atención. Después, parecía que tomábamos la salida de una autopista, enseguida una rotonda, un giro hacia la derecha y poco después el vehículo frenó hasta parar del todo.

Cómodo abrió la portezuela y se llevó primero al chico a rastras, dejándome a mí encerrado, sin tiempo para protestar ni vislumbrar el lugar al que nos había llevado. No quise elucubrar lo que estaría sucediendo en esos momentos. Solo deseaba que no acabara con la vida del nieto de Lazcano sin que yo pudiera presenciarlo. Ya que me había llevado hasta allí, con el consiguiente riesgo para nuestra misión, por lo menos que me dejara disfrutar de la función.

A los pocos minutos regresó mi pupilo y me pidió silencio llevándose un dedo a los labios. Yo obedecí sin rechistar, sin saber que la situación se iba a volver un poco más humillante. El hombre de Hong Kong me sacó de la silla de ruedas, me cogió en brazos y comenzó a caminar a buen paso conmigo a cuestas. Me fijé en que se había quitado el pasamontañas, así que intuí que por allí no habría ninguna cámara que pudiera captar nuestra imagen. Había aparcado la furgoneta en un camino asfaltado, flanqueado por árboles que parecían llevarnos hacia un bosque más frondoso situado en plena montaña. ¿Dónde demonios nos encontrábamos?

Cómodo se había colocado una visera con luz frontal en su cabeza, algo que le ayudó a transportarme de esa guisa en un lugar tan solitario y oscuro como boca de lobo. Tardé todavía unos segundos más en adivinar el sitio al que me

había llevado. ¿Sería posible? Sí, no había ninguna duda. Menuda sagacidad la mía y eso que yo le había planteado el acertijo. No conocía el lugar personalmente, por lo menos hasta ese momento, pero entonces caí en la cuenta. Habíamos llegado a la Fuente del Francés.

Cómodo pareció ignorar el curso del río que bajaba con fuerza por allí, formando pequeños saltos de agua y cascadas que desembocaban en una poza de dimensiones considerables, escondida al abrigo del lateral de una cavidad en la roca. Y es que el macizo montañoso formaba innumerables cuevas y oquedades en esa región. Dejamos atrás el arrullo del agua y nos encaminamos por una senda boscosa que parecía continuar mucho más allá. En ese momento, Cómodo se frenó en seco junto a una roca y entonces divisé lo que parecía una verja metálica. ¿Qué era aquello?

Luego supe que esa puerta cerraba el paso a la gruta del Diablomiengo o cueva del diablo. El lugar en el que reza la leyenda que se cobijaba el abate francés que da nombre al enclave, justo antes de descubrir las aguas medicinales del entorno. Y la ubicación exacta en la que Cómodo y yo ofreceríamos un sacrificio a los dioses de lo efímero.

Mi portador se adentró en la cueva por un pasadizo agreste, teniendo cuidado de no resbalar con la humedad de las rocas ni chocar con las paredes puntiagudas o los techos bajos sobre nuestras cabezas, hasta que llegamos a una especie de bóveda circular de piedra. Allí nos encontramos con un espacio más ancho y alto en el que pudo descansar de su pesada carga y depositarme en un saliente rocoso que me serviría de asiento rudimentario.

Entonces me fijé en que Egoitz Lazcano permanecía tumbado en posición fetal en un lateral de la cueva, totalmente a nuestra merced. La amenaza de Cómodo con un cuchillo de grandes dimensiones parecía haber surtido efecto y el chaval se comportaba como un corderito camino

del matadero. Ni siquiera pataleaba ni protestaba, parecía haber asumido su destino después de varios días encerrado en la nave industrial.

Cómodo se acercó a mí e iluminó la pared lateral situada a mi izquierda para no deslumbrarme con el haz de luz directo a mis ojos. Nunca le había visto tan alterado y nervioso, el hombre tranquilo había mutado en alguien que parecía buscar mi aprobación con gestos grandilocuentes. Y claro, yo intenté calmarle sin saber todavía a qué nos enfrentábamos.

Entonces comenzó a hablar con lengua de signos a toda velocidad y yo me perdí por el camino. Con el mismo lenguaje gestual, sin emitir sonido alguno para no llamar la atención sobre aquella cueva perdida en el monte, le indiqué que fuera más despacio. No entendía nada y necesitaba comprender lo que me quería decir. Cómodo repitió su alocución silenciosa y yo me bloqueé por un instante. ¿Había entendido bien? Quizá me hubiera equivocado con los signos, tampoco me consideraba yo el mayor experto mundial en ese lenguaje y además, mi interlocutor se encontraba al borde del síncope, muy nervioso y acelerado.

Se lo pregunté a mi vez en voz baja, por si no lo había comprendido del todo, y él asintió con la cabeza. No era posible, me parecía una auténtica locura. Pero al fin y al cabo, ¿qué tenía yo que perder? Asentí a mi vez y le di permiso para poner en marcha su plan. Había llegado la hora de la verdad y yo no me había preparado a conciencia para ese momento.

Me dejó allí sentado y se acercó hasta el cuerpo desmadejado que yacía en el frío suelo de la cueva. Cómodo le espabiló para que el chico fuera consciente de lo que iba a sucederle, era fundamental para el buen desarrollo y finalización de nuestra prueba. Y entonces, con una jeringuilla intramuscular, le inyectó en la pierna la

cantidad de neurotoxina que esperábamos fuera suficiente para no estropearnos la función. Al parecer, solo tenía unos pocos minutos para cumplir con la parte que me había correspondido en aquella representación de la muerte.

Sabía que el compuesto químico comenzaría a paralizar los músculos y funciones motoras de Egoitz y pronto colapsarían los órganos principales. Si el cerebro no podía enviar la orden de seguir respirando ni el corazón continuaba con su labor de bombear sangre, el organismo del muchacho terminaría por sucumbir. Y no habíamos llegado hasta allí para verle morir de una manera tan infame.

La neurotoxina hizo su efecto de manera inmediata. Sabía que esa dosis contraería poco a poco los músculos de Egoitz mientras le sumía en un sopor ambivalente que le conduciría por un túnel cada vez más oscuro, camino de su Valhalla.

Cómodo lo levantó en volandas sin que la víctima ofreciera resistencia. Sabía que permanecía consciente, aunque no pudiera hablar ni moverse, por lo que intuí que la adrenalina habría disparado su presencia ante el inminente desastre absoluto. Los ojos desencajados de Egoitz me indicaron que la ansiedad y la angustia habían invadido su organismo al no poder respirar con normalidad. El rostro del joven Lazcano, al borde del paroxismo, mostraba el pánico que se había apoderado de lo poco que quedaba de su conciencia humana. El chico no deseaba morir, no parecía resignado ante su suerte. Me pareció incluso atisbar un ramalazo de rebeldía en sus pupilas al comprender lo inevitable. Tanto mejor, así lo disfrutaríamos más.

Mi fiel escudero colocó a nuestro invitado en pie, sujetándole justo enfrente de mí para que yo pudiera actuar desde mi atalaya rocosa. Le quitó entonces la camiseta y noté como la piel se le erizaba involuntariamente debido al

frío reinante en el interior de la cueva. Antes de pasarme el testigo, lo giró hacia sí, sacó su cuchillo de combate Ka-Bar y comenzó a dibujar un semicírculo en el interior de su pecho, justo al lado del corazón, entrando en la carne poco a poco mientras rasgaba piel y músculo con determinación.

Egoitz aguantó como un jabato gracias al chute de toxina y al resto de hormonas que secretaba su propio cuerpo, con las terminaciones nerviosas en pie de guerra ante el ataque externo. La acción de Cómodo no tenía por qué ser mortal de necesidad al no haber afectado a ningún órgano vital, pero la pérdida de sangre y la disminución de funciones motoras por culpa de la inyección acabarían con su vida en menos de tres minutos. Si no me apuraba, perdería mi única oportunidad de redención.

Cómodo me pasó el cuchillo y yo inspiré aire profundamente. Cerré los ojos un momento y me dispuse a cumplir con mi parte. Mis piernas eran carne muerta, pero el ejercicio físico y la estimulación me permitían todavía ejercer una fuerza considerable con mis brazos. Así que hundí el cuchillo en el pecho del muchacho mientras lo miraba directamente a los ojos.

La víctima me miró sin comprender nada de lo que ocurría. Quizá pensó que ya debería estar muerto, pero su organismo todavía aguantaba. Sus pupilas comenzaron a apagarse en mi presencia, unos ojos sin maldad que ni siquiera me lanzaron un destello de odio al arrebatarle la vida de ese modo. Y entonces, Cómodo hizo un gesto inequívoco con su puño, abriendo y cerrándolo mientras efectuaba un movimiento circular.

Obedecí, claro; había llegado la hora. Retorcí el cuchillo en el interior de su torso con la mano derecha, mientras introducía la izquierda en la cavidad que habíamos formado. Cuando tuve entre mis dedos el músculo sangriento y palpitante, tiré de él con fuerza, ayudándome del cuchillo para finiquitar el trabajo.

Una imagen se vino entonces a mi mente, la de aquella película de aventuras de Indiana Jones, en la que el sumo sacerdote Mola Ram arrancaba el corazón de un hombre durante un sacrificio a la diosa Kali con sus propias manos. Y allí estaba yo, dispuesto a realizar mi propio sacrificio.

Aún tuve tiempo de lanzar un último vistazo al rostro del hombre que me había devuelto a la vida. En ese instante fugaz en el que la luz se apagó completamente en sus ojos, pude atisbar entre tinieblas cómo su alma se evaporaba delante de nosotros, elevándose en el interior de la cueva hasta perderse entre las rocas. Y justo entonces, una chispa de sabiduría me atravesó de parte a parte hasta casi elevarme de mi pedestal, envolviéndome en una ráfaga de bienestar que jamás podría explicar con palabras.

Me quedé con el corazón en la mano mientras observaba cómo el músculo que mueve este mundo dejaba de latir. Cómodo soltó el peso muerto del ya cadáver y el cuerpo cayó como un fardo, desmadejado y sin vida después de perder su órgano vital. Cómodo cumplió su promesa y yo pude calmar mi ansia criminal, ese maldito impulso que llevaba martirizándome desde hacía tantas décadas.

No quería recrearme en la suerte, así que le hice un gesto a mi fiel lacayo para que abandonáramos el lugar. La noche no había terminado para el jugador, aunque sí para su maestro e inductor de aquella tragedia en tres actos. En mi fuero interno ya le había dado a Cómodo la máxima puntuación en su prueba, pero todavía le quedaba el epílogo, una representación con el fallecido que estuviera a la altura de las circunstancias.

Antes de marcharnos, quise dejar un pequeño regalo a nuestros amigos de la Guardia Civil, un giro de tuerca más que los desorientara en sus incorrectas apreciaciones. Sí, ya sé que pequé de presuntuoso y de soberbio, esos pecados siempre los he llevado prendidos en el pecho. Dejaba una pista innecesaria pero me daba igual. Llegados a ese punto

ya nada cobraba sentido, había alcanzado el *summum* de la perfección. No habría nirvana más perfecto para el fin de mi existencia, y todo se lo debería a ese hombre al que rescaté en la lejana China.

Deposité con cuidado el corazón en el lateral más alejado de la cavidad central en la cueva principal, encima de unas piedras lisas que servirían como improvisado altar. Dispuse el sacrificio a los dioses sin mayor ceremonia y quise añadirle un toque final. No quería dejar mis huellas en la pared, así que le pedí a Cómodo que buscara un palo en el suelo. Cuando lo encontró, lo unté con la sangre que chorreaba del músculo arrancado y escribí una única palabra en la pared, dibujada de forma tosca con aquel lapicero extraño que nos llevaríamos con nosotros para mayor seguridad.

Había dejado mi impronta para siempre, y ya solo nos quedaba salir de allí. Cómodo me llevó de vuelta con el mismo método de carga y me dejó en el interior de la furgoneta. Cogió después una manta oscura y regresó a por la víctima a la cueva. Debió envolver el cuerpo y lo depositó de nuevo en su habitáculo restringido antes de ponerse al volante para dirigirnos hasta la siguiente parada.

El trayecto fue bastante corto, menos de diez minutos, calculé a lo sumo. Cómodo aparcó en una especie de parking externo y me dejó de nuevo allí mientras completaba su tarea. El *rigor mortis* todavía no había aparecido y logró introducir el cadáver en una enorme bolsa de deportes, acompañado de otras herramientas que no pude distinguir bien desde mi posición. Me pidió absoluto silencio y prometió volver enseguida, momento que a mí se me hizo eterno.

Los nervios comenzaron a afectarme cuando el tiempo de espera superó la media hora. No temía por mí, ya que la presencia de una furgoneta allí aparcada en plena madrugada no debía llamar la atención, pero sí por mi fiel

escudero. ¿Y si alguien lo veía? Ignoraba qué habría hecho con el cuerpo, parecía que le estaba costando finalizar su recreación. Tal vez el pobre quería impresionarme de nuevo, sin saber que ya nada podría satisfacerme más que lo que había hecho por mí en una noche que jamás olvidaría.

Me había sentido vivo una vez más, con una energía y una vitalidad que traspasaban los umbrales de lo reconocible. Mi cuerpo reaccionó a los poderosos estímulos que el sacrificio humano había obrado en mi organismo. Casi estuve a punto de ponerme en pie y volver a caminar, aunque eso fuera físicamente imposible. La conjunción entre alma y espíritu, una comunión suprema que jamás imaginé, me elevó hasta el séptimo cielo de mi propia existencia. Había disfrutado de una droga más pura que cualquier otro compuesto químico que hubiera inventado el hombre, cuyos efectos todavía notaba en mi interior. Un instante que jamás olvidaría, y eso que en esos momentos ya comenzaba a preocuparme por la tardanza de mi pupilo.

Regresó pocos minutos después, cubierto con su pasamontañas. De todos modos, pude vislumbrar la sonrisa que amanecía en su rostro, supuse que satisfecho con el trabajo realizado. Salimos de allí en silencio y regresamos a casa sin saber lo que la providencia tenía preparado para nosotros. Y sin poder imaginarme el escenario de película que mi vasallo había preparado para la posteridad.

30
El cerco se estrecha

Erandio (Vizcaya), 22 de junio de 2022

Los últimos días habían sido una locura, tanto en la comisaría central de Erandio como en las instalaciones de la Benemérita, donde las diferentes unidades de la policía judicial se afanaban por desentrañar los crímenes que estaban en boca de todo el mundo. Y eso que habían conseguido evitar que el último asesinato trascendiera a la opinión pública.

Koldo no estaba muy de acuerdo con la teoría que Roncero le había metido en la cabeza a su compañera. Milene se la había soltado casi pidiendo disculpas, como una posibilidad remota que no se atrevía a descartar, pero para él, la idea de que dos psicópatas estuvieran compitiendo en la cornisa cantábrica le parecía una locura. Conocía la trayectoria de Roncero y, como aficionado al género policíaco, también había leído los libros de su pareja, Miriam Monfort, en los que convertía en ficción algunos de sus casos más famosos. Pero de ahí a creerse semejante locura había un mundo.

—¡Maldita sea, Koldo! Mira que eres obtuso. Dame por lo menos la oportunidad de desarrollarte la idea y explicarte…

—No, Milene, no tenemos tiempo para tonterías. Mi jefe está a punto de echarme del caso y si yo me voy, no creo que te permitan a ti continuar indagando en un crimen cometido en Bilbao. Así que o nos ponemos las pilas, o estamos fuera antes de cuarenta y ocho horas.

—¿Eso te han dicho? Joder, no sabía que fuera tan inminente.

—No me lo han dicho de forma tan rotunda, pero conozco a Orbea, no se anda con chiquitas. Deberíamos centrarnos en los tres hilos principales de los que podemos tirar. Vamos a muerte con uno y si no conseguimos nada, continuamos con el siguiente.

—Vale, te escucho. Según tú, ¿qué tres hilos son esos?

—El primero y principal es terminar de sacar los trapos sucios de Pernía, hay que apretarle las tuercas. Sonaba plausible que el amante celoso matara a su *escort* de confianza porque no fuera exclusivamente para él, pero está claro que él no montó toda la parafernalia del puente. Y no creo que contratara a un sicario para matar a la chica y crucificarla después.

—Me jode admitirlo, pero tienes razón. Si Pernía fuera culpable de asesinato habría cometido quizá un crimen más pasional, algo más espontáneo. Tal vez toda esa *performance* sea solo para despistarnos. Podríamos pensar que se trata de un burdo imitador, pero que yo sepa la opinión pública no conoce los detalles de todos los crímenes.

—Seguiría sin encajar en el perfil. Pregúntale a Roncero, ya verás lo que te dice. Podemos escudriñar más en las intimidades de este tío, pero creo que es solo culpable de ser un hortera de campeonato. Aparte de lo que tenga la UDEF contra él, que yo ahí no me meto.

—Ya, te entiendo. ¿Y lo de relacionarle con los empresarios vascos? No hemos encontrado nada destacable, igual es que no hemos indagado bien.

—Eso podría ser, aunque nos iba a llevar demasiado tiempo. Yo se lo comentaré a los agentes que nos dan cobertura, a ver si encuentran alguna relación. Y tú habla también con la Comandancia, que le aprieten las clavijas mientras continúan investigándole. No sé si tiene que ver con los asesinatos, pero ese tío no es trigo limpio.

—Sí, a mí tampoco me gustó. Menuda prepotencia al darse cuenta de que lo queríamos interrogar. Se cerró en banda y dijo que solo hablaría con el oficial al mando y en presencia de su abogado. Un gilipollas de tomo y lomo, por no hablar de la chulería con la que me habló y esas miraditas lascivas. Le hubiera partido la cara sin cortarme un pelo.

—Sí, ya lo vi, un impresentable que solo quería amedrentarte. Y a vosotros os hizo algo de caso, a mí me miró como si no existiera. Pensaría que la Ertzaintza no tiene jurisdicción sobre él si no ha

cometido ningún delito en el País Vasco, detalle que todavía está por esclarecer.

—De acuerdo, lo ponemos en marcha por si acaso. Yo tampoco creo que este idiota sea el asesino de Marta, pero había que descartar todas las opciones. ¿Qué nos queda entonces?

—El dichoso Renault 19 gris y el misterioso caso del secuestro que nunca existió. Llevo comiéndole la oreja a mi jefe desde hace varios días para que insista con Larrea y no hay manera de hacerle entrar en razón. Yo no conozco a nadie en las alturas y no puedo presentarme en EuskoPetrol para interrogar al jefazo si no quiero que Orbea me corte las pelotas. No sé qué más intentar para que nos cuente su versión. Y sobre todo, para localizar a su hijo.

—En eso creo que puede ayudarnos Roncero. Sabemos que el joven está en un máster en el extranjero, algo relacionado con sus estudios universitarios. Y al parecer, va a permanecer fuera de España hasta que comience el nuevo curso académico.

—Bueno, no todo está perdido. Hablaré con los de relaciones internacionales sin que se entere el comisario, por si se puede rascar algo por ahí. Yo le daría un toque al mismísimo vicelehendakari, que es también el consejero de Interior, para que hiciera una llamada y nos solucionara la vida. Y entonces tendría el finiquito encima de la mesa antes de colgar el teléfono.

—Tranquilo, nosotros hablaremos también con la Interpol. Puede que consigamos algo, pero no es seguro. ¿Y cuál era la última opción? Nos quedamos sin margen de maniobra.

—El puto coche, el Renault 19 potroso que aparece en las imágenes. Te recuerdo que lo hemos visto tanto en los alrededores de Basurto durante aquel día de marzo como en el itinerario hasta los alrededores de la ría. Por no hablar del momentazo captado por la cámara de la universidad de Deusto, ese en el que nuestro amigo muestra su rostro al mundo.

—Lo de que es el mismo coche que el de Basurto no podemos afirmarlo con rotundidad, siento decirte. Y la lástima es que la imagen captada en Deusto esté tan granulada. No es que en España

tengamos esos aparatos tan modernos de reconocimiento facial, pero llegado el caso, no creo que pudiéramos encontrar una coincidencia en las bases de datos.

—Bueno, hay que intentar también mejorar la calidad de esa imagen, hablaré con los técnicos. Creo recordar que en otro caso hace años contactaron con una empresa tecnológica israelí que limpia imágenes digitales. Quizá saquemos algo en claro, no perdemos nada.

—Claro, me parece perfecto. Imagino que será como buscar una aguja en un pajar, no sé si las matrículas que ha utilizado nos pueden ayudar a encontrarle.

—Estamos en ello, pero pertenecen a coches dados de baja que han pasado por demasiados talleres y desguaces, a saber de dónde las sacaron. Tengo a dos agentes llamando sin cesar a todo establecimiento que tenga relación con el ramo automovilístico y yo también he visitado *in situ* algunos desguaces cercanos a Bilbao. He pasado por Arrigorriaga, Santurtzi, Derio e incluso el valle de Trápaga, pero sin resultados hasta ahora.

—Bueno, no nos vamos a rendir. Y algo tendremos que hacer mientras tanto, ¿no?

—Sí, me han dado un soplo sobre un taller en Basauri que al parecer tiene una especie de desguace clandestino. Mi fuente asegura que el dueño no suele preguntar por la procedencia de los coches o las piezas de recambio que le llegan, igual tenemos suerte y damos con una pista.

—Perfecto, vamos para allá entonces. En algún momento tendrá que cambiar la dirección del viento, ya va siendo hora de que nos llegue el turno a nosotros.

Los dos investigadores abandonaron las instalaciones de la Ertzaintza en Erandio y se dirigieron hacia el taller mencionado tras montarse en el vehículo de Koldo. Nada más salir de la comisaría se instaló una especie de calma tensa entre los dos, un silencio prolongado que rompió Milene sin percatarse de la incomodidad de su compañero.

Ambos andaban estresados con lo sucedido durante los últimos días, pero eso no debía repercutir en su relación personal, o eso opinaba Koldo. Después de los buenos momentos vividos en la cena y posterior baile en Santoña, o la ruta de senderismo truncada en pleno Buciero por aquella inoportuna llamada, el subinspector sintió que los pocos avances logrados para distender lo que hubiera entre ellos dos habían desaparecido casi por completo. Y lo peor de todo era que no sabía cómo retomar esa senda que parecía llevarlos en la buena dirección.

—Se me olvidaba contarte las novedades del último crimen. He hablado antes con Carmen; al parecer, han encontrado el corazón del pobre muchacho.

—Ummm…

—No te lo vas a creer, ha aparecido en el interior de una cueva cercana al parque mitológico, depositado en una especie de altar. Y al lado, pintarrajeado con sangre en la pared más cercana, habían escrito en mayúsculas la palabra *imperator*. No sé qué sentido…

Koldo mantenía la vista fijada en la carretera, concentrado en la conducción y en sus propios pensamientos. Le parecía percibir un leve murmullo de fondo, pero no fue capaz de distinguir la alocución de su acompañante. Seguía rumiando lo sucedido, aun sabiendo que debía comportarse de manera profesional y solo centrarse en lo básico: atrapar al asesino antes de que hubiera más víctimas.

—¿Me estás escuchando, Koldo? Eh, Tierra llamando a Koldo, ¿me recibes?

—Sí, eh…, perdona. Estaba distraído pensando en mis cosas. Ando un poco estresado y no duermo demasiado bien. Voy a tener que pedirme vacaciones o pillar otra baja en cuanto terminemos con esto, reconozco que no me encuentro muy allá. ¿Qué decías?

Milene se lo repitió antes de continuar con la conversación.

—Te entiendo perfectamente, me pasa lo mismo. A ver si este próximo fin de semana por lo menos nos dejan en paz y podemos relajarnos y descansar un poco. El domingo pasado nos jodieron la ruta y no pienso permitirlo otra vez. Aunque tenga que apagar el

móvil, necesito desconectar y resetearme si no quiero colapsar antes de tiempo.

Koldo aprovechó la coyuntura. Si ella sacaba el tema, nada le impedía mencionarlo a él también, a los dos les habían fastidiado el plan dominguero.

—Pues sí, no somos máquinas. Ya sé que andan todos revolucionados: los medios, los políticos, la opinión pública y nuestros amados jefes. Quieren soluciones y las quieren ya. Pero si nosotros no funcionamos, esto no llega a buen término.

—Yo no lo habría dicho mejor, tienes toda la razón. Y de este finde no pasa, quiero disfrutar de las famosas playas cántabras. Imagino que el agua estará fresquita, pero no me importa. A ver si así me espabilo y me adentro en la siguiente semana de mejor humor. Tal vez sumergirme en el Cantábrico estimule mis neuronas y dé con la pista definitiva.

—No te preocupes, no está tan fría. Si quieres, te puedo indicar un par de sitios donde las playas no son tan abiertas, con menos viento y olas, por si te apetece darte un buen chapuzón y nadar a gusto en sitios que cubre pero bien cerca de la orilla.

—Vaya, no suena mal del todo. Tampoco es que yo sea una enamorada de las olas. Me gusta tomar el sol y darme un bañito de vez en cuando para refrescarme. A ser posible, en playas no demasiado abarrotadas, no soporto las aglomeraciones en verano.

—De eso no tenemos en el norte. A ver, siendo sinceros, en Gorliz, Sopelana y otras playas vizcaínas te puedes encontrar problemas para aparcar en pleno verano y luego cantidad de gente paseando por la orilla. Nada que ver con Benidorm o Salou, tú ya me entiendes.

—Sí, me hago una idea. ¿Y cerca de Santoña? Ya he visto que la playa de Berria es enorme, pero buscaba algo más recogido, alguna calita solitaria a la que no vaya mucha gente. Imagino que estará complicado. Me han dicho que por aquí, en cuanto sale un rayo de sol, todo el mundo aprovecha para irse a la playa.

—Eso es cierto, y se supone que este verano no será como el del año pasado. En el 2021, entre la pandemia y el mal tiempo, fue una temporada veraniega muy deslucida. Las estimaciones para el 2022 son mejores en cuanto a clima y lluvias se refiere, así que supongo que eso ayudará a que los turistas vuelvan por aquí. Está de moda, aunque muchos autóctonos prefieren que los veraneantes se marchen a otras latitudes y no acaben con nuestras esencias.

—Ya veo, unos puristas. ¿Y esas calas que me ibas a recomendar?

—Es verdad, perdona. Muy cerca de Santoña tienes Isla Playa. Es un lugar demasiado turístico para mi gusto, con multitud de hoteles, apartamentos y locales para los de fuera. Pero tiene algunas zonas de baño espectaculares, rodeadas de rocas muy curiosas y fotografiables. Según la marea suba o baje se forman piscinas naturales e incluso puedes pasar andando hasta las playas de la vecina Noja. Y además, cuenta con la playa del Sable, que tampoco está nada mal. O las calitas de más arriba, junto al camping, que también son muy chulas. Aprovecha si quieres ir antes de la temporada alta, luego es imposible.

—Ok, buscaré información sobre este lugar, no tiene mala pinta. ¿Alguna otra sugerencia?

Koldo le recordó a Milene que su familia disfrutó durante varios años de un pequeño apartamento en Ajo que ya habían vendido, pero que le permitió recorrer la comarca en su juventud. Le habló de las playas de Cuberris y Antuerta, aunque su preferida se encontraba un poco más allá.

—Realmente se sitúa entre Isla y Ajo, al abrigo de los acantilados. Mucha gente se queda en el primer arenal, que casualmente se llama la playa de la Arena. Pero lo que realmente merece la pena en la zona está tierra adentro, siguiendo la estela de la ría de los Castellanos. Un auténtico paraíso, te lo aseguro. Nada que envidiar a las playas del Caribe o Fuerteventura, ya lo verás. También depende de las mareas, allí puedes encontrar bancales infinitos de arena casi blanca y aguas transparentes en las que

bañarte casi como si fuera una piscina. Eso sí, hay que tener cuidado con las corrientes, que a veces son muy traicioneras.

Koldo observó a Milene mientras manipulaba su teléfono, quizá en busca de alguna imagen que corroborara lo escuchado. Su gesto de auténtica sorpresa le indicó a las claras que ya había encontrado lo que buscaba.

—¡Guauu! No me lo puedo creer, menuda pasada de sitio. Y al lado hay un garito que tiene una pinta increíble, ahí subido encima de un promontorio rocoso.

—Ya te lo había dicho, y te aseguro que las fotos no le hacen justicia. Hace mucho que no voy, no sé si se habrá masificado en los últimos años. Desde luego, tiene extensión suficiente para albergar a muchos turistas, pero en general la visitan más los vecinos de la comarca. Como es zona nudista igual eso tira para atrás a mucha gente, no creo que haya hordas de bañistas. Siempre ha habido buen rollo en esa playa y han convivido allí los textiles con los nudistas, así como familias con niños, parejas o grupos de amigos. Ah, y está permitido ir con perros. Te aseguro que hay espacio de sobra para todo el mundo.

—¿Nudistas, dices? Bueno, a mí no me importa, ya he estado en otros sitios similares. Y eso que nunca te hubiera imaginado a ti en una playa nudista.

—¿Por qué lo dices? Allí nadie se mete con nadie y puedes permanecer con el bañador, no es obligatorio quedarse en pelotas. Y para tu información, este cuerpito serrano ha hecho nudismo allí y en otros sitios de España.

—Vaya, eso no me lo esperaba, señor Galarza —contestó Milene mientras le echaba un vistazo descarado de arriba a abajo.

Koldo se sonrojó un instante y le siguió el juego en cuanto se recompuso. Si ella quería guerra, la iba a tener.

—En el norte estamos más que acostumbrados al nudismo, hay muchas playas de ese estilo en toda la costa cantábrica. Y en las playas vascas se ve con mucha más naturalidad que en otras costas

españolas, no te creas. Aquí no te vas a encontrar mirones y todo el mundo se siente a gusto.

—Bueno, habrá que pensárselo. No sé si estará bien señalizado para ir en coche.

—Sí, tranquila, no tiene pérdida. El camino tiene una bajada curiosa hasta la playa, hay un par de curvitas que se las traen. O te puedo llevar yo algún día que libremos, si te parece bien, claro.

—Te tomo la palabra, Koldo. Aunque sea con bañador, creo que merecerá la pena visitar ese lugar tan paradisíaco.

Milene le guiñó el ojo y el subinspector no supo cómo tomárselo. No quería meter la pata después de los avances logrados, así que asintió levemente con la cabeza y cambió de tercio. Le vino de perlas estar llegando a su destino, situado a las afueras de Basauri.

—Creo que es por aquí. Vamos a aparcar y buscamos el local. Se llama Talleres Irureta.

Los dos policías judiciales bajaron del vehículo y se dirigieron con paso firme hasta la entrada del taller. Koldo le señaló a su compañera el espacio que se abría a espaldas del establecimiento, una campa vallada llena de chatarra en su interior que cuidaba un perro de aspecto fiero. Milene asintió y se puso detrás del ertzaina justo antes de entrar en el local para permitirle tomar la iniciativa.

Allí se encontraron con un individuo mal encarado, de corta estatura y mirada desafiante. Vestía un mono azul lleno de lamparones y se estaba limpiando la grasa de las manos en un paño roñoso. Se quedó parado al verlos llegar y adoptó una postura que quería aparentar tranquilidad, pero que no engañaba al ojo bien adiestrado.

—Buenos días, caballero. Buscamos a Peio, nos han dicho que suele estar por aquí.

—*Egunon*, agentes. Y si no es mucha molestia, ¿para qué buscan ustedes al bueno de Peio? Espero que no se haya metido en ningún lio.

—¿Tanta pinta de policías tenemos? —preguntó Koldo ante la sorpresa de Milene.

—Es que huelo a los maderos a kilómetros, sin querer faltarles al respeto, ya me entienden.

Koldo pensaba sacar la placa de subinspector para identificarse, pero viendo el cariz que había tomado la conversación desistió de su empeño. Y tampoco hacía falta que el tipo del taller supiera que la Guardia Civil y la Ertzaintza andaba husmeando en su negocio, por si acaso, así que no presentó a la oficial Oliveira.

—Tranquilo, venimos en son de paz. Solo queremos hablar con Peio de un cliente suyo al que estamos buscando.

—De acuerdo, acompáñenme a mi oficina. Soy Peio, por cierto, y les aseguro que no soy mal tipo. Solo tomo mis precauciones para proteger mi negocio, nada más.

Atravesaron el taller de chapa y pintura, subieron por una pequeña escalera y entraron en una oficina atestada de papeles. Peio les invitó a sentarse en los taburetes situados frente a la mesa principal y los recién llegados rehusaron el ofrecimiento.

—Disculpen que no les ofrezca un café, me pillan en un mal momento, la crisis nos afecta a todos.

—No se preocupe. Solo queremos hacerle un par de preguntas nada complicadas. Necesitamos que consulte sus registros y busque las matrículas incluidas en esta lista.

Peio se colocó unas gafas para ver de cerca y cogió el papel que le ofrecía el ertzaina. Luego se sentó en su silla dispuesto a buscar los datos en el ordenador, aunque no parecía muy ducho en informática. Para sorpresa de los investigadores, comenzó a teclear a gran velocidad mientras manejaba con destreza el ratón. En unos segundos accedió a una aplicación que parecía una base de datos específica para sus registros.

—Pues no, lo siento mucho. No aparecen ninguna de estas matrículas en mis archivos, no ha habido suerte. ¿Puedo preguntar para qué lo necesitan?

—Secreto del sumario, ya sabe. Una última pregunta y ya no le molestamos más. ¿Conoce a este hombre?

Koldo sacó una copia impresa de la imagen digitalizada en la que se veía el rostro del asesino tras bajarse del Renault 19, justo al lado de la universidad de Deusto. El subinspector deslizó la foto sobre la mesa sin dejar de mirar al hombre para ver su reacción. Y esta le dijo sin duda alguna que Peio había reconocido al tipo que buscaban.

—No, lo siento —contestó de forma demasiado apresurada, devolviéndole la fotografía.

—Está mintiendo, Peio. No se busque problemas —intervino Milene.

—Vaya, creía que a la becaria le había comido la lengua el gato. Por cierto, ¿desde cuándo dejan entrar a mujeres así en la Ertzaintza?

Koldo tuvo que parar a Milene antes de que la sangre llegara al río. La guardia civil parecía dispuesta a callarle la boca a ese tipo de un puñetazo, pero no se encontraban allí para eso. Primero obtendrían información y después ya ajustarían cuentas. El subinspector adelantó un paso y se colocó frente a Peio estirando toda la envergadura de su anatomía mientras le mostraba un gesto serio que no admitía más tonterías.

—Anda, prueba otra vez, majete. ¿Conoces o no a este tío?

Milene seguía lanzándole miradas furibundas que a Peio parecían no importarle. Quizá habría que apretarle un poco más las tuercas, pensó Galarza.

—No te preocupes, no vamos a perder más el tiempo contigo. Si no quieres colaborar, te metemos en el coche, ponemos el pirulo y montamos un buen cirio en el barrio para que todos tus colegas sepan que eres un soplón de la policía. ¿Te parece bien? Por no mencionar que puedo hacer una llamada y te precintan este sitio en menos que canta un gallo. Esa campa de ahí atrás huele a kilómetros a desguace clandestino. ¿Tienes todos los permisos en regla? Me da que no…

La estratagema pareció surtir efecto y el tipo cambió de actitud. Cogió de nuevo la fotografía y la observó con mayor interés.

—Ves, guapito de cara. No era tan difícil —le soltó Milene con mala leche.

Peio prefirió ignorarla y comunicarse únicamente con Koldo. Parecía decidido a colaborar, otra cosa era que supiera algo de verdad.

—A ver, no es que se vea muy bien la imagen, agentes…

—No me vengas con hostias, Peio, se me está acabando la paciencia. Toma, a ver si la foto de este coche te refresca la memoria.

—Bueno, no sé. El tipo se parece un poco al Damián, pero no estoy seguro.

—¿Quién es ese Damián? Me estás hartando, te lo advierto. Última oportunidad —aseguró Koldo mientras acortaba aún más la distancia con un individuo que no podía ser ajeno a la diferencia de tamaño con su adversario.

—Bueno, es un tío que trabajaba en un taller de Barakaldo y a veces se pasaba por aquí, no sé nada más. Se lo juro, señor agente.

—Subinspector para ti, idiota. ¿En qué taller de Barakaldo trabaja ese tal Damián? Dame más datos y te dejamos en paz.

—No sé más, de verdad. Sé que buscaba piezas para arreglar un Renault 19 que estaba para el arrastre, pero yo no le pude vender nada.

Koldo miró un segundo a Milene al comprobar que habían dado con la pista adecuada.

—El coche no lo sacaría de tu desguace, ¿verdad? No me mientas, porque al final te encerramos y tiramos la llave al mar.

—No, palabrita del niño Jesús, ya se lo he dicho —contestó más nervioso Peio—. Les aseguro que no sé nada más. Hace varios meses que no veo a ese tío, lo juro.

—Está bien, por hoy hemos terminado. Ya hablaremos otro día con más calma, no te preocupes.

—Eso no es lo que me habían prometido, señor agen…

—Calla y escúchame bien, gañán —intervino Milene con su pose más macarra—. Nosotros nos vamos y aquí no ha pasado nada. ¿Te ha quedado claro? Si llega a nuestros oídos que has largado por ahí, te aseguro que te corto las pelotas y me hago un llavero con ellas.

—Haz caso a mi compañera, yo no me andaría con hostias, Peio. Ah, y como dicen en las películas, pero esta vez en serio: no salgas de la provincia sin avisarnos, puede que necesitemos una declaración oficial en comisaría un día de estos.

El rostro de Koldo no admitía réplica, pero parecía que Peio no quería verse involucrado en una investigación policial.

—No, yo no puedo…

—Pues haz un poder, es por tu bien. Hasta más ver, Peio. *Agur*.

31
Los problemas crecen

Punta Galea (Vizcaya), 23 de junio de 2022

El antiguo mecánico reconvertido en chófer se había metido en problemas. No podía negar la evidencia: su jefe estaba encantado con la prueba realizada por su contrincante y le costaría superar dicha actuación. Y lo peor no era eso. Al parecer, también había llamado la atención de las autoridades, lo que le hacía replantearse toda su estrategia.

Recordó entonces el comienzo de esa pesadilla, el fatídico momento en el que dejó de comportarse como un ser humano, cuando decidió aceptar aquella extraña oferta de trabajo. Ni siquiera protestó ante la humillación sufrida a continuación en casa de su nuevo empleador, un ricachón de Neguri llamado don José María, que quiso bautizarle con el pomposo nombre de Aquiles, olvidando sus verdaderas raíces.

Rememoró el desastroso intento de secuestro de Basurto unas semanas después, una absurda prueba a la que se prestó sin saber muy bien dónde se metía. No le quedó más remedio que ceder ante la verdadera naturaleza de su jefe, un megalómano autodenominado Imperator, para librarse de sus terribles accesos de ira. Desconocía los motivos por los que le había encargado esa misión o quería perjudicar a esa familia en particular, pero no podía oponerse ni resistirse a su destino.

Él había aceptado los términos de un contrato implícito que nunca se llegó a firmar. Estaba en juego su vida, y también la de su familia. Su situación financiera era desastrosa y estaban a punto de ser desahuciados de su casa en Castro Urdiales, una localidad cántabra cercana a Vizcaya. Diversos problemas laborales y personales habían desembocado en una situación límite y no veía

una solución a su problema. Entre crisis diversas, malas decisiones y una pandemia que terminó por hundirle, se encontraba al borde del abismo.

No quería vender su alma al diablo y depender de un hombre tan oscuro, un individuo de mirada cruel al que, sin embargo, le debía su sustento. Lo que le exigía ahora era una tarea mucho más ingrata, sangrienta e ilegal a la que no podía negarse. Le había prometido mucho dinero si llegaba hasta el final, pero en esos momentos no se sintió capaz. Sin embargo, la necesidad y el hambre eran dos incentivos poderosos, y sus escrúpulos comenzaron a desvanecerse.

Para entonces ya tenía el aviso para el lanzamiento judicial y su familia sería desahuciada en menos de noventa días. Quizá si consiguiera los doscientos mil euros que le debía al banco, más otros gastos adicionales, podría detenerlo todo y quedarse en casa con su mujer y sus hijos. Lo peor era que su suegra le había avalado con su piso al pedir la hipoteca a esos desgraciados del BIB, el banco más ladrón de España según su parecer. Y la señora, una anciana que se había quedado viuda y ciega durante una pandemia que terminó por arruinar a toda la familia, podría acabar también con sus bártulos en la calle por culpa de su mala cabeza.

En aquellos días de marzo tan lejanos ahora en el tiempo, la organización de Imperator le proporcionó un extenso dosier con toda la información relevante sobre el joven Ibai: sus horarios y rutinas diarias, aficiones, datos familiares, domicilio, centro de estudios, amigos e incluso novia. En principio, según su nuevo jefe, se trataba de un encargo relativamente sencillo para él. Si lo cumplía satisfactoriamente podría convertirse en su favorito, el que heredaría todas sus riquezas terrenales e inmateriales, significara aquello lo que significara.

Por expreso deseo de Imperator, y también para salvaguardar su integridad, debía olvidarse de su nombre o apellidos reales, por no hablar de su familia o vida anterior. Era la única manera de librarse del castigo divino y pensar, aunque fuera casi un sueño quimérico, que algún día recobraría la libertad y podría regresar a su antiguo mundo.

Así que se resignó a cumplir las órdenes, sabiendo que se encontraba a merced de un lunático, un psicópata que los obligaba a cometer delitos cada vez más terribles y peligrosos. Y eso fue solo el principio…

Regresó a la realidad antes de que el patrón se diera cuenta, justo a tiempo de escuchar su perorata. Y es que don José María le quería trasladar su inquietud al llegar a sus oídos algunos detalles de la investigación policial en curso.

—Estimado Aquiles, no te preocupes por nada, lo tengo todo controlado. Es cierto que la Ertzaintza anda preguntando por los talleres y desguaces de la provincia para ver si alguien ha revendido matrículas dobladas o dadas de baja administrativa. Y creo que también buscan un Renault 19, no sé mucho más.

—Yo lo siento mucho, jefe, pero…

—Shhh, calla. Todo está bien, no te agobies. Nadie te relaciona con esta casa, así que te vas a quedar unos días aquí, sin salir a la calle. Así vamos pensando en tu siguiente prueba. Ya sabes que tendrás que esmerarte para superar a Cómodo.

El dueño de la mansión situada en la mejor zona de Punta Galea, a escasa distancia de los acantilados sobre el mar Cantábrico, reunió a los contendientes de la justa en su biblioteca personal. Allí les había mostrado el vídeo que realizó Cómodo tras colocar a la víctima como una atracción más del parque temático de la mitología local.

—Espectacular, ¿verdad? No tenemos imágenes del momento supremo que precedió a este vídeo, eso solo se guarda en el disco duro de mi memoria. Y te aseguro que fue algo sublime, nunca podré olvidarlo. Cómodo me regaló la dicha eterna, y eso es algo que hay que valorar en su justa medida.

Damián asintió a su pesar, sabiendo que tendría que pasar el mal trago de la mejor manera posible. Ver, oír y callar, como aprendió desde muy pequeño en su familia.

—No soy el mejor poeta de la historia, pero me gustaría glosar la pequeña hazaña que perpetramos entre mi fiel escudero y yo. ¿Te apetece escuchar nuestras andanzas nocturnas, Aquiles? Tu

compañero de fechorías me preparó un pequeño viaje, y eso que no soy muy amigo de las sorpresas a horas intempestivas. Pero he de confesar que mereció la pena el trayecto hasta la Fuente del Francés. ¡Qué maravilla de escena recreamos en el interior de la cueva!

El conductor permaneció con gesto serio y la cabeza gacha, mostrando sumisión. No comprendía del todo la naturaleza psicótica de su patrón y sospechaba que no le gustaba que le interrumpieran ni le llevaran la contraria, aunque no tuviera razón. Sabía que se encontraba en sus manos y además, tras escuchar sus elogios hacia Cómodo, en inferioridad de condiciones por lo menos en esa segunda prueba de la competición.

Así que asintió levemente y se aprestó a escuchar el resto de la explicación. Don José María se explayó sobre lo ocurrido en el interior de la cueva, elevando aquella carnicería a la categoría de epopeya griega. A Damián se le revolvió el estómago al escuchar las barbaridades que salían de boca de aquel enajenado, pero solo podía darle la razón como a los trastornados e intentar salir de allí lo antes posible.

Hubo un momento en el que desconectó, mientras el millonario deliraba al narrar su batallita nocturna. Le pareció escuchar algo sobre su impulso criminal y la paz interior que había logrado al expulsar ese demonio antinatural que le acongojaba. Por fin había liberado su verdadero yo, o algo así, al torturar al pobre muchacho. Menuda sarta de tonterías que soltó en un momento, la enajenación se había apoderado de su mente enferma.

Damián intentó alejarse de allí, por lo menos con su pensamiento. Evocó los buenos momentos vividos con su familia, demasiado lejanos en el tiempo. Pero la bilis trepó entonces por su garganta, sin permitirle ni un momento de sosiego. Su subconsciente acabó por regalarle otras imágenes infinitamente más amargas, como todo lo relacionado con sus deudas, las discusiones con su mujer o el inminente desahucio que no había podido evitar.

Y claro, sus pensamientos se retrotrajeron hacia el momento en el que perdió su humanidad por completo. La noche en la que se convirtió en un asesino cruel y sanguinario, olvidando cualquier esperanza de redención para su alma pecadora.

Fue el momento más complicado de su existencia, la madrugada terrible que le atormentaría por el resto de sus días. El antiguo mecánico había sobrepasado la línea y dejó atrás la lucidez para convertirse en algo que siempre había odiado. Ya no se trataba de pequeños hurtos o del secuestro fallido de Basurto, por mucho que aquellos delitos le hubieran llevado indefectiblemente a la cárcel durante muchos años si las autoridades le hubiesen pillado. No, aquello era mucho más espantoso y ya no tenía vuelta atrás.

Damián se había convertido en un criminal de la peor calaña. Siempre había pensado que le costaría mucho arrebatar la vida de otro ser humano llegado el caso. Y que, como mucho, podría matar a otra persona en una lucha a muerte por salvarse él, y solo en legítima defensa. Nunca imaginó realizar su primer asesinato en su escala más alta, con premeditación, alevosía y sin que la víctima le hubiera hecho nada ni pudiera defenderse de su agresor.

Lo peor de todo es que en ese momento imaginó que aquel hecho no sería algo puntual y que el psicópata de don José María le tenía preparadas pruebas cada vez más difíciles. Le había prometido que si llegaba hasta el final del juego todos sus problemas burocráticos y financieros quedarían enterrados para siempre. Pero allí lo único que habría que enterrar de momento sería el cadáver de la joven estudiante que había matado.

Ejecutó con maestría el plan para secuestrar a la chica en el entorno de Mataleñas y consiguió introducirla en el maletero del coche sin que nadie se percatara. Condujo con cuidado para salir de la ciudad y se dirigió hacia la nave solitaria en la que su patrón había dispuesto todo para que pudieran trabajar a gusto. Tenía instrucciones precisas para poder cumplir los requisitos de la maldita prueba y así conseguir los primeros puntos en una competición en la que tenía muy complicado ganar el premio final.

No podía perder demasiado tiempo si quería dejarlo todo dispuesto para esa misma noche, antes de que despuntara el alba. En aquel instante, Cómodo se le había adelantado y ya tenía los primeros puntos en su casillero, por lo que él debería esforzarse más para alcanzar lo que el psicópata de su jefe quería conseguir a través de las dichosas pruebas.

Damián asumió que nunca saldría con bien de aquella locura, ni siquiera aun ganando la competición ante los ojos de don José María. Sabía que podía meter la pata en cualquier momento y llamar la atención de las autoridades. Sí, había recibido entrenamiento de tipo militar, sobre todo en la parte física y en la táctica, que le serviría para acercarse a sus víctimas. Y después, algo de ciencia forense para no dejar rastros que pudieran incriminarles. No era ningún experto en el tema y podía fastidiarlo todo, pero no le quedaba otro remedio.

Todavía le quedaba por acometer la peor parte de todo el proceso: el crimen en sí. Debía matar a la chica con sus propias manos, según las instrucciones recibidas, de una forma lo más íntima y personal posible. Y lo peor de todo, debía grabarlo para la posteridad, aún a riesgo de incriminarse para siempre en un delito de tamaña gravedad.

Al puñetero Imperator deberían encerrarle en un psiquiátrico. Días antes de esa aciaga noche les convocó a una reunión en la biblioteca para explicarles las pautas a seguir en la competición. Cómodo parecía tranquilo, casi relajado, al escuchar las barbaridades que salían de boca de aquel demente. Pero Damián se sorprendió ante las nuevas instrucciones, asqueado y estupefacto. No le quedó más remedio que apechugar con la situación y seguir adelante si quería tener una oportunidad de salvarse.

Don José María les habló de una historia extraña sobre su pulsión criminal y otros conceptos que se escapaban a la razón. Al antiguo mecánico le sonaba todo a chino, pero tuvo muy clara una cosa: el ricachón estaba como una cabra y les iba a conducir también a ellos al fondo del abismo. Cómodo parecía encantado con la situación y él no podía hacer otra cosa que dejarse llevar ante las circunstancias.

Ninguno de los dos contendientes quiso interrumpir a su jefe, que continuó con su digresión, un soliloquio que parecía haber ensayado más de una vez.

—No sé el tiempo que durará esta pequeña época de tranquilidad dentro de mi enfermedad. Tengo que aprovechar este valle en cuanto a dolor y pérdida de funcionalidad para llevar a cabo nuestro plan maestro. Os aseguro que pasaremos a la posteridad, queridos míos. No me falléis, os lo ruego.

Cómodo asintió, al parecer satisfecho, mientras Damián rezaba para que aquel suplicio terminara cuanto antes y pudiera regresar a sus tareas, aunque fueran tan ingratas como preparar un asesinato.

—Mi equipo de investigación os preparará los informes más completos que os podáis imaginar sobre las víctimas potenciales. El resto es cosa vuestra. No sé si habéis oído hablar del síndrome de Münchhausen por poderes. Esto será algo parecido. Podéis pensar que estoy tan loco como los que sufren esa enfermedad, pero me da igual. El caso es que vosotros cometeréis esos crímenes también por poderes, por así decirlo, ya que yo soy el inductor y el que querría disfrutar del maravilloso momento de arrancar una vida y entregar el alma de un pobre desgraciado a su Creador.

Don José María era un poco meapilas, eso lo supo Damián en cuanto entró en esa casa, pero parecía que cometer esos pecados mortales de necesidad no le afectaba lo más mínimo. Al contrario, lo estaba disfrutando a su modo particular. Así que cuando los participantes de tan extraña competición supieron que el *leitmotiv* principal de las recreaciones posteriores a los asesinatos, por lo menos en su primera prueba, tendría que ver con Jesucristo y los orígenes del cristianismo, no les sorprendió lo más mínimo.

Damián conoció los problemas que su rival tuvo tras secuestrar a las víctimas de su primera prueba. Don José María parecía cabreado, incluso colérico, cuando tuvo conocimiento de lo sucedido. No obstante, después pareció satisfecho con el resultado final, aunque solo tuviera unas pocas fotografías para hacerse una idea del escenario fabricado por el hombre de Hong Kong. Una situación

complicada, con dos personas que secuestrar, asesinar y colocar en su escenario. Menos mal que no le había tocado a él comenzar con semejante reto.

El chófer escuchó las palabras de Imperator sobre *La Piedad* recreada por Cómodo y estuvo tentado de buscar información en la Red. Tenían prohibido hacer cualquier tipo de búsqueda con sus móviles habituales y solo debían utilizar los de prepago para comunicarse con su jefe por SMS, unos aparatos sin acceso a internet para prevenir posibles curiosidades o despistes. Sabía que las autoridades podrían rastrear ese tipo de búsquedas y era la mejor manera de pasar desapercibidos.

Así que a Damián no le quedó más remedio que acudir a la amplia biblioteca de la casa para averiguar qué demonios era eso de *La Piedad*. Cuando lo encontró, tuvo que darle la razón al patrón. Cómodo había salido muy bien de la situación. Su enemigo no pudo utilizar la cámara de vídeo para grabar las muertes, pero su recreación había maravillado a don José María, a tenor de las palabras de elogio que soltó el millonario en su presencia.

Por culpa de ese pequeño desastre al comenzar la competición, ahora les obligarían también a grabar los dichosos crímenes, aparte de cometerlos. No ignoraban que esa sería la forma perfecta para que el cabrón les tuviera pillados por los huevos, pensó entonces Aquiles, ya que aparecerían a cara descubierta mientras acababan con la vida de sus víctimas. Un modo más de tenerles controlados, por mucha excusa que don José María pusiera sobre que quería sentir la vulnerabilidad de esas personas que estaban a punto de pasar a mejor vida.

Y claro, conociendo la seguridad de las operaciones, nada de grabar las escenas con un *smartphone* o teléfono algo moderno. Los archivos dejaban rastros, ya fuera en la nube o en la memoria de los aparatos electrónicos, por mucho que hubieran sido borrados. Así que utilizarían una vieja cámara de vídeo de las de toda la vida para que don José María se deleitara en la soledad de su dormitorio con unas grabaciones totalmente *gore* que no podían caer en manos ajenas.

«¿Se masturbaría viendo las imágenes?», llegó a pensar Damián. Su jefe estaba al borde de la locura, si no la había sobrepasado ya, pero él y su némesis, por lo menos durante aquella trifulca tan peculiar, debían mantenerse firmes y cuerdos si querían llegar hasta el final.

—Y recordad que estáis en mis manos, no intentéis ninguna tontería. El ganador tendrá una recompensa suculenta, un premio en metálico suficiente para satisfacer todas vuestras necesidades. Y se llevará también alguna sorpresita más por mi parte. Solo tenéis que cumplir las instrucciones y no cagarla por el camino.

Algo que parecía tan sencillo al escucharlo en palabras del organizador, pero que se complicaba según se iban sucediendo las diferentes fases de cada prueba. Damián había pensado en la forma de presentar el cuerpo e incluso en la ubicación, una recreación llamativa que esperaba captara también la atención del que otorgaba las puntuaciones. Pero todavía no tenía muy claro la forma de matar a la chica.

Al final, ató y amordazó a la víctima, sentada en una silla, y dispuso un espejo de cuerpo entero enfrente de ella. Primero la grabó con la cámara cuando despertó de su letargo y empezó a patalear al verse así en presencia de un extraño. No podía darle la oportunidad de chillar, ni siquiera de hablar con él, para poder deshumanizarla y acabar con su vida sin demasiado sufrimiento. No era un sádico, y si no lo hacía de manera rápida nunca sería capaz de cometer el crimen. Ni pulsión criminal ni leches, él solo lo hacía porque no le quedaba más remedio.

Dejó la cámara grabando y la depositó en una mesa auxiliar situada detrás de la muchacha, apuntando hacia el espejo donde se reflejaba su imagen. Entonces se acercó por la espalda y respiró profundamente. No quería mirar a la chica, ni siquiera a través del espejo, para no desfallecer en su misión. Solo tenía que imaginar que se encontraba ante una gallina o un conejo, un pequeño animal que tendría que sacrificar para llevar comida a su familia. Nada más y nada menos, algo que no era nada fácil.

Cuando ya estaba colocando los brazos para hacerle una presa a la víctima, tuvo la mala idea de mirar un segundo al frente. Pudo distinguir entonces la mirada de pánico que se adivinaba en los ojos de la universitaria, una joven que pareció comprender lo que iba a pasar. El miedo reflejado en sus pupilas dio paso a una especie de petición muda de auxilio, pero ya era tarde. Damián situó sus poderosos brazos en posición, la cogió de la cabeza y efectuó un movimiento brutal de torsión.

Le había partido el cuello a una víctima que languidecía en aquella silla desvencijada, en el interior de una nave infecta que impregnaba su piel y su ropa con el hedor de la muerte. No tenían permiso para utilizar guantes durante el crimen, así que tuvo que limpiar todo a conciencia por miedo a dejar rastros de ADN en el cuerpo de la muchacha. Había cogido a la chica del cráneo para evitar dejar huellas dactilares, pero se aseguró también de limpiar el escenario.

Cómodo ya había utilizado con anterioridad una solución acuosa con una base química preparada por el equipo de don José María para borrar todo tipo de rastros, así que Damián en su papel de Aquiles hizo lo mismo. Durante la etapa de limpieza sí podía utilizar guantes, así que se puso unos de goma para intentar no dejar ninguna pista en el cuerpo de la joven. Lo limpió a conciencia y se deshizo de toda su ropa, quemándola en un bidón preparado para tal menester.

Se había planteado despistar a los investigadores con alguna pista falsa, sin que llegara a convencerle del todo la idea. No pensaba tocar el cadáver con sus manos desnudas, pero tal vez si introducía algún objeto en el cuerpo de la víctima para simular una agresión sexual, aunque fuera *post mortem*, podría confundir a la policía y hacerles creer que se trataba de un maníaco sexual. Incluso pensó en marcarla o arrancarle alguna parte de su cuerpo, pero al final desechó la idea por completo. No pensaba profanar el cadáver por nada del mundo. Eso sí, decidió que la dejaría desnuda para mostrarla al mundo en todo su esplendor, como un Jesucristo femenino que diera su vida por los impíos y pecadores.

Tal vez a don José María le pareciera una blasfemia su recreación, algo irredento que iba contra sus principios morales y religiosos. Pero Damián, en su momento de rebeldía, sintió que Aquiles —aquel engendro que su jefe había creado— tomaba el mando de sus manos para ejecutar la obra. Utilizaría después un sistema de poleas para colgar el cuerpo, con sujeciones en cabeza y brazos para simular la crucifixión, y rezaría para que nadie le viera en plena noche.

Así que condujo de nuevo hasta Bilbao por la autovía A8, evitando el peaje de la N-637 en los túneles de Artxanda, aunque fuera el camino más corto desde Barakaldo. Entró por San Mamés, dejó atrás la plaza del Sagrado Corazón y cruzó el puente Euskalduna sobre la ría, recorriendo la Ribera de Botica Vieja hasta el puente de Deusto.

Siguió un poco más allá, pasando por debajo de la pasarela Pedro Arrupe, su destino final. Aparcó el coche en la avenida de las Universidades, justo en la salida de emergencia situada al lado de la Universidad de Deusto, y sacó el cuerpo del maletero con todos los aparejos necesarios. Afortunadamente, todavía funcionaba el ascensor instalado bajo la pasarela peatonal, conocida también como el puente de la Universidad de Deusto, por lo que no tuvo que cargar el cuerpo a pulso para subirlo por las escaleras.

Se había colocado un pasamontañas como medida de precaución, por si alguna cámara le captaba antes o después de la ejecución de su plan. Serían cerca ya de las tres de la madrugada y por allí no se veía a nadie, pero nunca podía estar uno seguro. Siguió las directrices que se había marcado a la mayor velocidad que pudo y salió de allí como alma que lleva el diablo.

Se sintió extrañamente sereno tras escapar del escenario irreal que había preparado, casi como si se encontrara levitando fuera de su cuerpo. Quizá su verdadera esencia le había abandonado al caer en las garras del demonio que se había apoderado de sus actos. Él ya no tenía salvación, solo esperaba poder al menos salvar a su familia. Lo peor era saber que aquella locura la acabarían también pagando de un modo u otro.

Hasta ese momento, aún podía aferrarse a su pequeña oportunidad. Don José María le había asegurado que él había sido el único ganador de la primera prueba, lo que le daba un respiro. En la segunda se encontraba en desventaja, pero no todo estaba perdido. Si lograba superar a Cómodo y obtener más puntos que él en esa ronda, podría ganar el duelo final con una ventaja de dos a cero. En caso contrario, lo más probable, tendría otra oportunidad con la ronda de desempate.

La preocupación regresó para rasgarle el estómago con sus afiladas uñas tras enterarse de que andaban tras su pista. Creía haber sido cuidadoso, pero él no era un delincuente profesional y además se enfrentaba a unos policías acostumbrados a perseguir criminales mucho más experimentados. Cómodo y él habían utilizado el mismo proveedor de matrículas para cambiarlas en sus respectivos vehículos y sin embargo parecía que su Renault 19 se encontraba en el radar de las autoridades más que la furgoneta negra de su rival. O eso le aseguró el inductor de aquella barbarie, otro detalle que debería tener en cuenta.

¿Y si don José María ya había elegido un ganador? No podía obviar que Cómodo había sido su hombre de confianza durante los últimos años. Él era solo un recién llegado a la casa, un advenedizo que habían elegido para darle algo de vidilla al asunto. Necesitaban un contrincante para que el juego fuera más divertido, pero quizá el millonario ya se había aburrido de toda esta historia y ahora le iba a dejar caer.

No, eso no podía ser cierto, eso los arrastraría a todos en su caída. Damián intentó atender a la perorata de su jefe mientras la procesión iba por dentro. No creía que se diera cuenta de su despiste, más preocupado por su propia situación que por escuchar las andanzas del torturador tullido. ¿En verdad se creía que era un héroe griego por arrebatarle la vida de ese modo a un ser humano indefenso? La locura se había apoderado de esa casa y él solo quería salir de allí para evitar caer también en sus garras.

Lo tenía muy difícil, por no decir imposible. Había vendido su alma al diablo, entregándole el control de su vida en un acto

desesperado. Don José María le había prometido un jugoso premio en caso de ganar, pero eso no le aseguraba que pudiera salir vivo o libre de la cárcel. Se encontraba en una situación límite y su familia dependía de su éxito, sin que pudiera confiar plenamente en las promesas del siniestro personaje. Desde que puso un pie en aquella casa de los horrores, se había sumido en un auténtico descenso a los infiernos. Maldita la hora en que aceptó ese trabajo, por mucho que necesitara el dinero.

Nunca imaginó que fuera capaz de cometer un asesinato a sangre fría, aun estando la vida de sus seres queridos en juego. Jamás se lo perdonaría mientras viviera, y ese tormento le castigaría durante el resto de noches de su existencia. Una existencia que ni siquiera pretendía alargar, a no ser que pensara en la familia que dejaba atrás. Por él se hubiera quitado la vida en ese mismo momento sin que eso llegara a solucionar los problemas. Y por supuesto, no podía entregarse a la policía porque esa acción acabaría con su familia para siempre.

Siempre había luchado por los suyos, y eso que había cometido muchas equivocaciones a lo largo de los años. Abandonó su tierra natal para buscar un trabajo digno en el País Vasco, una región en la que parecía que podría encontrar su lugar en el mundo. Siempre le costó mucho salir adelante, llevando a gala su honradez y profesionalidad en todos los puestos de trabajo a los que accedió. Tenía conciencia de clase y sabía que jamás llegaría a ser un hombre importante, tan solo pretendía ganarse la vida con el sudor de su frente y poder mirar a cualquiera a la cara. Algo que había perdido por el camino para no recuperarlo jamás.

Las circunstancias de la vida le llevaron a convertirse en un experto mecánico y a trabajar en diferentes talleres en Bilbao y sus alrededores. Intentó siempre cumplir con su cometido, pero la providencia tenía otros planes para él. Ya fuera por problemas empresariales, por desavenencias con jefes o compañeros o por las dichosas crisis que se encadenaban una tras otra, nunca terminó de asentarse en un trabajo estable.

Lo peor vino cuando escuchó los cantos de sirena que se lanzaban desde todos los altavoces mediáticos. Todo español de bien tenía que comprar una buena casa para su familia e hipotecarse durante treinta años porque eso es lo que demandaba la sociedad. Los intereses bancarios se encontraban muy bajos y había que aprovechar la oportunidad. Su mujer se empeñó en que se compraran un hermoso adosado en Castro Urdiales, una localidad cántabra cercana a Vizcaya cada vez más llena de bilbaínos, y firmaron un contrato con el banco que no sabía si podrían pagar en su totalidad.

Y entonces llegó el desastre. Corría el año 2008 y el mundo globalizado entró en crisis, por no hablar de su taller, que despidió a casi toda la plantilla. El Euríbor comenzó a subir y cada vez les costaba más pagar las cuotas de la hipoteca. Trapicheó durante varios años para sacar adelante a su familia, pero al final claudicó, agotado tras luchar contra unos molinos que en verdad sí se habían convertido en gigantes.

Aceptó el trabajo de chófer para un ricachón de Neguri porque necesitaba el dinero para pagar sus necesidades básicas, con la idea ya asumida de que en breve los echarían de su propia casa. Había intentado negociar con el banco BIB, pero esos desgraciados se negaron: no entendían de sentimentalismos, solo querían su dinero. Damián no se alegraba por los muertos de la familia Labarrieta, pero en su fuero interno tenía que reconocer que no le parecía tan mal que el banco se hubiera pegado un buen batacazo. Y todo gracias a la inventiva de don José María y su perro fiel, el mismo que recreó la sacrílega Piedad en esa cueva frente al mar Cantábrico.

¿Se habían vuelto todos locos en aquel lugar? Damián nunca fue demasiado religioso, pero sabía que había perdido toda oportunidad de salvación. Su alma atormentada ardería en el infierno, si es que de verdad existía ese lugar. No podía quitarse de la mente los ojos de pánico de la joven universitaria al percatarse de su inminente final. El chasquido de su cuello al partirse le martirizaría durante el resto de sus días, un sonido mortal que se le había metido en el oído interno y le provocaba náuseas imposibles de evitar. El mínimo

castigo que se merecía por haber acabado con la vida de una chica inocente.

Por su mente pasaban ideas cada vez más locas para acabar con tanto sufrimiento: tirarse por los acantilados, entregarse a la policía o, la mejor de todas, inmolarse junto a toda esa panda de indeseables. Solo tenía que prender fuego a la mansión por la noche, cuando todos durmieran, y esperar que las llamas acabaran con tanta podredumbre.

Eso no salvaría a su familia ni impediría que los echaran a la calle como a un perro abandonado. Así que seguiría tragando mierda hasta que su benefactor quisiera, mal que le pesara. No le quedaba otra que transigir e intentar lograr su objetivo final: resultar ganador de la competición más cruel jamás inventada.

Creía que iba a recibir algún tipo de castigo al saber que la policía le andaba buscando, pero al parecer su jefe no albergaba esa idea. Debía aprovecharse de su buen humor tras ver cumplido su último deseo, el ansia asesina que parecía devorarle por dentro, por lo que guardó fuerzas para el siguiente combate. El final estaba muy cerca, para bien o para mal, y solo tenía que dejar pasar la tormenta.

—Creo que lo mejor es que aguardemos unos días para continuar con nuestro pequeño entretenimiento. Aprovecharé para hacerme unas pruebas médicas que tengo pendientes y así vosotros podréis descansar un poco, tanto de mi presencia como de una competición que puede llevar a cualquiera al límite de sus fuerzas, sean físicas o mentales. ¿Os parece bien?

—Claro, no hay problema —contestó Damián mientras su rival asentía.

—Perfecto entonces. Os dejaré algunas instrucciones para estos días, no quiero que os desmandéis demasiado. Y así de paso voy pensando en la siguiente prueba, querido Aquiles. Te plantearé también un pequeño reto antes de adentrarnos en el meollo de la cuestión. No sé si será también al estilo de *El tiempo es oro* o se me ocurrirá alguna otra cosa.

—A mandar, jefe, estamos a su entera disposición —contestó Damián displicente.

32
La tentación vive muy cerca

Santoña (Cantabria), 23 de junio de 2022

La investigación avanzaba a trompicones en todos los casos abiertos desde el descubrimiento de los cuerpos en La Ojerada, pero parecía que tanto esfuerzo realizado comenzaba a obtener sus frutos. No es que les fueran a dar la medalla al mérito, pero al menos el gesto del teniente Gálvez se notaba un poco menos avinagrado. Algo que Milene agradeció, ya que parecía que siempre le caían a ella las broncas por ser la novata en la unidad.

Esa misma tarde habían tenido una reunión en el edificio principal de la policía judicial de Santoña a la que solo asistieron miembros de la Guardia Civil. Con la Ertzaintza tenían comunicación directa a través de los diferentes mandos a cargo de los operativos, pero no veían apropiada una reunión conjunta con todos los investigadores implicados, por lo menos durante esa semana. Esas eran las directrices de los que mandaban y ella no iba a cuestionarlas.

De todas formas, Milene se pasaba el día con Koldo y convivía con Carmen, por lo que estaba también bastante informada sobre los avances de la pareja que formaban la guardia Ramos y el subinspector Aguirre. Solo le faltaba conocer los entresijos de más alto nivel, los relacionados con la alta política, que era dónde realmente se tomaban las decisiones importantes.

—Muy bien, voy a hacer entonces una recapitulación y asignaré tareas para continuar en la brecha. Todavía nos llevan ventaja los malos, pero estamos más cerca. Y no quiero incidir en lo que ya sabéis: los vascos no nos pueden comer la tostada.

Milene sabía que lo del operativo conjunto no funcionaba exactamente como un reloj. Sí, habían formado parejas de un ertzaina con un guardia civil y a veces trabajaban juntos, pero en

muchos momentos del día cada uno se preocupaba de reportar a su jefe inmediato. Y esos jefes tenían a su vez otros superiores que les apretaban las clavijas. De ahí que hubieran dispuesto medios adicionales, tanto en la Comandancia de Santander como en la Compañía de Santoña, para que ayudaran a los investigadores principales en su tarea.

Era consciente de que en la comisaría principal de Erandio hacían lo mismo. Todos los técnicos que cribaban las imágenes de las cámaras de tráfico o buceaban en registros telefónicos hacían horas extras para satisfacer la ambición de sus responsables. Ambos cuerpos de seguridad querían arrogarse el mérito de descubrir a los culpables y habían puesto toda la carne en el asador. Y más les valía, tanto en Cantabria como en el País Vasco, antes de encontrarse con un problema mayor. El mismo que mencionaba en ese momento el teniente Gálvez.

—No voy a ponerme a chillar de nuevo, ya tuve bastante ayer cuando me enteré del desastre. Tengo el colesterol por las nubes y el médico ya me ha avisado. No quiero que me pegue un chungo si me sube de golpe la tensión, así que me lo voy a tomar con algo más de calma.

Se escucharon murmullos sofocados con rapidez por la siguiente intervención de Gálvez.

—Pero no os equivoquéis conmigo. Os juro que acabaré pillando al hijo de puta que ha filtrado la noticia y os aseguro que le pondré de patitas en la calle yo mismo. Eso si no se lleva primero dos hostias bien dadas de mi parte, sobre todo por jodernos la investigación. Y me da igual que sea hombre o mujer, podéis llamarme machista o lo que os salga de ahí mismo. Me la suda todo ya, me cago en la puta. ¿Ha quedado claro?

Nadie se atrevió a hablar en voz alta y solo se escuchó el zumbido de las moscas en la sala. Milene echó un vistazo alrededor y únicamente divisó gestos compungidos y cabezas agachadas. Todos conocían el carácter volcánico del teniente, que se exacerbó el día anterior al enterarse de la mala noticia: los periódicos abrían

portadas con el asesinato del nieto de Lazcano, el gran jefe de la mayor compañía eléctrica española, y se estaban ensañando con ellos.

Los medios acusaban a las autoridades de ocultar la verdad, a sabiendas de que la sociedad demandaba saber lo que ocurría. Un asesino en serie estaba acabando con la vida de los familiares de algunos de los hombres de negocios más importantes del país y nadie parecía tomar las riendas de la investigación. Eso es lo que se mencionaba en artículos de opinión o lo que decían en tertulias de tres al cuarto los periodistas que se recreaban con la noticia. Nadie hablaba durante esos días de la pandemia o de la guerra en Ucrania, ya no había otro tema de conversación más interesante que tratar. Y claro, las presiones se intensificaron.

—Por lo menos no han publicado fotos del muchacho ahí colgado con las tripas al aire. Si llega a suceder, igual hasta nos cierran el chiringuito, los ánimos están muy caldeados. Nos han llamado de la central y están que trinan, no os hacéis una idea. Y eso no es todo. El ministro viene de visita desde Madrid y no piensa marcharse hasta que se solucione todo. Os podéis imaginar lo bien que se lo han tomado los jefes. Solo nos falta tener aquí al político ejerciendo de juez de instrucción y organizando nuestro trabajo. Así que más nos vale ponernos las pilas.

Gálvez continuaba con su soliloquio y su audiencia comenzó a ponerse nerviosa. Todos eran conscientes de la situación, no hacía falta tratarlos como a niños. La profesionalidad de los allí presentes se daba por supuesto y todos se dejarían la piel para atrapar a los culpables. Por lo menos Milene se había conjurado para darlo todo, intuía que estaban más cerca de la solución y no podían desfallecer tan cerca de la meta.

—Tenemos ya los resultados de la autopsia. Al parecer, le arrancaron el corazón cuando todavía se encontraba vivo, menudos hijos de perra. Por lo menos, a este cadáver no lo limpiaron después de muerto con el mismo producto que a las anteriores víctimas y los forenses andan buscando huellas o rastros de ADN que nos puedan servir.

El oficial desgranó otros datos que interesarían a los investigadores allí reunidos. Al parecer, el chico vivía solo y no tenía mucho trato con su familia, por lo que nadie alertó de su desaparición en Bilbao. Desde Erandio hablaron con su empleador y este les mencionó el mensaje que recibió como excusa de Egoitz para ausentarse unos días por asuntos familiares.

—La Ertzaintza está investigando ese WhatsApp y nos mantendrán informados. Al parecer, también presionan a la compañía telefónica para conocer los últimos mensajes y llamadas de la víctima. Eso sí, han conseguido ya la última ubicación con la triangulación del móvil antes de que lo apagaran. Creen que al chico lo secuestraron en lo alto de un monte a las afueras de Bilbao, en una zona llamada Cobetas, que fue donde se perdió la señal del teléfono y apareció malherido su perro, un *border collie*. Así que ahora nos toca a nosotros.

—Ejem, perdone, teniente… Lo del compuesto químico —le interrumpió Merino.

—Ah, sí, se me olvidaba. Los forenses han encontrado una sustancia extraña en el organismo de la víctima. A ver, un momento, tengo que consultar mis notas. Sí, eso, se trata de una neurotoxina. Por lo visto, han aparecido trazas de ese compuesto en el análisis toxicológico. Creo que es algo así como un bloqueante muscular que se utiliza a veces en medicina, pero que también sirvió al criminal para dejar a la víctima completamente a su merced.

Milene recordó haber leído algo parecido en algún sitio, pero relacionado con el curare, sobre una persona que quedó paralizada, sin poder hablar ni moverse, mientras se enfrentaba a otro tipo de criminal. Sintió entonces una especie de escalofrío al intentar ponerse en la piel de la víctima, tratada peor que a un animal en el matadero. El asesino le había inyectado esa sustancia para evitar que se resistiera, pero también para mantenerla consciente y alerta mientras le arrancaba el corazón. Una crueldad sin límites que no podía comprender. Decidió guardarse para sí misma dicho pensamiento, no quería interrumpir al teniente durante su exposición.

—Quiero a todo el mundo en marcha. Tenemos que averiguar dónde se puede conseguir esa sustancia del demonio, no creo que sea tan fácil obtenerla si no eres médico o trabajas en hospitales o farmacéuticas. Removed cielo y tierra, me da igual. Si damos con el comprador tendremos a nuestro hombre.

Gálvez siguió asignando tareas. Habría que continuar revisando cámaras que pudieran haber captado alguna imagen del asesino o su víctima, interrogar a posibles testigos, investigar en el entorno de Egoitz Lazcano y cualquier otro detalle que se les ocurriera. Aparte de seguir en contacto con la policía autonómica vasca para no solaparse en sus acciones.

—Y quiero que los del SECRIM vuelvan si hace falta a la puñetera cueva en la que apareció el corazón. Tiene que haber algún indicio, maldita sea, que la peinen centímetro a centímetro si es necesario. Y buscadme también qué coño significa eso de Imperator. El muy cabrón se cree que puede jugar con nosotros, pero vamos a cazarle como a una alimaña.

El día se hizo muy largo, pero por fin pudo salir del edificio de la Benemérita y respirar un poco de aire fresco. Milene decidió dar una vuelta y se acercó hasta el paseo marítimo para despejarse. La noche era agradable y no quería encerrarse en casa, a pesar de saber que al día siguiente madrugaba para afrontar otra jornada de campeonato.

Mientras caminaba por el pueblo sin prestar atención a su recorrido, la joven llegó a la plaza principal, el verdadero epicentro de Santoña, como le aseguró Carmen el día que salieron a cenar. Eso le hizo rememorar aquella noche, uno de los pocos momentos buenos que había vivido desde que comenzó la pesadilla de unos asesinatos sin sentido que habían sembrado el caos a su alrededor.

Por inercia, siguió sus pasos recordando el camino que trazó en compañía de su amiga y los dos ertzainas. Una sonrisa triste apareció en su rostro al evocar su baile y ese momento en el que perdió la compostura y estuvo a punto de estropearlo todo. ¿De

verdad sería capaz de arruinar su vida por un hombre? Milene valoraba mucho su carrera, por lo que apartó esos pensamientos de su cabeza. Solo fue un momento de debilidad, un lapsus fugaz en el que se dejó llevar por el alcohol y las hormonas revolucionadas. Igual lo que necesitaba era un buen revolcón para oxigenar la piel y relajarse un poquito.

Pero no con Koldo. O no por lo menos mientras continuaran trabajando juntos. Y no solo por ella, tampoco quería meter en un lío al pobre chico, recién reincorporado a su puesto después de pasar por momentos tan difíciles. Le daba cierta ternura al pensar en él y presentía que existían otros sentimientos involucrados. ¿Por qué no dejaba de pensar en el dichoso subinspector?

Poco después llegó al paseo marítimo, que se encontraba también a tope de actividad en una noche que invitaba a disfrutarla al aire libre. Caminó con tranquilidad mientras la acariciaba la brisa marina y dejó atrás el embarcadero del que salían los barquitos que unían ese punto con la cercana villa de Laredo a través de su playa de El Puntal. Un corto recorrido atravesando la bahía que a simple vista parecía poder realizarse incluso a nado con el mar en calma.

Milene era ajena al bullicio de los parques colindantes a ese paseo de Pereda por el que transitaba. Al fondo, la imponente estructura del Fuerte de San Martín custodiaba Santoña desde su atalaya con varios siglos de historia a sus espaldas. Pretendía sobrepasar ese edificio y continuar más allá para descubrir qué había al final de ese trayecto tan frecuentado por los habitantes del pueblo, sin que le llegara a dar tiempo antes de ser interrumpida de nuevo.

La vibración de su teléfono le avisó de la llegada de un WhatsApp. Estuvo a punto de ignorarlo y seguir paseando, pero no pudo resistirse. No quería ilusionarse al pensar que se trataba de Koldo para no llevarse una decepción. Abrió la aplicación de mensajería y por un instante rogó para que no hubieran encontrado un nuevo cadáver en cualquier otro punto turístico de la comarca. Al fin pudo respirar tranquila al comprobar que solo se trataba de Carmen invitándola a tomar algo con ella en una terraza cercana.

No pudo negarse y aceptó la invitación. Sabía que sería contraproducente para su salud mental, porque los detalles más escabrosos ocurridos en los últimos días saldrían de nuevo en la conversación, pero no tenía a nadie más con quién compartir sus desdichas. Solo esperaba que no les diera por ahogar sus penas en alcohol, ya que al día siguiente les esperaba otra jornada igual de complicada.

33
La guarida del monstruo

Comisaría de Erandio (Vizcaya), 24 de junio de 2022

Tras innumerables consultas y llamadas efectuadas a lo largo de las últimas horas entre técnicos, investigadores y altos mandos, incluyendo el definitivo toque de atención que el ministro del Interior efectuó a su homólogo del ministerio encargado de la Seguridad Social, gracias a la intermediación de Bermejo, por fin habían conseguido una buena pista sobre el paradero del principal sospechoso para las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado.

—¡Lo tenemos, Milene! —exclamó entusiasmado el subinspector Galarza tras encontrarse con ella en las instalaciones de la Ertzaintza.

Koldo sabía por medio de su compañero Ander que las dos guardias civiles se acercarían hasta Erandio a primera hora para continuar trabajando por parejas en las pesquisas de los casos asignados. Carmen y Aguirre se dirigieron hacia otro departamento mientras ellos se quedaron junto a su mesa de trabajo, llena de listados interminables de nombres, direcciones y teléfonos.

—¿De qué me hablas? —preguntó entonces la suboficial de la Benemérita.

—De una posible pista sobre el tal Damián, se escondía bien el capullo. Hemos tenido a un montón de gente cribando listados y dando por saco a la Tesorería de la Seguridad Social, al INSS, a Hacienda y a la madre que me parió. Que si la ley de protección de datos, que si la confidencialidad y todas esas monsergas, ya sabes. Se han tenido que poner duros desde arriba para conseguir que avanzara el tema.

—¿Y bien? Mira que te gustan a ti los preámbulos…

Koldo prefirió creer que aquella frase no llevaba segundas intenciones y decidió continuar. Necesitaba concentrarse en lo suyo y proseguir con la explicación.

—Aquí está, por fin hemos dado con el tipo, mira que es escurridizo el capullo. Hemos peinado casi todos los talleres y desguaces del País Vasco y Cantabria hasta que lo hemos encontrado. Se llama José Damián Pérez Tornero, natural de Cieza, provincia de Murcia. Es mecánico de profesión, su último trabajo conocido fue en un taller de Muskiz y tenemos su ficha completa.

—¿También dirección y teléfono? Eso ya sería la leche…

—Pues sí, y mucho más. Ya te digo que los técnicos llevan bastante tiempo con este tema, tenemos hasta sus últimas declaraciones de la renta. Como adelanto te diré que su situación económica no es muy boyante. Más bien al contrario: van a desahuciar a su familia de la casa en propiedad que tienen en Castro Urdiales.

—¡La hostia! Vamos para allá, no perdamos más el tiempo.

—El teléfono está apagado, no íbamos a tener tanta suerte. Parece que la última ubicación del terminal se sitúa cerca de su domicilio, por el que lleva bastante tiempo sin aparecer. Vamos a hablar con su señora esposa, una tal Belén Parra, pero primero quería pasarme por el taller.

—De acuerdo, salgamos enseguida. ¿Harán falta refuerzos? Te recuerdo que es posible que nos enfrentemos a un peligroso criminal.

—No creo. De momento hablaremos con su jefe y a ver qué le sacamos a la mujer. Creemos que lleva tiempo sin dar señales de vida por sus lugares habituales, habrá que seguir el rastro de miguitas de pan. Y si vemos algo raro, siempre podemos llamar a la caballería.

—Por lo menos ya tenemos un nombre. ¿Alguna fotografía decente por ahí?

Koldo le mostró la foto del DNI del tal Damián y otras de perfil más familiar halladas en la cuenta de Facebook de su pareja. Las imágenes tenían ya algunos años y lo más normal era que hubiera envejecido. Por lo poco que se podía colegir con las imágenes fijas obtenidas de la cámara que le captó en Deusto, Damián no había variado mucho su aspecto, pero no lo podían asegurar.

Se trataba de un tipo de mediana estatura, constitución fuerte y rasgos anodinos. Lo más destacable de un rostro francamente olvidable, con ojos tristes de color marrón y pelo castaño con entradas, sería su nariz aguileña y una pequeña cicatriz que asomaba en su pómulo derecho. Detalles que podrían servirles en su trabajo, dispuestos a atraparle de una vez por todas.

La pareja de investigadores se dirigió por la autovía A-8 camino de Muskiz, una localidad vizcaína cercana a Cantabria. Hablaron con el encargado del taller y les confirmó que Damián Pérez había trabajado para él hasta el año anterior. Con la llegada de la pandemia tuvieron que hacer un ERTE parcial en la empresa con algunos de sus empleados, incluido el hombre que buscaban, aunque más tarde rescataron a sus trabajadores y continuaron todos contratados.

Al parecer, algunas decisiones empresariales y los cambios que se produjeron en los contratos de los empleados soliviantaron un tanto los ánimos en el taller. Damián ejerció de portavoz de la plantilla para exigir unas condiciones justas, pero sus reivindicaciones cayeron en saco roto y acabó por discutir con el encargado.

—Ya saben ustedes, la crisis nos afectó a todos y tuvimos que recortar gastos. Para poder mantener a toda la plantilla debíamos apretarnos el cinturón desde el primer hasta el último hombre. Damián se puso muy borde y me tenía revolucionado al personal. Y yo no quiero ningún sindicalista de esos en mi taller, aquí venimos a trabajar.

—Y entonces, ¿lo despidieron? —preguntó Milene.

—No, llegamos a un acuerdo amistoso. Ambas partes nos encontrábamos a disgusto con la situación y decidimos cortar por lo

sano. Un buen finiquito y los papeles del paro, no podía hacer otra cosa si quería conservar mi taller. Y la verdad es que no he vuelto a saber nada de Damián. Era un buen hombre, pero en los últimos tiempos parecía haber perdido la cabeza.

Salieron del taller sin haber obtenido nada en claro, más bien con más preguntas en la cabeza. «¿Qué le habría ocurrido a ese tipo para cambiar de actitud?», se preguntó Koldo. Milene se haría la misma pregunta en voz alta, una vez montados de nuevo en el coche, camino esta vez de Castro Urdiales.

—Parece que la relación contractual no acabó en los mejores términos, no sabemos lo que le ocurrió realmente a ese hombre. ¿Sabéis si tenía deudas de juego o andaba metido en algún lío de drogas o similar?

—No hemos encontrado nada parecido. Sí teníamos constancia de que sus últimas cotizaciones a la Seguridad Social habían sido a través del paro, nada más. Hace varios meses que no ingresa ni un duro, por lo menos de manera oficial y por los cauces reglamentarios. A saber si se está buscando las habichuelas por otro lado.

—Ni idea, la verdad. Por lo que sea, Damián perdió el norte, pero nos sabemos si eso es suficiente para convertirle en un despiadado asesino. Seguimos dando palos de ciego, esperemos que su mujer pueda orientarnos mejor.

Tardaron menos de quince minutos en llegar a Castro Urdiales, un antiguo pueblo de pescadores convertido en una gran urbe debido a la cantidad de construcciones levantadas en su casco urbano al albur de la burbuja inmobiliaria. Multitud de bilbaínos se fueron a vivir allí, empujados por precios más baratos, menores impuestos y la cercanía con sus lugares de trabajo.

—Este pueblo ya no es lo que era, me encantaba venir por aquí cuando era joven, tomar unos potes en su casco histórico o salir de marcha por Castro eran un clásico en mi cuadrilla. Ya no lo reconozco, se ha convertido en otro Benidorm sin alma.

—Otro día nos ponemos nostálgicos, hoy no tenemos tiempo. Estamos cerca y algo no me termina de cuadrar. Muchos lo han pasado mal durante la pandemia o con las crisis anteriores, pero eso no te convierte en un asesino en serie. Un hombre de familia, trabajador y sin antecedentes no se transforma en Jack el Destripador de buenas a primeras. Nos falta algo más, hay un elemento discordante en esta ecuación que no consigo comprender del todo.

—Salgamos de dudas, a ver si su mujer puede ayudarnos a comprenderlo mejor.

Con los datos obtenidos del padrón y el registro de la propiedad se dirigieron hacia el último domicilio conocido de José Damián Pérez Tornero, El Torturador del Nervión, como ya le habían bautizado los medios más sensacionalistas. Allí les abrió la puerta una mujer ojerosa, con gesto abatido y mirada triste, que les invitó a pasar al interior de su casa en cuanto los investigadores se identificaron con sus placas oficiales.

—¿Por qué la Ertzaintza y la Guardia Civil me preguntan por mi marido? No me digan que le ha pasado algo, ya me lo olía yo…

Koldo y Milene se miraron un segundo y decidieron darle carrete a la mujer. El subinspector hizo entonces la pregunta pertinente:

—¿A qué se refiere, señora?

—Pues que llevo varias semanas sin saber de él. Se dejó aquí el teléfono y yo no me sé su pin, así que ni siquiera lo he encendido. La última vez que me llamó fue con un número que no conocía; he probado a marcar ese teléfono y nadie me contesta. Es todo muy extraño, presiento que le ha pasado algo malo. ¿Han encontrado su cuerpo?

—No, de verdad, tranquilícese usted. ¿Ha denunciado su desaparición a la Guardia Civil?

La intervención de Milene tenía todo el sentido para Koldo. Les había costado dar con el nombre del sospechoso, pero nadie había comprobado si existían denuncias previas sobre él, ya fuera por desaparición, malos tratos o lo que fuera. Sí habían constatado que

no presentaba causas pendientes con la justicia, nada más. La señora Parra les sacó pronto de dudas.

—No, la verdad es que no. Me dijo que no me preocupara, que había encontrado un buen trabajo y que, además, todo se solucionaría en unas semanas. Me aseguró que conseguiría el dinero para saldar nuestra deuda con el banco, cosa que a mí me parece imposible.

Koldo inspiró con fuerza antes de continuar. Quizá habían encontrado la veta buena, tendría que insistir por ahí con precaución. Se trataba de una persona vulnerable que lo estaba pasando muy mal, por lo que debía andarse con mucho tacto. La mujer les había abierto las puertas de su casa y contestaba a sus preguntas con sinceridad, ajena a las causas que las autoridades podrían abrir contra su marido en un futuro.

Koldo no se anduvo con remilgos con sus preguntas. Si querían atrapar al asesino, no le quedaba más remedio.

—¿Sabe usted en qué trabaja ahora su marido?

Milene intervino con voz suave y sosegada, intentando calmar a la testigo. Desde luego, no le mencionó lo que ellos sabían: que José Damián Pérez no estaba dado de alta en la Seguridad Social ni trabajaba de manera legal en ninguna parte. Eso hubiera supuesto admitir en parte los motivos por los que preguntaban por su marido, detalle que no pensaban revelar de momento.

—Pues no exactamente. Me dijo que le contrató un ricachón de la margen derecha, un tipo con pasta que tiene varios coches. Creo que trabaja de chófer y también de mecánico. Mi Dami es un manitas, sabe usted. Y como las primeras semanas me pasaba el sueldo casi íntegro y yo podía sacar adelante a mis niñas, pues tampoco protesté ni pregunté demasiado.

—¿En la margen derecha? —quiso ratificar Koldo. Necesitaban acotar más la zona o sería tarea imposible—. Puede que le mencionara algún lugar en concreto, intente recordar. No sé, algo como Neguri, Las Arenas, Sopela…

—La verdad es que no, lo siento. Quizá fuera en Neguri; me suena habérselo oído en alguna que otra ocasión, pero no estoy segura. Y creo que a veces visitaba a un conocido que tenía un bar por el Puerto Viejo, no me hagan mucho caso.

—¿Recuerda el nombre del bar? —preguntó Koldo—. Sería muy importante para nosotros.

—No, lo siento. Creo que el dueño se llama Manuel. Sí, eso es, el bar de Manolo, un andaluz que abrió su negocio hace más de diez años. No conozco el nombre del local ni su ubicación, pero imagino que será fácil de encontrar.

—Muchas gracias por su ayuda, intentaremos localizar ese bar —aseguró Milene.

—Pero no me han contestado, ¿por qué me preguntan todo esto? Díganme la verdad, podré asumirlo. ¿Le ha pasado algo a mi Damián? Muchas veces me daba miedo cuando salía de casa con las llaves del coche tan cabreado y pensé que tal vez había tenido un accidente.

—Tranquila, Belén, no le he pasado nada —aseguró Milene para tranquilizarla con una pequeña mentira—. Ahora que menciona su coche, ¿sabe qué vehículo lleva su marido?

—Pues ni idea, no entiendo de coches. Se le estropeó el vehículo familiar con el que llevaba a las niñas al colegio, la reparación se nos iba de precio y tuvimos que deshacernos de él. A principios de año sé que perdía el tiempo intentando arreglar un coche viejo, pero no sé si lo consiguió. Trastear con esos cacharros le relaja.

—¿Puede ser un vehículo como este? —inquirió Koldo mientras le enseñaba una foto del Renault 19 gris que perseguían.

—Quizá, no lo sé bien. Como les digo, no entiendo de coches. Y sigo sin saber a qué viene tanta pregunta, la verdad.

—Ya acabamos, no se preocupe. Entonces, ¿no tiene usted manera alguna de localizarle? Necesitamos hablar con él, nada más.

—No, ya le digo que no he podido localizarle. Igual me meto en un lío por contárselo, pero me da igual ya. No es la primera vez que

a Dami le pagan en negro, ya saben que está todo fatal. Comenzó a trabajar con el ricachón en febrero y me entregó el sueldo en un sobre, dinero con el que yo me fui apañando sin hacer demasiadas preguntas. Pero la última vez que le vi me trajo mucho más dinero del habitual y eso me escamó.

Habían dado con algo, solo quedaba por tirar del sedal con cuidado. Koldo le hizo un gesto a su compañera para que continuara ella, parecía tener mejor *feeling* con Belén Parra. Y es que a él se lo llevaban los demonios al intentar comprender la situación.

Su marido desaparecía durante semanas, justo en los días previos a su inminente desahucio, y la mujer no hacía nada por remediarlo. Entendía que se bloqueara ante una situación tan poco convencional, pero no comprendía muy bien su actitud. Como si ya se hubiera resignado y no quisiera saber nada más de la vida.

—¿De cuánto dinero estamos hablando exactamente, Belén? No se preocupe, no somos de Hacienda ni vamos a denunciarles por eso.

—Nada menos que treinta mil euros, casi me caigo del susto cuando vi aquel fajo de billetes. Le pregunté de dónde lo había sacado, se cabreó y me dijo que lo utilizara para pagar las deudas pendientes. Aunque con eso no llega ni para empezar con lo que le debemos al puñetero banco. Más de doscientos mil euros, sabe usted. Una auténtica ruina…

—Sí, es mucho dinero. Y esa fue la última vez que le vio…

—Ya se lo he dicho antes. Y tampoco le puedo localizar por teléfono. Siento insistir, pero estoy de los nervios, compréndanme. ¿Me pueden decir de verdad por qué están en mi casa? Si no está muerto, es que se ha metido en algún lío gordo, ¿no?

—Solo queremos hablar con él para descartarlo —intercedió Koldo—. Creemos que tiene algo que ver con una investigación en curso, pero no se preocupe por nada. Tememos que se haya juntado con gente poco recomendable y queremos asegurarnos de que se encuentra bien.

—No me asuste usted. ¿No se habrá metido en asuntos de drogas? Este idiota es capaz de cualquier cosa con tal de sacar dinero para no perder la casa. No puede ser, por favor, no me digan…

—Tranquila, no es nada de eso. Se lo aseguro, no se preocupe —insistió Milene mientras le echaba una mirada furibunda a su compañero. A Koldo no se le daba bien improvisar y se había metido en un charco sin pretenderlo—. Como comprenderá, no le podemos contar los detalles de la investigación, solo queremos contactar con su marido por si puede ayudarnos en algunos aspectos de la misma, nada más.

—Eso espero, no puedo llevarme más disgustos. Bastante tengo ya encima, la verdad. Quizá soy una tonta al esperar un milagro imposible. Pero Dami me aseguró que conseguiría ese dinero costara lo que costase. Soy una ilusa, lo sé, no me queda otra. Si no pienso en que queda algo bueno para nosotros ahí afuera me hundiría sin remedio. Y mis niñas no tienen la culpa de nada, no puedo permitirlo.

—No se preocupe, Belén. Y espero que todo se solucione más pronto que tarde. Tenga nuestros teléfonos de contacto por si averigua algo de su marido. Es muy importante que nos avise, de verdad.

—Claro, así lo haré. Y si ustedes lo encuentran primero, llámenme también, se lo suplico. Estoy en un sinvivir y ya no puedo más.

—Así lo haremos. Muchas gracias de nuevo por atendernos, nos mantendremos en contacto.

Koldo y Milene se despidieron de la mujer y salieron de allí con más dudas de las que tenían antes de entrar en su domicilio. ¿Dónde se habría metido Damián? El misterio se hacía cada vez más extraño y el tiempo se agotaba.

34
La hora de la verdad

Punta Galea (Vizcaya), 24 de junio de 2022

Cuando se me pasó la euforia, después del subidón de endorfinas que me proporcionó mi fiel Cómodo con la velada más deliciosa de la historia, tuve que parar un momento y reflexionar sobre la situación. Mis contactos me habían advertido sobre el devenir de las investigaciones y no podía esconder la cabeza en un agujero al igual que hacen los avestruces, como si no pasara nada. La situación parecía grave y tendría que preparar bien el plan de emergencia por si las cosas se torcían del todo.

Entre la comisaría de Erandio y los mandos policiales que llevaban la Unidad de Investigación Criminal de la Ertzaintza conocía a muchos de los que se afanaban por encontrar a los culpables de los asesinatos. Llevaba varios años tejiendo una sólida red de contactos dentro de la policía autonómica vasca y me jactaba de tener buenos amigos en el cuerpo, pero eso no me valdría de nada si llegaban a sospechar de mí por un instante.

No, yo debía mantenerme en las sombras, sin que mi nombre apareciera en ningún lugar. Tenía la documentación convenientemente preparada por si se daba el caso y a algún agente, patrullero u oficial se le ocurría mencionarme en cualquier mísera línea de un informe policial. Si eso llegaba a ocurrir y conseguían averiguar que yo era el verdadero creador de aquellas maravillas, el inductor de la más bella batalla entre dos seres humanos jamás concebida, no me quedaría más remedio que abandonar mi hogar y desaparecer para siempre.

Medios no me faltaban, y ya tenía arreglados los pormenores para escapar sin pérdida de tiempo en caso de que le viera las orejas al lobo. También tenía dinero suficiente para una larga temporada, aunque en mi caso la esperanza de vida no se prolongara durante muchos años, colocado en varias cuentas opacas que se distribuían entre diferentes paraísos fiscales, y una nueva identidad, con papeles oficiales bien custodiados en mi caja fuerte, además de varias propiedades dispersas en países sin tratado de extradición con España, por lo que pudiera suceder.

Hombre prevenido vale por dos, eso había escuchado siempre desde pequeño. Y yo me atenía a esa norma esculpida a fuego, siempre con mil ojos, atento a cualquier circunstancia adversa que pudiera torcerse en mi camino. De todos modos, siempre quedaba un elemento discordante que no podía controlar desde mi privilegiada posición, por mucho dinero con el que hubiera regado durante años todos los escalafones de poder dentro de la maquinaria del Estado.

En mis negocios a lo largo de los años había hecho muchos amigos y también algunos enemigos. Siempre había tratado de llevarme bien con los políticos y tenía a varios en nómina, sin importarme su ideología. Es la mejor manera de salir adelante, nunca sabes en qué dirección va a venir el viento y uno debe estar preparado para cualquier eventualidad. Por eso me cabreaba al no poder controlar lo que sucedía en la compañía de la Guardia Civil en Santoña.

Con la Comandancia de Santander sí había tenido algún trato en el pasado. Incluso conocía a los mandos de la UCO en Madrid, pero había pinchado en hueso con la unidad de policía judicial de Santoña. Me costaba horrores obtener datos de lo que ocurría en el interior de sus instalaciones. Eso sí, me habían llegado rumores de la profesionalidad y destreza con la que trabajaban dos de sus guardias más

jóvenes, dos mujeres que formaban pareja investigadora con suboficiales de la Ertzaintza encargados de los casos.

Quizá ya iba siendo hora de enviar un mensaje contundente a la sociedad, encargándome de dar una lección que nunca olvidarían a esos metomentodos que creían poder atraparme. Tal vez no fuera una lucha en buena lid, pero nunca he dicho que yo fuera un hombre de ley. No me duelen prendas en utilizar cualquier subterfugio con tal de ganar, me da igual hacer trampas al solitario. Y en esa ocasión yo no podía perder, por lo que no me importaba utilizar todos los medios a mi alcance.

Como sois muy inteligentes, os habréis dado cuenta del patrón que hemos seguido en las pruebas realizadas hasta ahora. Cómodo secuestraba a familiares de personas importantes del País Vasco, enemigos que me he creado a lo largo de las últimas décadas, que luego aparecían asesinados en lugares turísticos de Cantabria. En su caso, las víctimas eran hombres, aunque se había colado por error la exsuegra de Labarrieta en una lamentable actuación de mi pupilo que supo resolver más adelante.

Para el bueno de Aquiles fue más complicado diseñar unas pruebas a la altura, por mi menor relación con la cercana Cantabria. Quise darle una lección al tocapelotas de Pernía con la primera prueba, y lamento confesar que esa pobre niña no tenía la culpa de nada. Daños colaterales, se suelen llamar. Y no la elegimos por su vida dispersa, yo no soy el guardián de la moral, y eso que siempre he sido un poco meapilas a mi manera. Todo fue un cúmulo de circunstancias y la chica se encontró en el lugar equivocado y en el momento menos apropiado, como suele decirse.

Aquiles realizó a la perfección su encargo y se lució con la recreación que organizó después en pleno centro de Bilbao. Ambos contendientes tenían la orden de efectuar sus operaciones de ese modo, para que las autoridades a ambos lados de la *muga* que separa Euskadi de Cantabria

no supieran a qué atenerse. Y ahora me encontraba ante una disyuntiva que debía valorar en su justa medida. ¿A quién le había llegado el turno de servir como nuestro próximo sacrificio a los dioses? Tenía varios candidatos, y entonces una idea disparatada comenzó a posarse en mi cabeza. ¿Y si…?

Había decidido que la siguiente víctima de Aquiles fuera también una mujer y debía tener relación con Cantabria y aparecer después muerta en un lugar emblemático de Vizcaya. Tenía una audaz idea en mente, sin dejar de contemplar otras alternativas. Quizá fuera jugar con fuego, pero no lo descartaría del todo hasta obtener un buen expediente de las chicas con el que poder contentar al contendiente en la justa.

Mientras me ausentaba de casa por unos días para unas pruebas médicas, decidí darle algo de trabajo a mi querido chófer, el bueno de Aquiles. El ganador de la primera prueba tendría que espabilar si quería alcanzar la puntuación de Cómodo en el segundo *round*, algo que se me antojaba casi imposible, pero no quería despreciar el talento de mi nuevo pupilo. Ya me había sorprendido en una ocasión y supe que podría volver a hacerlo.

Le había desnudado mi alma al mostrarle lo que sentí tras arrebatarle la vida al joven Lazcano, esa ceremonia realizada en la cueva en la que hace dos siglos se cobijó un viejo clérigo francés que huía de la convulsa situación en su país. Y eso me dio una idea que podría utilizar para poner a prueba su ingenio.

Aquiles no se había criado en las calles, como el hombre de Hong Kong, pero él se jugaba mucho más que mi fiel escudero. Su vida tal y como la conocía hasta ese momento, así como la de su familia y el techo que les cobijaba, se encontraban a merced de un destino incierto que solo él podía cambiar. Aunque para ello tuviera que

convertirse en el asesino más despiadado de la historia, no le quedaba otra opción.

Tenía en mente un pequeño juego con el que poner a prueba su intelecto antes de pasar al plato principal. Si Cómodo tuvo que buscar la Fuente del Francés con las pistas que le facilité, podía hacer algo similar en este caso para desafiar a Aquiles. Algo relacionado con la patria chica de un marino que partió con Colón en aquel viaje mítico a bordo de las dos carabelas y la nao con las que descubrieron América. O tal vez le hiciera buscar el último bastión que Napoleón conservó en el norte de España, incluso con la guerra de Independencia ya finiquitada.

Todavía no lo tenía decidido del todo, aplazaría mi decisión final hasta la vuelta de mis pequeñas vacaciones médicas. Mientras tanto, esperaba que Aquiles obedeciera mis órdenes y permaneciera escondido hasta que las aguas se calmaran un poco. No me convenía que las autoridades se inmiscuyeran en nuestro trabajo, no cuando nos encontrábamos tan cerca del final.

Mi mente desvariaba con ideas locas con las que convertir el nuevo juego en el más difícil todavía. Un lugar cercano me llamaba poderosamente la atención como escenario para la representación con la que Aquiles finiquitaría su prueba. Y los ojos me empezaron a brillar con las consecuencias que podría tener tamaño desafío. ¿Seríamos capaces de atrevernos a tal desfachatez?

Pista también para vosotros, por si acaso no nos queda tiempo para realizar después el experimento, a ver si lo adiviná is. Estaba pensando en algo situado en un lugar emblemático y privilegiado, una construcción realizada por un inglés como única esperanza para luchar contra la pertinaz sequía que se apoderó de estas tierras hace más de doscientos años.

A mi vuelta resolveremos el misterio. Hasta entonces, disfrutad de este verano recién comenzado que promete ser épico y legendario.

35
Llamada a larga distancia

Nueva York, 24 de junio de 2022

La jornada matinal había terminado antes de hora por un imprevisto del profesor, por lo que pensó que no le vendría mal relajarse después de una semana intensa. Todavía le costaba asimilar el cambio de horario tras llegar a América y no le apetecía comer tan temprano, recién pasadas las doce del mediodía. Aquel ritmo de vida neoyorquino, tan distinto al de sus rutinas en Bilbao, le seguía resultando ajeno, aunque empezaba a disfrutar de la libertad que su padre le había procurado al enviarlo tan lejos. Quizá almorzara algo sencillo y se echara después una pequeña siesta, en honor a las viejas costumbres españolas, para así afrontar la tarde más despejado.

Ibai Larrea no llevaba demasiado bien lo de madrugar tanto para llegar a tiempo a las clases para postgraduados en finanzas internaciones. Su padre se emperró en apuntarle a ese máster para futuros directivos, un carísimo seminario con lista de espera exclusiva, sin contar con su opinión. Quería que se alejara de Bilbao y no le costó convencerle de las bondades de su repentina idea.

Acababa de terminar su curso universitario, por lo que no tuvo problemas en preparar maleta y pasaporte para volar hasta Nueva York. No tendría que preocuparse por el dinero, se había llevado una de las tarjetas de la empresa y podía gastar lo que quisiera. Además, la secretaria de su padre le había reservado un precioso apartamento en el Village, en una ubicación privilegiada dentro de la ciudad para que pudiera disfrutar aún más de su estancia.

Le había costado mejorar el nivel de inglés durante su adolescencia y siempre le habían inculcado la importancia de dominar ese idioma si quería tener éxito en la vida. Creía que lo

manejaba bien, después de haber realizado inmersiones lingüísticas en Dublín y Londres, sin que todavía se hubiera enfrentado a los neoyorkinos. Su tono y acento característico le sorprendieron al principio, antes de que comenzara a acostumbrarse. No lo controlaba a la perfección, pero ya se iba enterando de sus clases y enseguida comenzó a participar activamente junto al resto de compañeros.

No había quedado con nadie y pensaba relajarse un rato antes de bajar a picar algo. Pero entonces se sobresaltó. Alguien llamaba al timbre de su puerta directamente, sin que el portero le hubiera avisado de ninguna visita inoportuna. Se acercó a la mirilla y descubrió a un hombre joven, vestido con un impecable traje de color negro, que esperaba a pie firme frente a su puerta. Se hospedaba en un barrio privilegiado de la ciudad y no tenía miedo alguno, pero había visto tantas películas americanas y leído tantas historias sobre Nueva York que prefirió ser precavido antes de abrir la puerta.

—¿Quién es? —preguntó en inglés.

—Agente Butler, señor Larrea —contestó una voz grave a la que le costó pronunciar su apellido—. Soy del FBI, permítame hablar con usted. Se trata de un asunto importante.

¿El FBI llamaba a su puerta? Ibai no salía de su asombro, ahora sí que se encontraba en medio de un telefilm de sobremesa. Llevaba un pantalón corto y una camiseta del Athletic de Bilbao, pero no le daba tiempo a vestirse antes de que el agente federal se impacientara. Así que abrió la puerta con su mejor sonrisa, ignorando todavía los motivos para una visita tan fuera de lugar.

—Buenas tardes, agente Butler. Disculpe mi atuendo, estaba descansando. ¿Le ocurre algo a mi familia? —preguntó por si acaso.

Le parecía extraño que el FBI se personara en su puerta, pero no conocía bien los protocolos americanos. No tenía ningún mensaje importante en el móvil, pero no se fiaba, podría haber ocurrido cualquier desgracia. Pensó que de ser así, se habrían puesto en contacto con él desde el consulado o el Ministerio de Exteriores.

—No se preocupe, su familia está bien. No obstante, le rogaría que me acompañara hasta nuestra oficina central, aquí en Manhattan, para que podamos arreglar un pequeño problema.

—Me está poniendo nervioso, agente Butler. ¿He cometido algún delito acaso?

Ibai no quiso dar nada por supuesto, quizá había posteado en sus redes sociales algo que llamara la atención de los censores norteamericanos. No lo recordaba exactamente y su paranoia creció por momentos. ¿Había dicho algo inapropiado por teléfono o en el chat? No se acordaba de nada que pudiera llamar la atención de las autoridades. Además, creía que era la NSA la que se encargaba de monitorizar ese tipo de comunicaciones. Se estaba poniendo nervioso, aunque el agente federal parecía tomárselo con calma, tal vez evaluando sus reacciones.

—Tranquilo, mera formalidad. Al parecer hay algún tipo de traba administrativa con su visado de estudiante y el departamento correspondiente nos ha pedido que nos encarguemos nosotros por encontrarnos más cerca de su domicilio.

—No entiendo nada. ¿Qué tipo de problema hay con mi visado? La secretaria de mi padre es muy eficiente y se encargó de todo el papeleo. Permítame que llame a casa para cerciorarme.

—Perdone, no me he explicado bien. Hemos hablado con el funcionario encargado y nos ha hecho el favor de acercarse a nuestras oficinas antes de que finalice su jornada, por lo que deberíamos marcharnos ahora mismo. No querrá tener después problemas legales y que le anulen la matrícula de su curso. Conozco bien el centro exclusivo en el que estudia y no les gustan este tipo de asuntos, si ven cualquier detalle anómalo en su solicitud podrían anular su matrícula sin miramientos. Usted verá, no tenemos demasiado tiempo.

Ibai evaluó la situación por unos instantes. El agente federal le había mostrado su placa oficial nada más llegar y él tampoco podía considerarse un experto en el tema. ¿Le habían tendido una trampa y pretendían secuestrarle de nuevo? Le parecía demasiado

enrevesado todo, no iba a pensar mal de ese hombre. Después de lo que pasó en Basurto, le costaba volver a confiar en la gente, aquella escena de película barata no podía ser mentira.

Se dejó llevar por su instinto y confió en el agente Butler. Su mirada limpia y serena ayudó a superar sus miedos. Y eso que, tal vez, aquella pose y el traje de tipo duro fueran solo una estratagema con la que engañar a un pobre incauto llegado desde España. Se la jugaría de todos modos, no le quedaba otra. No fuera a ser todo cierto y le deportaran del país por una tontería. Se imaginó la escena y no le apetecía nada escuchar el sermón de su padre llegado el caso.

—¿Me da cinco minutos para vestirme?

El agente asintió e Ibai le dejó allí plantado mientras se marchaba a su habitación para adecentarse. Ideas rocambolescas surgían sin cesar en su cabeza, pero ya había tomado una decisión. Le intentaría enviar un mensaje a su padre de camino, por lo que pudiera pasar. Seguro que el abogado de la familia sabría lo que hacer si surgía algún inconveniente grave.

Si el agente del FBI le quería impresionar, a fe que lo consiguió nada más salir de su edificio. En la misma puerta había dejado mal aparcado un flamante Cadillac Escalade negro que solo podía pertenecer a una agencia federal. Butler le invitó a subir al asiento del acompañante, quizá para ganarse su confianza y que no se sintiera como un vulgar delincuente al ocupar una de las plazas traseras, y salió de allí quemando rueda.

Ibai no tuvo tiempo de enviar un mensaje a su familia, aparte de que no podría disimularlo delante de Butler. Tardaron menos de diez minutos hasta su destino en Federal Plaza, la sede central del FBI en Manhattan.

Intentó mantener una expresión impasible al acceder al edificio, no quería parecer un pueblerino ni mostrar su nerviosismo. Mas no lo consiguió, debía reconocer que le habían impresionado. Desde el traslado en aquel coche hasta la recepción en uno de los lugares más seguros del mundo. Las piernas le flaqueaban sin que pudiera

evitarlo y sintió que sus intestinos comenzaban a revelarse también. No quería hacer el ridículo, pero si la situación se prolongaba tendría que salir urgentemente a un baño, por muy humillante que pareciera.

Por el contrario, Butler se tornó todo amabilidad con tal de que Ibai se sintiera más cómodo, algo no le terminaba de cuadrar en aquella pantomima, como pronto descubriría. Tras subir en uno de los ascensores principales se adentraron en una planta en la que se veía a bastante gente trabajando a esas horas, cruzaron un pasillo y accedieron a otra zona más restringida. El federal abrió la puerta de un pequeño despacho e invitó a Ibai a pasar, no sin antes sugerirle que depositara su teléfono móvil en una gaveta situada en un lateral.

—Ahora mismo vengo, señor Larrea. ¿Le apetece tomar un café o un vaso de agua?

—Un poco de agua, gracias.

El café americano solía ser un brebaje imbebible, así que prefirió el agua. Así podría tragar mejor y generar algo de saliva en su garganta, que se le había quedado seca después del susto. Solo debía esperar a que llegara el funcionario de turno y le explicara lo que sucedía, si es que Butler no le había mentido hasta ese momento. El resquemor no le abandonó en ningún instante, sin imaginarse siquiera lo que vendría a continuación. Tampoco podía utilizar su móvil, ni para distraerse ni para comunicarse con su familia, por lo que decidió armarse de paciencia.

Había transcurrido más de media hora sin que nadie le atendiera, por lo que Ibai comenzó a ponerse nervioso. Algo que se acentuó cuando quiso salir al pasillo y buscar a alguien que le hiciera caso. La puerta se encontraba cerrada con pestillo desde fuera, así que no le quedaba otra que esperar. No es que se hallara en una sala de interrogatorios tradicional, con esos espejos al uso tras los que se escondían los policías como en las series de televisión, pero el habitáculo le parecía cada vez más pequeño y le estaba empezando a crear un poco de claustrofobia.

Por fin apareció el agente Butler con gesto distendido, acompañado de otro hombre vestido de manera informal que no parecía pertenecer al FBI. El recién llegado se lo confirmó instantes después, al hablarle directamente en español, mientras Butler salía de nuevo afuera, dejándoles a solas.

—Buenos días, señor Larrea. Mi nombre es Pablo Roncero y soy capitán de la Guardia Civil en la UCO, nuestra unidad de policía judicial. Lamentamos mucho los inconvenientes ocasionados, pero hay unas personas que quieren hablar con usted desde España y me han solicitado ayuda para dar con su paradero lo antes posible. Y como yo me encontraba en Manhattan por un tema personal, he recurrido al agente Butler para agilizar los trámites.

—Disculpe, no entiendo nada… —replicó Ibai sorprendido—. ¿Hay algún problema con mi visado? Todo esto es muy irregular.

—No se preocupe, está todo bien. Se trata de otro asunto en el que espero que pueda ayudarnos —respondió Roncero—. Y de nuevo, le pido mil disculpas por la urgencia y el modo de traerle hasta aquí a la carrera. Pronto verá que se trata de un tema de vida o muerte, es un caso muy importante y necesitamos su colaboración.

El agente del FBI apareció de nuevo en el despacho a los pocos segundos, acompañado esta vez de un IPad que depositó en la mesa antes de sentarse enfrente del estudiante.

—Disculpe por la espera, hemos tenido unos pequeños problemas técnicos —informó Butler en inglés—. Podrá hablar en un segundo por videoconferencia con los funcionarios españoles que llevan su caso, como ya le habrá comentado el capitán Roncero. Yo me quedaré aquí por si necesitan algo, pero como simple espectador, no me tengan en cuenta.

—Sigo sin comprender por qué…

Butler encendió el aparato y pulsó la pantalla antes de ofrecérselo con amabilidad a Ibai, con el beneplácito del oficial de la Guardia Civil. El chico lo cogió y lo colocó frente a su rostro al percatarse de que dos personas, un hombre y una mujer, se

encontraban al otro lado de la pantalla. Al menos podría seguir comunicándose en su idioma materno, aunque todavía ignoraba por qué habían montado toda esa parafernalia en el edificio principal del FBI en Nueva York.

—Buenas tardes, Ibai. Perdona el atraco, necesitábamos hablar contigo y le he pedido ayuda a mi superior, el capitán Roncero, al que creo que ya conoces. Me llamo Milene Oliveira y soy cabo de la Guardia Civil, también asignada a la UCO. Y mi compañero de investigación es el subinspector Koldo Galarza, de la Ertzaintza. Si no te importa podemos tutearnos, si así te encuentras más cómodo.

—No hay problema. Pero no me asustéis, por favor. ¿Les ha pasado algo a mis padres?

—No, tranquilo, ahora te lo explicamos.

El joven se quedó momentáneamente bloqueado, no entendía tan absurda situación. No quiso aventurar posibles escenarios hasta saber qué demonios sucedía y por qué le habían llevado casi a rastras a las oficinas del FBI, con un oficial español de intermediario. ¿Qué pintaban allí una guardia civil y un ertzaina?

Mientras especulaba sobre la situación, se fijó bien en sus interlocutores. El subinspector de la Ertzaintza no podía negar su origen, parecía el típico muchachote que destacaba en casi todas las cuadrillas bilbaínas. Un hombre de mirada noble y gesto serio que inspiraba confianza, aunque también apuntaba a que debías andarte con ojo si se te ocurría buscarle las cosquillas.

Por el contrario, la mujer no podía alejarse más de los cánones que se hubiera imaginado para un número de la Guardia Civil. ¿Una picoleta mulata tan atractiva? No quería prejuzgar, y menos en presencia de su superior, aparte de que parecía que era ella la que llevaba la voz cantante en el binomio policial, por lo que solo le quedaba averiguar qué querían de él. Una ligera sospecha se apoderó entonces de su mente. Su pesadilla regresaba y no podía hacer nada por evitarlo.

Esa misma mañana, a última hora, Milene había recibido una llamada del capitán Pablo Roncero desde Nueva York.

—¡Buenas noticias, Milene! Mi amigo Andy Butler, un joven agente del FBI destinado en Nueva York, ha accedido a ayudarnos. Ya tiene localizado a Ibai Larrea y está dispuesto a darle un pequeño susto para que acceda a hablar con vosotros, yo actuaré de intermediario.

—¡Fantástico, Pablo! Muchísimas gracias por tu ayuda, te debo una.

Roncero le explicó el pequeño plan que había pergeñado con su amigo el agente federal y a Milene le pareció estupendo. Esperaba que Ibai se acongojara un poco al verse envuelto en semejante despliegue y se aviniera a hablar con ellos sin la presencia de su padre ni ningún abogado. Se la estaban jugando al no contar con autorización oficial, pero a grandes males, grandes remedios. No les quedaba otra si querían acotar aún más la búsqueda del criminal.

La joven citó a Koldo a media tarde en las instalaciones de la Benemérita en Santoña después de contarle los detalles del encuentro virtual con Larrea. Sabía que el subinspector no había conseguido el visto bueno de sus superiores para molestar al directivo de EuskoPetrol, por lo que decidieron atajar por el camino más corto y atacar al eslabón más débil. Tal vez el chico, fuera de su entorno y acobardado por la presencia de un agente del FBI, un capitán de la Benemérita y otros dos investigadores españoles, se quebrara de una vez y confesara lo que en realidad ocurrió en aquella noche ya lejana de marzo.

—Espero que no nos metamos en un lio. Como el chaval haya llamado a su padre para ponerle sobre aviso, aquí va a arder Troya. Orbea me tiene en su punto de mira y bastante cabreado está ya con todo lo que está pasando.

—Tranquilo, todo ha salido según lo previsto. El chaval anda con la mosca detrás de la oreja, pero es normal. Creo que el del FBI se ha divertido a su costa al trasladarle hasta sus oficinas, pero nada

grave. A ver si nos ganamos su confianza y podemos sacar algo en claro.

Los dos investigadores se encerraron en una sala anexa en la que Milene había dejado con anterioridad un ordenador portátil. Puso en funcionamiento el dispositivo que se encontraba en hibernación, accedió al enlace de la aplicación de videollamada que le había proporcionado con anterioridad el agente Butler y enseguida se conectaron gracias a la magia de la tecnología. Al otro lado de la pantalla se encontraron con el rostro sorprendido de Ibai Larrea.

Tras las presentaciones de rigor, Milene atacó a fondo sin más dilación.

—Necesitamos tu ayuda, Ibai. Solo tú puedes echarnos una mano, pero para ello nos tienes que contar lo que ocurrió en realidad aquella noche lluviosa de marzo en Basurto.

—¿Otra vez con eso? Ya se lo explicó en su momento mi padre, creo que habló con la Ertzaintza. Fue una tontería, nada más. Me pilló en un mal momento, lo siento. En mi casa se asustaron al no saber de mí, pero yo estaba perfectamente, tenía que haberles avisado antes.

—¿Seguro? —intervino entonces Koldo con gesto adusto.

—En serio, no fue nada. Estaba agobiado allí dentro, toda la noche velando a mi hermana en el hospital, con la mascarilla y demás. Se me fue la olla y me largué, solo quería despejarme. Fui un idiota y no me di cuenta de que me había quedado sin batería, tampoco es tan grave.

—Ya, por eso dejaste tu mochila y tus cosas en el hospital y ni siquiera te despediste de tu hermana. Tampoco asististe a las clases de esa mañana en la universidad, ¿me equivoco? Nos gustaría saber dónde pasaste esas horas, Ibai.

Milene intentó suavizar el tono, pero con voz firme le quería indicar que nadie se tragaba sus patrañas. Había llegado el momento de decir la verdad.

—Lo siento, fue una chiquillada, ya le pedí disculpas a mis padres y a mi hermana. Quise escapar de allí, lo de la enfermedad de mi hermana me estaba superando. Me encontraba cerca de Termibus y pillé el primer autobús que salía para la costa. Necesitaba calmarme y pensé que un paseo junto al mar podría ayudarme a despejar las ideas.

—Creo que había dejado de llover a esas horas, Ibai, pero no termino de creérmelo, la verdad. ¿Un paseo por la playa un día de diario por la mañana, en pleno invierno?

—Hombre, creo que a la gente del norte nos gusta disfrutar del Cantábrico durante todo el año, ¿no? —contestó algo desafiante.

—Tienes razón, pero no hay constancia de que accedieras a Termibus esa mañana, ya hemos comprobado las cámaras de la estación. Pero otras cámaras si te pillaron, ¿quieres verlo?

Milene se fijó en el rostro del chico, que parecía levemente sorprendido. Butler también se había quedado en la sala para formarse su propia opinión sobre el interrogatorio, sin querer intervenir. Al parecer, el norteamericano no hablaba el castellano muy bien, pero lo entendía lo suficiente como para poder seguir más o menos la conversación. Tal vez su experiencia les fuera también de utilidad para evaluar mejor las reacciones de Ibai, aunque no creyera que el joven vasco pudiera engañar a un experto en el comportamiento como Pablo Roncero.

Milene manipuló el ordenador y compartió una imagen entre ambos dispositivos. En ella se veía a dos hombres que caminaban entre los pabellones de Basurto. Uno de ellos parecía en mal estado y su acompañante le arrastraba hasta un vehículo aparcado algo más allá.

—No sé qué quieres que vea en esa imagen. Está muy oscuro y no se distingue bien.

La expresión de Ibai cambió por completo cuando le mostraron la siguiente imagen. En ella se apreciaba algo mejor su rostro y se distinguía perfectamente la ropa que llevaba. Quiso salir del paso como pudo, pero los investigadores no se tragaron el cuento.

—Yo, no sé… Ahí no se distingue nada, puede ser cualquiera. ¿Qué quieren de mí?

—Veamos otra fotografía. ¿Te suena de algo este coche?

Koldo había subido una imagen del Renault 19 saliendo del hospital con dos personas en su interior sobre las 5:40 de la madrugada de aquel día de marzo.

—No, lo siento. Podemos acabar de una vez, ya les dije que esto es una equivocación. Quiero hablar con mi padre, no pueden retenerme aquí contra mi voluntad, ¿verdad?

Milene desvió la mirada hacia su compañero y este asintió en silencio. Ya se estaban cansando del jueguecito, por lo que decidieron acabar con tantas contemplaciones.

—¿Y este tipo te suena de algo?

—Joder, ¡qué susto! ¿Quién es ese hombre?

El gesto inequívoco del muchacho al encontrarse de frente con la imagen a pantalla completa de su supuesto secuestrador fue la prueba definitiva de sus embustes.

—Disimulas bastante mal, Ibai, tenemos experiencia en esto. Anda, hazte un favor y deja de mentirnos para no meterte en más líos. Tenemos todas las pruebas que necesitamos, así que solo nos queda tu confirmación. ¿No le conoces?

El chico agachó la cabeza y se echó a llorar. La presión le estaba afectando demasiado, pero los investigadores no podían ceder ahora. No tan cerca de su objetivo. Necesitaban la prueba definitiva.

—Lo sabemos, Ibai, no te apures —dijo Koldo tirándose un farol —. Es el tipo que te secuestró, ¿verdad? Algo pasó después y tu padre no quiso que te metieras en problemas, de ahí que retirara la denuncia. Pero algo no cuadra y al final todo se acaba sabiendo, es ley de vida.

—Sí, la hostia, es él. Lo siento, yo no quería…

—Tranquilo, no pasa nada. Explícanos lo que sucedió paso a paso, nadie te va a juzgar. Y puedes ayudarnos a salvar a otros chicos como tú. Por favor…

Ibai explicó a los policías lo que sucedió en realidad en aquel banco solitario de Basurto cuando se acercó al hombre misterioso pensando que se encontraba en apuros. Sintió entonces un pinchazo y después solo recordaba una especie de nebulosa mental hasta que despertó horas más tarde. Guardaba imágenes inconexas en su memoria, justo antes de aparecer en un descampado desde el que se divisaba la inconfundible silueta del hospital de Cruces. Llamó a su padre y fueron a recogerle en coche sin saber lo que le había sucedido.

—Lo estás haciendo genial, vamos muy bien. Nos tienes que contar lo qué pasó después, es muy importante. Creemos que ese hombre es un asesino y queremos capturarle antes de que le haga daño a alguien más. Estamos en tus manos, necesitamos tu ayuda —le imploró Milene.

El chico se derrumbó y acabó por confesar. Le contó lo sucedido a su padre y este le dijo que debía olvidarse del tema. Había recibido una llamada esa misma mañana con instrucciones muy claras que debían cumplir a rajatabla si no querían verse envueltos en problemas. Por lo visto, el criminal exigió al señor Larrea que no hablara con la policía y que retirara la denuncia en caso de haberla interpuesto. Que se olvidara del tema para siempre si no quería que para la próxima ocasión, en vez de un secuestro exprés, recibiera el corazón de su hijo por correo. Un detalle que no pasó desapercibido para los investigadores.

—¿Mencionó expresamente lo del corazón en su llamada? —preguntó Koldo interesado.

Ibai asintió con lágrimas en los ojos. No quisieron importunarle más. Le aseguraron que les había ayudado mucho y que no tendrían en cuenta el falso testimonio realizado meses atrás. Milene le prometió que no le molestarían y podría retomar sus clases en Nueva York. Ya se encargarían ellos de hablar con el señor Larrea en Bilbao si necesitaban alguna aclaración.

—Y no te preocupes —dijo Milene, esta vez con más cautela—. Vamos a mantener esto bajo estricta reserva mientras dure la

investigación. No podemos garantizarte que no trascienda en el futuro si el caso llega a juicio, pero haremos todo lo posible por protegerte y que tu padre no tenga noticia inmediata de este contacto. Tu prioridad ahora es terminar tus estudios y mantenerte a salvo.

Se despidieron del estudiante esperando que toda esa situación no le creara ningún trauma. Pero no podían olvidar que el psicópata que buscaban, al parecer causante al menos de un brutal homicidio en pleno centro de Bilbao, había hecho sus primeros escarceos criminales con el joven. Un secuestro que no llegó a término por una causa que desconocían y que quizá pudiera ayudarles a encauzar el resto de los casos que se traían entre manos en las diferentes dependencias policiales.

¿Por qué el hijo de Larrea se había librado de la muerte? ¿Qué relación guardaba el directivo de EuskoPetrol con el consejero delegado del BIB o el jefazo de la compañía hidroeléctrica del Cantábrico? Muchas incógnitas, algunas luces y demasiadas sombras en unas investigaciones que les estaban llevando al límite.

—Esto pasa ya de castaño oscuro, Milene. Si Orbea no me da su permiso, pienso presentarme en la oficina o en la casa de Larrea, se acabó el cachondeo. Como si me lo tengo que llevar detenido, ya me atendré a las consecuencias después. A este chaval lo soltaron por algo, igual su padre llegó a un acuerdo que desconocemos con el extorsionador. Quizá sus acciones salvaron a una posible víctima y condenaron a otras. Necesitamos saber lo que ocurrió en realidad y yo pienso averiguarlo.

—El cerco se estrecha, Koldo. Casi lo tenemos, lo presiento.

La afirmación de Milene se acercaba más a la realidad de lo que ella suponía. Pero en ese momento no era consciente de lo que los causantes de tanto dolor tenían pensado como siguiente fase de su diabólico plan.

36
El perseguidor perseguido

Costa cantábrica, 24 de junio de 2022

La fortuna no le fue esquiva en esa ocasión, sonriéndole juguetona desde su atalaya de superioridad. Quizá si no se hubiera preocupado por la situación en su casa tras las advertencias de don José María nunca se habría topado de frente con su verdadero problema. Visto en perspectiva, tal vez fue peor el remedio que la enfermedad; y al final, acabó él solito por meterse en la boca del lobo.

No quería contactar con su mujer porque intuía que le acarrearía más inconvenientes que otra cosa. Su mala cabeza era la que lo había llevado hasta esa situación, por lo menos la inicial en la que estaba a punto de perderlo todo y arruinar a su familia para siempre. Lo que había sucedido después, una vez que entró a trabajar para el vecino de Punta Galea, habría que apuntárselo al debe de la angustia y la desesperación. Sabía que jamás podría superar lo que el dichoso Imperator le había obligado a hacer, por mucho que lo dulcificara asegurándole que él solo era uno de los participantes en la mayor contienda de la historia.

No, Damián no podía escudarse en pamplinas ni buscar excusas baratas. Don José María se aprovechó de su precariedad, como tantas personas de buena posición habían hecho a lo largo de los siglos con otros desgraciados como él. El millonario había utilizado sus deudas y su moral hundida para unirlo a su descabellada causa sin pensar en las consecuencias para los demás. A su jefe le daba todo igual, le quedaba poco tiempo de vida y quería marcharse a lo grande. Y si para ello había que hundir en el pozo más profundo de la miseria humana a todo el que se acercara a él, que así fuera. Y mucho más en su caso que en el de su contrincante, al parecer

acostumbrado a lidiar con la maldad o a despreciar el valor de una vida humana, como si fueran simples peones en el tablero de la podredumbre.

Jamás se perdonaría lo que le había hecho a esa pobre chica, privándole de su esencia para después humillarla públicamente de esa manera. No podía siquiera imaginar el sufrimiento de su familia, de sus seres queridos, al saber que su querida Marta sería recordada como un despojo humano que acabó colgado de un puente. De nada les serviría conocer el mimo con el que trató ese cuerpo ya marchito al limpiar su piel de cualquier vestigio forense que pudiera llevar hasta él, ni el cuidado con el que intentó mostrarle algo de respeto al trasladar su cadáver todavía tibio. El respeto que se perdió al exhibirla de esa manera, con su bella y lánguida desnudez martirizada al recrear una crucifixión que se le aparecería en sueños hasta el momento en el que dejara de respirar. Una barbarie que terminó por enterrar en el fondo del abismo sus últimos vestigios de cordura.

No, nunca habría paz para los malvados que acabaron con la condición de lo que un día significó Marta Hinojedo. Los fantasmas se le aparecían de madrugada para torturarle e impedirle conciliar el sueño. Un sueño lúcido y mortal que le acompañaba de la mañana a la noche, una forma poco convencional de agotarle física y psicológicamente mientras sus baterías vitales perdían poco a poco su vigor. Sabía que no podía continuar así si pretendía tener una mísera oportunidad de acabar con aquella salvajada, pero para ello tendría que sobreponerse y seguir luchando.

Su angustia existencial se tornaba a veces en el optimismo más recalcitrante, mientras se conjuraba para terminar con la absurda competición cuanto antes. Sí, Cómodo se había superado a sí mismo deslumbrando por el camino al juez de la competición, al maldito psicópata que los llevaba de cabeza al más profundo de los infiernos del averno. Pero él todavía se veía con fuerzas para superarle con su segunda prueba y de ese modo poner en el marcador el definitivo dos a cero que acabaría con el sufrimiento de tanta gente.

Pero para eso debía evitar a toda costa que lo atraparan antes de tiempo. Y tuvo que asumir que sin los contactos de don José María, lo más probable era que a esas horas estuviera ya encerrado en un calabozo. Primero, porque su inexperiencia ante unos investigadores curtidos desnivelaba la balanza de un modo que nunca supuso en un principio y, segundo, porque había sido tan idiota de desobedecer las instrucciones de su jefe, dueño y patrón, ese Fausto que se había apoderado de su alma y no pensaba soltarla hasta que le hubiera exprimido hasta la última gota de sangre.

Sabía que estaban tras su pista, pero no pensó que su captura fuera tan inminente. Don José María le aseguró que la policía había hablado con su antiguo empleador tras descubrir la identidad del sospechoso que buscaban. Al parecer, el rastro de su viejo Renault 19 y alguna imagen captada por una cámara puso a los investigadores en la senda correcta. El cerco se estrechaba, aunque él no sintiera todavía el nudo corredizo sobre su cuello. Hasta aquella tarde en la que quiso acercarse a la que todavía era su casa, sin saber que estuvo a punto de cometer el mayor error de su vida.

Su domicilio se encontraba a las afueras de Castro Urdiales, en un barrio no demasiado alejado del puerto. El sueño de su mujer era el de tener su propia casa a orillas del mar y por eso se habían hipotecado para adquirir un pequeño chalet adosado en el que poder criar a su familia. Un lugar privilegiado al lado del Cantábrico, a escasos kilómetros de Bilbao y muy cerca de las mejores playas cántabras. El efímero comienzo de la felicidad suprema y el fin último de su desgracia más duradera.

No vio ningún coche patrulla de policía en las inmediaciones de su casa, y tampoco las fuerzas de seguridad contaban con medios ilimitados, pensó Damián al acercarse con sigilo. Como precaución adicional, para cambiar algo su aspecto exterior se había dejado barba y llevaba una gorra de deporte en la cabeza. Las gafas de sol ocultaban aún más su rostro, pero eso no impediría que algún vecino del barrio o cualquier policía que hubiera visto su imagen en un cartel de «Se busca» en su comisaría pudieran reconocerle al instante.

Damián no quería pecar de paranoico. Sabía que llegados a ese punto toda precaución sería bienvenida. Y menos mal que se dio una última vuelta antes de dirigirse hacia su casa, porque entonces divisó un anodino Ford Focus aparcado en su misma calle. Allí se conocían todos, se trataba de una zona residencial, y ese coche le llamó la atención por desconocido.

Se ocultó tras una furgoneta de reparto desde la que podía vislumbrar la entrada de su chalet. En cuanto vio salir a la pareja del vehículo supo que se avecinaban problemas. El coche no llevaba ningún distintivo policial, pero el hombretón que conducía el Focus apestaba a madero desde lejos. Su compañera, por el contrario, se asemejaba más a una actriz o modelo, aunque las apariencias suelen engañar. Y en sus circunstancias no podía fiarse de nadie, por lo que permaneció atento a sus movimientos.

Desde su posición no podía escuchar lo que decían, pero sí distinguió el rostro de sorpresa de su mujer al abrirles la puerta. Si se acercaba más perdería la seguridad de su posición, por lo que prefirió pecar de prudente. Nunca habría logrado escuchar lo que decían, pero pudo imaginarse el devenir de la conversación. Las autoridades habían descubierto su identidad y venían a hablar con su mujer. Su tiempo se agotaba y debía tomar una decisión.

Los policías acompañaron a su esposa al interior de la casa, por lo que los perdió de vista sin remedio. Ignoraba lo que ocurriría en el interior de lo que en breve dejaría de ser su hogar. Y solo para engordar más aún el pasivo de un banco que había dejado en la calle a miles de familias durante las sucesivas crisis que el supuesto primer mundo no dejaba de encadenar durante los últimos años.

«¡Bienvenidos al capitalismo, fuente de todos nuestros problemas!», pensó Damián. En qué maldita hora había firmado los papeles que el ejecutivo del BIB le plantó delante de su cara, todo por cumplir el sueño de cualquier familia española de clase media aspiracional. «Menudos ilusos estábamos hechos», pensó. Todos como borreguitos siguiendo las directrices que los que mandan dejan estipuladas para sus súbditos aunque eso conlleve tu propia ruina.

Una idea peregrina comenzó a instalarse en su cabeza. ¿Y si lograba sorprender a don José María con un arriesgado plan que incluyera cumplir las pruebas que le había impuesto de antemano? Tal vez el malvado Imperator le había aleccionado sin pretenderlo, o embaucado sin él saberlo para llevarle hasta la única víctima posible.

Sí, la joven policía que acababa de entrar en su casa podría ser la víctima perfecta para cuadrar el círculo de terror en el que la locura del inductor de aquella infamia acabaría por envolverlos a todos. Una solución que podría terminar de golpe con sus problemas de una forma u otra. Como decía su abuelo, taurino de pro, la prueba solo podía terminar de dos maneras: o puerta grande o enfermería. Y él no quería acabar ni en la enfermería, ni en la comisaría. Y por supuesto, tampoco en la morgue.

Le quedaba mucho trabajo por delante antes siquiera de imaginar que podría llegar a encargarse de una tarea tan complicada. Hablaría con el patrón y le mostraría alguna de sus cartas. Necesitaba su ayuda para acometer la parte más difícil de su plan, pero sabía que al jefe le apasionaban los retos y aquel era uno mayúsculo. Total, si estaban allí para jugar, no perdía nada por intentarlo. Su caída en desgracia no podía ser más profunda, y a malas, terminaría por fin con su sufrimiento. Sabía que con su final se despediría de su familia para siempre, algo que le produciría un dolor casi más inhumano que el provocado por sus infames actos.

Antes de abandonar su barrio le quedaba algo por hacer. Tras comprobar que los policías se habían marchado de las inmediaciones, se acercó a su casa por la parte de atrás, con cuidado de que no le viera ningún vecino y se coló por el patio. Quería hablar con su mujer una última vez y averiguar lo que le había contado a los investigadores.

37
La prueba más difícil

Punta Galea (Vizcaya), 24 de junio de 2022

El título de esta entrada de mi diario de bitácora puede llevar a engaño. O tal vez me venga como anillo al dedo al referirse a dos puntos de inflexión casi simultáneos que lograron arrancarme una sonrisa. ¿Sería esa la famosa serendipia de la que todo el mundo hablaba? No lo creía, no al menos abiertamente, pero tampoco desaprovecharía la coyuntura. Si nos venían esas cartas en la partida habría que jugar contra el destino, no me quedaba otro remedio.

Mis pruebas médicas de los últimos días, ese primer punto de inflexión mencionado, habían arrojado resultados más esperanzadores de lo que barruntaba en un principio. Contaba con un amplio equipo multidisciplinar que peinaba los últimos avances en medicina y cualquier proyecto o ensayo clínico a nivel mundial que tuviera que ver con mi enfermedad. Se estaban obteniendo resultados prometedores en estudios llevados a cabo por los mejores científicos en lugares tan distantes y distintos como la India, Brasil o Estados Unidos. Y claro, yo me emocionaba como un colegial pensando en que todavía quedaba una oportunidad para mí, aunque ya hubiese firmado mi sentencia de muerte hacía mucho tiempo.

No quería lanzar las campanas al vuelo, pero así tendría a lo que aferrarme en esas largas noches de insomnio en las que mi mente deambulaba por los acontecimientos más relevantes de mi vida. No me arrepentía de nada, y a su vez me martirizaba por no haber logrado ciertos hitos que un

buen día me planteé como puntos fundamentales en el devenir de mi existencia.

Y allí me encontraba de nuevo, a merced de los elementos mientras esperaba un milagro que tal vez nunca llegaría. Y como siempre hay que poner buena cara al mal tiempo, me había buscado mi propio entretenimiento. A fe que lo había conseguido con creces, admirado por el grado de superación que mis dos fieles escuderos mostraron a lo largo de la exigente competición. Si creí que Cómodo se había superado al proporcionarme uno de los mayores placeres de mi vida, llegaba ahora el turno de Aquiles. Y yo que había pensado que el chófer solo valía para arreglar bujías y conducir coches, menudo descubrimiento…

A mi regreso, Aquiles me abordó sin rodeos. Siempre me han gustado los hombres que van de frente, y él parecía ser de esos. Quizá se mostrara más tímido o esquivo al principio, pero en esos momentos yo le veía con un poso mayor de seguridad en sus ademanes, en sus palabras. Un halo de suficiencia que no terminaba de enmascarar lo que sus ojos me mostraban sin ambages: el sufrimiento que le producía plegarse a mi voluntad para acometer lo que cualquier persona de bien consideraría terribles actos de naturaleza criminal, por no hablar de los pecados mortales que le habían arrebatado su esencia como ser humano.

—Jefe, creo que he descubierto el lugar al que se refería con sus acertijos —me aseguró en cuanto pudo reunirse conmigo.

—Sorpréndeme, querido amigo.

Y de verdad que me sorprendió el muy cabronazo, no me lo esperaba ni por asomo. Quizá sí que descubriera en buena lid la ubicación a la que llevaban las pistas históricas que le proporcioné antes de mi marcha. Tal vez hiciera trampas buscando en internet, pero creo que fue sincero al mostrarme los pasajes precisos de libros de mi biblioteca en

los que aparecía la villa marinera que estábamos buscando. Y es que solo una población cumplía todas las premisas descritas con anterioridad, un lugar importante en nuestra pequeña aventura.

—Sin duda se trata de Santoña, jefe. No hay constancia histórica de que fuera el lugar de nacimiento del marinero Juan de la Cosa, pero las crónicas oficiales de la época nos lo muestran como vecino de la villa, al igual que a su mujer y a su hija. Se embarcó con Colón en sus dos primeros viajes a América, el primero a bordo de su propia nao, rebautizada como la Santa María para aquel viaje inaugural que descubrió América en 1492. A su regreso a España dibujó su famoso mapamundi y los vecinos de Santoña le homenajearon con un monumento en su honor en pleno paseo marítimo de la ciudad.

—Vaya, veo que has sido un alumno aplicado. Todavía te falta una parte del acertijo para poder asegurar que es Santoña, ¿me equivoco?

—Santoña fue también un enclave muy importante durante la Guerra de la Independencia e incluso antes, durante las diferentes incursiones que los franceses realizaban por el norte de España. De ahí sus numerosas fortificaciones…

Aquiles me mostró información sobre el tema, datos obtenidos de tres lugares distintos de mi biblioteca que me dejaron bastante impresionado. Incluso me enseñó detalles que yo desconocía sobre la historia del «Gibraltar del Norte», como llegó a llamarse a la villa de Santoña durante esa época. Y es que los franceses ya habían capitulado ante el ejército anglo-español, con Napoleón camino de la isla de Elba durante esa primavera de 1814, pero mantuvieron la plaza de Santoña por no entregársela a los ingleses.

Que la Pérfida Albión hubiera conservado dos bastiones en la península ibérica como Gibraltar y Santoña, dos

puntos tan estratégicos situados tanto en el norte como en el sur, hubiera supuesto un grave problema para todas las potencias europeas durante las siguientes décadas, por lo que el conde de Lameth, encargado de la guarnición de Santoña, solo accedió a rendir la plaza ante una dotación española para no favorecer los intereses de los británicos.

—¡Bravo, querido Aquiles! Te has superado, la resolución del enigma ha sido más que satisfactoria. Pero esto solo supone la primera parte de la prueba, ya sabes…

—Antes de esa parte quería comentarle algo, don José María.

—Veamos de qué se trata —le contesté con curiosidad.

Yo estaba dispuesto a escuchar sus posibles peticiones, aunque le abronqué cuando me enteré de su comportamiento durante las últimas horas. En mi ausencia desobedeció las órdenes de ocultarse, de pasar desapercibido hasta que se enfriara el tema, pero fue por una buena causa: la familia. Y su preocupación por los suyos derivó en lo que podía haber sido una confrontación fatal para nuestros intereses, una bala traicionera que afortunadamente pudo esquivar. Le reiteré que debía mantenerse alejado de los investigadores, por lo menos hasta que tuviera claro el nombre de la nueva víctima.

—Te voy a pasar un dosier completo sobre algunas de las candidatas para que vayas estudiándolo, todavía no tengo muy clara la elegida final. Sé que será complicado y tendrás que evaluar diferentes variables, pero me gustaría que el secuestro tuviera lugar en el interior de Santoña. ¿Te atreverás a semejante desafío en pleno centro de la ciudad?

—No lo sé, tendré que estudiar el terreno cuando conozca su elección. Pero sí, no se preocupe, buscaré la mejor manera de afrontar el desafío. No le decepcionaré, de eso puede estar seguro. Hallaré la mejor solución y le

prometo que no se arrepentirá de haber confiado en mi criterio, pienso regalarle una actuación memorable.

—¡Así me gusta, Aquiles! Esa actitud es primordial para afrontar la prueba en las mejores condiciones. Sabes que tienes muy complicado superar el puntaje de Cómodo después de su soberbia actuación, pero espero que me sorprendas de nuevo. Estás muy cerca de tu objetivo final, no creo que necesites que te lo recuerde. Por cierto, quiero que me mantengas informado de todos los avances. Y en cuanto decida quién es la agraciada te lo comunicaré a la menor brevedad. Hasta entonces mantén un perfil bajo, no queremos problemas con las autoridades.

—Así lo haré, don José María, no se preocupe.

—Ah, y no quiero presionarte más, ya sabes que me encantan los retos. Y después de apoderarte de tu nueva víctima, tengo otro desafío para ti, quizá el mayor al que nos hayamos enfrentado jamás. He pensado que el lugar para representar tu gran escena final sea una construcción singular que pasa desapercibida para mucha gente. Un enclave ideado por un inglés durante el siglo XVIII, un elemento singular que pretendía acabar con los problemas derivados de la falta de lluvia en la región en aquella época lejana.

—No se preocupe, señor. Estudiaré bien la estrategia a seguir para acercarme a la elegida. Y buscaré también ese lugar único, aunque sea lo último que haga en esta vida.

Aquiles se despidió de mí con fuego en los ojos. Sabía que me odiaba por haberle convertido en un asesino sin escrúpulos, aun siendo consciente de que tenía su vida en mis manos. Además, la posibilidad de recuperar su casa y a su familia y comenzar de cero sin ninguna deuda pendiente se convertían en acicates demasiado poderosos para dejarlos de lado.

Su determinación parecía férrea, pero el destino ya sabéis que a veces es caprichoso. Y no porque su desempeño fuera el erróneo o hubiera cometido algún fallo grave, sino porque a veces la vida nos lleva por unos derroteros que jamás hubiéramos previsto. Solo nos quedaba esperar acontecimientos mientras la rueda del tiempo giraba sin descanso.

Os prometo que ya queda poco, queridos lectores. El final de esta historia se acerca a marchas forzadas. Hasta entonces, disfrutad de estos pequeños momentos antes de que la zozobra se apodere del universo.

38
El muelle de la discordia

Muelle de Ereaga (Getxo, Vizcaya), 24 de junio de 2022

Milene sentía que los acontecimientos se precipitaban a toda velocidad, estaban cada vez más cerca de su objetivo. Estaban estrechando el cerco sobre el sospechoso principal y, sin embargo, la investigadora de la policía judicial intuía que ese tipo no podía ser el único responsable de la serie de crímenes cometidos en la región durante los últimos días.

Se les había hecho tarde tras la conversación con Ibai Larrea, pero con el solsticio de verano recién estrenado, las horas de luz eran más largas y podían extender la jornada. Todo con tal de acabar con aquella pesadilla que había sacudido la cornisa cantábrica durante las últimas semanas.

Así que decidieron encaminar sus pasos hacia los lugares mencionados por Belén Parra con la esperanza de lograr obtener algún tipo de información sobre el esquivo mecánico. Sabían que disparaban un tiro al aire, pero en ese momento no contaban con una pista más fiable para encontrar su paradero. Y por si fuera poco, Koldo se encargó de echarle un jarro de agua fría antes siquiera de empezar la búsqueda.

—La margen derecha de la ría es un área demasiado extensa para que podamos recorrerla nosotros solos. Ya solo revisar Neguri, con su gran cantidad de casoplones, nos llevaría semanas. Por no hablar del hecho de que no disponemos de órdenes judiciales ni nada parecido que les obligue a abrirnos las puertas de sus humildes chabolas. Allí nadie nos va a hacer ni puñetero caso, por mucha placa de la Ertzaintza o de la Guardia Civil que les enseñemos, ellos están por encima del bien y del mal.

—Y entonces, ¿qué hacemos? —inquirió Milene, confusa—. ¿Nos rendimos y ya está?

—Ni por asomo, solo necesitamos algo de suerte. Para empezar, vamos a buscar al dichoso Manolo, a ver si puede contarnos algo de Damián. ¿Conoces el Puerto Viejo de Algorta?

—Qué va, no he estado nunca por ahí. Me sonaba lo del puerto deportivo, pero eso es otra cosa, ¿no?

—Sí, pero andan muy cerca el uno del otro. En mis buenos tiempos pasaba bastante por allí con la cuadrilla, y eso que a nosotros nos gustaba más el poteo en el Puerto Viejo. Podemos aparcar cerca y recorrer los diferentes garitos, a ver si damos con una pista. Además, allí comienza la playa de Ereaga y las casitas de Neguri, quizá tengamos un golpe de suerte y alguien conozca a nuestro amigo Damián.

Se dirigieron en el coche de Koldo hacia Getxo. Recorrieron la consabida A-8, la autovía del Cantábrico, hasta Barakaldo y se desviaron entonces por la N-637. En menos de media hora llegaron a su destino, otra cosa sería encontrar una plaza de aparcamiento junto al puerto deportivo. A esas horas de un viernes por la noche los bares y restaurantes de ese enclave ya se encontraban a tope de gente, por lo que dejaron atrás esa zona para dirigirse caminando hacia el comienzo de la playa de Ereaga.

—¿Y ese edificio tan extraño? —preguntó entonces Milene señalando un lugar situado en la intersección entre la entrada del puerto deportivo y el comienzo de la playa.

—Ah, son las Galerías de Punta Begoña. Recuérdame que te cuente otro día su historia, es bastante interesante. Si te parece, apretemos el paso para adentrarnos en el Puerto Viejo.

Milene se quedó con el nombre de aquel peculiar edificio. Le había picado la curiosidad, ya buscaría información por su cuenta si Koldo no le daba más datos, ahora tenían otras preocupaciones más importantes de las que ocuparse. Recorrieron el paseo marítimo junto a la playa de Ereaga, otro lugar que Milene pensó en visitar más adelante, con tiempo. Le gustó el ambiente junto al arenal,

lleno de bares, restaurantes y garitos repletos de gente, por lo que el paseo se le hizo más largo de lo que pensaba hasta llegar al famoso Puerto Viejo de Algorta.

—Madre mía, esto está de bote en bote. Y eso que ayer se celebró la noche de San Juan, pero parece que aquí todo el mundo tiene ganas de fiesta.

—En Madrid no es muy típico celebrar la noche de San Juan, no tenemos playas para organizar hogueras y saltar sobre ellas. Lástima que me perdiera también las fiestas de aquí, es lo que tiene este trabajo.

—No te preocupes, ya tendrás tiempo de disfrutar de esas y otras fiestas. Parece que nadie se acuerda ya de la dichosa pandemia y solo quieren pasarlo bien.

—Sí, ya veo que hay mucha animación por aquí. E imagino que esas casitas con vistas al mar forman parte del famoso Neguri.

—Efectivamente, no te equivocas, Milene. Neguri es toda esa parte, como si dijéramos a partir de la segunda línea de la playa de Ereaga. Un poco más arriba, tras pasar esta playa y llegar a la de Arrigunaga, en Punta Galea, también hay chalets que quitan el hipo.

—¿Trabajará por aquí el famoso Damián? No me pega mucho, por lo que sabemos de él.

—A saber, puede que cualquier ricachón de la zona le contratara de mecánico, manitas o lo que sea. Aquí se junta gente de todos los estratos sociales y nadie se sorprende por nada.

—Sí, eso me había parecido.

—Si te fijas bien, el ambiente en estas terrazas junto a la playa de Ereaga es un poco más pijillo. Pero en el Puerto Viejo se suele ver otro tipo de clientes, ya lo verás.

Llegaron por fin a unas escaleras que parecían perderse cuesta arriba, en una estampa pintoresca que llamó la atención de la recién llegada. A Milene le gustó el contraste de las casas encaladas de blanco con sus postigos de colores llamativos, rojos y verdes en su mayoría, que resaltaban en un enclave que dominaba la bahía del

Abra. Subieron esas empinadas escaleras y se adentraron en un lugar totalmente diferente, como anclado en un pasado cercano que ya nunca regresaría. Allí se encontraron con un ambiente muy animado, lleno de cuadrillas tomando pintxos mientras disfrutaban de las vistas sobre el mar.

—¿Qué te parece? Han intentado conservar la esencia del antiguo pueblo de pescadores, el origen del actual Getxo, entre estas callejuelas repletas de historia. La oferta gastronómica es muy buena, sobre todo en pescados y mariscos, pero no es apta para todos los bolsillos. Y mucha gente prefiere beber en la calle mientras degustan unos pintxos mirando al Cantábrico.

—La verdad es que me encanta, lástima que no podamos recrearnos. ¿Preguntas tú por el bar de Manolo? Creo que te harán más caso a ti por aquí, yo parezco una turista despistada.

A Milene le apetecía sacar el móvil e inmortalizar algunos rincones del Puerto Viejo, dignos de las mejores fotografías de cualquier perfil de Instagram que se preciara. Pero no le pareció apropiado ponerse con la cámara en medio de una investigación y quiso ser profesional, por lo que interpeló a su compañero para encontrar el sitio que andaban buscando.

Koldo asintió y se dirigió a un grupo heterogéneo de chicos y chicas para preguntarles si conocían el sitio deseado. Eran unos chavales demasiado jóvenes y no les sonaba el lugar, por lo que el ertzaina siguió buscando. Hasta el tercer intento, cuando habló con un grupo de gente más cerca de los cuarenta que de los veinte años, no logró su objetivo.

—Vamos, ya sé dónde está el dichoso bar.

Milene se dejó guiar por su compañero entre los intrincados callejones, cada vez más llenos de gente. Al final llegaron al local de Manolo, un bareto de mala muerte al que no hubieran entrado por propia iniciativa. El mismo dueño les atendió en la barra y sus inequívocos gestos de nerviosismo les advirtieron de que también él les había calado nada más llegar.

—¿Podemos charlar en un sitio más tranquilo? —le preguntó Galarza al barman mientras le mostraba la placa con discreción.

Manolo les hizo un gesto para que le acompañaran hasta la parte trasera del local, mientras indicaba a un chaval joven que se hiciera cargo de la barra en su ausencia.

—¿En qué puedo ayudarles? Espero que no haya ningún problema con la licencia, la renové hace unas semanas.

—No venimos por eso, no se preocupe —contestó Koldo.

A Milene tampoco le hicieron gracia las miradas subrepticias del tal Manolo, pero no quiso liarla nada más llegar. Le recordó un poco a Peio, el dueño del taller con el que habían hablado anteriormente, otro que iba de listillo. Seguro que todos eran colegas y estaban cortados por el mismo patrón, pensó entonces la joven. De eso conocerían ambos a Damián, Dios los criaba y ellos se juntaban.

—Estamos buscando a Damián Pérez Tornero, ¿le conoce usted? —se quiso adelantar Milene ante el gesto chulesco del interrogado.

—No, la verdad, no me suena de nada. ¿Quién es ese tipo y por qué le buscan?

—No es asunto tuyo, Manolo. Y no te hagas el listo con nosotros —soltó entonces Koldo.

Milene se fijó en que el subinspector había pasado al tuteo para que el interpelado no pensara que podía vacilarles. También le echó a ella una mirada contrariada al no dejarle manejar la conversación, pero enseguida relajó el gesto y se concentró en el testigo. Galarza le enseñó la fotografía del sospechoso y Manolo pareció recobrar la memoria.

—Ah, coño, el Dami. Perdónenme, al escuchar su nombre completo no caí en la cuenta.

—¿Le conoces bien? —continuó Koldo.

—Bueno, sí, a ver… Lo que se puede saber de un parroquiano cuando viene por mi bar a beber, nada más. Lo cierto es que hace tiempo que no le veo, antes era un habitual.

—Su mujer nos ha dicho que ustedes dos son amigos desde hace tiempo. Y que a veces hacían negocios juntos —intervino Milene.

—Bueno, sí, le conozco desde hace años, pero no diría que somos amigos. Y yo no sé nada de sus chanchullos, a mí no me metan en líos. Además, hace meses que no sé nada de él, ni tengo idea de por dónde andará ahora, la verdad.

—¿Seguro, Manolito? Eso no es lo que nos han dicho.

Koldo intentó amedrentar a su rival, pero este era perro viejo, según le pareció a Oliveira. El dueño del bar no se achantó ni varió su discurso; él aseguraba que no sabía nada de Damián y de ahí no le iban a sacar.

—Lo siento, agentes, ya les digo que no sé nada de él desde hace tiempo. Pero si le veo por aquí, yo les aviso, no se apuren. Espero que no se haya metido en ningún lío.

—Es pura rutina, nada grave. Solo queremos localizarle para hacerle unas preguntas, nada más. Aquí tienes nuestros teléfonos por si acaso.

—Claro, faltaría más. Yo les llamo si averiguo algo. Les invito a unos zuritos si les parece bien, que hoy hace mucho calor. Por las molestias, ya saben.

—Estamos de servicio, gracias. Y no se olvide de avisarnos si se entera de algo —sentenció Milene antes de abandonar el local.

—Claro, guapa, así lo haré. Hay que ver cómo ha mejorado la Ertzaintza en estos años, ahora sí que es un cuerpo de categoría…

Manolo le guiñó el ojo a la guardia civil mientras chasqueaba la lengua con gesto lascivo. Galarza se tuvo que llevar de allí a rastras a Milene antes de que el asunto pasara a mayores, ya que la joven quería ajustarle las cuentas a aquel maleducado.

—Tengamos la fiesta en paz, Milene, no merece la pena.

La joven obedeció a su pesar y se quedó con las ganas de darle su merecido a aquel impresentable. Con un asalto de un par de minutos hubiera tenido bastante para darle la lección que realmente se merecía, pero no era el momento ni el lugar más adecuado.

—Nuestro gozo en un pozo. ¿Y ahora qué hacemos?

—No te preocupes, tengo una idea. Conozco algún que otro garito por aquí del mismo estilo, puede que sepan algo de nuestro hombre.

Los dos investigadores se adentraron de nuevo en el maremágnum de callejuelas intrincadas repletas de gente. Llegaron incluso a separarse unos metros debido a la aglomeración de personas en determinados cruces, por lo que Milene permaneció atenta para no perder la referencia de Koldo. Ella no conocía el puerto y no le apetecía lo más mínimo tener que preguntar para salir de allí como una vulgar turista. Así que siguió con la mirada a Koldo hasta que distinguió un movimiento extraño en su compañero.

Se fijó en que el subinspector se paraba un segundo y sacaba el móvil del bolsillo. Al parecer, por su gesto serio, había recibido una llamada importante. Solo esperaba que no fuera el descubrimiento de un nuevo cadáver, bastantes tenían hasta ese momento para cargar con un muerto más a sus espaldas.

Koldo pareció entonces confuso mientras miraba a su alrededor. Milene creyó que buscaba su ubicación sin encontrarla, lo que le hizo dudar un instante. Ella levantó el brazo para intentar atraer su atención sin que el ertzaina llegara a verla en medio del tumulto. La chica pensaba acercarse hasta su posición pero no le dio tiempo. Justo entonces, el subinspector se giró y salió disparado en dirección contraria. ¿Qué habría pasado?

El instinto más primitivo se le activó enseguida a Milene al pensar que algo malo sucedía. No entendía por qué su compañero abandonaba el lugar sin avisarla y sin saber bien dónde se encontraba ella. En el manual del buen policía no se dejaba atrás al compañero ni se adentraba uno en ningún lugar o perseguía a un posible sospechoso sin cobertura, por mucho que ellos no estuvieran accediendo a un lugar peligroso en busca de un narcotraficante. Solo se encontraban en medio de una zona de marcha, aunque Milene se sintió por un momento desamparada y algo perdida.

Y ese instinto primario, tal vez el de una investigadora en medio de un caso importante, la avisó de que algo no marchaba bien. Giró sobre sí misma sin divisar nada fuera de lo normal, pero sus tripas no solían equivocarse. No sabía si seguir a Koldo, intentar llamarle por teléfono o permanecer en ese lugar hasta que regresara. No le dio tiempo a discutir consigo misma las diferentes alternativas, ya que entonces otro suceso vino a trastocar sus pensamientos.

—Pero qué demonios…

Milene se sobresaltó al sentir un pinchazo en el brazo. Justo en ese momento se hallaba en medio de un tumulto de personas que iban y venían, por lo que no sabía bien con quién se había cruzado en el instante anterior. Miró en derredor buscando al culpable sin divisar a nadie sospechoso. Se miró entonces el brazo y comenzó a preocuparse de verdad.

Alguien la había pinchado con un alfiler, lanceta o utensilio similar, dejándole una marca visible. Su mente viajó hacia las noticias que llenaban los telediarios durante las últimas semanas, con multitud de casos similares en fiestas por todo el país, casi siempre referidos a chicas que sufrían esos pinchazos, y terminó por asustarse del todo. Cuando comenzó a sentirse mareada, supo que andaba metida en problemas.

—No se preocupe, señorita, yo le ayudo…

Milene escuchó esas palabras entre brumas y ni siquiera pudo distinguir bien los rasgos del hombre que se situaba a su lado. El buen samaritano la agarró por el costado para sacarla de aquel enjambre de personas, dirigiéndose hacia un lugar más despejado. Sus sentidos querían alertarla del peligro, pero alguna sustancia química se había introducido en su organismo anulando su voluntad, por lo que no pudo luchar contra su destino.

—Tranquila, Milene. Enseguida llegamos, no te preocupes.

Las pupilas de la guardia civil aumentaron ligeramente de tamaño ante la pequeña subida de adrenalina, su cuerpo le avisaba del peligro inminente pero ella no podía reaccionar. Tal vez la hubieran drogado con escopolamina, burundanga o algo parecido, llegó a

pensar entre tinieblas. En esos momentos no podía hacer nada para remediarlo ya que sus músculos no le respondían.

No reconoció en un primer vistazo el rostro de su acompañante, camuflado entre falsas prótesis, gafas y barba de varios días, sospechando que Damián Pérez Tornero había tomado el mando de las operaciones. En esos momentos Milene rezó todo lo que supo y eso que no era demasiado religiosa. Y claro está, temió por su vida, a sabiendas de que estaba en manos de un peligroso criminal. Luchó para no perder la consciencia del todo, pero los párpados se le cerraban y creyó que el final se encontraba muy cerca. Solo esperaba que fuera rápido y no se llegara a enterar del todo, le tenía mucho miedo al dolor.

Su destino parecía ya escrito, solo le quedaba esperar un milagro…

Escasos segundos antes, Koldo había notado la vibración del móvil en su bolsillo. Sacó el teléfono y no distinguió el número que le llamaba. Contestó de todas maneras por si acaso, era su obligación como policía judicial.

—¿Inspector Galarza? —preguntó una voz grave que no distinguió de primeras.

—Sí, soy yo. ¿Quién llama?

—Disculpe, soy Manolo, el del bar del Puerto Viejo. No sé si me oye bien, se escucha mucho ruido.

El ertzaina miró en derredor y no localizó a Milene, pero la llamada le interesaba. Si Manolo le telefoneaba tan rápido sería por una buena razón. Quizá habían encontrado esa pizca de fortuna que les esquivaba desde que comenzaron con la investigación, por lo que decidió alejarse unos metros de aquel cruce de caminos repleto de gente. Ya buscaría a su compañera en cuanto colgara el teléfono.

—Sí, perdona, hay mucho jaleo. Ya me he apartado unos metros, ¿me escuchas mejor?

—Sí, agente, ahora se escucha algo mejor. Creo que tengo algo que puede interesarles…

—Al grano, Manolo, no tengo todo el día.

—Sí, perdone, tiene razón. El bueno de Damián está por aquí ahora mismo.

—¿Cómo dices? —preguntó Koldo incrédulo.

—Como oye, está en el baño. Me ha pedido un copazo y se ha ido al tigre mientras tanto, así que he aprovechado para llamarle. Espero haber hecho bien.

—Sí, claro, perfecto. Tú entretenle un rato, voy para allá enseguida.

—Por supuesto, jefe, no se preocupe. Aquí le esperamos.

Koldo colgó el teléfono con una sonrisa en el rostro. ¡Lo tenían! Buscó de nuevo con la mirada a Milene, sin conseguir localizar su característica melena a lo afro. Y eso que la chica llamaba la atención por donde fuera, pero en esos momentos él solo pensaba en atrapar al sospechoso. No podía perder más el tiempo; quizá Damián se largara del local, se perdiera entre el gentío y ya le fuera imposible dar con él. Así que tomó una determinación de la que más tarde se arrepentiría.

Se dio la vuelta y salió a la carrera mientras apartaba gente de su camino, directo hacia el bar que habían visitado un rato antes. Dejó atrás a su compañera sin avisarla ni pedir más refuerzos, sin darse cuenta de que igual el asesino no se dejaba atrapar tan fácilmente. No calibró las posibles consecuencias y solo sopesó una rápida valoración de pros y contras. Su ego pudo más y decidió ir en busca del sospechoso sin más ayuda que sus fuertes brazos y su experiencia policial. Un error que podría costarle muy caro a los protagonistas de esta historia.

Llegó sofocado al bar, pensando en que necesitaba mejorar su estado físico antes de que le diera un síncope por cualquier esfuerzo mayor de lo normal. Enseguida apartó con rapidez ese pensamiento

al ver el gesto de Manolo. No le gustaba un pelo, allí había gato encerrado.

—¿Dónde está tu amigo? —soltó a bocajarro ante la mirada huidiza del barman.

—Lo siento, inspector, se ha largado con viento fresco. He intentado darle charleta para que no se fuera, pero me ha dicho que tenía prisa y no he podido retenerlo. Mire, hasta se ha dejado la copa casi entera en la barra, menudo desperdicio.

Koldo se fijó en el gin-tonic mediado que dormitaba en el mostrador, pero eso no le sirvió para mejorar su estado de ánimo. Ese cabrón se le había escapado por unos segundos y debía reaccionar a la máxima velocidad.

—¿Ha dicho dónde iba? ¿O te has fijado siquiera en qué dirección marchaba?

—No, lo siento. La verdad es que atendía clientes y no he podido hacer mucho más sin llamar la atención. Espero que puedan dar con él. ¿Y su compañera dónde anda?

—¡Joder, maldita sea! —exclamó Koldo antes de dejarle con la palabra en la boca.

El ertzaina salió de nuevo a la calle con un desagradable sabor en la boca del estómago. Llamó entonces a Milene por teléfono para ver dónde estaba y su intranquilidad se acentuó: la guardia civil no contestaba.

—¡No puede ser! No, por favor…

Galarza aceleró el paso hasta llegar al cruce en el que había dejado escasos minutos antes a su compañera, mientras un mal presentimiento se instaló de repente en su interior. Recorrió cada centímetro de aquella plazoleta repleta de gente y no divisó rastro alguno de Milene. La angustia comenzó a apoderarse de sus actos, pero no podía bloquearse en ese momento. No si de verdad sucedía lo que ya sentía en sus entrañas, algo que le parecía casi imposible de creer.

—¡Milene, Milene! —gritó a pleno pulmón mientras los transeúntes le miraban extrañados.

No podía perder el tiempo preguntando a los visitantes del Puerto Viejo, su rival le llevaba demasiada ventaja. El instinto policial le decía que Milene había desaparecido de allí por culpa de Damián, el sospechoso al que buscaban. Oliveira era joven, fuerte, estaba en forma y era una buena policía, pero desconocía el entorno. Y quizá el asesino se había aprovechado de esa ligera ventaja.

Koldo tenía la pequeña esperanza de que Milene hubiera desaparecido por propia voluntad de allí, tal vez al perseguir al tipo que buscaban, si es que de verdad se había topado con él entre la muchedumbre. Quizá por eso no podía contestar al teléfono, porque se encontraba en plena persecución. Aunque lo más probable en esos momentos era que la realidad fuera otra bien distinta.

El mecánico había resultado ser un criminal de primera. Su aparentemente escasa experiencia como delincuente no le impidió convertirse en un despiadado asesino que crucificaba a jóvenes inocentes en medio de Bilbao. ¿Qué le impedía secuestrar también a su compañera, camino del destino más cruel? La bilis apareció sin avisar en la garganta de Galarza, pero ese trago tan amargo tenía que dejarlo correr si quería salvar a su compañera.

Estos pensamientos se le amontonaban en su mente a toda velocidad, mientras su inmenso corpachón permanecía encallado en aquel enclave, mirando a su alrededor en busca de pistas. Solo habían transcurrido unos pocos segundos que a él se le antojaron horas, por lo que no podía demorarse más. Eligió una dirección y salió escopeteado hacia allí, sabiendo que la fortuna no solía estar de su parte en circunstancias tan extremas.

Creyó que el criminal se alejaría del maremágnum con Milene para no llamar demasiado la atención de la gente. Lo más probable fuera que no regresara a la escalinata principal que unía el Puerto Viejo con el paseo marítimo de la playa de Ereaga, debía desaparecer del mapa lo antes posible. Koldo conocía la zona, pero

había infinidad de callejuelas por las que podrían haberse escabullido sin que nadie se diera cuenta.

¿La llevaría encañonada a punta de pistola? No se le ocurría otra forma en la que Damián se hubiera hecho con el control de Milene. Se trataba de una chica guerrera por lo poco que sabía de ella y lo más normal era que hubiera luchado contra ese tipo sin importarle su vida. Sin embargo, en medio de un lugar tan repleto de gente, tal vez prefiriera contemporizar en busca de una mejor ocasión para librarse de su captor sin que nadie resultara herido.

No podían haberse ido demasiado lejos si Damián tenía que llevar a rastras a Milene para salir de allí. La guardia civil opondría resistencia para ralentizar su marcha en busca de un imposible, que su compañero consiguiera localizarlos. Koldo se lamentaría por el resto de sus días si llegara a pasarle algo a la chica por su culpa, pero en esos momentos no podía flagelarse ni pensar en el pasado. Solo tenía que encontrar la senda correcta y ponerse en camino.

¿Y si el tipo la había dejado fuera de combate para abandonar el puerto de otra manera? Demasiado arriesgado en un lugar tan concurrido, aunque siempre podía haber puesto la socorrida excusa de que la joven se había emborrachado y la quería sacar de allí. Milene era alta y esbelta, no debía de pesar mucho más de cincuenta y cinco kilos de pura fibra. Un peso que alguien tan corpulento como Damián podía cargar sin demasiados esfuerzos. Al final la gente se apartaba en casos similares, aun mirándote con extrañeza, pero nadie haría nada por impedirlo.

Koldo se desesperó pensando en las diferentes opciones que podrían haber sucedido. Se asomó entonces desde un coqueto mirador situado más adentro del antiguo poblado de pescadores y divisó una pequeña algarabía unas calles más abajo. Un grupo de personas parecían recriminarle algo a otras, pero no podía distinguir bien lo que sucedía desde su posición.

El subinspector corrió hacia allí con el pálpito de que quizá aquello significara algo, lamentándose por su falta de fuelle. Tanta carrera le pasó factura y su organismo estaba a punto de colapsar. Si

conseguía salir con bien de aquella situación se prometió a sí mismo ponerse en forma cuanto antes. No había excusas, su cuerpo y su trabajo lo demandaban, aparte de que en esos momentos tal vez significara la salvación o no de una compañera en peligro de muerte.

Un vistazo rápido le hizo reconocer el entorno. Su mente analítica le avisó de que había llegado a la parte peatonal de la avenida Basagoiti, una de las arterias principales del centro de Algorta, no demasiado lejos de la estación de metro del mismo nombre. Entre casonas típicas y edificios emblemáticos muy bien conservados, por allí se topó con cantidad de terrazas repletas de clientes que disfrutaban del entorno, ajenos al drama que vivía él en esos momentos.

Cuando llegó a la altura del grupo en cuestión estuvo a punto de preguntarles qué había sucedido, pero no le hizo falta. Se paró un segundo a descansar y boqueó en busca de ese oxígeno que demandaban sus pulmones para seguir funcionando con normalidad. Apoyó sus grandes manos en las rodillas mientras miraba en todas direcciones, hasta que distinguió el inconfundible peinado de Milene en lontananza.

Un poco más abajo, en el extremo en el que la calle peatonal se cruzaba con la calzada, y medio parapetado tras un grueso muro de piedra, localizó por fin a su objetivo. Por allí divisó a un individuo que intentaba introducir a Milene en un coche de color oscuro mal aparcado, con las luces de emergencia encendidas. Su subconsciente le avisó de que aquel vehículo era un Renault Clio tuneado, tal vez preparado por esos locos que trucaban los motores y colocaban alerones y accesorios inútiles que debían luego quitar para pasar la ITV.

—¡Policía, deténgase! —gritó desesperado cuando supo que no podría alcanzarles.

Los allí presentes se apartaron al verle salir disparado en esa dirección pero Koldo no se amilanó, debía impedir que ese coche escapara de allí por lo civil o por lo criminal.

—¡Alto o disparo! —amenazó en vano.

Cuando llegó hasta el cruce de caminos supo que ya era tarde. Damián aceleró con Milene en el interior del coche mientras quemaba rueda para escapar de allí. La chica giró un momento la cabeza en dirección hacia su compañero, sin llegar a percatarse de que Koldo intentaba salvarla. Su rostro parecía sin vida, como si estuviera drogada y no se diera cuenta de la situación. En esas circunstancias sería muy difícil que opusiera resistencia; tal vez la habían reducido con algún tipo de sumisión química.

Galarza lamentó su mala suerte, a escasos metros de pillar a su adversario. El vehículo tuneado aceleró y pasó a pocos centímetros de él mientras se perdía calle arriba. En esos precisos momentos Koldo ignoraba hacia dónde se dirigía el coche desde aquel lugar tan céntrico. Le era imposible saber si los huidos se encaminaban hacia la playa de Arrigunaga o quizá más hacia el interior del mismo Algorta, en busca de algún local o garaje donde resguardarse para que nadie los encontrara. Y tal vez para que el asesino tuviera tiempo para preparar lo que no quería siquiera nombrar en su cabeza: la muerte de Milene tras un horrible sufrimiento que él sería incapaz de impedir.

Hizo una fotografía mental de la matrícula del coche mientras buscaba un vehículo con el que poder perseguir al asesino. Estaba a punto de sacar el teléfono para llamar a la caballería cuando la providencia vino a verle, pero no de la forma en la que le hubiera gustado.

En tres zancadas llegó a la esquina siguiente, justo cuando un chaval de unos quince años se subía a su patinete eléctrico después de arrancarlo, uno de esos engendros del demonio que se habían puesto tan de moda en los últimos tiempos. Koldo no podía ponerse exquisito con el único medio de locomoción que había encontrado en tan escasos segundos, por lo que tiró de autoridad y de presencia física para acongojar al muchacho tras llegar a su lado.

—Necesito tu patinete, chaval, es una emergencia policial —le aseguró tras mostrarle con rapidez su placa antes de apropiarse del vehículo—. Llama al 112, les informas de tu posición y les cuentas

que Galarza te ha requisado el patín para perseguir a un criminal peligroso que huye en un Clio tuneado. ¡Ya estás tardando! *Agur*.

El chico se quedó estupefacto, sin poder reaccionar, mientras Koldo se subía a ese artefacto eléctrico del que desconocía hasta lo más primordial. El subinspector esperaba que el patinete aguantara su corpachón, pero eso no era lo peor. En verdad, ignoraba todo lo relacionado con su funcionamiento, por lo que tiró de lógica y rezó para tener suerte por lo menos una vez en esa noche tan aciaga. Quizá fuera peor el remedio que la enfermedad y al final acabara accidentado sin poder salvar a Milene, pero debía intentarlo con todas sus fuerzas.

Se subió con una pierna, se impulsó con la otra a la manera tradicional de los patines de toda la vida y el motor pareció cobrar vida. Consiguió apañarse más o menos con su manejo y logró dominar el patín no sin esfuerzo. Se fijó también en el funcionamiento de los frenos, pendiente de unas calles que podían convertirse en cuestas muy peligrosas, y comenzó a apretarle para sacarle todo el rendimiento posible mientras circulaba por el medio de la calzada detrás del criminal.

Koldo sabía que existían patinetes trucados que alcanzaban grandes velocidades. A él le valía con poder seguir el rastro de Damián desde una prudencial distancia. Jamás podría igualar la potencia del Clio, pero en aquellas callejuelas estrechas tenía algo de ventaja. El coche no podía acelerar a fondo en muchas intersecciones y pareció incluso que conseguía disminuir poco a poco la distancia que los separaba. Así que pensó que ese sería un buen momento para buscar ayuda, aunque para ello tuviera que jugarse la vida de nuevo.

Sacó el móvil, abrió la aplicación de WhatsApp y buscó el chat de Ander Aguirre, su compañero en la Ertzaintza. Consiguió dominar el patinete con una mano en una pequeña recta y grabó como pudo, con la voz entrecortada, un escueto mensaje para su compañero:

—Ander, necesito ayuda. Persigo a un Clio tuneado, matrícula 2786-DLM, por las calles de Algorta. El asesino ha secuestrado a

Milene y no sé dónde la lleva. ¡Necesito refuerzos!

Estaba a punto de perder el rastro del coche que perseguía, tras adentrarse en calles más anchas y calzadas más preparadas para un vehículo de su cilindrada. Al asesino no le importó entonces acelerar allí mismo, provocando más de un susto en peatones y vehículos que circulaban a su par, todo por librarse del incómodo perseguidor que seguramente ya habría captado a través del retrovisor.

La estampa parecía sacada de una comedia absurda de televisión, un vodevil de clase B, sin que Koldo estuviera para chanzas en esos momentos. La gente le señalaba al pasar junto a ellos, extrañados de que un loco transitara por allí a esa velocidad, al parecer persiguiendo a un coche en pleno centro de Algorta. El subinspector había perdido su pequeña ventaja tras abandonar la zona peatonal y las callejuelas estrechas, por lo que supo que en breve aquel coche trucado le dejaría muy atrás y nunca podría alcanzarle.

Koldo creyó saber dónde se encontraba, o por lo menos su sentido de la orientación le intentó situar en un plano mental que creía tener bien posicionado. Según su brújula mental se acercaban a marchas forzadas a los aledaños de la estación de metro de Bidezabal. Pensó que si continuaban rectos por aquella larga avenida, juraría que llamada Telletxe, alcanzarían enseguida las inmediaciones del comienzo de la carretera de La Galea.

¿Se dirigiría el delincuente hacia alguno de los caserones de Punta Galea? La idea no era descabellada, tal vez viviera por allí el ricachón que supuestamente le había contratado para trabajar, según aseguró la mujer de Damián. Un lugar perfecto para esconderse de una persecución policial, aunque fuera realizada con un vehículo tan ridículo.

El Renault Clio zigzagueó entre los coches que taponaban la calle, dispuesto a poner distancia con su perseguidor. Se formó un poco de atasco en las inmediaciones de una pequeña rotonda que partía en dos la avenida, por lo que Koldo intentó adelantarse para interceptar a su contrincante. La locura que se le había ocurrido tenía un

porcentaje ínfimo de posibilidades de prosperar, pero bajo la presión de una situación tan poco halagüeña no se le ocurrió nada mejor para solventar el problema.

El patinete iba a su máxima velocidad, con el consiguiente peligro para un conductor cuyo único parapeto ante un posible choque o caída sería su propio cuerpo. Koldo no tenía miedo por su integridad, ya que solo tenía una cosa en mente. Y si la barbaridad que se había instalado en su cabeza como idea más que peregrina no salía bien acabaría con todos sus huesos rotos o algo incluso peor.

Aceleró aún más un cacharro eléctrico que estaba a punto de explotar y se santiguó mentalmente ante la salvajada que iba a intentar como último recurso para detener al criminal. Se cambió al carril más a su izquierda e invadió el sentido contrario por unos instantes, con la consiguiente sinfonía de pitidos y cláxones por doquier. Entonces decidió seguir circulando por la acera anexa, paralelo a un seto de casi un metro de altura que separaba los jardines aledaños a una zona residencial de la acera por la que transitaba, con cuidado de no estamparse contra los árboles que jalonaban el recorrido cada pocos metros.

Al fondo divisó su única esperanza, una recoleta glorieta circular situada en el siguiente cruce de caminos. Un macizo de flores y arbustos dominaban ese espacio situado sobre una base de cemento, unos centímetros elevados sobre el firme de la calzada, y justo debajo de una enorme farola con cuatro focos que señoreaba el centro de la plazoleta.

La adrenalina se le disparó sin darse cuenta mientras su corazón bombeaba sangre a toda velocidad. Le pareció sentir la vibración del teléfono en su bolsillo, pero no podía detenerse para contestar al móvil. Bastante tenía con no abrirse la cabeza y seguir viviendo tras intentar provocar un accidente que consiguiera detener el avance de su rival.

Unos metros antes de la rotonda dirigió el manillar del patinete hacia su parte central, apuntando hacia la situada más a la izquierda, la misma por la que atravesaría el Renault Clio si quería

girar hacia ese lado o continuar recto. Cada vez veía más claro que fallaría estrepitosamente en su intento, pero a escasos segundos del choque ya no podía echarse atrás.

Koldo saltó del patín tras llegar al final de la acera y se lanzó hacia el seto situado más a su izquierda. Intentó caer de la mejor manera posible para minimizar los daños, mientras con el rabillo del ojo quiso seguir el camino del vehículo eléctrico que había lanzado como un cohete contra su enemigo. Se arriesgaba a provocar una verdadera catástrofe en la rotonda si erraba el tiro, pero estaba dispuesto a afrontar las consecuencias. Ya habría tiempo de asumir su culpa y cargar con el expediente que a buen seguro le caería en la comisaría, pero a grandes males, grandes remedios. Ante tal situación solo le quedaron unas medidas desesperadas, más desesperadas que nunca según su humilde opinión.

El patinete cruzó la calzada a toda velocidad, pasando por el medio de dos coches que ya habían efectuado el giro completo en la rotonda para regresar en sentido contrario al que marchaban ellos. Koldo pretendía apuntar a la puerta del conductor y esperaba que la energía cinética del engendro mecánico fuera suficiente para conseguir parar aquel coche trucado. La masa del patín no era demasiado elevada, pero su velocidad al chocar contra otro vehículo pesado en movimiento podría provocar verdaderos daños, por lo que se aprestó para conocer el desenlace final de su burda estratagema.

No tuvo tanta suerte, sin llegar a errar el tiro del todo. El Clio no giró a mano izquierda, sino que continuó recto por la avenida, pero el patinete se desvió en el último instante y colisionó contra la intersección entre la puerta situada detrás del conductor y la parte trasera del vehículo. El impacto fue menos tremendo de lo que pretendía en un principio. Aun así, consiguió desviar la trayectoria del Renault, que tuvo que frenar para no chocar con una furgoneta que venía en dirección contraria al haber invadido el otro carril.

Esos escasos segundos le sirvieron a Koldo para levantarse del suelo a toda velocidad, dispuesto a seguir en la lucha, sin fijarse demasiado en los cortes y arañazos producidos tras una caída en la que, aparentemente, había conservado todos los huesos en su sitio.

Le dio tiempo incluso a sacar su teléfono del bolsillo y contestar a la insistente llamada antes de que el asesino colocara su vehículo en la senda correcta y huyera de nuevo a toda velocidad. Eso sí, con el coche ligeramente abollado y tal vez con algún daño estructural en el vehículo tras el accidente provocado.

—Aquí Otxoa, confirme posición. No pierda al sospechoso, Galarza, las unidades están ya en camino.

—¡Daos prisa, lo estoy perdiendo! El sospechoso se dirige en dirección hacia la carretera de La Galea.

—Recibido, corto y cierro.

Otxoa, siempre tan estirado, le sacaban de quicio sus maneras. Koldo se encontraba presa de un estado de nervios febril tras una persecución en la que se había jugado el tipo, sin que al final le hubiera servido para nada. No consiguió el objetivo de detener al asesino y Milene permanecía bajo sus garras, tal vez en sus últimos momentos de vida. Al menos sabía que los refuerzos se encontraban de camino, otra cosa era que llegaran a tiempo para detener al psicópata.

Entonces le vibró de nuevo el móvil y se fijó en que le había llegado un mensaje de voz de Aguirre a través del WhatsApp.

—¡Estamos de camino, Koldo! Aguanta, llegamos en unos minutos.

Tuvo que imaginarse la mayor parte de la frase pronunciada por su amigo Ander, ya que el ruido a su alrededor era ensordecedor y no se escuchaba con claridad. ¿Dónde se habría metido Aguirre? Galarza solo esperaba que llegara a tiempo, mientras las manecillas del reloj corrían en su contra.

Su enajenación mental transitoria había estado a punto de provocar una desgracia en aquella rotonda. ¿Y si el patinete hubiera atravesado el cristal para impactar contra el cuerpo de Milene? ¿O tal vez chocado contra otro coche? Koldo no quiso pensar en las posibles consecuencias de sus alocados actos, afortunadamente no había sucedido nada grave. Y ni siquiera tuvo tiempo de fijarse en

los cortes y laceraciones que recorrían su cuerpo tras la caída, solo quería encontrar una solución para salvar a su compañera.

—¡Ahí va la hostia! —exclamó en voz alta mientras salía corriendo de nuevo calle arriba—. ¡Ya sé hacia dónde se dirige este cabrón!

Una insólita idea se adueñó entonces de la mente del ertzaina. Teniendo en cuenta los últimos crímenes y las perversas recreaciones representadas en sitios tan emblemáticos de la cornisa cantábrica, algo hizo clic en su cabeza. ¿Qué lugar simbólico situado por allí cerca podría servir para los fines de aquel desalmado? Solo había una posible solución, o por lo menos eso esperaba.

—¡Ander, ya sé dónde van! Creo que se dirigen a Aixerrota, daos prisa —grabó como mensaje antes de proseguir calle arriba.

Se encontraba a menos de un kilómetro de su posible destino final, pero las fuerzas ya flaqueaban y la distancia con Milene y su secuestrador era cada vez más amplia. Solo un milagro podría interponerse entre la joven guardia civil y su aparentemente trágico final, por lo que el pasado de monaguillo de Koldo apareció de repente para recordarle todas las oraciones que aprendió a rezar en su infancia.

La suerte estaba echada, pero el subinspector no pensaba arrojar la toalla. Ya tendría tiempo de descansar, por lo que apretó de nuevo el paso. Quiso conseguir un trote lastimero que le acercara a su objetivo en el menor tiempo posible, con suerte sin echar el hígado en el intento. Le quedaban unas gotas de aliento por exprimir, solo le faltaba el último esfuerzo.

—¡No te rindas, Milene! —murmuró para sus adentros—. Por favor, sigue luchando, ya casi te tenemos…

39
El sacrificio final

Molino de Aixerrota (Getxo, Vizcaya), 24 de junio de 2022

Damián respiró algo más tranquilo tras desembarazarse del ertzaina, un policía al que le había costado dar esquinazo tras salir airoso de una persecución que jamás habría imaginado protagonizar en el centro de Algorta. ¡Un patinete!, pensó asombrado. Aquel idiota casi destroza sus planes persiguiéndole con un patín eléctrico, el mismo que lanzó contra él en una maniobra desesperada que estuvo a punto de dar al traste con su huida. O eso imaginó instantes después del incidente, sin saber muy bien qué había sucedido en un primer momento.

El golpe recibido fue brutal y no lo vio venir, por lo que la sorpresa fue genuina para el criminal a la fuga. Para desgracia del subinspector, Damián dominaba el arte de la conducción, por lo que absorber ese impacto con la parte trasera del Renault Clio solo le hizo perder el control durante unos segundos. El vehículo culeó un poco, invadió el carril contrario al intentar dominarlo a tanta velocidad después del choque que modificó su trayectoria, y enseguida se recompuso para continuar calle arriba. No tuvo que pisar apenas el freno, dispuesto a alejarse del único individuo que podría impedirle llevar a cabo sus planes más inmediatos.

Todo le había salido casi a la perfección hasta ese instante, solo le quedaba rematar la faena. Ignoraba si su descenso a los infiernos se había acelerado o es que ya le daba todo igual, pero ni siquiera le apareció un ligero cargo de conciencia. Los dilemas morales que le habían atormentado tras aceptar el pacto con el diablo parecían haberse evaporado como por encanto, como si su alma podrida ya no pudiera caer más bajo.

No se arrepentía de sus actos, ya solo actuaba por instinto, sin dejarse llevar por las emociones. Se sintió como un autómata que simplemente ejecutaba unas instrucciones, algo que le sirvió para enterrar las pocas briznas de humanidad que todavía albergaba en su corazón.

La empatía desapareció entre sus sentimientos y la sinrazón se apoderó de sus actos. Dejó atrás las rémoras del pasado en pos de un futuro que quizá nunca alcanzaría. Solo anhelaba terminar con aquel sufrimiento, y para ello debía ganar la partida. Lo más probable era que muriera en el intento, pero debía demostrarle a don José María que él también era digno de elogio. Si con sus actos desesperados lograba vencer en una competencia tan atroz y conseguía la salvación de su familia, incluso si él se hundía en el infierno, podría darse por satisfecho. No podía confiar en la palabra de un tipo tan indeseable como su patrón, pero no le quedaba otra.

Se había saltado todas sus normas, pero el tiempo apremiaba y tenía a las autoridades casi encima, su jefe debería ser indulgente dada la extrema situación. Tras ver salir a los policías de su casa, Damián supo que no le quedaba apenas tiempo e improvisó una respuesta inmediata. Se coló por la parte trasera del patio y accedió al chalet por una puerta cuyo pestillo sabía que no cerraba bien. Su mujer se llevó un susto de muerte, pero por lo menos pudo verla una última vez y despedirse de ella, sabiendo que jamás volvería a estrecharla entre sus brazos.

Le costó arrancar a su esposa el contenido íntegro de su conversación con los policías, ya que la mujer pensó que lo había vendido y comenzó a sollozar sin remedio. Damián la tranquilizó, asegurándole que ella no había hecho nada malo y que solo debía contarle lo que hablaron minutos antes. Cuando el chófer conoció el dato sobre el bar de Manolo, tuvo una idea que tal vez podría servirle para sus fines. Se despidió de Belén con cariño y salió de allí con el ánimo recobrado, asumiendo que jamás volvería a poner un pie en esa casa, en la que había vivido tantas alegrías y sobresaltos en los últimos años.

Le daba igual a esas alturas desobedecer al cabrón de su jefe, miraría por su bienestar. Tal vez el ricachón llevara razón y hubiera sido mejor permanecer agazapado, escondido en la mansión de Punta Galea hasta que la tormenta amainara. Sabía que los policías andaban tras su pista y que le cazarían como a un conejo más pronto que tarde. Así que decidió poner en práctica su plan para finiquitar la prueba final antes de que le pillaran.

En su última charla con el detestable Imperator habían comentado que debía secuestrar a su víctima en el centro de Santoña. De ese modo cumpliría con una de las premisas de su participación en el juego mortal, la de llevarse a alguien relacionado con Cantabria antes de que su cuerpo apareciera muerto en algún lugar emblemático de Vizcaya. Su rival, Cómodo, había hecho lo propio tras hacerse con víctimas bilbaínas que luego asesinaba en enclaves turísticos de Cantabria, pero el chófer pensó entonces en salirse de los cauces establecidos.

Su precaria situación vino a reconducir la situación. No podía esperar agazapado en las sombras a que su odioso patrón tuviera a bien facilitarle la identidad de la mujer elegida, el tiempo se le echaba encima. Así que pergeñó un plan suicida a la carrera que cumpliera además con las premisas impuestas por el enajenado que le había enfangado hasta el cuello.

«¡Al diablo con las normas!», exclamó. La pista del bar de Manolo era demasiado golosa para dejarla escapar, los policías se personarían en el tugurio en cuanto tuvieran un hueco. Eso le dejaba poco margen de maniobra, pero quería intentar un imposible. Llamó a Manolo con uno de los teléfonos indetectables de su patrón y le dio unas instrucciones muy precisas.

El muy capullo le debía más de un favor y no le puso ningún pero. Solo tenía que llamarle al número que le dio si algún madero aparecía por su local preguntando por él. Por supuesto, debía darles largas: Manolo afirmaría que desconocía su paradero y que hacía tiempo que no le veía. Algo muy sencillo que el barman estuvo dispuesto a realizar por un módico precio. La sanguijuela quería su

parte y Damián accedió a regañadientes, aun sabiendo que ese pago nunca se realizaría si sus planes llegaban a buen término.

Se escondió en el chalet de Punta Galea tras inspeccionar el cercano lugar en el que finalizarían todas sus miserias, donde dejó escondidos algunos elementos que podrían servirle para más adelante. Había descubierto la solución al último enigma planteado por el inductor de aquella tragicomedia en varios actos, o eso le pareció tras investigar un poco. A don José María también le encantaban los retos y parecía disfrutar con el peligro, por lo menos a tenor de la proximidad a sus dominios de la supuesta ubicación ideal para su última prueba.

Y es que ese enclave construido por un inglés en el siglo XVIII, relacionado con los problemas de sequía en la región según el acertijo planteado, solo podía ser el molino de Aixerrota. Un molino de viento muy alejado de los cánones habituales de los molinos de La Mancha, inmortalizados por el insigne Cervantes en Don Quijote, su obra magna.

El peculiar molino vizcaíno, situado junto a los acantilados de La Galea, formaba parte de un impresionante entorno con una belleza salvaje que dejaba sin habla al viajero que visitara aquel enclave por primera vez. Aixerrota provenía de la palabra molino de viento en euskera: *aixe (haize*) significa viento, y *errota* es molino, dando nombre a un enclave muy conocido en la región.

Muchos vecinos y turistas recorrían la senda que corría junto a los acantilados, con impresionantes vistas sobre el Cantábrico, la desembocadura del Nervión y el puerto de Bilbao. Un paseo que conducía hasta los restos arquitectónicos del Fuerte de La Galea, el vigía del Abra, desde donde se controlaba una amplia parcela del litoral cántabro y vizcaíno. Un lugar estratégico desde el que poder vigilar la costa, ya fuera para ver llegar a los enemigos, controlar el comercio marítimo o divisar las ballenas que se acercaban a la costa.

Las crónicas cuentan que en aquel enclave privilegiado ya existían atalayas desde la Edad Media, aunque los primeros indicios concretos apuntan al siglo XVI. Ya en 1740 se construyó el Castillo

del Príncipe, el actualmente semiderruido Fuerte de La Galea, como medida para fortalecer esa franja costera ante las amenazas de la escuadra inglesa. Dos siglos después, al comienzo de la guerra civil española, dicha edificación sirvió para localizar una batería costera de cañones que defendería la zona frente a los ataques por mar de los sublevados.

A esas horas de la noche, Damián no tenía tiempo para recrearse con el paisaje ni con historias antiguas que allí sucedieron. Unos acantilados famosos en la región, un lugar especial pero también trágico, según contaban algunas de las leyendas de la comarca. Los aterradores muros de roca sobre el Cantábrico habían sido mudos testigos, a lo largo de los siglos, de la caída de varias personas acantilado abajo, ya fuera de forma accidental, provocada o incluso por propia iniciativa. Un lugar en el que dejar volar la imaginación y en el que los espíritus errantes de esos desaparecidos se mezclaban con la bruma que envolvía el entorno.

Había dejado el vehículo en el parking habilitado junto a la parte trasera del molino, donde se ubicaba un local de restauración cerrado desde la pandemia. Al parecer, la nueva concesión municipal pensaba habilitarse en los próximos meses para buscar nuevos gerentes que gestionaran el negocio en un sitio tan privilegiado. Así que Damián no temió encontrarse con clientes en el restaurante y a esas horas de una noche en la que al final había refrescado, tampoco esperaba que pasaran por allí muchos turistas despistados. La hora bruja se había sobrepasado hacía rato y la mayoría de los visitantes nocturnos se habían quedado en el Puerto Viejo o en la playa de Ereaga, disfrutando de una cena tardía o de una noche de marcha en pleno comienzo del verano post pandémico.

Las primeras fases de su plan habían salido a la perfección. Tras el chivatazo de Manolo, se había acercado al Puerto Viejo y se había camuflado entre la multitud que abarrotaba el lugar para tomar algo o cenar en algún local de las inmediaciones. Se había disfrazado como en sus viejos tiempos de recién casado, cuando a su mujer y a él les dio por apuntarse a una compañía de teatro amateur que preparaba sus ensayos en el pequeño local de unos amigos. Una

época feliz que ya nunca regresaría a su vida pero que le serviría para pasar más desapercibido entre la muchedumbre y, sobre todo, por si llegaba a cruzarse con el ojo avezado de los investigadores.

Ropa cómoda y holgada, en tonos claros, sin nada que llamara demasiado la atención. Lentillas de colores, gafas de pasta, una prótesis bucal para cambiar la configuración de su mandíbula y la barba que se había dejado días atrás deberían bastar para despistar a cualquiera. Solo le quedaba acechar a su víctima y buscar el instante más propicio para sus intereses.

Al encontrar por fin al objetivo, sonrió ante su fortuna. La aglomeración de gente provocó que la guardia civil se separara unos metros del ertzaina y quiso aprovechar la ocasión. Llamó a Manolo con instrucciones precisas para que este hiciera lo propio con el subinspector. Cuando vio que Galarza abandonaba el lugar, supo que había llegado el momento de pasar a la acción.

Dejó fuera de combate a Oliveira con la misma técnica utilizada en Basurto, gracias a los elementos preparados por la organización de don José María. La sumisión química le valdría para sacar de allí a la policía judicial, aunque tendría que darse prisa en llegar hasta el vehículo que había dejado mal aparcado en las inmediaciones y que le serviría para la huida.

Todo el mundo iba a su aire y, pese a recibir algunas miradas extrañadas, nadie se metió con ellos ni quisieron saber por qué se llevaba a rastras a la muchacha fuera del Puerto Viejo. Quizá pensaran que estaba borracha, Damián tampoco se detuvo a procesar aquella idea. Estaba preparado para cualquier contingencia, pero afortunadamente nadie les salió al paso y pudo llegar sin problemas al coche.

Imaginaba que Galarza ya se habría dado cuenta del engaño y estaría como loco buscándole por los alrededores después del embuste de Manolo. Pero ¿se habría percatado también de la desaparición de su compañera? No iba a pararse a elucubrar sobre el tema, solo quería salir de allí. Ni siquiera se dio cuenta de que el ertzaina les localizó poco tiempo después, ya que todo su afán

consistía en subir a la bella durmiente al Clio y escapar de allí a la carrera.

Cuando vio llegar la imponente silueta de Koldo Galarza, justo al montarse en el vehículo, tuvo un momento de zozobra. Tan cerca de su meta y aquel idiota casi lo estropea todo. Pisó a fondo el acelerador y abandonó el lugar, satisfecho por haberse librado de su enemigo. Sabía que el policía llamaría enseguida a sus compañeros, pero ninguno conocía su destino más inmediato, situado no demasiado lejos de allí. Así que tendría tiempo de trabajar con calma en su recreación y preparar el golpe maestro final que le haría digno vencedor de una competición que le había cambiado la vida para siempre.

Jamás imaginó que se vería envuelto en una alocada persecución en las calles de Algorta, enfrentado a un absurdo patinete eléctrico. Galarza casi provocó un terrible accidente en aquella plazoleta, del que Damián se libró por los pelos. Lo malo era que había dejado al ertzaina en la rotonda, a un kilómetro escaso de Aixerrota, por lo que ya podía olvidarse de tomarse con calma la traca final que tenía pensada como epílogo del espectáculo.

Su instinto le dijo que el subinspector o sus mandos podrían valorar el entorno del molino como un posible lugar para sacrificar a la víctima, por lo que no tenía tiempo que perder. Ya era noche cerrada en La Galea y debía apresurarse. Milene seguía bastante afectada, aunque estaba comenzando a recuperar facultades poco a poco.

Sacó a la joven del vehículo y la llevó hasta la parte trasera del restaurante. Allí había dejado un bolso de deporte grande, en el que guardaba diversos utensilios que le servirían para su *performance*: una gruesa maroma de varios metros; un artilugio plegable de plástico que le serviría como taburete improvisado; ramas secas de árbol y algunas hojas; aparte de un cuchillo de carnicero, un mechero y la cámara que grabaría el momento para la posteridad.

En un primer momento pensó en evocar a Juana de Arco con una nueva mártir por la causa, pero al final pensó que podría añadirle un

toque original a la representación artística. En vez de atar a la condenada a un palo o tronco vertical, creyó que sería mejor colgarla de las aspas del molino para que el impacto visual fuera mucho mayor.

Depositó a Milene en la base del molino, todavía semiinconsciente, y se dispuso a trabajar en su obra maestra. Lanzó entonces la cuerda sobre la parte inferior del aspa más cercana. Necesitó tres intentos para que la punta de la maroma atravesara una de las cuadrículas huecas del aspa y regresara a sus manos. Manipuló las dos mitades de la soga, las ató con una lazada especial dejando un metro libre en un extremo y remató la faena con un nudo corredizo. Esperaba que la cuerda y el andamiaje resistieran el peso de la chica sin partirse, por lo menos hasta que la mujer exhalara su último aliento.

Al principio pensó en subirse a lo alto del molino y lanzar desde allí a la víctima, enganchada ya dentro del nudo corredizo. Eso le partiría el cuello sin remedio, por lo que el sufrimiento sería menor pero, por el contrario, no veía factible encaramarse allí arriba sin romperse él la crisma. Así que optó por el plan B, un nudo que le apretara el cuello. Eso le supondría una mayor agonía en un primer momento, pero la intentaría acortar con una pequeña fogata.

Desplegó el objeto de plástico y lo colocó como taburete, con la superficie superior para apoyarse situada a unos treinta centímetros del suelo. Distancia suficiente para que los pies colgaran en el aire y la chica no tuviera ningún asidero al que agarrarse antes de su inmediata muerte. Le ató las manos a la espalda por si acaso y la puso en pie a duras penas. Milene pareció reaccionar de repente y quiso balbucear:

—¿Qué…, qué pasa? ¿Dón…de estamos?

—Tranquila, guapa, ya terminamos.

No tenía tiempo de ponerle otra dosis para dejarla dormida, debía darse prisa. La Ertzaintza podía aparecer en cualquier momento o tal vez alguna parejita de enamorados que buscara un lugar recóndito y romántico en el que dar rienda suelta a su amor. La noche avanzaba

a toda prisa pero el reloj mental de Damián parecía haberse detenido y se imaginaba que las manecillas se movían a cámara lenta, dando tiempo a sus perseguidores para que le atraparan y le chafaran el espectáculo que le supondría la gloria eterna.

No quiso mirar a la cara a la joven a la que iba a arrebatarle la vida. Él ya se había condenado y no tenía salvación, y necesitaba arrancarse cualquier atisbo de compasión si quería llegar hasta el final. No podía pensar en ella como en una persona inocente, ni nombrarla más o recordar lo que un día fue. Simplemente se trataba de una muñeca que dejaría allí colgada, todo dentro de un teatrillo mortal que comenzó a provocarle náuseas.

Creyó que se había librado de sus sentimientos más humanos, única manera de alcanzar sus objetivos. Pero su naturaleza más profunda se rebelaba, avisándole del terrible error. Damián dudó unos instantes y estuvo a punto de abandonarlo todo y tirarse por el acantilado en busca de su redención. Sin embargo, sabía que eso solo serviría para condenar a su familia a ojos de don José María, por lo que se repuso a tiempo para completar la tarea.

Tragó saliva y lo dejó todo dispuesto. Pasó el nudo corredizo por el cuello de la joven y lo apretó un poco. No quería dejarlo demasiado suelto para no provocarle una agonía innecesaria, pero tampoco ceñirlo tanto que le provocara una muerte inmediata. Debía grabar la escena y todavía le quedaban algunos elementos por añadir.

Dispuso las ramas y hojas secas en una circunferencia, subió a la rea encima del taburete colocado en medio del pequeño círculo y le ajustó el nudo por última vez. Acercó después la llama del mechero a la improvisada chasca y le prendió fuego. Buscó la cámara y se colocó en posición para grabar la muerte de la chica como prueba para el inductor de semejante barbarie.

En esos momentos escuchó un sonido atronador que se acercaba desde el mar. Un viento huracanado se formó a su alrededor y divisó un potente foco que barría el entorno de Aixerrota. Cuando quiso

darse cuenta, ya los tenía casi encima. La policía los había encontrado y no tenía escapatoria.

El fuego comenzó a crecer, mientras crepitaba alrededor del taburete y lamía las zapatillas deportivas de la chica. Damián supo que había fallado estrepitosamente, pero todavía le quedaba una última bala. Al homicidio por doble causa que quería haber provocado, entre el ahorcamiento y la muerte en la hoguera, pensaba añadir el toque de rajar a la joven con el cuchillo de carnicero para dejar sus tripas al aire. Un dolor inimaginable e innecesario del que Milene Oliveira, ahora sí se permitía nombrarla en su cabeza, se había librado *in extremis*.

Ni siquiera tenía ya tiempo de grabar la escena, a escasos segundos de que los cuerpos especiales de la Ertzaintza se abalanzaran sobre él. Pero todavía podía apuntarse un tanto, después de todo. Ya que iba a pagar por sus crímenes, por lo menos que don José María tuviera en cuenta su osadía a la hora de preparar semejante representación.

Recobró por un instante un atisbo de lucidez en su castigada mente y supo que no lograría su objetivo. Tanto sacrificio realizado en vano en una vorágine mortal de sucesos que habían desembocado en aquel trágico desenlace, todo para que al final fracasara como casi siempre. Su padre siempre se lo había echado en cara y tuvo que darle la razón. Siempre había sido un desgraciado sin suerte y aquella madrugada aciaga lo corroboraba por última vez en su vida.

Una sonrisa amarga recorrió su semblante mientras su pensamiento iluminaba una idea casi poética. Y es que por lo menos había luchado hasta el final, cayendo con honor en la noche de los perdedores. Ese momento supremo en el que todos los desdichados de este mundo comprendían que jamás lograrían ser felices.

Y, sin embargo, quiso rebelarse antes de claudicar ante su destino, así que le dio una patada al taburete y la suboficial de la guardia civil perdió pie. Damián permaneció allí debajo, contemplando su agonía, mientras la chica pataleaba de impotencia

y el nudo corredizo se iba apretando cada vez más sobre su garganta.

El falso Aquiles esperaba que ella muriera por ahogamiento antes de que las llamas treparan por su cuerpo y lo devoraran, en medio de una terrible angustia que no podía siquiera imaginar, pero se atrevió incluso a mirarle a los ojos en esos instantes finales. Solo vio incomprensión en sus pupilas, justo un segundo antes de que un fogonazo a su espalda le sobrecogiera.

En medio del fragor de la batalla, por encima del infernal ruido provocado por los rotores del helicóptero que aterrizó sobre la explanada de césped que separaba la zona peatonal de La Galea de los acantilados, Damián creyó escuchar una detonación. Pero entonces, la niebla lo envolvió por completo y el mundo se desvaneció a su alrededor sin saber si había llegado a cumplir con su misión.

40
Una retirada a tiempo

En algún lugar sobre el océano Atlántico, 26 de junio de 2022

El juego había llegado a su fin y, lamentablemente, no pudo terminar del modo que yo me había imaginado. Claro que nunca hay mal que por bien no venga si con ello consigo unos meses más para disfrutar de este mundo tan inhóspito. Quizá en un futuro pueda volver con ánimos renovados y retomar el increíble desafío que me había planteado en un primer momento.

Diréis que soy un mentiroso y no cumplo mis promesas. Y tal vez llevéis razón si nos atenemos a las circunstancias. Cualquiera comprendería que después de los acontecimientos sucedidos en Aixerrota y sus consecuencias para Damián Pérez Tornero, alias Aquiles, no iba a inmolarme yo también de mala manera. No, preferí lamerme las heridas en alguna cueva lejana, a ser posible exótica y lujosa, en la que disfrutar de mis últimos coletazos de existencia.

¿Y qué ha sucedido para que huya con el rabo entre las piernas?, os preguntaréis. Tantas ínfulas sobre la mejor competición de la historia, de la que todos los medios glosarían cuando conocieran al artífice de tamaño reto, quedaron en agua de borrajas. Ningún periódico hablaría sobre mí, ningún editor publicaría una novela basada en esta historia, ni por supuesto productor alguno rodaría una película sobre los asesinatos perpetrados entre Cantabria y el País Vasco.

Quizá penséis que soy un cobarde y de nuevo es probable que acertéis, sobre todo a la hora de enfrentarme a la realidad. Pero ¿qué ganaba el mundo si me entregaba? Al permitirme este pequeño *impasse* que esperaba que no fuera demasiado largo, tal vez podría regresar con más fuerza y terminar lo que una vez comenzamos juntos. Sí, amigos, tengo intención de completar mi gran reto, aunque tenga que recorrer los confines del mundo hasta encontrar un sucesor de Aquiles y, sobre todo, un buen competidor para luchar contra Cómodo, el vencedor derrotado.

Esta contradicción se entiende de la siguiente manera: de puertas para dentro, detrás de los muros de mi casa de Punta Galea, Cómodo sería siempre el único vencedor del duelo a muerte. Así se lo hice saber en persona y por eso le transferí una generosa cantidad a su nombre en una cuenta abierta en un paraíso fiscal, como ganador absoluto de la contienda. También le di a escoger entre acompañarme en mi nuevo periplo, repleto tal vez de emociones fuertes antes de nuestro regreso, o comenzar de cero en otro lugar, lejos de mí.

El hombre silencioso me ha pedido tiempo para reflexionar sobre el asunto. De momento le he convencido para acompañarme en este vuelo, a bordo de mi jet privado, con destino a algún lugar desconocido de Sudamérica. Se quedará a mi lado durante las primeras semanas en mi nuevo domicilio, que será a la vez lugar de descanso y sosiego, a la par que escondite ante posibles futuras injerencias policiales en mi contra.

Además, nos alojaremos en un lugar privilegiado situado muy cerca del hospital en el que un novedoso programa de investigación sobre mi enfermedad augura grandes beneficios a medio plazo. Quizá mi tiempo se agote antes de poder disfrutar de ese tratamiento, dado lo avanzado de mi estado, pero yo intentaré retardarlo lo máximo posible en busca de un milagro.

Como os comentaba, al bueno de Cómodo no le he dicho toda la verdad. La Ertzaintza detuvo a Aquiles en las inmediaciones del molino de Aixerrota y confiscó todos los objetos relacionados con su *performance* salvaje, incluida la cámara de video. Todavía no he conseguido el acceso al contenido de dicha cámara, pero espero que mis espías logren pronto una copia de esa prueba irrefutable de los crímenes para guardarla en mi biblioteca particular.

Aquiles había llegado muy lejos, nadie lo negaba, pero tampoco podría considerarle ganador absoluto a tenor de las imperfecciones de su prueba. Sí, debía tener en cuenta lo arriesgado y complicado de un emprendimiento a todas luces fuera de concurso, sin que llegara a ser suficiente. No al considerar que Cómodo seguía vivo e iba a pedirme explicaciones sobre mi veredicto final, por lo que tuve que contemporizar con mis decisiones. Y para ello, debía asegurar el silencio del antiguo mecánico.

Todos los vecinos de Punta Galea nos enteramos del jaleo que se montó en el entorno de Aixerrota. En esos precisos momentos ignoraba que Aquiles hubiera encontrado la solución a mi pequeño enigma sobre el enclave en particular. Me había extrañado su atrevimiento, preparando su propia hoja de ruta sin mi consentimiento previo, pero no podía tenérselo en cuenta. El desgraciado chófer se había visto con la espada de Damocles sobre su cabeza y se lanzó a lo loco, sin pensar en las posibles consecuencias, quizá de un modo suicida que solo yo podría comprender.

Desde luego, me había sorprendido la audacia de mi pupilo, con esa recreación de una Juana de Arco moderna, colgada de una horca peculiar que pendía de las aspas de un molino centenario. Unas imágenes que podrían haber dado la vuelta al mundo, pero que las autoridades vascas se encargaron de silenciar. Nada de alertar a la opinión pública, y mucho menos después de atrapar a tan

sanguinario asesino. Las redes sociales tendrían que conformarse con elucubrar sobre lo sucedido, sin escabrosas fotografías que se convirtieran en virales al instante.

Mis informantes en la comisaría de Erandio me avisaron pronto de la detención de Damián Pérez Tornero. No podía relacionársele conmigo de ninguna manera, pero me quise curar en salud. Así que me cercioré para que un abogado de plena confianza, un cabronazo bien conocido en las altas esferas vizcaínas, se hiciera cargo de su caso de un modo un tanto diferente.

No solo debía representarle ante la justicia, sino trasladarle a Damián mi última voluntad mientras todavía se encontraba bajo custodia policial. Con el privilegio abogado-cliente por medio, me aseguré de entregarle una carta mecanografiada por mí, del modo más aséptico posible para que nadie me relacionara con el caso, en la que el asesino confesaba todos sus crímenes. Y no solo los suyos, claro, había que aprovechar la coyuntura.

En la carta se explicaba, con detalles que solo conocería alguien que hubiera participado en dichos homicidios, los diferentes retos a los que sometí a mis pupilos en los últimos tiempos. Obviaba el secuestro de la familia de Labarrieta, ya que las cámaras y varios transeúntes habían visto como un hombre que no podía ser Damián se encargaba de subir a la abuela y a su nieto a una furgoneta negra. Pero sí podíamos cargarle el mochuelo de esas muertes en La Ojerada y, ya de paso, el secuestro y asesinato de Egoitz Lazcano, el curioso *caballuco* del diablo que se convirtió en la nueva atracción del parque mitológico de Mina Pepita.

Las autoridades ya tenían conocimiento de la participación de Damián en el secuestro y muerte de la joven universitaria crucificada enfrente de la Universidad de Deusto y, naturalmente, de todo lo relacionado con Milene

Oliveira. Añadimos además un toque adicional, para que las autoridades vieran que el asesino confeso no se guardaba ningún as en la manga. Damián mencionaba también, aunque fuera de un modo interpuesto a través de mis palabras, el secuestro exprés de Ibai Larrea, un hecho significativo que quizá confundiera a la Ertzaintza y de paso tal vez comprometiera al patriarca de la familia por mentir a la policía.

El leguleyo, un capullo arrogante que me recomendó mi buen amigo Ormaechea, el abogado de la familia, tenía que cumplir una última premisa. Le entregó otra carta a mi pupilo, escrita y firmada de mi puño y letra, en la que me comprometía a cumplir la palabra dada si firmaba esa confesión y se dejaba aconsejar por el abogado en todo momento. Por supuesto, Damián debía mantener silencio en torno a todo lo que sucedió realmente. De ese modo, yo permitiría que su familia siguiera viviendo, pagaría todas sus deudas y les daría la oportunidad de comenzar de cero con una generosa donación para que no les faltara de nada en su ausencia.

Damián estuvo de acuerdo, firmó la confesión y entregó de nuevo la misiva al abogado, que me la devolvió sin ningún problema para que no quedara prueba alguna. El antiguo mecánico permaneció en prisión preventiva a la espera de pasar a disposición judicial, pero no llegó a presentarse delante de un juez. Los tentáculos de mi organización llegan a todas partes y ya me había encargado del trasunto de Aquiles, no podía dejar ningún cabo suelto.

Tal vez Damián no hubiera hablado, eso ya nunca lo sabremos. Entenderéis que no pudiera dejarlo en sus manos, se trataba de un considerable riesgo que no pensaba asumir. No sé quién cumplió el encargo, pero lo hicieron de forma muy profesional. Damián apareció muerto por estrangulamiento, ahorcado de mala manera con la sábana de su cama, tal vez como homenaje postrero a la

joven Oliveira. Y nadie supo jamás que él no había tenido nada que ver con su propia muerte.

Fue entonces, cuando el caso quedó definitivamente sellado con su muerte, cuando afloró algo de piedad en mi corazón corrompido. Cumplí en parte lo prometido a Aquiles. Me encargué de pagar sus deudas y de que su familia pudiera salir adelante. Total, yo tampoco ganaba nada deshaciéndome de esa pobre gente que ya había sufrido bastante en la vida. Pagué también el sepelio del cabeza de familia de un modo anónimo y el abogado que gestionó todos estos movimientos le dejó muy claro a su viuda que tendrían que empezar una nueva vida lejos de Castro Urdiales y por supuesto de Bilbao, si querían recibir la generosa contraprestación que les ofrecía.

Ya no pesaba deuda alguna sobre la casa y se pagaron el resto de los créditos pendientes, por lo que pudieron vender el chalet y comenzar de cero en otra parte. Tengo entendido que se han marchado a Andalucía, pero eso ya no es problema mío. No les deseo ningún mal, pero tampoco quiero saber nunca más de ellos. Ojos que no ven, corazón que no siente.

A pesar de mi gesto hacia los suyos, tampoco me sentía culpable por el indigno final de Aquiles, él sabía perfectamente a lo que se exponía. Solo espero que muriera en paz con su Dios, si es que creía en Él, aunque sé que en sus últimos momentos tuvo un arrebato de lucidez y luchó en vano por su vida. Una muerte más que daría carpetazo definitivo al caso del asesino en serie que mantuvo en jaque a las autoridades de dos comunidades autónomas durante las últimas semanas.

A todos nos convenía ese final. Las autoridades no querían un juicio mediático que supondría un hito en la historia moderna de las televisiones en España. Las familias de los fallecidos tampoco buscaban más publicidad a su alrededor, ni las grandes empresas del Ibex necesitaban

más fluctuaciones en sus acciones debido a factores externos. Los políticos se congratularon por el abrupto final del caso y la Ertzaintza se apuntó un tanto al atrapar al asesino.

Quizá la Guardia Civil no estuviera muy contenta con el resultado, ya que todo el mérito se lo arrogaría la policía autonómica vasca. Y eso que una de sus investigadoras había caído en las garras del homicida. Recibieron órdenes del Ministerio del Interior para no agitar más el avispero y todo se cubrió con el manto de la indiferencia, por lo que en unos días ya nadie se acordaría de Damián ni de sus crímenes abyectos.

Los periodistas hablaron sobre el tema durante una semana, pero enseguida pasaron a otros asuntos más importantes en el primer verano después del Covid. Mis ojos y oídos en las diferentes instituciones me informaron del escaso interés en la sede de Erandio por averiguar el lugar de trabajo de Damián, por si de ahí se podía colegir que había alguien más envuelto en los asesinatos. Decidieron cerrar definitivamente el caso por orden directa del Consejero de Seguridad vasco y el expediente quedó archivado hasta nuevo aviso.

No sé si la opinión pública o el grueso de los investigadores a ambos lados de la frontera que separa Cantabria del País Vasco estarían de acuerdo con esta decisión. Ni si todo el mundo se tragaba que Damián fuera el único responsable de lo sucedido, pero eso ya no era de mi incumbencia. Nadie había llamado a la puerta de mi casa en Punta Galea, ni a la de ningún vecino que yo supiera, por lo que respiré tranquilo, por lo menos de momento.

Permanecería atento por si las tornas cambiaban en el futuro, pero mientras tanto debía pensar en mí. Me venía bien cambiar de aires, tanto por si los investigadores decidían reabrir el caso buscando cómplices o inductores, como por el tema médico. Solo esperaba que los próximos

meses fueran igual de fructíferos que los anteriores, en los que había disfrutado de unas experiencias que jamás pude llegar a imaginar.

Así que me despido de vosotros, queridos amigos. Espero y deseo que esto sea solo un hasta luego, pero ya no depende de mí. Y si Dios y mi naturaleza lo permiten, regresaré algún día para daros ese final que merecéis. Confiad en mí, volveré y cumpliré mi promesa como hizo el general MacArthur al abandonar Filipinas.

Y no os olvidéis de disfrutar de los buenos momentos, que la vida se puede torcer en un instante. Hasta más ver.

41
Una investigación inacabada

Madrid, 15 de julio de 2022

Su periplo por el País Vasco y Cantabria había terminado con un sabor agridulce, y eso que el asesor ministerial intentó mejorarlo con una extraordinaria comida de despedida en un afamado restaurante de Bilbao junto a algunos integrantes de la investigación dentro del cuerpo de la policía autonómica vasca.

Francisco Bermejo no estaba demasiado satisfecho con la resolución del caso, si es que aquel final tan abrupto podía considerarse como una investigación finiquitada. Ni siquiera se encontraba conforme con su papel de enlace entre las diferentes fuerzas de seguridad y el propio ministerio del Interior. Y para rematar su desazón, aquel borrón y cuenta nueva generalizado le había terminado de agriar el carácter, como si todo lo sucedido durante las últimas semanas en la cornisa cantábrica nunca hubiera tenido lugar.

Cuando vio el cariz que tomaba el caso tras la muerte del único sospechoso, Bermejo quiso hablar con Orbea. El comisario le dio largas durante días y, cuando al final pudieron reunirse, solo le ratificó que cumplían órdenes de arriba. Tampoco le fue mucho mejor con la Guardia Civil, ni en la unidad de policía judicial de Santoña ni en la Comandancia de Santander. Aquel comportamiento tan errático de todos los involucrados terminó por escamarle del todo.

Al parecer, los altos mandos policiales de ambos cuerpos, en connivencia con los consejeros de Interior de las dos comunidades autónomas afectadas y secundados por el propio Ministerio del Interior, habían decidido echar una capa de tierra sobre el asunto. Ya tenían un culpable de cara a la opinión pública, aunque hubiera

muerto en la cárcel en circunstancias extrañas que impedirían su juicio, pero nadie quería echar más leña al fuego.

Ni siquiera los familiares de las víctimas se quejaron y asumieron como buena la versión oficial. Pero Bermejo, al igual que algunos de los investigadores involucrados, sabía que allí había gato encerrado. Intuía que a esas grandes empresas, que cotizaban en bolsa y tenían que rendir cuentas a sus accionistas, no les apetecía lo más mínimo seguir en el ojo del huracán. Un final al parecer muy conveniente para todos, algo que terminó por escamar al antiguo inspector. Su olfato de sabueso, aunque algo oxidado por el paso del tiempo y la falta de estímulos policiales, le decía que allí había todavía mucho por escarbar. Y con esa situación tan anómala se lo llevaban los demonios, ya que debía limitarse a cumplir las órdenes recibidas y olvidarse del tema.

De regreso a Madrid, tuvo que rendir cuentas ante su jefe, Mardones. El secretario de Estado pareció recibirle de buen humor, algo que terminó por descolocar a Bermejo.

—No te calientes más la cabeza, Paco, todo ha terminado. El asesino ha pagado con su vida los crímenes cometidos, los familiares de las víctimas han podido enterrar y honrar a sus muertos y las grandes empresas vuelven a la normalidad. Y aquí paz y después gloria.

—¿Y os da lo mismo que pueda haber un asesino por ahí suelto? —preguntó cabreado Bermejo.

—Eso está por ver, amigo. Yo no termino de comprar las tesis de tu amigo Roncero, ya he hablado también del tema con Antúnez. El viejo coronel no es tan reticente como vosotros, pero le ha costado cerrar el tema, ha habido que apretarle un poco más de la cuenta. Al parecer, el capitán, tras regresar de Nueva York, le ha vuelto loco con sus historias de un duelo de asesinos y alguien poderoso que maneja los hilos desde las sombras.

—Sabes que a veces no sigo todos los razonamientos de Roncero a la primera, su cerebro va a demasiada velocidad para mí. Pero en esta ocasión estoy de acuerdo con su idea, aquí hay más gente

involucrada. Han pasado demasiadas cosas en la costa norte durante este verano, no podemos creer que todo sea debido a ese desgraciado que supuestamente se ha quitado la vida en la cárcel.

—¿Tampoco te crees la autopsia del tal Damián? Los forenses dicen que se suicidó, sin ningún género de dudas.

—Eso se puede simular, ya lo sabes; para mí que le ayudaron a quitarse de en medio, si es que esa era su idea inicial.

—De verdad, no veas fantasmas donde no los hay.

—Ya, y por eso la familia le ha incinerado a toda prisa, por si en algún momento alguien solicita una segunda autopsia. Y también he podido confirmar que han pagado sus deudas, vendido la casa a escape y desaparecido de la circulación. Todo muy conveniente, no me lo trago.

—Pues es lo que hay, Paco. Lo siento, pero son lentejas.

—Si tú lo dices, jefe… —soltó Bermejo con retintín—. Creo que a Orbea también le ha salido una mosca cojonera en su comisaría que no da su brazo a torcer. El subinspector Galarza tuvo razón desde el principio con su teoría sobre aquel extraño secuestro fallido en Basurto y ha seguido la investigación al milímetro. En sus pesquisas junto a la cabo Oliveira dieron con algunas claves que no se deberían olvidar. Creo que es nuestra obligación, no podemos dejarlo pasar.

—En serio, Bermejo, no me quiero enfadar contigo. Has hecho un buen trabajo y ya está, es agua pasada. Cumple con lo que te he dicho y mantente alejado de esta investigación, es una orden.

—¿Y si no? Igual voy a hablar con Galarza y Oliveira, seguro que Roncero me secunda y Antúnez puede reabrir el caso desde la UCO.

—¡Ya está bien! —soltó Mardones, enfadado—. Tengamos la fiesta en paz, por favor. Yo estaba de buen humor y me estás tocando un poco las narices, por decirlo finamente. Ah, y te aconsejaría que no metieras tampoco en un lío a nadie.

—¿A qué te refieres? No sé por qué yo…

—¿No lo sabes? —preguntó Mardones con chulería—. He sido tu jefe durante muchos años y creo que valoras nuestra amistad. Y te pido por favor que te olvides de esto, el expediente ya se ha archivado y nadie puede acceder a él. Mejor dejas en paz a Galarza y a su jefe, al que yo mismo he tenido que calmar para que no abriera un expediente disciplinario al subinspector.

—¿En serio? Hombre, sé que Koldo parece un hombre vehemente, pero es buen policía. De hecho, a mí no me recibió de muy buen grado al principio, pero creo que me lo gané con el paso del tiempo. Y si insiste en el tema por algo será…

—Pues eso, cada palo que aguante su vela y no te metas donde no te llaman. En Erandio no tienes nada que rascar, aparte de que no acudirías como asesor ministerial, ya que te revoco el permiso *ipso facto*. En el País Vasco están conformes con el resultado y allí nadie quiere que se reabra el caso bajo ningún concepto.

—A no ser que aparezca otro cadáver mediático que no puedan ocultar.

—¡Joder, no seas cenizo! Se ha terminado, no tengo nada más que hablar contigo —dijo Mardones desabrido—. Y ahora, si me disculpas, tengo otros asuntos que atender. Vete a casa y descansa. Ya hablaremos más adelante para buscarte alguna otra ocupación.

Bermejo no se arrugó ante el ultimátum de su jefe. Después de tantos años de servicio público, no se iba a arredrar por una pequeña discusión con Mardones, aunque supiera que había perdido el combate dialéctico. Nunca había sido de plegarse ante los poderosos, lo que le había granjeado más de un problema a lo largo de su carrera profesional. Decidió entonces contemporizar, valorar los pros y contras y tomar una decisión al respecto con más calma.

—No te preocupes, no te molestaré más con este tema. Otra cosa es que te coja el teléfono cuando me vuelvas a llamar, igual me pillas ocupado —respondió en un tono irónico con el que pretendía suavizar la tensión, con guiño de ojo incluido—. O igual me voy con el cuento a Antúnez, tengo que valorarlo. Tal vez me contraten

directamente como asesor en la Benemérita, que también los conozco muy bien.

—Anda, lárgate ya y olvídate de gilipolleces. Ya hablaremos, Paco, cuídate. Y no hagas ninguna tontería, que nos conocemos. Parece mentira, a tus años…

—Eso intentaré, jefe. Ya veremos si lo consigo o no.

42
El final del camino

Monte Buciero (Santoña), 22 de julio de 2022

Habían pasado ya cuatro semanas desde la fatídica noche de Punta Galea y los acontecimientos que sucedieron en el entorno del molino de Aixerrota, una experiencia traumática que Milene Oliveira jamás olvidaría. Gracias al empeño de Koldo pudo salvar la vida, aunque en su rescate hubo otros compañeros que tuvieron que poner toda la carne en el asador para que la misión llegara a buen término.

Milene quería regresar a Santoña tras un mes alejada de la población cántabra. Después de la detención de José Damián Pérez Tornero fue trasladada de urgencia, en el mismo helicóptero que se convirtió en el artífice del pequeño milagro, hasta el hospital de Cruces. Allí permaneció varios días para curarse de la traumática experiencia. La cuerda que aprisionaba su garganta dejó marcas profundas en la piel de su cuello y estuvo a punto de asfixiarla, pero las autoridades vascas llegaron en el momento oportuno.

También tenía quemaduras leves de primer grado en pies y pantorrillas debido a las llamas que comenzaron a lamer su cuerpo instantes antes de su liberación. Tuvo suerte de caer fuera del círculo de fuego que el asesino había preparado a su alrededor en aquella pira funeraria que debía acabar con su vida mientras moría a la vez por estrangulamiento.

Milene no era muy consciente de lo sucedido junto al molino, cuando los agentes del Grupo Especial de Intervención de la Ertzaintza irrumpieron en La Galea. Los efectos de la droga proporcionada por el asesino antes de abandonar el Puerto Viejo provocaron una nebulosa en su mente que le impedía recordar muchos detalles, por lo que tuvo que fiarse de lo que le contaron

después Koldo y Aguirre, el otro subinspector que ayudó en su rescate.

La alocada persecución de Galarza a lomos de un patinete eléctrico consiguió entretener al criminal y orientar al resto de las Fuerzas de Seguridad para dar con el paradero de la desaparecida. Por lo que le contaron a Milene, Aguirre se unió al equipo de intervención para ayudar a salvarla. De ese modo se convirtió también en un espectador de excepción, situado en primera línea de batalla, de lo que ocurrió junto a los míticos acantilados de Punta Galea.

Según la narración de los ertzainas, todo se torció en un instante. En el momento en que el asesino se vio a merced de las fuerzas del orden, quiso morir matando y casi provocó una tragedia. Encendió la fogata que rodeaba a la chica mientras le daba una patada al improvisado taburete sobre el que Milene se sostenía a duras penas para que perdiera pie y se ahorcara de forma inmisericorde. Aguirre apremió entonces a los hombres, que ya se aprestaban para bajar del helicóptero, lanzándose incluso antes de tomar tierra. Pero no había tiempo material para efectuar el operativo completo, la chica podía morir en cualquier momento.

El jefe del escuadrón tomó entonces una determinación que a la postre resultó correcta, aunque muy arriesgada en esas condiciones de inestabilidad. El helicóptero no se había posado sobre el césped y las fuertes rachas de viento que castigaban a esas horas la costa, unido a la escasa visibilidad en la zona, no ayudaban precisamente a tomar una decisión tan complicada.

El oficial no se amilanó y tiró de galones, sin encomendar la misión a ningún subordinado. Mientras sus hombres se lanzaban desde el aparato para capturar al criminal y asegurar el perímetro, él asumió la tarea más difícil: salvar a la rehén. Preparó uno de los rifles de precisión que llevaban a bordo y efectuó un disparo complicado que podía haber acabado en desgracia.

Afortunadamente, el tiro dio en el blanco y segó la cuerda a unos treinta centímetros por encima de la cabeza de la víctima. Milene se

desplomó entonces como un fardo, con la suerte de que su cuerpo rebotó al chocar contra el taburete, por lo que no cayó dentro de la fogata y las quemaduras resultaron solo de carácter leve.

Por lo que le contó Koldo después en el hospital, el subinspector llegó al entorno de Aixerrota justo en el momento del disparo salvador. Les había perseguido en aquel vehículo improvisado por las calles de Algorta e hizo el último kilómetro cuesta arriba y a marchas forzadas con las pocas fuerzas que le quedaban tras lanzar el patinete contra ellos. Una carrera contrarreloj que finalmente logró salvar su vida con la ayuda de sus compañeros en la Ertzaintza.

En el hospital recibió otras visitas ilustres, como la de su superior en la UCO, el capitán Roncero, recién llegado de Estados Unidos. El oficial se mostró preocupado por su estado de salud y lamentaba que su pupila, ya que él se encontraba en Nueva York durante esos días, hubiera sufrido las consecuencias de enfrentarse a semejante psicópata sin su ayuda. Algo que Milene no le echó en cara, asegurándole que se encontraba bien y que le podía haber pasado algo similar en cualquier otro operativo, con o sin su presencia en el mismo.

Incluso se pasó por el hospital de Cruces para interesarse por su estado el coronel Antúnez, aunque casi por obligación, pero la joven no se lo tuvo en cuenta. Sí agradeció el gesto más cercano y cariñoso de Bermejo, el antiguo inspector reconvertido en asesor ministerial, que acompañó un día a Roncero para saludarla y desearle una pronta y completa recuperación.

Tras abandonar el hospital vizcaíno, al que acudieron enseguida los padres de Milene desde Suances para velar por su estado, la familia Oliveira regresó al completo a Madrid. La cabo de la Benemérita siguió recuperándose en la capital de España, primero en una clínica privada y después en casa, rodeada de los suyos. Recibió el alta médica unos días después pero, en connivencia con sus mandos, la joven decidió prolongar su ausencia del trabajo con unos merecidos días de vacaciones.

Casi un mes después de acabar con los horribles crímenes que asolaron la cornisa cantábrica a principios del verano, Milene regresó al norte. Quería despedirse de todos los compañeros con los que había trabajado en el operativo, ya fueran de la Guardia Civil o de otros cuerpos. Se incorporaba a su puesto de trabajo en Madrid a la semana siguiente y decidió viajar hasta Cantabria unos días antes. Así pasaría el fin de semana en la comarca, por lo que se preparó para ser el centro de atención cuando apareciera por las instalaciones de la Guardia Civil en Santoña.

También necesitaba alejarse del infernal calor que azotaba Madrid durante esos días, aparte de olvidarse de lo sucedido y visitar a ciertas personas. Le apetecía mucho reencontrarse con Carmen, su compañera temporal de piso y trabajo que ya se había convertido en una buena amiga. Y, por qué no, también tenía ganas de volver a ver a Koldo, ese desgarbado mocetón vasco que lo había dado todo por intentar salvarla.

Aun costándole tragar y hablar durante aquellos primeros días en el hospital, recordó entonces Milene, la chica tuvo que aguantarse la risa ante las payasadas de Koldo y Aguirre. Los médicos le habían aconsejado forzar lo menos posible las cuerdas vocales y cuidar su garganta, pero con aquellos dos era imposible. Al final les prohibirían visitarla en su habitación si seguían comportándose de esa manera, eran incorregibles.

Los dos subinspectores escenificaron delante de ella, en tono de broma, la surrealista persecución de Koldo a lomos de un corcel eléctrico expropiado de cualquier manera a un chaval en la calle. Milene fue enseguida consciente de lo peligroso de la situación y de que los dos ertzainas se comportaban de ese modo delante de ella para quitarle hierro al asunto. Pero las miradas que le lanzaba Koldo, entre preocupado y aliviado por el resultado y, sobre todo esos silencios que llenaban el espacio a su alrededor, le confirmaron lo que ya intuía: había tenido mucha suerte y podía considerar que había vuelto a nacer en La Galea.

Y ese mismo día, en la jornada previa a su vuelta a Madrid, regresaba al monte Buciero, un lugar del que atesoraba un recuerdo

agridulce. Sonrió al rememorar su agradable paseo junto a Koldo en aquel entorno salvaje entre el mar y la montaña, sin poder evitar que sus pensamientos se dirigieran hacia el motivo por el que tuvieron que abandonar la excursión: una llamada de la Comandancia de Santander referente al caso en el que trabajaban, el mismo por el que casi había fallecido en acto de servicio.

En la capital también había recibido después el cariño de sus compañeros en la unidad de élite. Sobre todo por parte del capitán Roncero y su pareja, Miriam Monfort, cuando Milene regresó a Madrid para su completa recuperación. Ella se flagelaba delante de sus amigos, sobre todo por haberse dejado capturar como una pardilla por alguien que no podía considerarse un delincuente habitual, pero que derivó en un peligroso asesino en serie que puso en jaque a la vez a dos cuerpos de seguridad del Estado.

Roncero se metía con ella y ambos bromeaban sobre diferentes investigaciones, asegurándole el capitán que él había sufrido más que ella cuando se enfrentó al célebre Jasón. Milene no estuvo de acuerdo con esta teoría y Miriam le dio la razón, para disgusto del oficial de la UCO, ya que las dos mujeres se aliaron contra él. Eso sí, Milene no consiguió convencer a Miriam para que se olvidara de escribir una novela que contara lo ocurrido en un caso tan reciente, ya que la periodista y escritora se quería guardar esa carta para un futuro próximo.

Y allí se encontraba Milene de nuevo, resguardada a la sombra bajo las faldas del monte Buciero, esperando a su caballero andante. Un *déjà vu* pareció querer adueñarse de su mente al evocar su anterior reunión en idéntico enclave con el mismo acompañante, pero la chica alejó esos pensamientos de su cabeza. Borrón y cuenta nueva, quiso pensar, se lo habían merecido con creces. Nada de regodearse en el pasado y en lo que podría haber sucedido si las decisiones tomadas hubieran sido distintas. Ya no había forma de cambiarlo, por lo que solo le quedaba mirar hacia delante.

La joven se preparó para la ocasión con un conjunto deportivo muy sugerente que había adquirido recientemente en Madrid: unos shorts cortitos y un top de color fucsia, todo muy ajustado para

resaltar su estupenda figura y tejido en unos tonos que destacaban al contraste con su piel morena. Solo esperaba que el atuendo no fuera demasiado cantoso y asustara al bueno de Koldo. Y por si acaso, recordando la anterior visita al Buciero, se había puesto debajo un biquini que tampoco dejaba mucho lugar a la imaginación, por si finalmente se bañaban en ese misterioso lugar mencionado por el subinspector.

—¡*Kaixo*, Milene! —exclamó Koldo nada más verla—. ¿Cómo estás?

—Muy bien, aquí esperándote desde hace un rato —contestó la chica mientras le guiñaba un ojo a modo de broma.

—Ya te veo, estás estupenda.

El ertzaina dijo estas palabras con algo de rubor en sus mejillas, tal vez nervioso al juntarse de nuevo después de los sinsabores sufridos. De todas maneras ese detalle no evitó que le hiciera un escaneo completo al llegar a su altura. Hubo entonces un momento extraño entre los dos, ante el amago de saludarse con dos besos tras encontrarse después de tanto tiempo, que finalizó con un torpe abrazo no demasiado efusivo que ninguno de los dos quiso prolongar demasiado.

—Aquí estamos de nuevo, esperemos que hoy nos dejen finalizar nuestra excursión —afirmó Milene.

—Sí, eso estaría bien. Tú sigues de permiso y yo no pienso contestar al móvil a no ser que caiga un meteorito, que es lo único que nos falta en los últimos tiempos después de una pandemia, un volcán, una guerra y una crisis global.

—Ni se te ocurra mencionarlo, por favor… Tengamos la fiesta en paz.

—Tienes razón, mejor solo hablemos de temas inocuos. Eso sí, me permitirás preguntarte por tu recuperación, o eso espero al menos. ¿Qué tal la garganta?

Milene se llevó la mano al cuello de forma inconsciente, acariciando la marca que le había quedado tras su encuentro con

aquella soga que debía acabar con su vida.

—Perdona, soy un idiota. No quería recordarte lo que…

—Tranquilo, no pasa nada. Ya estoy mejor, tuve mucha suerte. Si no llega a ser por vosotros no lo hubiera contado, os estaré eternamente agradecida. Solo me ha quedado una pequeña marca que los médicos esperan que desaparezca del todo con el tiempo, al igual que esta voz de recién levantada con la que tengo que convivir de momento.

—A mí me parece muy sexy ese tono grave, pareces una locutora de un programa nocturno de radio.

—Menos coñas, Galarza, o tendrás que enfrentarte a mi furia. Bueno, habrá que comenzar la caminata un día de estos, ¿no?

—Claro, allá vamos. Hoy parece que el calor va a apretar de lo lindo, menos mal que hemos quedado a primera hora. Si no tardamos demasiado podremos disfrutar de una ruta más solitaria antes de que esto se llene de turistas.

Los dos jóvenes recorrieron los mismos senderos por los que comenzaron a transitar la vez anterior, esta vez de forma más tranquila. Milene no quería forzar demasiado tras regresar de su baja médica e intuía que Koldo tampoco impondría un fuerte ritmo. Se lo tomarían como un paseo por aquel entorno maravilloso que ya la cautivó en su anterior visita.

Bromearon por el camino, mientras charlaban sobre temas intrascendentes y soltaban chascarrillos sobre personas que ambos conocían, como la guardia Carmen o el subinspector Aguirre. Y claro, una cosa llevo a la otra y acabaron hablando del caso que les había vuelto a reunir después de tantos años.

—Ya sé que habíamos prometido no hablar del tema, pero me gustaría saber qué tal por la comisaría de Erandio tras finalizar la investigación.

—Pues no te voy a engañar, Milene, durante esos días se respiraba un ambiente extraño en la sede central. Sí, los mandos se felicitaban por el éxito de la misión e incluso se habló de

condecorarnos a Ander y a mí por nuestro desempeño, pero afortunadamente les quitamos esa idea de la cabeza. Nosotros no queríamos ser protagonistas, solo hicimos nuestro trabajo.

—Sí, claro, pero si no es por vosotros yo no estaría aquí vivita y coleando. Ya sé, ya sé, no lo voy a repetir de nuevo, esto lo hemos hablado antes. Y la deuda de gratitud que tengo contigo será eterna, eso lo puedes tener claro.

La pareja se había parado en lo alto de una loma, justo frente al mirador de Punta del Águila. Desde allí se divisaba la belleza salvaje del imponente arenal de Berria, el penal del Dueso y al fondo se adivinaban también las playas de la vecina Noja. Milene miró entonces a Koldo directamente a los ojos, y quiso transmitirle en silencio lo que de verdad significaba para ella el sacrificio que el joven bilbaíno realizó para salvarla.

Koldo carraspeó, tal vez nervioso ante esas pupilas profundas del color del mar embravecido con las que la chica pretendía impresionarle, y prefirió cambiar de tema mientras abandonaban el mirador y seguían adelante con su excursión. Dejaron atrás el Faro del Pescador y tras salir de la pista asfaltada se adentraron en un frondoso encinar, un bosque cantábrico repleto de laureles y madroños que jalonaban todo el recorrido.

—No te preocupes, me debes una y ya está. Seguro que en un futuro tendrás oportunidad de resarcirte, aunque espero que no sea porque también a mí me ha capturado un *serial killer*.

—¡Serás idiota! —contestó Milene mientras le golpeaba cariñosamente en el hombro—. Pero no te escapes, me decías que había un ambiente extraño en Erandio.

—Sí, fue todo muy raro. El asesino confesó y se declaró culpable de todos los crímenes, muy conveniente para todos. Y después se suicidó en su celda sin que nadie se percatara de nada. Algo que les vino de miedo a los que tenían ganas de zanjar el tema cuanto antes.

—¿Y tú no crees que se haya cerrado el asunto?

—Por supuesto que no, y me extrañaría si tú pensaras lo contrario. No creo que ese pobre infeliz cometiera todos los crímenes, ni por asomo. Y sobre todo, me niego a pensar que no hubiera nadie más detrás de esta ola de asesinatos.

—Sí, estoy de acuerdo contigo. Y en mis conversaciones con Roncero y Miriam llegamos a la misma conclusión: nos la han jugado.

—¡Por fin alguien cuerdo en medio de toda esta locura! ¿Y qué opina el gurú de la UCO?

—Venga, no te metas con el bueno de Pablo, él solo quería ayudar. En cuando la noticia de aquella confesión tan oportuna llegó a oídos de la UCO, Roncero tuvo claro que allí había gato encerrado. El tal Damián no se ajusta al perfil que había trazado el capitán para los crímenes de La Ojerada y Solares, allí actuó otra persona.

—Seguramente, el tipo de la furgoneta negra, el que se movía como un ninja entre las sombras. Pero mis jefes no quisieron saber más del tema, por mucho que insistí en ello.

—¿No me digas que volviste a las andadas?

—Pues sí, que le vamos a hacer, soy un cabezota. No me podía creer que todo el mundo se tragara aquella patraña. Me sucedió lo mismo que cuando quise investigar el misterioso secuestro de Basurto, donde casualmente yo llevaba la razón. En esa ocasión, mi jefe me ordenó no seguir indagando y aquí tres cuartos de lo mismo. A todos les interesaba enterrar el asunto, ya teníamos al culpable para los medios. Y encima se había quitado de en medio él solito, menuda casualidad. Un ahorro para las arcas del Estado, así no había que celebrar un juicio que iba a molestar a mucha gente.

—Y no has sido capaz de estarte quieto, claro. Al final van a abrirte un expediente disciplinario o algo peor, déjalo correr.

—Dicen las malas lenguas que Orbea se está pensando si expedientarme o no. Y mira, si al final lo hacen tampoco me voy a asustar. Apechugaré con el castigo y ya está. O me buscaré la vida por otro lado, el mundo no se acaba en la Ertzaintza.

—Venga, no pienses así. Seguro que al final no pasa nada, solo tienes que dejarlo correr.

—Eso me dice la razón, pero mi instinto va por otro lado. Y encima, tras comentarlo con el asesor especial antes de que se marchara de Bilbao, me vi reforzado en mi tesis.

—¿Te refieres a Bermejo? —preguntó Milene sorprendida.

—El mismo. Al final terminamos por congeniar, aunque al principio no le diera mucha bola. Acabamos por tomar unos vinos en el Casco Viejo, por despedirse de Bilbao, junto a otros compañeros de la comisaría. Y ya sabes, una cosa llevo a la otra y terminamos dándonos un buen homenaje gastronómico con chuleta de a kilo incluida.

—Ya veo, hay que mantener a tono esos corpachones. ¿Y qué opina Bermejo?

—No te creas que yo le metí en canción ni nada parecido, él ya venía mosqueado también. Al final se nos soltó un poco la lengua a ambos con el vino y acabamos despotricando de todo el mundo. Llegó a comentar que tal vez tuviera que ofrecer sus servicios al mejor postor, Guardia Civil incluida, que estaba un poco harto de tanto politiqueo. Un rato después cambió de tercio y afirmó que igual dimitía de su cargo y montaba una agencia de detectives. El alcohol hace estragos, incluso me aseguró que contaría conmigo llegado el momento. No le hice mucho caso, aunque nunca se sabe.

—Ya veo, ¡qué peligro tenéis los dos juntos! —exclamó Milene—. Y hablando de la Benemérita… Por lo que ha llegado a mis oídos, tampoco estaban demasiado contentos en la Comandancia de Santander ni en la Compañía de Santoña. Pero hubo una llamada del ministro del Interior para calmar los ánimos entre los mandos de la Guardia Civil y felicitar a toda la unidad de policía judicial por el trabajo realizado, como si ya no hubiera nada más que rascar. Todos los casos se dieron por finiquitados, le cargaron el mochuelo al desgraciado de Damián y aquí paz y después gloria.

—Lo que yo decía… Lo siento, pero si me conoces un poquito sabrás que yo no soy de estarme quieto. Y lo de cumplir órdenes

absurdas tampoco va conmigo, aunque tendré que mirar por mi futuro.

—¡Pero Koldo! No quiero que te metas en líos, ten cuidado. Menos mal que trabajamos en cuerpos militarizados donde se supone que acatamos las órdenes de nuestros superiores.

—Sí, ya lo sé. Es que eso de obedecer sin rechistar tampoco se me ha dado nunca demasiado bien. Pregúntale si quieres a mi *ama*, ella te lo confirmará.

—Ya somos dos, tampoco estoy de acuerdo con este final. Aquí hay algo más que no hemos sido capaces de averiguar. Para empezar, no sabemos quién es el inductor.

—¿El inductor? —preguntó entonces Koldo—. Me suena a título de telefilm, o de novelas de las que escribe tu amiga Miriam. ¿A qué te refieres exactamente?

—Roncero tiene la pedrada de que todo esto lo organizó y financió alguien importante, un tío con recursos que proporcionó los medios para llevar a cabo los asesinatos. Piénsalo bien: armas, vehículos, matrículas falsas, teléfonos no rastreables, productos químicos para borrar huellas, paralizar o adormecer víctimas, etc. Damián era un don nadie y el ninja silencioso, como tú le llamas, tampoco parece que sea la mano que mece la cuna.

—¿Y entonces? No pensarás que el empleador del chófer, ese supuesto ricachón que contrató a Damián y que vivía en la margen derecha, es el causante de todo este desastre.

—¿Por qué no? Roncero opina que ese tipo organizó algún tipo de competición entre dos hombres, Damián y el otro individuo, pero que al final todo se torció. No conseguimos encontrar esa relación entre el asesino confeso y ese honrado ciudadano, vecino de alguna de las mejores zonas de la costa vizcaína, pero creemos que ahí está el quid de la cuestión.

El camino comenzaba a empinarse y la conversación se detuvo unos instantes mientras tomaban aire para continuar la ascensión a una pequeña loma. La senda se estrechó e incluso tuvieron que ayudarse a subir por medio de una cuerda colocada de forma

estratégica para que los excursionistas pudieran sobrepasar el repecho. El sendero se allanó poco después y siguieron caminando mientras retomaban la interesante charla.

—No sé vosotros, pero en Bilbao se dio carpetazo al asunto y el caso se ha archivado sin que se pueda acceder siquiera a sus informes. Mucho secretismo me parece a mí, y eso es lo que de verdad me escama. Igual hay algún otro político involucrado, como el tipo aquel que perseguíamos en Santander por acosar a la *escort* asesinada, aunque en realidad solo era un corrupto con la boca demasiado grande. Por lo menos a ese sí le han pillado y pasará unos cuantos años a la sombra.

—Ya, pero eso es lo de menos. Me da rabia que esto haya quedado así, sobre todo sabiendo que casi muero en manos de ese tipo. Un individuo con infinidad de deudas que no sabemos si se vio obligado a realizar aquellas salvajadas por una mente criminal superior a la suya que le manipulaba a voluntad.

—Eso tampoco te lo compro, nadie le obligó a crucificar a aquella pobre chica en la ría de Bilbao. Ni a secuestrarte a ti y montar toda esa parafernalia en Aixerrota. Mancillaron uno de los paseos más bonitos de todo el litoral vasco, un lugar que imagino que no tendrás muchas ganas de visitar en una buena temporada.

—Imaginas bien, Koldo. Pero volviendo a lo de antes… ¿A qué no sabías que la familia de Damián ha desaparecido de la faz de la Tierra?

—Hombre, no es plato de gusto que te señalen por la calle sabiendo que son parientes del asesino que ha atemorizado a media cornisa cantábrica. Seguro que se han largado de Castro por eso, no pienses mal.

—Ya, pero casualmente alguien pagó sus deudas de forma anónima. Y ellos vendieron el chalet en un tiempo récord y se largaron hacia un destino desconocido, supongo que para empezar de cero. A mí me suena a algún tipo de acuerdo con el gran hombre.

—No estamos persiguiendo a la mafia, Milene. Ambos hemos visto y leído demasiadas historias policíacas y de misterio, no me

seas peliculera. Y además, tampoco podemos hacer nada para remediarlo.

—No, tienes razón. Solo permanecer atentos por si esa mente superior vuelve a hacer de las suyas. Si en verdad ha tenido que esconderse por una temporada para no llamar la atención sobre su persona, después de idear la mejor coartada cargándole todas las culpas a un muerto, puede que algún día pretenda volver a las andadas. Cosas más extrañas se han visto en la historia del crimen.

—Mejor nos olvidamos por ahora, si es que soy capaz. No quiero tener problemas de nuevo con mis superiores, en bastantes jaleos me he metido ya a lo largo de mi carrera. Así que mejor nos estamos quietecitos y volvemos a lo nuestro, ¿no?

—Pues sí, eso creo. Prefiero algo más tranquilito después de tantas emociones. Aunque el trabajo en la UCO tampoco sea el más sencillo del mundo.

—Ya imagino, espero que al menos no te pongas en peligro. En cuanto a mí, creo que los nuevos casos en Vizcaya tienen que ver con el narcotráfico y las peleas entre bandas, así que me tendrán entretenido el resto del verano.

—Ya veo, tampoco te vas a aburrir demasiado.

—Eso parece. Ah, y no me vuelvas a dar esos sustos, te lo ruego. No tuve tiempo ni de pensarlo cuando salí en tu búsqueda, pero pasé mucho miedo al saber que te habían secuestrado. Nunca me habría perdonado si te hubiera sucedido algo por mi culpa.

—Tú no tuviste la culpa de nada, Koldo. Demasiado hiciste jugándote la vida de esa manera, la verdad es que cada vez que lo pienso…

Milene se había detenido de nuevo y posó la mano en el brazo de Koldo de un modo amistoso, agradeciéndole lo que hizo por ella. El subinspector pareció azorarse y farfulló alguna palabra ininteligible antes de salir del paso. Tal vez la chica se equivocara, pero seguía existiendo una química especial entre ellos, una tensión que se podía cortar con un cuchillo. Quizá no fuera el momento adecuado, pero

tampoco quería dejarlo pasar. De todos modos, no le dio tiempo a reaccionar.

—Vaya, por fin hemos llegado a la encrucijada que nos llevará hasta una de las maravillas de Cantabria.

Milene miró a su alrededor y se encontró con la visión de impresionantes acantilados de roca caliza que desafiaban al Cantábrico, erosionados por la acción del agua y el viento sobre su superficie. Pero ignoraba la verdadera meta a la que se acercaban.

—¿Te refieres al misterioso sitio en el que podremos bañarnos en medio del monte?

—El mismo, ya lo verás. Y espero que tus rodillas y cuádriceps se encuentren en buena forma. Tenemos una buena ristra de escalones para llegar a nuestro destino.

—¿Escalones? —preguntó confusa Milene—. No sé dónde narices me llevas, al final me voy a arrepentir de acompañarte.

—No te preocupes, ya verás cómo merece la pena el paseo. Tú ve con la mente abierta y sígueme. ¡Te va a encantar!

Un poco más allá, Milene fue por fin consciente de su destino. Muchos metros más abajo, sobre un promontorio rocoso que desafiaba al mar adentrándose aguas adentro, se topó con la belleza de un faro que parecía anclado en el tiempo.

—¿No pretenderás que bajemos hasta allí, verdad?

—Son setecientos sesenta y tres escalones de nada, es pan comido. El recorrido es una pasada y al llegar junto al Faro del Caballo me agradecerás el esfuerzo.

—¡Madre mía! Me estoy arrepintiendo antes siquiera de comenzar el descenso. Como después no haya otra manera de salir de allí y tengamos que volver a subir hasta aquí no vas a tener monte para correr…

—¡No me seas aguafiestas, Milene! —soltó Koldo mientras comenzaba a bajar sin esperarla—. Ánimo, que no se diga.

Milene fue descendiendo a su ritmo, sin agobios, recreándose también con el paisaje a su alrededor. Koldo tenía razón y el lugar

era mágico, merecía mucho la pena. Claro que las agujetas del día siguiente, justo cuando se reincorporara al trabajo, no iba a quitárselas nadie. Algo que tendría que agradecerle al ertzaina, al que se le veía muy risueño.

No había un escalón igual en toda la bajada, cada uno de una medida diferente, lo que motivaba que tuvieran que variar el ritmo. Se toparon también con tramos de escalera más inestables que otros, en los que podían agarrarse a una cuerda situada a lo largo de ese recorrido a modo de improvisado pasamanos para descender con mayor seguridad. Algunos de esos escarpados escalones fueron algo complicados, pero poco a poco se acercaron hacia la península en la que se enclavaba el Faro del Caballo, rodeados de aguas turquesas por doquier.

—¡Buff, qué pasada! —exclamó Milene al llegar por fin a su destino.

Un escenario de película se mostraba ante ellos en todo su esplendor. Se encontraban ante una especie de plataforma sobre el mar, una azotea aledaña al faro propiamente dicho, en el que los visitantes podían tomar el sol en un entorno inigualable. Y entonces Milene fue por fin consciente del verdadero propósito de Koldo al llevarle hasta allí.

—¿Ves cómo te podías bañar dentro de la ruta del Buciero?

—¡Serás capullo! Eso se avisa antes, no me lo esperaba…

Semiescondido entre las rocas, Milene había encontrado una especie de trampolín que desafiaba a las frías aguas del Cantábrico. A esas horas de la mañana, las aglomeraciones para saltar desde allí al mar no eran todavía muy numerosas, pero se acercaba el mediodía y cada vez llegaban más visitantes al Faro del Caballo.

—¿Saltamos o qué? —preguntó Milene entusiasmada.

A Koldo no le dio tiempo de llegar hasta su posición antes de que la chica se decidiera a probar con el salto al vacío. Milene se desembarazó a toda velocidad de su conjunto deportivo y las zapatillas de deporte, quedándose solo con un minúsculo biquini que no pasó desapercibido para nadie. Lo dejó todo en el interior de la

pequeña mochila que había traído y se dirigió hacia el borde del improvisado trampolín de piedra.

—Vamos, Koldo, que no se diga…

Milene cogió carrerilla e imitó a unos chavales que se habían lanzado justo delante de ella. El vuelo duró apenas un instante, el tiempo justo de arrepentirse de haber saltado al agua sin fijarse en las rocas que desafiaban a los bañistas, emergiendo del mar de forma visible por toda aquella zona sin un orden aparente.

—¡Cuidadooo!

A la chica le pareció escuchar a su amigo justo cuando su cuerpo se adentraba en el mar. El golpeteo contra la superficie del agua fue algo más brusco de lo que se esperaba desde esa altura, pero le sorprendió gratamente la temperatura del agua. En un verano excepcional en la cornisa cantábrica, Milene tuvo que reconocer las maravillas de la costa norteña. Ella había estado en otros lugares de la península ibérica, como en algunas playas de Málaga o el Algarve portugués, donde la impresión al adentrarse en el mar era mucho más fuerte. El agua estaba buenísima y pensaba disfrutarla a conciencia.

Cuando Milene miró hacia arriba divisó a Koldo acercándose al borde del trampolín. El subinspector quiso dar la nota delante de unos chavales que no hacían nada más que picarle por lo que pudo atisbar la chica desde su posición, y se lanzó al vacío con un poco de suspense. Cogió carrerilla, saltó hacia delante y se agarró de una cuerda desde la que se balanceó con su enorme corpachón. Al segundo movimiento de vaivén se impulsó con todas sus fuerzas y voló sobre la posición de Milene, cayendo unos metros más allá.

El grupito de adolescentes le jaleaba desde la plataforma, sorprendidos por el gran salto de Koldo. El bilbaíno se agarró las piernas con los brazos, encogiendo el cuerpo y entrando en el mar a toda velocidad. La bomba fue perfecta y levantó una gran cantidad de agua y espuma, momento que aprovechó su improvisado público para aplaudir el intento.

—¡Mira que eres bestia! —le soltó Milene cuando llegó a su lado.

—A mí me iban a vacilar esos niñatos, creían que no me iba a atrever. No había nacido ninguno de ellos cuando yo ya me tiraba al mar desde ahí y desde sitios más peligrosos, como aquel promontorio rocoso de allí arriba.

Koldo le hizo una señal a Milene para que lo acompañara a nado y lo siguiera hasta un pequeño recodo al abrigo de las rocas, algo más alejados de la entrada y salida natural desde la que los bañistas saltaban al agua o regresaban a tierra firme. Un poco más allá se encontraba una rampa de piedra a la que se podía acceder desde el mar, ayudados de nuevo por una cuerda para regresar al punto de partida.

—Espero que te haya gustado la sorpresa…

—Es increíble, Koldo, ¡me encanta! Soy idiota, seguro que si hubiera buscado en internet lo del Faro del Caballo me hubiera enterado antes de este sitio.

—Pues sí, seguramente… Pero de este modo ha sido mejor. Tenías que ver la carita que has puesto al verlo. Parecías una niña en la mañana de Navidad, después de encontrar en el salón de casa los regalos que le ha traído el *Olentzero*.

—Igual tienes razón, me ha hecho mucha ilusión encontrarme con algo así. Seguro que mis padres me habrían echado la bronca por lanzarme de ese modo, justo después de mi convalecencia, pero me ha salido de forma espontánea. No sé, ha sido una sensación extraña, como de completa libertad. Me he visto ahí arriba y no lo he dudado ni un momento. Ya tengo un lugar al que volver cuando regrese al norte, me he enamorado de este sitio.

—Hacía tiempo que no venía por aquí, lo reconozco. Pero de chaval, cuando pasaba las vacaciones en Ajo con mi familia, mi hermana y yo nos acercábamos siempre que podíamos. Y eso que ahora se ha convertido en un sitio de peregrinaje habitual para turistas y autóctonos de la zona, ha perdido toda su inocencia. Prefiero venir en temporada baja, cuando no te encuentras a nadie en la bajada hasta aquí y además puedes deleitarte con el salto al mar en plena soledad.

—Habrá que probarlo también en alguna ocasión, si es posible, aunque prefiero venir aquí acompañada. Gracias por enseñarme un lugar tan maravilloso, al final voy a tener que agradecerte demasiadas cosas.

—¿Y eso?

—Umm, no sé. Hace poco me salvaste la vida, ahora me devuelves la ilusión y me convierto de nuevo en una niña alocada que no le tiene miedo al riesgo. No sé yo si me conviene demasiado su compañía, suboficial Galarza…

Milene se había ido acercando a Koldo mientras hablaba. Ella era consciente de la cercanía de sus cuerpos casi desnudos, cubiertos con un simple bañador que en su caso era bastante minúsculo. El ertzaina pareció sorprendido ante sus avances, pero no se movió de su posición y aguantó impertérrito mientras se mantenía a flote en el agua.

—¿Seguro que esto es una buena idea, Milene? —preguntó con un brillo especial en sus ojos.

—De perdidos al río, Koldo. O al mar si hace falta, nunca mejor dicho. He visto las garras de la muerte demasiado cerca de mí y no pienso perder más el tiempo con tonterías.

La joven enganchó sus brazos en el cuello del chico, mientras sus largas piernas se enroscaban a su alrededor. Milene no se encomendó ni a Dios ni al diablo antes de lanzarse a por su propósito, que no era otro que besar los labios de aquel hombre que le había arrebatado el corazón. No podía seguir luchando contra sus sentimientos, no ahora que había sido consciente de lo precario de la vida humana. Ya tendría tiempo de arrepentirse llegado el caso, pero ese momento mágico era solo para ellos dos.

Koldo le devolvió el beso y sus bocas y lenguas se fundieron en un solo ente que les transportó muy lejos de allí. Ni siquiera fueron conscientes de los vítores lanzados desde la plataforma por los mismos chavales que alentaron al ertzaina en su particular salto. Se olvidaron de las penas y de los sufrimientos de los últimos tiempos

mientras paladeaban el salado sabor de unos labios que parecían hechos para estar juntos.

—Esto no está bien, Milene, no podemos…

—No me puedo creer que no te haya gustado, tu cuerpo parece decir todo lo contrario —afirmó Milene mientras le guiñaba un ojo.

—No, sí, quiero decir… No me líes, por favor. Ya sabes a lo que me refiero.

Milene separó su rostro unos centímetros, sin llegar a soltar a su presa. No estaba dispuesta a dejar escapar la felicidad, no después de haber salido victoriosa de una pelea a cara de perro en la que llevaba todas las papeletas para perder.

—No te preocupes, Koldo, ya no somos compañeros de trabajo. La operación conjunta ha terminado y no tenemos que dar explicaciones a nadie de lo que hacemos con nuestras vidas ni con nuestros cuerpos. Pero si lo prefieres, podemos mantener una relación secreta, a escondidas de todo el mundo, lo dejo a tu elección.

—¿Una relación, dices? Eso ya son palabras mayores… Y te recuerdo que vivimos a cuatrocientos kilómetros uno del otro.

—Anda, calla; no seas idiota, me has entendido perfectamente —contestó Milene algo azorada—. Y en cuanto a lo de la distancia, ya nos apañaremos. Buscaremos una solución si te parece.

—No, si a mí me parece genial. Me ha encantado trabajar contigo, pero creo que se me notaba demasiado que yo quería algo más. Aguirre me estaba todo el día comiendo la oreja, me decía que los jefes me iban a apartar del caso.

—Pues ahora que lo dices… Yo también llevaba mi penitencia y en este caso, mi Pepito Grillo particular era la buena de Carmen, menudas broncas me echaba. Sobre todo después de aquel bailecito tras nuestra cena conjunta. Afortunadamente todo ha terminado y ya no tendremos que volver a trabajar juntos, ni rendir explicaciones a nadie.

—Bueno, eso nunca se sabe, Milene...

La aventura continúa en:

El monedero del diablo (Saga Bermejo y Roncero, Libro 7)

¡Haz clic en la imagen o en el enlace de arriba para reservarlo!

Nota del autor:

Gracias por acompañarme en esta historia. Si la has disfrutado, te invito a dejar una reseña en Amazon. Tu opinión no solo significa mucho para mí, sino que también ayuda a que otros lectores descubran el libro. Como autor independiente, tu apoyo marca una gran diferencia. Solo tienes que visitar la página del libro en Amazon y compartir unas líneas.

¡Mil gracias por estar ahí!

Escribir mi opinión

Armando Rodera

El origen de esta historia

Escribir una novela negra implica siempre cruzar ciertas líneas rojas de la psicología humana, pero en *La noche de los perdedores* el desafío consistía en armar una coreografía de la crueldad que uniera dos comunidades autónomas. Trazar una hoja de ruta criminal que arrancaba en la costa de Cantabria, hilvanando el suspense entre Santoña, Santander o Ajo, y culminaba con un ritmo frenético al borde del mar en Getxo, ha sido un viaje creativo tan apasionante como extenuante. Explorar la mente del inductor y el destino trágico de quienes se vieron atrapados en su tablero ha requerido de una red de seguridad infalible detrás de las cámaras. Ningún escritor camina solo por estas páginas oscuras. Detrás de cada escena y de cada giro, hay un equipo extraordinario que aporta rigor, arte y cordura al proyecto.

A Pedro Urvi, por renovar tu apuesta inquebrantable en cada peldaño de esta saga. Gracias por darme las herramientas y la libertad creativa necesarias para seguir explorando los límites del *thriller* con la seguridad de quien se sabe respaldado por el mejor timonel del proyecto.

A Susana R. L., por ser el faro que me guía cuando la geografía y la trama amenazan con volverse un laberinto. Tu criterio editorial y tu exigencia narrativa han sido fundamentales para que este sexto libro mantenga el pulso firme de principio a fin.

A Pilar García, por tu maestría visual. Has vuelto a diseñar una portada que es pura atmósfera psicológica; una imagen poderosa que dialoga a la perfección con la barbarie y el misterio que esconde el relato.

A Tanya, por tu impecable labor de orfebrería con las palabras. Tu sensibilidad como correctora es el filtro definitivo que rescata la verdad del texto y garantiza que la experiencia del lector sea limpia, fluida y envolvente.

La idea primigenia de esta novela surgió durante una de las presentaciones que hice de mi libro *Regreso a Sad Hill* en tierras burgalesas, allá por 2022, cuando uno de los espectadores me preguntó por futuros proyectos. Entre risas y bromas les comenté que tenía una idea en la cabeza para una posible historia, que arrancara en un sitio peculiar: el hospital de Basurto en Bilbao.

Días después, de visita familiar en la capital vizcaína, le pedí a mi mujer algo que no le sonó demasiado extraño conociéndome. Quería que me acompañara a las once de la noche a recorrer el exterior de los pabellones del hospital, para hacerme una idea de cómo se vería ese entorno solitario de noche. Nos encontrábamos en verano y no es lo mismo que recrear una escena de madrugada en invierno, pero quería empaparme de la atmósfera y ver si de verdad, como yo pensaba, ese lugar podía convertirse en el escenario ideal para comenzar una novela de misterio perpetrando un secuestro.

A partir de ahí comencé a pergeñar una historia que ha tardado en ver la luz por diferentes circunstancias y avatares. Quería también de algún modo, homenajear a dos territorios cercanos pero que cuentan con sus diferencias, como son Vizcaya y Cantabria. Sobre todo el entorno de Bilbao y la costa oriental cántabra, que es la que mejor conozco; dos comarcas que se convertirían también en protagonistas involuntarias de esta novela.

Todos los escenarios que salen en la trama los he recorrido personalmente, algunos docenas de veces. Como buen madrileño, yo conocía más la parte central-occidental de Cantabria (Suances, Comillas, Santillana, San Vicente de la Barquera, etc.). Pero en los últimos años he encontrado mi lugar en el mundo, como bien me dice más de un amigo o familiar, enamorándome de la Trasmiera cántabra y disfrutando siempre que puedo de unos parajes en los que no me importaría jubilarme.

Así que este libro es un poco homenaje a una tierra vasca que siempre me ha tratado muy bien, a mi mujer y a su familia, aunque también a otra región a la que me encanta escaparme, la cántabra, sobre todo tras sufrir el estrés constante de Madrid. Espero que hayáis disfrutado de esta novela, en la que he intentado reflejar bien

esos escenarios y transmitir también un poco la idiosincrasia de la buena gente del norte. He tenido ayuda, claro, pero algo se me habrá pegado después de veinte años visitando el Cantábrico.

Sin todos ellos no hubiera sido posible culminar un proyecto tan importante para mí, por lo que también quiero hacerles una mención muy especial en los agradecimientos finales de esta historia.

A la familia Orbea Turón al completo, por acogerme como a uno más desde el primer día y enseñarme las maravillas de una tierra hasta entonces desconocida para mí. Veinte años no son nada; siempre nos seguiremos riendo de esos divertidos choques culturales entre un madrileño y unos vascos de pro. Sin vosotros todo hubiera sido mucho más difícil. Gracias de corazón por hacérmelo tan sencillo y por ayudarme a sentirme tan integrado. Y no me olvido de ti, Pedro: gracias por enseñarme ese barrio tan peculiar de Masustegui, tu barrio de juventud, un lugar tan importante en esta trama. Espero haber estado a la altura de tus recuerdos.

Un recuerdo con todo mi cariño para las hermanas Maestro. A Begoña, por su arrolladora personalidad, su autenticidad y su huella imborrable. Y a Espe, por su apoyo incondicional y por ser, junto a mi mujer, la lectora más fiel y entusiasta de cada una de mis novelas. Compartir estas historias con vosotras es el mejor de los premios.

Y, de manera muy especial, a Arantza. Mirar atrás y ver que hemos pasado ya veinte años juntos es darnos cuenta de todo lo compartido. Gracias por enseñarme el norte con tus ojos, por descubrirme el País Vasco y por contagiarme ese amor por la costa cántabra que hoy es ya nuestro refugio favorito siempre que logramos escaparnos. Nada de lo que escribo tendría el mismo sentido sin tu aliento constante, respetando los silencios que exige cada novela. Eres mi brújula, mi compañera, mi apoyo incondicional, mi amor y la razón principal por la que cada proyecto llega a buen puerto.

Y, como siempre, el último pensamiento es para ti, lector. Gracias por dar sentido a estas páginas, por habitar los escenarios que con

tanto mimo he recorrido y por dejarte atrapar por las sombras de esta trama. Una novela solo cobra vida de verdad cuando alguien la lee, y saber que estás al otro lado de la página es la razón última por la que sigo escribiendo. Gracias por tu confianza constante en esta saga.

Armando Rodera

Todos mis libros en Amazon

Haz clic en el enlace para descubrirlos

Lista de Correo

¡Gracias por leer mis libros!

Todos mis libros: **Armando Rodera**
Web: **www.armandorodera.com**
X: **@ArmandoRodera**
Facebook: **Armando Rodera Author**
Instagram: **@armandoroderaauthor**
TikTok: **@armandorodera**
Mail: **info@armandorodera.com**

